

Máscaras Digitales



**UNA
HISTORIA
LGBTQ+**

Jaime Mirror

Máscaras Digitales

Jaime Mirror

Contents

[Title Page](#)

[DEDICATORIA](#)

[Introducción:](#)

[Capítulo 1: Cuando las Piezas Se Mueven](#)

[Capítulo 2: Satélites y Planetas](#)

[Capítulo 3: Números en el Viento](#)

[Capítulo 4: Entre Perfiles y Personas](#)

[Capítulo 5: Entre Deseos y Deberes](#)

[Capítulo 6: Mundos en Encuentro](#)

[Capítulo 7: El Arte de Ser Auténtico](#)

[Capítulo 8: El Espejismo de Luna](#)

[Capítulo 9: Corazones Parpadeantes](#)

[Capítulo 10: Aguas Profundas de Palabras](#)

[Capítulo 11: Búsquedas Paralelas](#)

[Capítulo 12: La Canción de Dos Almas](#)

[Capítulo 13: El Abismo de Sus Ojos](#)

[Capítulo 14: Entre Vértigos y Verdades](#)

[Capítulo 15: El Baile de las Ilusiones](#)

[Capítulo 16: Espejismos de Autenticidad](#)

[Capítulo 17: Danzando en el Ciberespacio](#)

[Capítulo 18: Cuerdas Tensas del Corazón](#)

[Capítulo 19: Entre Palabras No Dichas](#)

[Capítulo 20: El Silencio en la Realidad](#)

[Capítulo 21: Pausa en el Tiempo](#)

[Capítulo 22: El Peso de la Armadura](#)

[Capítulo 23: Teclas del Arrepentimiento](#)

[Capítulo 24: Reflejos Inciertos](#)

[Capítulo 25: Entre Imágenes y Verdades](#)

[Capítulo 26: El Latido de las Ilusiones](#)

[Capítulo 27: El Peso de la Verdad](#)

[Capítulo 28: Entre Latidos y Suspiros](#)

[Capítulo 29: Reflejos de la Verdad](#)

[Capítulo 30: Reflejos de Redención](#)

[Capítulo 31: Entre Rumores y Miradas](#)

[Capítulo 32: Los Desafíos del Crecimiento](#)

[Capítulo 33: Huellas en el Césped](#)

[Capítulo 34: Costuras del Destino](#)

[Capítulo 35: Jugada del Alma](#)

[Capítulo 36: La Promesa del Viento](#)

[Capítulo 37: Caminos Entrelazados](#)

Epílogo:
AGRADECIMIENTOS

DEDICATORIA

Dedicado a Raúl, quien ha iluminado mi camino con su amor y apoyo inquebrantable. Tu presencia ha sido un faro en las noches oscuras y un refugio en los momentos de tormenta. Gracias por ser mi compañero en esta travesía llamada vida y por recordarme que las amistades genuinas son tesoros invaluable. Este libro lleva consigo un pedazo de nuestra historia compartida y está dedicado a ti con gratitud y cariño.

Introducción:

En un mundo interconectado, la vida digital ofrece un teatro de infinitas posibilidades. Es un universo paralelo que habita en los dispositivos que llevamos en nuestros bolsillos, en las pantallas que iluminan nuestras habitaciones después de la puesta del sol. Aquí, los avatares digitales se convierten en la vanguardia de nuestra existencia, una mezcla elaborada de fotos perfectamente seleccionadas, actualizaciones de estado meticulosamente redactadas y conversaciones tan cuidadosamente planificadas que podrían ser obras de arte.

Todo se hace en el intento de presentar una versión idealizada de nosotros mismos, una que pueda recibir ‘me gusta’, corazones y emojis, como si estos signos digitales pudieran medir el valor de una vida humana.

Pero, ¿qué sucede cuando estas identidades virtuales, estas máscaras digitales, toman un rumbo propio? ¿Qué sucede cuando el reflejo digital se convierte en algo más tangible, más real y, sin embargo, infinitamente más incierto? ¿Qué sucede cuando estas máscaras esconden no solo nuestras imperfecciones sino nuestros deseos más profundos, nuestras vulnerabilidades, nuestros miedos y esperanzas?

En las profundidades de esta dicotomía, en un rincón de la vasta metrópolis de Buenos Aires, en una escuela secundaria llena de vida, drama y aspiraciones, un joven de 17 años se encuentra en el umbral de un precipicio digital. Una mentira, frágil como un pequeño barco de papel, se lanza a estas aguas turbias, incitada por un impulso juvenil y una pulsión emocional que ni siquiera él mismo comprende completamente. Y una vez que ese barco comienza a flotar, se desencadena una corriente irrefrenable que arrastra a todos los involucrados en una travesía tumultuosa.

La historia en la que estás a punto de sumergirte no es solo un tejido intrincado de emociones humanas examinadas a través de las lentes de la amistad, el amor, la identidad y la autoaceptación. Es también un espejo que refleja los complejos desafíos de ser joven en el mundo contemporáneo, un mundo que oscila vertiginosamente entre lo tangible y lo digital, entre la realidad palpable y la virtualidad intangible.

Es una crónica de vulnerabilidad y valentía, una narrativa sobre lo que significa desnudar el alma en un entorno donde es más fácil esconderse detrás de la opacidad de la tecnología que enfrentar las miradas humanas. Esta historia es una ventana al anhelo, al temor de ser descubierto y al riesgo de descubrir a los demás, en un mundo donde los errores son eternos, capturados y almacenados para la posteridad en servidores que no olvidan.

Es una historia que se desarrolla en el entorno escolar, un microcosmos de la sociedad, donde las reglas a menudo no escritas dictan el comportamiento y las expectativas, y donde la lucha por encajar puede eclipsar el deseo de ser uno mismo. Aquí, entre pupitres, cuadernos y canchas de fútbol, se enfrentarán dilemas que podrían parecer mundanos pero que poseen el poder de definir una vida.

Por último, esta historia es un llamado a la reflexión, un recordatorio de que, aunque la tecnología avance a pasos agigantados, llevándonos a fronteras nunca antes exploradas, la esencia de la experiencia humana permanece. Al final del día, detrás de cada pantalla, detrás de cada máscara digital, hay un corazón latente, un alma en busca de conexión, de autenticidad, de amor.

Siéntate y prepárate para embarcarte en este viaje. Porque una vez que la primera máscara caiga, una serie de revelaciones te llevarán por un sendero emocional sinuoso y te dejarán

preguntándote: ¿Quién soy realmente? ¿Quiénes son las personas a mi alrededor? Y lo más crucial de todo, ¿qué significa ser auténtico en un mundo lleno de falsas identidades?

Capítulo 1: Cuando las Piezas Se Mueven

Buenos Aires,

Es una mañana como cualquiera en la escuela secundaria de Mathias, o eso es lo que se supone que debería ser. El sol brilla con ese brillo particular de las 8 a.m., y la campana que anuncia el inicio de clases resuena con su tono metálico habitual. Pero si le preguntaras a él, te diría que cada mañana aquí es una contienda. Un juego de ajedrez donde los peones son las miradas evitadas, los reyes y reinas las figuras populares del instituto, y los caballos—bueno, los caballos son complicados.

Aquí viene él, Rubén, caminando por el pasillo como si cada baldosa fuera una provincia conquistada. El capitán del equipo de fútbol parece vivir en un mundo aparte, uno donde las preocupaciones se desvanecen como el vapor de un mate caliente. No hay un ápice de duda en su caminar, ni un gramo de incertidumbre en su sonrisa. Todo el mundo se hace a un lado, y él ni siquiera se da cuenta.

Es un espectáculo que Mathias ha observado tantas veces que podría dibujarlo de memoria. Y a pesar de todo, no puede evitar que sus ojos lo sigan, que su corazón se acelere en una mezcla de admiración y, seamos sinceros, algo más.

Entonces, Rubén levanta la vista, y Mathias siente que el universo entero se encoge en una esfera del tamaño de una nuez. Una colisión parece inevitable. Mathias cambia el rumbo, dirige sus ojos hacia el suelo y se sumerge en el mar de estudiantes. Escapa, pero no sin que una punzada de algo —¿deseo? ¿remordimiento?— lo atraviese como una flecha.

“Mathias, ¿otra vez evitando a Rubén? Eres como un ninja del amor no correspondido”, Sofía, su mejor amiga, le susurra en el oído, riendo mientras se materializa a su lado. Si Mathias es el observador, ella es la comentarista, siempre dispuesta a señalar lo obvio con una sonrisa irónica.

“A veces me pregunto si ser invisible es mi superpoder,” responde Mathias, mirándola. Con su cabello rizado y su actitud imparable, Sofía es la luz del faro en el océano de su incertidumbre.

Rubén, por su parte, apenas registra el encuentro. Su mente está en otro lugar, atrapada entre las expectativas que pesan sobre sus hombros como un saco de cemento y las pruebas para Boca Juniors que se avecinan. La presión es una bruma constante en su mente, dispersando sus pensamientos y oscureciendo su visión. Y aun así, por un segundo, cuando sus ojos cruzan el pasillo, siente una pequeña sacudida. ¿Ese chico ha evitado su mirada? Extraño.

“¿Superpoder?” Sofía alza una ceja con incredulidad. “Creo que tienes el concepto equivocado. Los superhéroes no evitan los problemas, los enfrentan. Ya sabes, capa ondeando al viento y todo eso.”

Mathias suspira. “Las capas son para los que pueden volar, Sofía. Yo estoy pegado al suelo.”

“Pues ya es hora de que despegues,” afirma ella, mirándolo directamente a los ojos.

La conversación se desvanece cuando entran al aula. Mathias toma asiento, agradece que Rubén no comparta ninguna de sus clases. Sería demasiado, incluso para su gusto por el masoquismo emocional. Abre su cuaderno, pero las letras de la pizarra parecen borrosas, desfiguradas por la constante tensión entre lo que siente y lo que puede permitirse sentir.

Mientras tanto, Rubén está a tres aulas de distancia, pero podría estar en otro planeta por lo separadas que están sus realidades. Se encuentra en medio de una discusión sobre tácticas

deportivas con Alejandro, su amigo y compañero de equipo. Las palabras "defensa" y "contraataque" llenan el aire, pero Rubén apenas las escucha.

“¿Rubén? ¿Estás ahí?” Alejandro chasquea los dedos frente a su cara, arrancándolo de sus pensamientos. “Boludo, parece que estás a kilómetros de aquí.”

Rubén se obliga a sonreír. “Solo pensando en el próximo partido.”

“Claro, el próximo partido,” repite Alejandro, pero sus ojos dicen algo más, algo que Rubén no puede o no quiere descifrar.

La campana suena de nuevo, liberándolos por un momento de sus respectivas prisiones. Mathias guarda sus cosas y se dirige a la puerta, con Sofía a su lado, siempre allí como su sombra preferida. Rubén hace lo mismo, aunque su andar ahora tiene una pizca menos de certeza, un grado menos de inclinación hacia el norte en su brújula interna.

Sofía y Mathias se dirigen a la siguiente clase, y el chico siente el peso de una conversación inacabada que se cuelga entre ellos, como una nube lista para descargar una tormenta. Sofía, como si pudiera sentir la vendaval inminente en su amigo, elige no presionar más.

"Hey, este fin de semana habrá una maratón de películas. ¿Te apuntas?" pregunta, en un intento de aligerar la atmósfera.

Mathias sonríe, agradecido por la distracción. "¿Incluye palomitas de maíz y charlas sin sentido durante las escenas de diálogo cursi?"

"Sabes que sí. Y también las bromas sarcásticas durante los momentos de amor inverosímil," responde ella, devolviéndole la sonrisa.

Simultáneamente, Rubén se encuentra en el vestuario, su mirada perdida en el laberinto de taquillas metálicas. Su teléfono vibra. Es un mensaje de su padre, un recordatorio sobre el entrenamiento especial con el ojeador de Boca Juniors el próximo mes. Un nuevo peso se suma a sus hombros, y Rubén se siente como un equilibrista en una cuerda floja, a punto de perder el equilibrio.

Alejandro se acerca, nota la tensión en la postura de Rubén. "¿Todo bien, capi?"

Rubén guarda el teléfono rápidamente, como si pudiera encerrar sus problemas en la pantalla. "Sí, todo bajo control."

"A veces, 'bajo control' suena como un eufemismo para 'estoy a punto de colapsar pero no quiero admitirlo'," responde Alejandro, sin apartar su mirada de Rubén.

El capitán del equipo de fútbol emite una risa nerviosa. "Tal vez, pero no hay tiempo para colapsos. No con todo lo que está en juego."

"Recuerda, no es solo tu carga," Alejandro posa su mano en el hombro de Rubén. "Estamos en esto juntos."

De vuelta en la otra aula, Mathias se sienta en su escritorio, pero su mente está en otro lugar, construyendo y deconstruyendo posibilidades. Ve a Rubén en su mente, como un faro en una costa distante, inalcanzable pero constantemente visible.

Y así, tanto Mathias como Rubén quedan atrapados en sus propias órbitas, girando en torno a núcleos de incertidumbre y deseo. Son planetas en un sistema solar de expectativas sociales, cada uno con su propia gravedad pero irremediamente afectados por la fuerza del otro. Todavía no lo saben, pero están destinados a colidir, a romper el frágil equilibrio que han mantenido hasta ahora.

Pero por ahora, la campana suena, los estudiantes se dispersan y la rutina continúa. Ambos jóvenes recolectan sus cosas y van por aire fresco. Mathias se pone su mochila sobre el hombro, toma una respiración profunda y sale al pasillo. Rubén hace lo mismo, con una mirada pensativa en su rostro.

Los dos caminan por pasillos separados, cruzan puertas diferentes, pero algo en el aire ha cambiado. Aunque ninguno pueda articularlo, ambos sienten que algo grande se avecina, algo que sacudirá los cimientos de sus vidas.

Es solo un día, uno entre cientos en sus vidas de adolescentes, pero algo ha empezado a moverse. Una pieza en el tablero de sus vidas se ha movido, aunque todavía no pueda verse toda la partida. Y así, en medio de todas las incertidumbres, los dos avanzan, conscientes pero no completamente entendidos, hacia el siguiente acto en su compleja armonía de deseo y expectativas.

Y quién sabe, quizás la siguiente jugada sea un jaque mate o quizás solo sea una torre moviéndose una casilla más. Pero lo que es seguro es que ninguna de las piezas volverá a su posición original.

Las miradas evitadas a menudo contienen los deseos más profundos.

La pelota baila en el césped como si fuese una extensión de los propios pies de Rubén. Los contornos de su mundo se reducen al rectángulo verde del campo de fútbol, a las líneas blancas que marcan territorios y reglas, a las dos porterías como metas en un mundo que se mide en centímetros y segundos.

Alejandro, se mueve en una sincronía casi poética a su lado, un espejo futbolístico que entiende cada quiebre, cada cambio de ritmo. Alejandro lanza un pase preciso, como si los hilos del destino lo condujeran, y la pelota aterriza en los pies de Rubén. Él hace una finta, una elusiva danza que deja a su marcador en el vacío, y después dispara.

La pelota cruza el aire en una fracción de segundo que parece extenderse, deformando el tiempo a su paso. Todos contienen la respiración, como si el oxígeno pudiera alterar el curso de los acontecimientos. Y entonces sucede: la red tiembla, la cancha explota en un rugido. Gol.

Rubén levanta los brazos en un éxtasis que va más allá del logro deportivo, que roza lo espiritual. Las palmadas en la espalda, los abrazos de sus compañeros, todo contribuye a ese momento de gloria, una cápsula de tiempo donde todo parece posible.

"¡Eres un genio, Rubén!" grita Alejandro, compartiendo la euforia como si fuese un recurso infinito.

Carlos, el entrenador del equipo escolar, asiente desde la línea de banda, una muestra de aprobación que Rubén atesora más que cualquier elogio verbal. En ese instante, la popularidad de Rubén no es un constructo social, sino una entidad palpable, un calor que lo rodea y lo impregna.

Pero incluso en este pico de celebración, Rubén siente la presión que lo circunda, una cortina invisible que lo separa de los demás. Es como si tuviera una puntuación flotando sobre su cabeza, una calificación de su valía que va más allá de su talento. La sombra del ojeador de Boca Juniors pesa en su mente, una promesa y una amenaza entrelazadas en una.

Alejandro lo observa, el ceño ligeramente fruncido. "¿Todo bien? Pareciera que acabas de ganar un concurso de funerales, no un partido de fútbol."

Rubén sonríe, un intento de desterrar la tensión que se adhiere a él como una segunda piel. "Sí, sí, todo en orden. Solo pensando en el siguiente juego, ya sabes."

Pero Alejandro no es fácil de engañar. Sus ojos le dicen a Rubén que conoce esos meandros internos, esos laberintos donde se ocultan las verdades incómodas. "No puedes ganar el próximo partido si no disfrutas este, hermano."

Rubén respira hondo, intentando capturar un poco de la alegría que lo rodea. "Tienes razón,"

admite, aunque sus palabras suenan más como una aspiración que una convicción.

El entrenador se acerca a ellos, con ese andar decidido que parece llevar consigo un viento de cambio. "Excelente trabajo, muchachos. Pero no olviden que un gol no gana un campeonato. Hay que seguir trabajando."

Es una reprimenda disfrazada de elogio, y Rubén la recibe con la mezcla de gratitud y temor que siempre acompaña las palabras de Carlos. "Entendido, entrenador."

Alejandro pone su brazo alrededor de Rubén, como si pudiera transferirle un poco de su ligereza, de esa habilidad para vivir el momento. "Vamos a celebrar. Unas pizzas, tal vez una película. Algo que nos haga sentir normales y no como piezas en un tablero de ajedrez."

La metáfora saca una sonrisa genuina de Rubén. No sabe que en otra parte del colegio, Mathias comparte la misma sensación de ser un peón en un juego más grande, de moverse en patrones predecibles mientras anhela la libertad de saltarse las reglas.

"De acuerdo," dice Rubén, y en ese instante, hace una promesa silenciosa de intentar, aunque sea por un día, dejar de cargar el peso del futuro y simplemente disfrutar el presente.

Alejandro parece percibir el cambio, como si pudiera leer la promesa silenciosa escrita en el rostro de su amigo. "Eso es, hombre. ¡Hoy celebramos!"

El entrenador, que ha estado escuchando desde cierta distancia, se acerca una vez más. "Celebren, sí. Pero recuerden, el entrenamiento de mañana empieza a las 08:00 a.m. en punto."

Rubén y Alejandro intercambian una mirada. La vida de un atleta está llena de estos contrastes, alegría momentánea seguida de inmediata responsabilidad, triunfo y fatiga coexistiendo en un delicado equilibrio.

"Sí, entrenador," responde Rubén, sintiendo como la sombra del compromiso cae sobre ellos. Pero en lugar de opacar su espíritu, la sombra se siente casi confortante, un recordatorio de que este mundo, su mundo, sigue girando con metas y desafíos, anhelos y expectativas. Y que tal vez, solo tal vez, hay espacio para algo más.

Carlos asiente y se aleja, dejando a Rubén y Alejandro solos en medio de la cancha, rodeados por el eco de la emoción que lentamente se disipa en el aire. Los demás jugadores han comenzado a recoger sus cosas, y el sol ya está bajando, tiñendo el cielo con tonos dorados y anaranjados.

Alejandro saca su teléfono y hace una rápida búsqueda. "Vamos a la pizzería que está cerca del cine. Después de comer, vemos qué película nos llama la atención."

Rubén asiente, agradecido por la planificación de su amigo. "Suena genial, Alejandro."

Ambos empiezan a caminar hacia la salida, y Rubén se permite un momento para mirar atrás, donde tantas veces ha encontrado tanto éxito como escape. Hoy ha añadido otra capa a esa compleja relación con el deporte: un momento de introspección, un vislumbre de que hay más en la vida que goles y victorias.

Pero por ahora, hay pizza y películas, risas y camaradería, y Rubén decide que eso es más que suficiente.

Nuestras expectativas son las sombras que dan forma a nuestras
realidades.

Capítulo 2: Satélites y Planetas

Mathias y Sofía se sientan en una de las mesas de madera gastada de la heladería del centro comercial. El lugar, con sus sillas desparejadas y murmullos que suenan a poesía del día a día, siempre ha sido un refugio para ellos. Aquí, entre el aroma del chocolate y el sirope de dulce de leche, encuentran un espacio para respirar, para ser ellos mismos sin el filtro de las expectativas sociales.

Sofía, con sus rizos rebeldes y ojos brillantes, pide dos helados de pistachos para compartir. Se nota que hoy trae esa sonrisa que dice: "Vamos a desmenuzar tus problemas emocionales como si fueran un examen de literatura".

Mathias, cuyo aire pensativo no ha menguado en toda la tarde, acepta el cono que Sofía le tiende y mira cómo la crema fría sube en espiral. Es como si las ondas quisieran hablarle, contarle algún secreto del universo que él aún no ha descubierto.

"Entonces, hablemos de ese chico... Rubén," dice Sofía, rompiendo la fina capa de hielo que se ha formado en el aire.

Mathias se muerde el labio, su mano libre tamborilea sobre la mesa. Ah, Rubén, el chico que se ha convertido en una ecuación matemática compleja que no puede resolver. "Es como si viviera en otra dimensión, Sofi. Cada vez que intento acercarme, algo me aleja. Es como estar en la órbita de un planeta pero nunca aterrizar."

La sinceridad de Mathias resuena en la heladería, se mezcla con el olor a dulces y se almacena en las grietas de las paredes. Sofía lo mira como si pudiera ver a través de él. "Tal vez deberías dejar de pensar que eres un satélite y considerar la posibilidad de que eres un planeta por derecho propio."

"Un planeta enano, tal vez," responde Mathias, media sonrisa aliviando por un segundo el peso de su inseguridad.

"Para de minimizarte. Sabes, hay algo magnético en la vulnerabilidad, Mathi," Sofía pasa la lengua por su helado como si saboreara sus propias palabras. "Tu sensibilidad no es una debilidad; es una fortaleza. Pero tienes que dejar que la gente la vea."

Mathias mira hacia el exterior. La luz del atardecer baña la calle, dibujando sombras que parecen tan complicadas como los laberintos de su mente. Le gustaría poder salir y seguir la luz, ver a dónde le lleva, pero teme que solo termine más perdido.

Sofía, captando la dirección de su mirada, añade, "Y si Rubén no puede apreciar quién eres, entonces él es quien se pierde algo. No tú."

De alguna manera, esas palabras suenan tanto a un abrazo como a un empujón; confortantes y retadoras a la vez. Mathias finalmente sonrío, la primera sonrisa genuina en un tiempo que ni él mismo puede calcular. "Supongo que tienes razón."

En ese momento, sus teléfonos zumban simultáneamente. La realidad, como siempre, exige su atención. Mathias mira su pantalla: es un mensaje de grupo sobre una tarea pendiente. Sofía, con su sexto sentido afinado, lee su incomodidad. "Oye, la vida no va a parar por nosotros, pero eso no significa que debamos parar por ella. No dejes que el ruido del mundo ahogue tu melodía."

Mathias guarda el teléfono, la tensión que lo había estado asfixiando empieza a dispersarse. "Prometo intentarlo, Sofi."

"Y yo prometo estar aquí para verlo," dice Sofía, apurando su helado que ha comenzado a derretirse. Se miran por un momento, dos amigos unidos por la complicada danza de crecer y

descubrirse.

Mientras dejan algunas monedas sobre la mesa y se levantan para salir, Mathias siente una especie de claridad que no había sentido antes. Es como si las palabras de su amiga hubieran sido la llave que necesitaba para desbloquear una puerta dentro de él. No sabe lo que vendrá después en la intrincada partida de ajedrez que es su vida. Pero algo ha cambiado. Ya no se siente como una pieza en el tablero de otra persona; siente que tal vez, solo tal vez, pueda ser el jugador en su propia partida.

Salen del lugar, y la puerta se cierra detrás de ellos como un libro que espera su próximo capítulo. La luz del atardecer ha cambiado otra vez, pintando el cielo con tonos de esperanza. Mathias mira hacia el horizonte, hacia lo desconocido, y siente un cosquilleo en el pecho, como un susurro que le dice que está listo para enfrentar lo que venga.

Sofía parece percibir ese cambio sutil en su postura, en la ligera elevación de su barbilla y el destello más brillante en sus ojos. "Pareces diferente," comenta ella, con una mirada que mezcla curiosidad y aprobación.

"Siento que lo soy," responde Mathias, "al menos un poco. Gracias, Sofi."

"No tienes que agradecerme. A veces solo necesitamos que alguien nos recuerde lo que ya sabemos en el fondo," dice su amiga con una sonrisa que irradia una calidez tranquilizadora.

Ambos caminan juntos por la calle, sus siluetas se mezclan con las sombras del atardecer, formando una sola forma indistinta, como si el mundo estuviera de acuerdo en ese preciso momento de que ellos, de alguna manera, pertenecen juntos. Pero no de una forma posesiva o restrictiva; más bien como dos estrellas independientes que han encontrado una órbita común, siquiera por un corto período.

La valentía no radica en no tener miedo, sino en enfrentarlo a pesar de todo.

Mathias cierra la puerta de su habitación con un suave clic, como si temiera que cualquier sonido más fuerte rompa el precario equilibrio de sus emociones. La habitación es un santuario de orden y estética, pero hoy no encuentra confort.

Se dirige a su escritorio y se sienta, encendiendo su computadora como un ritual para aplacar la ansiedad. Sofía le había dicho algo sobre ser uno mismo, sobre valentía, pero sus palabras se funden en un eco distante. Necesita más. Información. Testimonios. Algo con lo que identificarse, algo que calme el latir frenético de su corazón.

El teclado yace ante él, una llanura de oportunidades y peligros. Sus dedos tiemblan levemente sobre las teclas antes de que él se detenga. Voltea a mirar hacia la ventana, la vista es grandiosa. ¿Será su vida igual de compleja y hermosa si da el paso?

Regresa su atención al teclado. "Cómo saber si estoy listo para salir del armario," escribe, y de repente el universo digital responde con un torrente de links, foros, blogs y videos. Un foro llama su atención: "Jóvenes LGBTQ+ y el proceso de aceptación". Clicka en él, como quien abre una puerta hacia lo desconocido.

Allí, anónimos y no tan anónimos comparten pedazos de su alma. Algunas historias lo llenan de optimismo; relatos de abrazos, lágrimas de alegría, padres y amigos mostrando su apoyo. Pero otras historias son como puñales afilados que se clavan en su esperanza: el rechazo, el aislamiento, la pérdida. Con cada clic, Mathias oscila entre el miedo y la esperanza, un péndulo humano atrapado entre dos futuros.

Un comentario le perfora el alma: "Siento que estoy viviendo una mentira cada día. Pero tengo

miedo de perder a mi familia si les cuento la verdad." Ese miedo resonante, tan parecido al suyo, lo deja casi sin aliento. Podría haber sido él quien escribiera esas palabras. Mathias toma un momento para cerrar los ojos, siente un nudo creciente en su garganta. Respira.

Otra pestaña se abre en su navegador, "Consejos para enfrentar tu orientación sexual." Y aunque las respuestas varían, un mantra parece ser común: la autoaceptación es la clave. Esa palabra, "autoaceptación", brilla en su mente como una estrella solitaria en la oscuridad del espacio.

La pantalla del ordenador se queda oscura durante un segundo por la inactividad, y el reflejo de Mathias en ella le devuelve la mirada. Ve a dos versiones de sí mismo en ese vidrio oscuro. Una escondida, titubeante. La otra resplandece con una luz que solo puede venir de la verdad reconocida. Cierra los ojos, llevándose las manos al rostro, como si pudiera contener el torrente emocional que amenaza con desbordarse.

Un timbre de mensaje rompe el silencio. Sofía. "¿Cómo estás? Recuerda lo que hablamos hoy, no estás solo en esto."

La nota de la certeza y del apoyo en el mensaje hace que las lágrimas se asomen a los ojos de Mathias, pero ahora son lágrimas de alivio y de una suerte de felicidad difusa. Responde: "Aún en la batalla, pero sé que eventualmente encontraré el camino. Gracias, Sofi."

Guarda su teléfono y mira de nuevo hacia la ventana. El cielo se ha oscurecido, los colores del atardecer han cedido lugar a las primeras estrellas.

Mathias sigue atrapado en ese caleidoscopio emocional que es la pantalla de su ordenador. Sus ojos ya están cansados, pero hay algo en ese agotamiento que parece romper las barreras entre su conciencia y su verdadero yo.

Regresa a la página de consejos y se detiene en uno que le sugiere escribir sus sentimientos. Tal vez haya algo en ese acto tangiblemente simple pero profundamente introspectivo que pueda ayudarlo. Abre un nuevo documento en blanco, una página inmaculada que lo espera con paciencia infinita. Sus dedos vuelan sobre el teclado.

"Me siento como un actor en mi propia vida," escribe, "y temo que si me quito el disfraz, perderé a la audiencia. Pero ¿qué es un actor sin verdad? ¿Qué es un escenario si no se vive en él?"

Las palabras fluyen de él como agua liberada, cada frase un desahogo, cada párrafo una pequeña liberación. A medida que escribe, se da cuenta de que no está solo formulando preguntas sino intentando responderlas, no para un lector invisible sino para sí mismo.

"Pero si soy siempre el actor, ¿cuándo soy Mathias? ¿Quién es Mathias sin el escenario, sin la audiencia, sin el guion?"

Se detiene, sorprendido por la cruda honestidad de sus propias palabras. Entonces, la voz de su madre preguntándole si quiere cenar, lo saca de sus pensamientos.

"Te he dejado algo en la cocina," dice.

Es un recordatorio de que el mundo sigue girando, de que hay vida más allá de esa habitación, de ese ordenador, de esos temores.

Cierra el documento en blanco, guardando lo que ha escrito como un primer borrador de su autodescubrimiento. No está listo para compartir estas palabras con el mundo, pero tampoco está listo para descartarlas. Son, de alguna manera, un paso hacia el Mathias que quiere ser, el Mathias que necesita ser.

Le responde a su madre con un simple "Gracias, mamá. Cenaré en un momento." Luego se levanta, estira su cuerpo y siente cómo cada articulación le recuerda que es humano, que está vivo, que tiene el poder de cambiar. No hoy, tal vez ni mañana, pero algún día.

Como estrellas en el cielo, nuestras verdades brillan en la noche de la
incertidumbre, guiándonos a través del vasto universo de nuestra
existencia.

Capítulo 3: Números en el Viento

Bueno, aquí nos encontramos una vez más, en un aula donde el aire está cargado no solo de la esencia de pizarrones y adolescentes sino también de emociones no resueltas. Mathias está aquí, sutil como siempre, deslizándose en su pupitre como un fantasma que prefiere no ser detectado. Pero hoy, la vida tiene otros planes para él. Presta atención, porque los pequeños detalles pueden cambiar el curso de una partida de ajedrez, o en este caso, el flujo de dos vidas.

Se sienta, coloca su cuaderno sobre el escritorio y... espera. Algo llama su atención. Hay números escritos en el pupitre, como si la madera se hubiera convertido en el lienzo para una confesión inesperada. Números telefónicos, para ser exactos, y su corazón deja de latir por un segundo cuando reconoce el nombre que los acompaña: Rubén.

Ah, sí, Rubén. El chico que parece atravesar la vida como quien camina por una pasarela, un espectáculo en sí mismo.

Su corazón cobra vida como un tambor improvisado. En un instante, la sala se llena con el eco de las posibilidades, y no puedo evitar preguntarme: ¿Fue Rubén quien lo escribió? ¿O es esto alguna especie de broma cósmica? Pero aquí estamos, en esta sala cargada de la electricidad de lo que podría ser. Podría guardar el número en su teléfono y luego... ¿qué? ¿Un mensaje? ¿Una llamada? ¿Un salto al abismo? Mathias, con una mezcla de nerviosismo y resolución, desenfunda su teléfono y toma una foto.

Algo en su estómago da vueltas, como si las mariposas que alguna vez habían sido solo una metáfora hubieran cobrado vida y decidieran hacer una coreografía. Se siente como un descubridor que ha tropezado con un mapa del tesoro, pero en lugar de una X que marca el lugar, hay diez dígitos y un nombre que hace que su corazón realice acrobacias complicadas. Es un código, un pase a una dimensión alterna donde podría permitirse decir algo más que frases neutras y observaciones seguras. Una dimensión donde podría ser más que una sombra en la periferia del mundo de Rubén.

Y entonces Sofía entra en escena. Cómo no, ella tiene ese don, como si su ser estuviera afinado para detectar los momentos en que el universo decide ponerse interesante. "¿Todo bien, Mathi?", pregunta.

El tiempo se ralentiza. En este segundo expandido, Mathias cierra su cuaderno con un golpe seco, ocultando el número. Podría ser el tesoro de un pirata o los planos de un arma secreta, por la manera en que actúa. Intenta ser casual, como si pudiera deslizarse de regreso a la normalidad como un patinador sobre hielo.

"Aquí estamos, otro día más en el paraíso académico", dice, y es casi doloroso cómo su sonrisa no llega a sus ojos.

Sofía se sienta junto a él. "Si por 'paraíso' te refieres a 'infierno camuflado', entonces sí, totalmente de acuerdo," responde, arrojando su cuaderno sobre el escritorio como si fuera un guante de duelo.

Mientras Sofía se sumerge en la rutina diaria, Mathias queda flotando en una órbita aparte. No puede evitar pensar que está suspendido entre dos mundos. En uno, es el Mathias que escucha las lecciones, intercambia comentarios irónicos con su amiga y sigue siendo un espectador en la gran ópera del amor no correspondido. Pero en el otro, es un Mathias que tiene en sus manos el poder de alterar el curso de su propia narrativa.

Ahora, su mente se convierte en un teatro donde se escenifican diversas posibilidades. Imagina

a Rubén deslizando un bolígrafo sobre la superficie de madera, dejando su número como una ofrenda o un desafío. También considera la posibilidad de que alguien más lo haya escrito como una especie de broma cruel, una maniobra diseñada para hacerlo chocar y arder. Pero la opción más aterradora de todas es que Rubén realmente lo escribió para él. Entonces, ¿qué significa eso? ¿Es una invitación, una puerta abierta, o simplemente otra pared en el laberinto que ha estado tratando de navegar?

Todo es posible y nada está definido. Y es ahí donde reside la agonía y el éxtasis de este momento. Mathias se encuentra en una encrucijada, y cada camino promete una forma diferente de liberación o decepción.

La tensión es casi palpable. Podría cortarla con un cuchillo, servirla en un plato, y aún sobraría para llevar. Pero eso es lo bonito de estos momentos, ¿verdad? La incertidumbre, esa capa delgada de hielo sobre la que todos patinamos, esperando que aguante un segundo más.

Lo que sí sé es que, Mathias se encuentra más cerca que nunca de cruzar una línea invisible, de desviarse del guion que siempre ha seguido. No importa qué elija, algo ha cambiado en él. Está al borde de algo, como un actor en las bambalinas, escuchando el murmullo del público y sabiendo que su entrada es inminente.

Sofía se inclina hacia Mathias mientras el profesor comienza su monólogo sobre los principios fundamentales del cálculo. "¿Estás seguro de que estás bien? Te ves como si estuvieras en otro planeta."

Mathias sonríe, un atisbo de su antiguo yo brilla en sus ojos. "Estoy bien, solo pensando en cosas, ya sabes."

En el bolsillo de su pantalón, el teléfono parece pesar más que de costumbre. Se siente como si tuviera en su poder un talismán secreto, un objeto mágico que pudiera abrir puertas a mundos desconocidos o cerrarlas para siempre.

La clase pasa en un borrón. Palabras como "derivada" y "límite" flotan en el aire, pero la mente de Mathias está en otra parte, debatiendo cada escenario posible que podría surgir de una simple llamada o mensaje de texto. Mientras dibuja figuras geométricas en el margen de su cuaderno, imagina conversaciones que podrían ser, y las emociones que podrían surgir. Todo es un enigma emocionante y aterrador, un misterio que solo él puede resolver.

Finalmente, la campana suena. Los estudiantes comienzan a recoger sus cosas y a dirigirse a la puerta. Sofía se detiene junto a Mathias, quien sigue sentado, inmerso en sus pensamientos.

"¿Nos vemos más tarde?", pregunta Sofía.

Mathias asiente, guardando su cuaderno y poniéndose de pie. "Claro, nos vemos."

Paralelamente, en una galaxia no tan lejana, Rubén está en el campo de fútbol, sudando bajo el sol del mediodía. Sus músculos están tensos, sus pensamientos, nublados por el inminente partido que determinará su futuro. Él también siente esa peculiar mezcla de nerviosismo e inquietud. Está en el borde de un precipicio emocional y profesional. Todo lo que ha trabajado parece condensarse en este punto singular. Su teléfono yace en su bolso a metros de distancia, completamente inconsciente del número ahora almacenado en el teléfono de Mathias.

Rubén anota un gol. Grita, un aullido de liberación que resuena en la brisa. Pero en su victoria, hay una sombra de duda, un nubarrón en el horizonte brillante de su éxito. ¿Es esto lo que quiere? ¿Es todo lo que hay? Se pregunta si su vida estaría completa si sigue este camino prefijado por las expectativas.

Ambos están en la cúspide de algo, en el borde de una transformación que no pueden prever pero que sienten en sus huesos, en sus almas, en la trama de su ser. Pero en este preciso momento, sus vidas aún no han colisionado en esa confrontación que cambiará todo.

Mathias mira su teléfono una vez más, su pulgar a milímetros del botón 'enviar'. No lo presiona, pero sabe que lo hará. El número en su teléfono es una promesa, un preludio, una nota al margen en el libro de su vida que dice: "Esto es importante. No olvides volver a esto".

Su corazón aún late a ese ritmo incierto, sin saber exactamente hacia dónde, pero con la certeza de que está yendo a algún lugar importante.

Al terminar el día, Mathias llega a su casa, deja su mochila en la puerta y se dirige a su habitación. Su madre le pregunta cómo le ha ido en la escuela y él responde con un vago "bien" mientras cruza el umbral de su santuario personal. Se sienta en su escritorio, rodeado de libros y apuntes, pero su mente sigue atrapada, en la promesa de algo más.

En la delgada línea entre lo desconocido y lo familiar, reside el potencial de la transformación y la agonía del inmovilismo.

Mathias está en su habitación, donde el sol del atardecer se filtra a través de la ventana como un invitado no deseado. Sí, en ese instante piensa que el sol tiende a estropear cosas, como sus intentos de enfocarse en las ecuaciones y los apuntes de filosofía que quedan, por ahora, eclipsados.

Su teléfono, ese rectángulo de vidrio y metal, descansa en el escritorio. Parece más un artefacto mágico que tecnológico, capaz de desatar el caos con unos pocos toques, como si fuese la manzana que tentó a Eva. Mathias mira la pantalla que muestra el nombre "Rubén".

Siente que su corazón ejecuta una serie de acrobacias dignas de un circo, una extraña combinación de nerviosismo y anticipación. Los dedos flotan sobre el teclado del teléfono, como aleteo de mariposa sobre una flor, indecisos. "¿Qué diría Mathias en este momento? ¿Sería valiente? ¿Sería directo?" Se pregunta, sumergiéndose en una piscina de dudas y escenarios hipotéticos. Pero también sabe que Mathias, el Mathias que ha sido durante toda su vida, nunca daría este paso.

Ha tenido esos dígitos memorizados durante días, una secuencia numérica que ha rondado en su mente más que cualquier teorema. Puede sentir su corazón acelerándose, como si corriera junto a él en esta maratón de indecisiones.

Los pensamientos lo inundan, creando un torbellino de dudas y especulaciones que podría muy bien competir con cualquier telenovela en la televisión. La verdad es que si hubiese un guión para esto, él ya lo habría memorizado, analizado y editado hasta la perfección.

Pero esta no es una clase, ni una película. No hay ensayos ni segundas tomas. Este es un texto que puede cambiar la trama de su vida, y eso asusta más que cualquier examen final.

Por un momento, considera cerrar la aplicación, apagar el teléfono y hundirse en las ecuaciones que requieren menos valentía pero igual de mucho cerebro. Pero entonces, ¿qué cambia? Permanecerá en esta burbuja de seguridad simulada donde los problemas son solucionables con fórmulas y las respuestas están al final del libro.

"Si quiero cambiar mi historia, tengo que ser el autor". El pensamiento resuena en su cabeza como un grito de guerra. Sí, el guión necesita un giro de trama, y sólo él puede escribirlo.

Pero espera. Hacerlo como "Mathias" es demasiado riesgoso, demasiado vulnerable.

Abre un nuevo chat. Los dedos ya no titubean. Teclea: "Hola Rubén, soy Luna. Nos conocimos en esa fiesta la semana pasada. ¿Cómo estás?" Se detiene un momento, el pulgar suspendido sobre el botón como si albergara el peso del universo.

Los segundos antes de presionar "enviar" son como el silencio que precede a la caída de la cortina en el teatro. El pulso acelerado, la atmósfera cargada de posibilidades. Con un ligero temblor en su dedo, Mathias finalmente lo envía.

El mensaje despegue como un cohete, cruzando galaxias digitales hasta aterrizar en el mundo de Rubén. Y ahí queda Mathias, flotando en el limbo de lo que acaba de hacer. Se siente tan grande como la osadía que acaba de demostrar, pero también tan pequeño como las partículas de polvo que bailan en los rayos del sol de la tarde.

En ese instante, algo cambia. Siente como si se hubiese liberado de la gravedad de la tierra y estuviese flotando en el espacio. La emoción mezclada con un toque de miedo lo atraviesa, como una ráfaga de aire fresco.

Las implicaciones de este acto son como una sinfonía todavía no escrita. Ha liberado una nota al aire, y ahora debe esperar para ver cómo resuena. Puede ser un acorde menor de arrepentimiento o una mayor melodía de posibilidades. De cualquier forma, se siente como un compositor a punto de descubrir su obra maestra.

Es aterrador y emocionante, como andar en una montaña rusa cuyo final no puede ver. Pero al menos está en movimiento. Al menos algo ha cambiado. Al menos ahora hay una posibilidad, un "quizás", un mañana que esperar.

Mientras tanto, en algún lugar de la ciudad, Rubén seguramente sostiene su teléfono, con la pantalla iluminada mostrando el mensaje de "Luna". Imaginar esta escena provoca en Mathias una sensación extraña, casi como si estuviera hilvanando dos realidades distintas en una sola trama.

Sabe que debería distraerse, tal vez leer o estudiar. Sin embargo, se encuentra pegado a ese dispositivo, esperando, esperando por algo, cualquier indicio de que Rubén ha recibido su mensaje. Y mientras espera, Mathias se pierde en sus pensamientos.

El teléfono zumba. Es un sonido minúsculo, apenas perceptible, pero para Mathias, resuena como una campana en una catedral vacía. Su respiración se detiene por un momento y siente cómo su corazón se precipita en su pecho.

Abre el chat. Es Rubén. La respuesta es simple, pero cargada de posibilidades. "Hola, Luna. No recuerdo haberte conocido, pero he conocido a tantas personas últimamente. ¿Cómo puedo ayudarte?"

Los dedos de Mathias se mueven con una velocidad que ni él sabía que poseía. "Estaba en esa fiesta con una amiga. Tuvimos una breve conversación. Hablamos de música y películas. Pensé que podríamos seguir charlando."

Otro silencio se instala, tan pesado que Mathias puede sentirlo presionando sobre su pecho. Se pregunta qué estará pensando Rubén en este momento, cómo estará interpretando este mensaje. Es un juego peligroso, uno que Mathias nunca imaginó que jugaría.

El teléfono vuelve a zumbir. "¡Ah! Creo que recuerdo. Sí, fue una conversación interesante."

Mathias sonríe, aliviado, aunque sabe que está navegando por aguas desconocidas. "Solo quería saber más sobre ti. Me pareciste alguien interesante y me gustaría conocerte mejor."

Es una verdad a medias, por supuesto. Pero cada gran historia, cada gran aventura, comienza con una pequeña verdad a medias, ¿verdad?

Rubén responde rápidamente. "Eso es muy amable de tu parte. Estaría encantado de charlar más."

Mathias se siente atrapado entre la excitación y el pánico. ¿Qué ha hecho? Ha iniciado una conversación, ha abierto una puerta, pero ¿está realmente preparado para cruzarla?

Toma una respiración profunda, tratando de calmar los nervios que se agitan en su estómago. Siente que está en la cuerda floja, sin red de seguridad. Pero a veces, para encontrar tu verdadero yo, para descubrir quién eres realmente, tienes que arriesgarlo todo.

Con un suspiro decidido, responde: "Eso suena genial."

El mensaje está fuera, lanzado al mundo, y Mathias espera, con el corazón en la garganta, la respuesta de Rubén. ¿Qué traerá este nuevo día? ¿Qué revelaciones esperan a la vuelta de la esquina? Solo el tiempo lo dirá.

Y en ese momento, mientras el atardecer cede paso a la noche y la habitación se sume en la oscuridad, Mathias siente que algo ha cambiado irrevocablemente en su vida. Está al borde de un precipicio, y la única manera de saber qué hay del otro lado es saltar.

Sin embargo, ahí está también el pánico, ese pequeño insecto ruidoso que zumba en el fondo de su mente. "¿Y si Rubén se da cuenta? ¿Y si las piezas del ajedrez se mueven de una manera que no esperaba?" Pero por primera vez, el pánico es solo un personaje secundario en la película de su vida, no el protagonista.

La osadía y el temor bailan en el mismo escenario, como dos actores en una trama donde solo uno puede tener el papel principal.

Rubén está descansando en su habitación, su espacio personal que se siente como una isla alejada del continente de su vida cotidiana. Aunque recientemente, incluso esta isla se ha sentido más como una prisión, un espacio que se está encogiendo en lugar de expandirse. Los trofeos de fútbol descansan en estanterías, silenciosos testigos de las victorias y fracasos que los obtuvieron. El balón en la esquina parece olvidado, aunque hace apenas unas horas se ajustaba cómodamente entre los arcos de sus pies en el campo de entrenamiento. Pero ahora, el balón y los trofeos quedan relegados a la categoría de espectadores, como si también estuvieran esperando que algo suceda.

El celular en su mano vibra, anunciando un nuevo mensaje. El nombre en la pantalla es desconocido: "Luna". En el universo digital, incluso un completo extraño puede aportar misterio, una especie de escapismo. Rubén se siente intrigado; hay algo en ese nombre, en esa aparición súbita que vibra en la misma frecuencia que su curiosidad.

Podría ser un troll, piensa, un amigo que intenta hacerle alguna broma pesada. Pero algo lo detiene, le dice que este mensaje podría ser diferente. Abre el chat y lee. "Hola Rubén, soy Luna. Nos conocimos en esa fiesta la semana pasada. ¿Cómo estás?".

Palabras simples. Rubén queda en silencio. ¿Quién es "Luna"? No recuerdo haber conocido alguna chica en esa fiesta. ¿O sí? Siente un cosquilleo en la base de su columna vertebral, como si acabara de descubrir algo importante, algo a lo que debería prestar atención.

Hay pruebas para el equipo de Boca la próxima semana. Rubén debería estar practicando, revisando jugadas en su mente, pero se siente cada vez más como si estuviera siguiendo un guion que alguien más ha escrito para él.

¿Es esto realmente lo que quiere? Está empezando a dudar, y esas dudas han sido una confusión creciente, un ruido de fondo que no puede silenciar por completo. Pero esta conversación, esta misteriosa comunicación, ofrece una distracción bienvenida pero igualmente inquietante.

Deja el teléfono sobre la cama y se pasea por la habitación, pasando junto a su escritorio lleno de papeles y planificaciones para el futuro, todo centrado en el deporte que practica, como si el resto de su vida fuera un escenario secundario.

Finalmente, se detiene. Toma una respiración profunda y vuelve a tomar su teléfono. Es como si una parte de él, la parte que siempre ha seguido las reglas, le advirtiera de mantenerse en la senda trazada. Pero hay otra parte, rebelde y hambrienta de algo que aún no puede nombrar, que le impulsa a explorar este pequeño acto de rebeldía digital.

Se sienta en su cama, sus dedos flotan sobre la pantalla del teléfono. "De donde obtuviste mi

número?" escribe inicialmente, pero borra todo. Demasiado directo, piensa. Se inclina hacia algo completamente intrépido: "¡Ah! Creo que recuerdo. Sí, fue una conversación interesante." Pulsa 'enviar' y siente como si hubiese lanzado una piedra a un estanque en calma, las ondas aún invisibles, los resultados inciertos.

Ahora está en el juego, en un juego diferente, uno que no entiende completamente. Y mientras una notificación parpadea en la pantalla de su celular, Rubén se siente como si estuviese en el filo de algo nuevo. No sabe si eso es liberador o aterrador, pero ahí está la belleza de este momento, en la promesa implícita de que algo en su vida está a punto de cambiar.

Quizás "Luna" sea una especie de faro en la confusión que siente últimamente, quizás sea un espejismo. Pero ahora mismo, en esta habitación que ha visto todas sus dudas y temores, Rubén se permite creer en la posibilidad de algo nuevo. Y así, en medio de los ecos de un día que está llegando a su fin, bajo la atenta mirada de sus trofeos y su balón olvidado, Rubén espera.

Luego, se levanta y camina hacia la ventana, mirando hacia el cielo nocturno que se despliega más allá del cristal. Las estrellas, esas guías ancestrales y eternas, parecen parpadear como si lo saludaran.

En el fondo, se da cuenta de que aunque el deporte ha sido su mundo, quizás no sea su universo completo. Y aunque no sabe qué forma tomará su vida a partir de este punto, comprende que está dispuesto a averiguarlo.

El teléfono vuelve a vibrar con un nuevo mensaje, y en ese instante, siente que todo es posible. Se siente como un astronauta a punto de cruzar la frontera del espacio conocido, y en su pecho, un universo entero de preguntas y posibilidades empieza a expandirse.

Toma el teléfono con una mezcla de excitación y temor, listo para abrir el mensaje y sumergirse en el desconocido océano de lo que vendrá después. Y en ese pequeño pero infinito momento de incertidumbre, Rubén finalmente se siente verdaderamente vivo, pero eso es una historia para otro momento.

Lo que importa ahora es este interludio de posibilidad, esta suspensión en el aire justo antes de que algo o alguien aterrice. Porque, en algún lugar profundo dentro de él, Rubén sabe que está a punto de saltar, aunque aún no sepa hacia dónde.

La curiosidad es el norte magnético de los espíritus errantes.

Capítulo 4: Entre Perfiles y Personas

Matías se sienta ante la pantalla de su ordenador con una decisión trepidante suspendida en el aire. El resplandor del monitor ilumina su rostro con un fulgor azulado, otorgándole a la escena una cualidad casi sobrenatural.

Ha leído el mensaje de Rubén y algo se remueve dentro de él, algo que ya no puede ignorar. Hay un vacío, una especie de hambre emocional que no ha podido satisfacer como Matías. Pero quizás, como Luna, todo sea diferente.

Abre una ventana del navegador, casi con reverencia, y comienza su búsqueda. "Fotos de chicas de su edad" teclea, sintiéndose un impostor, un falsificador de arte en una galería digital. Pasa las imágenes como si hojease las páginas de un álbum ajeno. "Debe ser alguien realista pero no demasiado memorable", piensa, con la meticulosidad de un artista seleccionando su paleta de colores. Finalmente, se detiene. Dos fotos. Una joven mirando a la cámara con ojos llenos de expectativas; la otra, una versión sonriente de la misma cara, luminosa pero neutral. Hace clic con la tensión de un artificiero cortando un cable.

Minimiza la ventana y navega hacia la plataforma de redes sociales donde Rubén lo espera, implícito en su ausencia. Comienza a construir a Luna. Nombre, edad, escuela, gustos. Cada detalle es como una pincelada en un retrato que no es completamente falso, pero tampoco verdadero. Hay algo de Matías en Luna; un álter ego en los trazos, las sombras, la textura.

Una vez completado el perfil, se toma un momento, mirando el puntero del ratón parpadear sobre el botón "Enviar solicitud de amistad". Es como mirar al abismo y saber que el abismo también lo mira a él. Hace clic. La solicitud se ha enviado. Ha cruzado el Rubicón digital, y el sabor agri dulce de la transgresión se asienta en su estómago como un fármaco poderoso pero incierto.

Ding. "Rubén ha aceptado tu solicitud de amistad". La notificación es como una puerta que se abre en un pasadizo secreto. Matías siente que ha obtenido un pase de acceso a un mundo que le estaba vedado, pero al mismo tiempo, es como si se hubiera colado en un recinto privado, y que cada paso resonara con el eco de su conciencia.

Se inclina hacia atrás en su silla, y por un momento, la habitación, desaparece. Está en un universo de posibilidades y peligros, donde Luna y Matías, ahora coexisten como estrellas binarias en una órbita delicada. Es como ser Dios y Diablo a la vez, piensa. Ha creado una vida, una realidad alterna.

Toma su teléfono y con dedos que ya no tiemblan, inicia el chat. "¿Cómo estuvo tu día? Me encantaría continuar nuestra conversación", escribe Luna. Y cuando envía el mensaje, Matías siente un estremecimiento que corre desde la base de su columna vertebral hasta la coronilla de su cabeza. Es liberador y aterrador, como un salto al vacío.

Apaga el ordenador, cierra la tapa como quien cierra un grimorio antiguo lleno de hechizos. Se recuesta en su cama y mira al techo, como si a través del yeso pudiera ver las constelaciones. Hay una especie de electricidad en el aire, un zumbido apenas perceptible. Algo grande ha comenzado, algo cuyas ondas reverberarán en los rincones más recónditos de su vida, y quizás, de la de Rubén.

Matías sabe que ha lanzado una piedra al estanque de su existencia, y aunque no puede prever todas las ondulaciones que se formarán, está dispuesto a navegarlas, con todas sus incertidumbres y peligros. En ese momento, en ese silencio palpable, se da cuenta de que no hay

vuelta atrás. Pero quizás, solo quizás, tampoco quiera darla.

No duerme esa noche. Da vueltas en su cama, los ojos fijos en la oscuridad como dos lunas propias. Hay una especie de febrilidad en su mente, un torbellino de pensamientos y preguntas que se arremolinan sin cesar. ¿Qué dirá Rubén? ¿Descubrirá alguna incongruencia, algún fallo en la armadura meticulosamente construida de Luna? Y si es así, ¿qué vendrá después?

Las horas se deslizan con la velocidad de la miel en invierno, y Matías se encuentra en un estado de vigilia ansiosa. El teléfono descansa en la mesita de noche, su pantalla apagada es un espejo opaco que refleja la oscuridad circundante. Finalmente, cuando las primeras luces del alba comienzan a filtrarse a través de las cortinas, lo toma. Respira hondo y desbloquea la pantalla.

Allí está. Un mensaje de Rubén. "Todo genial, Luna. ¿y el tuyo?"

El alivio se despliega en su pecho como un paracaídas, y por un momento, todo parece perfecto, inmaculado. Luego viene la siguiente oleada de pensamientos, como un recordatorio implacable de la complejidad de la tela que ha tejido.

La dualidad de su situación lo golpea de nuevo, agudizando las aristas de su conciencia. Se siente de pie frente a un tablero de ajedrez, manejando las piezas blancas y negras a la vez, un juego peligroso en el que cualquier movimiento en falso podría costarle todo.

Despierto pero cansado, Matías se levanta y se dirige al escritorio. Se sienta, el ordenador frente a él como un portal a otro mundo. Enciende la máquina, y mientras espera, su mirada se desvía hacia una fotografía enmarcada junto a la lámpara. Es una foto de él, tomada en tiempos más simples, en una realidad donde las identidades eran fijas y las líneas éticas claras.

El retrato parece observarlo, como si los ojos de su yo más joven lo interrogaran, le pidieran explicaciones. Se pregunta qué pensaría ese Matías de 9 años sobre en quien se ha convertido, sobre las decisiones que está tomando. Casi puede escuchar la voz, diciendo: "Recuerda, las decisiones que tomas te definen, pero también tienen el poder de redimirte o condenarte."

La laptop cobra vida, el inicio de sesión aparece y Matías teclea su contraseña. Una vez más, se encuentra ante la encrucijada digital, listo para publicar otra foto en su falso perfil. Pero antes de hacerlo, se detiene y se mira a sí mismo en el espejo del alma que es su pantalla en negro.

Está en un limbo emocional y ético, sí, pero en ese limbo también encuentra un espacio para ser más audaz, más abierto, más sincero en sus deseos y temores, incluso si es a través de una máscara.

En el reino de la red, la dualidad es el rey, donde los corazones laten
detrás de avatares y las almas destilan verdades a medias.

Capítulo 5: Entre Deseos y Deberes

El pasillo de la escuela zumba con la electricidad del día a día, una mezcla palpable de ansiedad y entusiasmo. Los casilleros alineados a lo largo del corredor, como centinelas metálicos, resguardan secretos, deberes y, en el caso de Mathias, una vida que ahora se desarrolla a medias entre la realidad y las sombras digitales.

Pausa.

Observa el teléfono en la palma de su mano. Ahí, en esa pequeña pantalla, se halla "Luna", su nueva otra mitad. El pulgar de Mathias se posa sobre el botón de "enviar", listo para continuar el juego que ha creado. Pero, en la fracción de segundo antes de que ese dedo descienda, el universo parece alinearse y conspirar.

"¡Hey, Brou!"

La voz de Rubén, el objeto de su fascinación y su tormento, corta el aire, haciendo que el pulgar de Mathias se detenga en seco. Es como otra jugada de ajedrez que no había anticipado, y ahora todo el juego cambia. De inmediato, guarda su teléfono y cierra su casillero, escondiendo a su alter ego, y Mathias intenta proyectar una imagen de tranquilidad.

"¡Hola! ¿Qué tal?". Se haya a sí mismo sorprendido de que Rubén le esté hablando a él, a Mathias.

Rubén se acerca, una sonrisa relajada en su rostro. Los ojos de le brillan, ajenos a la realidad. Su caminar despreocupado, esa sonrisa fácil, hacen que Mathias sienta como si estuviera en un laberinto de espejos. Sin embargo, la conversación fluye con naturalidad, como el correr del agua en un arroyo.

"Bien, bien. Oye, me preguntaba, ¿eres del diario escolar, verdad?"

Mathias siente que su corazón se acelera un poco.

"Sí, soy el que toma las fotos generalmente. ¿Necesitas algo?" responde, intentando mantener un tono casual.

"Genial. ¿Vas a venir a tomar las fotos en el entrenamiento del viernes? Sería bueno tener algunas imágenes nuevas para el próximo artículo."

La forma en que Rubén lo mira, como si realmente le importara la respuesta, hace que Mathias se sienta sorprendentemente visible.

"Planeaba hacerlo, sí. ¿Hay algo en particular que quieras que capture?"

Rubén se rasca la nuca, un gesto tan humano que hace que Mathias se dé cuenta de que, debajo de la popularidad y la habilidad en el fútbol, hay solo un chico de su edad.

"Bueno, estamos probando una nueva formación y sería genial si pudieras tomar algunas fotos que la muestren. Queremos analizarlas después."

Mathias asiente, intrigado por el nivel de seriedad que Rubén le da al tema.

"Claro, puedo hacer eso. Estaré allí con mi cámara."

"Genial, te lo agradezco," dice Rubén, con una sonrisa que hace que Mathias tenga que recordarse a sí mismo cómo respirar.

"Por cierto, soy Rubén."

"Mathias," responde, extendiendo su mano para un apretón que resulta ser un momento lleno de posibilidades no dichas.

"Encantado, Mathias," dice Rubén, y en ese instante, una leve chispa estremece sus manos. Ambos sienten como si algo significativo acaba de ocurrir, algo que ni siquiera ellos pueden

comprender completamente todavía. Entonces, sueltan sus manos.

Como una sombra que se desliza en el borde de la visión, aparece Sofía. Sus ojos, siempre observadores, parecen captar más de lo que muestra su rostro. Hay un momento, un fugaz cruce de miradas entre ella y Mathias, donde todo lo no dicho se cierne entre ellos, pesado y cargado de significado.

"Hola, chicos", saluda Sofía, intuyendo la energía nerviosa de Mathias pero sin entender completamente por qué está allí.

"Hola, Sofía", dice Rubén, su sonrisa extendiéndose a ella.

"Hola", responde Mathias, su mirada cruzando con la de su amiga por un segundo fugaz. En esa fracción de tiempo, siente como si todo estuviera a punto de desmoronarse.

En ese breve instante, Mathias puede sentir cada hilo de su vida enredándose, amenazando con atraparlo en su propia telaraña.

"Tenemos que irnos si no queremos llegar tarde a clase," dice Sofía, su voz rompiendo el encanto del momento.

"Tienes razón", admite Mathias.

"Fue un placer hablar contigo, Rubén. Nos vemos luego."

"Por supuesto", responde Rubén, ajeno a la tormenta emocional que se desata dentro de Mathias. "¡Hasta luego! "

Las despedidas son rápidas, pero cada palabra, cada mirada, agrega peso al alma de Mathias. Camina al lado de Sofía, y cada paso resuena con la conciencia de las elecciones que ha hecho y las que aún debe hacer. Todo parece estar en equilibrio, en la punta de una hoja afilada, y Mathias siente que cualquier soplo de aire podría inclinar la balanza.

"Parece un buen chico," comenta ella con cuidado, como quien camina sobre cristales rotos.

"Lo es," admite Mathias, cada palabra pronunciada con el peso de las montañas.

Las puertas del aula los reciben, pero para Mathias es como entrar a otro mundo, uno lleno de sombras y posibilidades. Se siente atrapado entre lo que es y lo que podría ser. En su mente, se reproducen las palabras, las miradas, los momentos. Se siente como una mariposa atrapada en un frasco, anhelando volar pero temiendo las consecuencias.

Sin embargo, la vida sigue.

Pero por ahora, en este momento, en este lugar, solo puede seguir adelante, un paso a la vez, mientras el mundo gira y gira a su alrededor.

La docente toma su lugar frente a la pizarra, y la clase parece despertar como si un director invisible levantara la batuta. Pero para Mathias, el mundo exterior se desdibuja. Aunque su cuaderno está abierto ante él y el bolígrafo se cierne sobre la página en blanco, las letras y palabras parecen jugar a las escondidas en su mente.

Sofía, sentada a su lado, se sumerge en las explicaciones de la profesora, pero cada tanto lanza miradas laterales a Mathias. Ella es una lectora incansable de gestos y tonos, y aunque no puede descifrar la letra cifrada de la vida de Mathias, algo en su instinto le dice que hay capítulos ocultos, páginas no leídas.

El reloj en la pared marca el tiempo, cada tic tac es como un golpe suave pero firme que le recuerda a Mathias su estado de ser, aquí y ahora, con la realidad y la ficción entrelazadas en un delicado vals. Rubén, por su parte, está a unas habitaciones de distancia, y sin embargo, su presencia se siente como un eco en la vida de Mathias, una melodía pegajosa que no puede sacar de su mente.

Llegado el final de la clase. Sofía cierra su cuaderno, con el meticuloso cuidado que le da a todo lo que hace. Mathias, por otro lado, parece estar a millas de distancia. El cuaderno frente a

él está prácticamente vacío, salvo por garabatos inconexos que ni siquiera él puede interpretar.

Se levanta, lanza su mochila al hombro y sigue a su amiga fuera del salón. La escuela ahora es un enjambre de actividad, con el timbre marcando la transición hacia la siguiente hora de enseñanza o, en su caso, otra hora de introspección.

"Pareces perdido en tus pensamientos," observa Sofía, con una curiosidad que raya en la preocupación.

Mathias sonríe con una ironía que solo él entiende, "Si tan solo supieras."

Ambos caminan juntos hacia sus casilleros. El suyo, otra vez, se convierte en un monumento a su doble vida. El teléfono allí, aún con el mensaje no enviado a Rubén, es como un pequeño Júpiter alrededor del cual todas sus otras preocupaciones orbitan. Pero incluso Júpiter tiene sus tormentas, y Mathias siente que la suya está a punto de desatarse.

Cierra el casillero y da un paso atrás, como si pudiera alejarse de la gravedad de su propia vida. Pero sabe que es solo una ilusión. No hay huida; no hay evasión. Cada momento, cada interacción, teje la tela aún más apretada, y él, atrapado en su complejidad, solo puede contemplar cómo se desenrolla todo, una hebra a la vez.

La verdad y la ficción danzan en la penumbra de la identidad, revelando que somos narradores y personajes en la historia de nuestra vida.

Aquí estamos, en una habitación que guarda el aroma de la adolescencia y la angustia, iluminada sólo por la luz de un teléfono que yace en la mano de Mathias como si fuese un fragmento sacado de alguna constelación distante. Se sienta en su cama, y su espalda se recuesta contra la pared como si estuviese buscando un apoyo sólido en un mundo en constante movimiento. Sí, en el mundo exterior hay autos que pasan y semáforos que cambian de color, pero aquí, en este pequeño universo que Mathias ha creado para sí mismo, todo parece congelado en un instante interminable.

Mira la pantalla de su teléfono y se detiene. Un mensaje nuevo. El nombre "Rubén" ilumina la pantalla, y podría casi jurar que su corazón olvida cómo bombear sangre durante un par de latidos.

Mathias quiere abrirlo. Dios, cómo lo desea. Pero hay algo que lo frena, una fuerza casi gravitatoria que retiene su pulgar antes de tocar la pantalla. ¿Pueden las emociones pesar? Porque si pudieran, las de Mathias ahora mismo serían una carga insostenible.

No te equivoques. No es que no quiera seguir adelante con esto; es más bien que sabe el poder de una palabra, el peso de un saludo, el compromiso que conlleva una conversación. Cada "hola" es un puente construido, cada "adiós" un posible abismo.

Finalmente, con un suspiro que parece cargar todos sus dilemas, abre el mensaje. Ah, Rubén, tan casual, tan amigable. Aparece dispuesto a seguir conociendo a "Luna", y esa simple idea prende una chispa de alegría en el corazón de Mathias. Pero ojo, no todas las chispas encienden fuegos cálidos y acogedores; algunas pueden desatar incendios.

Esa chispa se encuentra con una nube de culpabilidad que no tarda en formarse. "¿Qué estoy haciendo?", piensa Mathias. Cierra los ojos como si con eso pudiera cerrar también las puertas a sus emociones más complicadas. Pero no puede, y lo sabe.

No es la primera vez que Mathias desea estar en dos lugares a la vez, pero nunca antes ha sentido la necesidad de ser dos personas a la vez. Quisiera ser Luna para explorar este nuevo mundo lleno de posibilidades emocionantes, pero también quisiera ser él mismo, y compartirlo con Rubén. Es como si estuviese en una tienda de dulces pero no pudiera probar nada, como si

fuese el autor de una historia que no se atreve a escribir.

Su mirada se desplaza hasta su escritorio, donde libros y cuadernos se alinean como soldados dispuestos a la batalla. Ahí están sus armas de elección: la filosofía, las matemáticas, disciplinas donde todo tiene una respuesta si se formula la pregunta correcta. Pero, ¿y si no hay una pregunta correcta para lo que siente? Mathias no está enfrentando un problema que se pueda resolver con una ecuación o un razonamiento lógico; está lidiando con algo mucho más caótico, mucho más humano.

Se levanta de la cama con la energía de alguien que busca respuestas. Camina de un lado a otro de la habitación, en un intento por dejar atrás sus pensamientos, pero lo único que logra es mover el aire, ese aire denso que parece estar lleno de todas las palabras no dichas, todos los mensajes no enviados.

Se detiene ante la ventana y mira hacia afuera. La noche se ha tragado el mundo, y sólo las estrellas puntuales intentan rasgar el lienzo oscuro del cielo. "¿Soy yo realmente el autor de mi historia si comienzo escribiéndola con una mentira?", se pregunta.

Claro, la cuestión lo atormenta. Se siente como si estuviese caminando en un campo minado de dudas y temores. No hay mapa que le guíe, ninguna ley de la física que lo proteja de los errores, solo el instinto y la intuición, dos herramientas imperfectas para navegar un laberinto emocional.

Su teléfono vuelve a zumbir, rompiendo su trance. Se apresura a regresar a la cama, agarra el dispositivo como si fuese un salvavidas en un océano tempestuoso. Pero no, esta vez no es Rubén; es un recordatorio, un eco de su vida cotidiana que lo llama a la realidad. Tiene una tarea que entregar al día siguiente, y aunque podría parecer trivial en comparación con la montaña rusa emocional en la que se encuentra, también es un recordatorio de que la vida sigue su curso, con o sin sus decisiones amorosas.

Es un golpe sordo, una llamada de atención. Mathias se encuentra en una encrucijada, un nexo de caminos invisibles que parten en diferentes direcciones, cada uno llevando a un futuro desconocido. Cada elección ahora se siente monumental, como si tuviera el poder de alterar el curso de su historia, de redefinir quién es o quién podría ser.

Así que pone el teléfono en la mesita de noche, como si al dejarlo allí pudiera también dejar de lado todas las preguntas sin respuesta, todas las emociones en conflicto. Apaga la luz, y la oscuridad lo envuelve, pero es una oscuridad llena, atestada de pensamientos y sentimientos que se agolpan y chocan en su mente.

Se mete en la cama, se acomoda en las sábanas como si pudieran ofrecer algún tipo de consuelo, pero sabe que el sueño no vendrá fácilmente.

Da vueltas y más vueltas, como si cada cambio de posición pudiese de alguna manera acomodar también sus inquietudes, hacer que encajen de una forma que tenga sentido. Pero hay piezas que faltan en este rompecabezas emocional, preguntas para las cuales aún no tiene respuestas.

Y mientras se revuelve en su cama, en esa intersección entre el deseo y el deber, la verdad y la ficción, Mathias se hace la pregunta más grande de todas: ¿Será la verdad, cuando finalmente se revele, su liberación o su condena?

La habitación queda en silencio, salvo por el sonido sutil de su respiración y el eco distante de sus pensamientos. Y así, con un futuro incierto extendiéndose ante él como un libro aún por escribir, Mathias se adentra en la oscuridad, sabiendo que cada página que vuelva, cada palabra que elija, será un paso hacia una de esas dos posibles realidades.

En el laberinto de las emociones, las decisiones son los caminos que determinan quiénes somos.

Capítulo 6: Mundos en Encuentro

Mathias percibe el olor del césped recién cortado antes de verlo; un aroma que siempre le ha parecido una combinación entre la frescura de la tierra y la promesa de nuevos comienzos. O al menos eso es lo que le gustaría pensar. El campo de deportes de la escuela es un hervidero de actividad: los jugadores de fútbol, con Ruben a la cabeza, practican tiros a gol, mientras que otros estudiantes participan en actividades extracurriculares menos físicas.

Hoy, Mathias está aquí por el diario escolar. Cámara en mano, se sumerge en la tarea de capturar "la esencia de la vida deportiva", como lo describe la señora Keller, la profesora de literatura. Pero lo que Mathias realmente quiere capturar está más allá del objetivo de su cámara, correteando por el campo de fútbol con una agilidad que parece casi sobrenatural.

Los dedos de Mathias rozan la superficie de su teléfono, en el bolsillo del pantalón, como si pudieran activar por sí solos la aplicación de mensajería y enviarle un mensaje a Ruben. Pero ahí está el problema: el Ruben con el que quiere hablar no es el capitán del equipo de fútbol; es el Ruben que anamece conversando con Luna, la chica que en realidad es una fachada construida con mentiras.

"Solo unos minutos más y me voy", se dice Mathias, pero incluso él no cree en sus propias palabras.

Ruben patea el balón con un estruendo sordo, y este se desliza como un cometa antes de aterrizar en el fondo de la red. Los jugadores lo felicitan, y por un momento, parece un dios entre mortales. Pero entonces algo cambia. Ruben mira a su alrededor, y sus ojos encuentran a Mathias.

Es un cruce de miradas fugaz, pero suficiente. Ruben se acerca.

"Oye Mathias, si viniste. ¿Has capturando alguna de las jugadas?", dice, quitándose el sudor de la frente con el dorso de su mano.

Mathias siente como si una cuerda tirase de su estómago.

"Algo así."

Ruben sonríe, y es como si el sol brillara un poco más fuerte.

Una pausa, y en ese espacio se cuelan todas las cosas que Mathias quiere decir pero no puede. El silencio está lleno de todas las palabras que ha escrito en la pantalla de su teléfono, palabras que Ruben ha leído pero nunca ha escuchado. Es un abismo que Mathias no sabe cómo cruzar.

Ruben rompe el silencio. "Oye, si alguna vez quieres hacer un reportaje fotográfico sobre el equipo, estaríamos encantados."

Mathias sonríe, atrapado en la corriente de una conversación que parece ir en la dirección opuesta a donde necesita ir, pero quizás es exactamente donde debería estar.

"Lo pensaré", responde, aunque en su mente ya está barajando las implicancias de ese 'pensaré'. Lo que realmente quiere pensar es cómo llegar del punto A al punto B, cómo transformar una mentira en una verdad, o al menos en algo que se le parezca.

"Genial, nos vemos entonces," dice Ruben, regresando a su reino de césped y expectativas.

Y así, se marcha, dejando a Mathias con una cámara llena de fotos y un corazón lleno de palabras no dichas. Mathias toma una respiración profunda, como si el aire pudiera llenar el espacio que Ruben ha dejado vacío.

Él sabe que está en un cruce de caminos. Puede seguir siendo Mathias, el fotógrafo invisible, o puede ser alguien más audaz, alguien que se atreve a cruzar la línea entre lo que es y lo que

podría ser.

Pero por ahora, en este preciso momento, es solo un chico con una cámara y una verdad que está empezando a pesar más que el más pesado de los objetivos.

El sol comienza a declinar, bañando el campo con tonos dorados. Cada sombra que se alarga es un recordatorio del tiempo que pasa, de las decisiones que deben tomarse. Mathias siente el peso del momento, pero también la liberación de haber compartido aunque sea un breve intercambio con Ruben.

El reflejo en el espejo se desdibuja, pero las palabras que compartimos
construyen un espejo más claro.

Un par de días después, Mathias entra en la biblioteca con una especie de sigilo reflexivo, como si tratara de no despertar los fantasmas de los libros olvidados. El aire acondicionado zumba, acallando el ruido del mundo exterior. Unas cuantas almas se hallan desperdigadas entre los estantes, ocultas detrás de pantallas de computadoras o atrapadas en las páginas de textos voluminosos.

Y entonces lo ve.

Rubén, está sentado solo en una mesa en la esquina, la cabeza inclinada sobre un libro. Mathias se detiene en seco. En su cabeza, los mensajes de texto que han intercambiado se superponen con este momento, y siente como si estuviera a punto de romper una ley no escrita del universo.

Pero entonces Rubén levanta la cabeza y sus ojos se encuentran.

"Hola, Mathias. ¿Has venido a estudiar?," dice Rubén, marcando la página con un dedo y cerrando el libro con una sonrisa fácil.

La adrenalina de Mathias, que había estado a punto de catapultarle fuera de la biblioteca, de repente toma un giro, redirigiéndose hacia algo que podría confundirse con valor. "Hey," responde. "Sí, necesitaba refrescar algunas cosas antes de los exámenes, supongo."

Se aproxima a la mesa de Rubén, tirando de una silla y sentándose frente a él. No hay vuelta atrás ahora.

"¿Fútbol o estudios?" se atreve a preguntar.

Rubén suelta una risita. "Un poco de ambos, pero ahora mismo estaba leyendo algo que no tiene nada que ver con la escuela o el deporte. Es como un respiro, ya sabes."

Un respiro. Mathias entiende eso. Ambos están en esta biblioteca por un respiro, aunque por razones muy diferentes. "Totalmente, ¿qué estás leyendo?"

"'Cien años de soledad'. Es fascinante."

Mathias se ríe. "Buena elección. García Márquez tiene una forma de hacer que lo imposible parezca cotidiano."

Las palabras fluyen entre ellos como agua, fácil y refrescante. Hablan de libros, de la presión de las expectativas, incluso del significado existencial de los memes. Con cada palabra, la conexión entre ellos parece surgir, como si estuvieran descubriendo un lenguaje común.

Pero en el fondo de la mente de Mathias, como un eco en una cueva, resuena otra realidad. Se pregunta qué vería Rubén si pudiera mirar dentro de él en este preciso momento. ¿Vería a Mathias, o vislumbraría la sombra de "Luna"?

Rubén repentinamente se inclina hacia adelante, sus ojos buscando algo en los de Mathias. "¿Alguna vez sientes que estás llevando una especie de doble vida?"

Mathias casi puede oír el crujir de su corazón. "¿Qué quieres decir?"

Rubén se encoge de hombros. "Ya sabes, como si hubiera una versión de ti que el mundo ve y otra que se guarda para ti mismo. Y a veces te preguntas cuál es la verdadera."

Si Mathias tuviera un espejo, juraría que su reflejo estaría sudando. El aire entre ellos se vuelve denso, cargado. "Creo que la versión verdadera es la que puedes ser cuando dejas de preocuparte por lo que el mundo piensa," dice finalmente.

Rubén asiente, mirándolo como si hubiera dicho algo profundamente correcto o terriblemente erróneo. "Sí, eso suena justo."

Y entonces, el mundo externo irrumpe en su burbuja cuando el timbre de la escuela suena, anunciando el final del período de estudio. Los estudiantes empiezan a salir, charlando entre ellos, recogiendo mochilas y sueños interrumpidos.

"Supongo que deberíamos irnos," dice Rubén, recogiendo su libro.

"Supongo que sí," responde Mathias, pero en su voz hay un rastro de pesar. Como si algo crucial se hubiera quedado sin decir, como si una puerta se hubiera abierto solo para cerrarse otra vez.

Ambos se levantan, cargando el peso de lo que saben y lo que no saben el uno del otro. Rubén ofrece una última sonrisa. "Ha sido genial hablar contigo, Mathias. Deberíamos hacerlo más a menudo."

"Sí, estaría bien," dice Mathias, pero mientras ve a Rubén salir de la biblioteca, la doble vida que lleva se siente más pesada que nunca.

En algún lugar entre los estantes de libros y las conversaciones fáciles, algo real y significativo ha surgido. Pero, ¿qué vale esa conexión si está construida sobre una fundación de mentiras?

Mathias se queda solo, atrapado en el vértice de lo que es y lo que está pretendiendo ser. Y aunque ha compartido una conexión inesperada con Rubén, se da cuenta de que todavía tiene un largo camino por recorrer antes de reconciliarse con la única persona que puede liberarlo de su doble vida: él mismo.

La biblioteca, con su silencio, ofrece poco consuelo. Porque las palabras no dichas a menudo son las más ruidosas, y Mathias se pregunta cuánto tiempo más podrá vivir en el ruido.

Mientras está sentado allí, reflexionando sobre el laberinto de emociones que hay dentro de él, su teléfono vibra. Por reflejo, lo saca del bolsillo. Es un mensaje de Rubén a "Luna", preguntándole como ha sido su día. Mathias lo lee y se siente como si estuviera al borde de dos mundos.

"Oye, ¿estás bien?" Una voz suave interrumpe sus pensamientos.

Mathias levanta la vista y ve a Valeria, miembro del grupo de apoyo LGBTQ+ de la secundaria, sosteniendo una pila de libros como si fueran un salvavidas. No la había notado cuando entró, pero claro, había estado preocupado.

"Sí", responde, aunque la palabra sabe a comida insustancial.

Valeria parece percibir la falta de convicción en la respuesta de Mathias, porque coloca su pila de libros sobre la mesa con un suspiro y se sienta frente a él.

"Sí, claro," dice con una sonrisa que no logra esconder su preocupación. "Tienes esa mirada en tu rostro que dice que estás a kilómetros de distancia, quizás en otro universo."

Mathias suelta una risa nerviosa. "Podría ser. Hay mucho en mi mente últimamente."

"Lo entiendo," dice Valeria. "Y si no tienes a nadie con quien hablar sobre eso... quizás podrías considerar unirse a nosotros en la próxima reunión del grupo de apoyo."

Mathias se tensa, casi imperceptiblemente, pero lo suficiente para que Valeria lo note. "Gracias por la oferta, pero estoy bastante ocupado. Sabes, con la escuela y todo eso."

Valeria asiente pero no se retira, como si estuviera estudiando un rompecabezas complicado.

"La escuela es importante, sí. Pero también lo es tu bienestar, Mathias. No puedes abordar uno sin el otro."

"Eso suena como algo que diría mi mamá," responde Mathias, intentando mantener el tono ligero.

"Tu mamá debe ser sabia entonces," responde Valeria, sin perder un ápice de seriedad. "La verdad, es que todos necesitamos un espacio seguro para ser realmente nosotros mismos. ¿Y quién sabe? Podrías encontrarlo útil."

Su insistencia, lejos de ser molesta, comienza a filtrarse a través de las defensas de Mathias. Comienza a entender que tal vez ha estado evitando más que una simple reunión.

"Está bien," dice finalmente, como si las palabras fueran extraídas de él. "Iré a la próxima reunión."

Valeria sonríe, y es como si un poco de la carga que Mathias ha estado llevando se aligera. "Te prometo que no te arrepentirás."

Y aunque todavía no está completamente seguro de su decisión, Mathias no puede evitar pensar que tal vez, solo tal vez, Valeria tiene razón.

Mientras la chica se aleja, Mathias mira hacia la puerta por la que había salido Rubén. El camino a seguir parece nublado y las opciones más turbias que antes. Sin embargo, en esa misma oscuridad, también ve un destello de lo que podría ser claridad, un momento en el que la persona que pretende ser y la persona que realmente es podrían converger en un único punto de verdad.

Pero no es ahora.

Su teléfono vuelve a vibrar, otro mensaje de Rubén a "Luna", probablemente preguntándose por qué no ha respondido todavía. Mathias mira la pantalla y luego vuelve al espacio vacío frente a él. Está atrapado en una corriente emocional y la costa parece estar a muy lejos.

Cierra su teléfono y lo guarda en su bolsillo. El mensaje sigue sin respuesta, pero la pregunta que plantea parece más urgente que nunca.

"¿Quién eres, Matías?" susurra para sí mismo, como si los libros que lo rodean contuvieran una respuesta, codificada en texto y metáfora.

Recoge su mochila y se la echa al hombro mientras sale de la biblioteca. Cada paso se siente como una traición y un camino hacia algo necesario. La puerta se cierra detrás de él y sale al mundo, un escenario tanto para sus momentos más auténticos como para sus instantes más actuados.

Mientras camina por el pasillo, siente el peso del peón aguardando el movimiento en su bolsillo, cada vibración de su teléfono es un recordatorio de las líneas que aún no se han pronunciado. Y aunque el pasillo está lleno de charlas de estudiantes, risas y conversaciones que se funden en un tapiz de la vida cotidiana, para Mathias es un paseo por un paisaje más tranquilo y complicado.

Las palabras no dichas son las que resonarán en el eco de la memoria más fuertemente.

Capítulo 7: El Arte de Ser Auténtico

Mathias aprieta el tirador de la puerta, un metal frío que de alguna manera refleja la inquietud en su estómago. Finalmente, da el paso. Entra en la sala, un rincón acogedor en algún lugar del laberinto escolar, tapizado con afiches de colores del arcoíris y mesas dispuestas en círculo.

Valeria, con sus bucles morados y una camiseta que proclama "Love is Love", levanta la vista. Sus ojos se encuentran, y en ese instante, algo en Mathias se suaviza, como si pudiera respirar un poco más fácil. "Bienvenido," dice ella, y aunque es una palabra tan común, en sus labios suena como un himno de aceptación.

"Gracias," murmura Mathias, tomando asiento junto a una ventana cubierta de adhesivos que hablan de orgullo y libertad. Aquí, parece que las paredes mismas son un secreto compartido, un refugio contra la crueldad del mundo exterior.

Fernando, un chico con una chaqueta de cuero y pendientes que le dan una actitud de 'no me importa lo que pienses', le ofrece una sonrisa reconfortante. "Primera vez, ¿verdad?"

Mathias asiente, las palabras todavía reacias a salir. Todo el mundo tiene una 'primera vez', un momento en el que te das cuenta de que necesitas a otros para entender las partes de ti que ni siquiera tú comprendes. Para Mathias, esa necesidad se ha estado cocinando a fuego lento, una hirviente confusión de preguntas sin respuesta.

Valeria comienza la reunión. "Hoy, me gustaría que todos compartiéramos un momento en que sentimos que realmente pertenecíamos a algo o a alguien." Valeria relata la primera vez que se sintió realmente vista por su familia, después de años de vivir en las sombras.

La charla se mueve, un remolino de voces que llenan la sala. Algunas historias son tristes, otras empoderadoras. Todas comparten una desnudez emocional que Mathias nunca antes había experimentado en un ambiente colectivo.

Y luego, como un faro en medio de la niebla, la voz de Fernando resuena. Habla sobre una carta que escribió pero nunca envió, sobre cómo enfrentarse al miedo era como un bautismo de fuego. "A veces, la única forma de pertenecer es ser valiente," concluye.

Mathias siente como si un puñado de palabras pudiera ser la clave para abrir las cerraduras más complicadas de su ser. Tal vez esta sala, estas personas, sean la combinación que ha estado buscando.

Cuando llega su turno, Mathias vacila. Pero los ojos que lo miran no son jueces, son espejos. Reflejan la vulnerabilidad y la humanidad, el terreno común que todos comparten. Así que habla. No de "Luna", no de Rubén. No todavía. Habla de sentirse atrapado entre dos mundos, de querer pertenecer a alguno pero temer no ser suficiente para ninguno.

Cuando termina, Valeria le da una palmada en la espalda, un simple gesto que se siente como un anclaje. "Gracias por compartir, Mathias. Creo que encontrarás que todos aquí hemos sentido algo similar en un momento u otro. Eso es lo que nos une."

La campana suena, la señal para disolverse y volver al mundo más grande, menos comprensivo. Pero mientras Mathias recoge sus cosas, Fernando se le acerca. "Eso fue valiente, lo que hiciste. Si alguna vez necesitas hablar, aquí estoy."

"Lo tendré en cuenta," responde Mathias, y esas palabras, aunque simples, llevan el peso de una promesa, la chispa de una conexión que podría ser algo más.

Y así, Mathias sale de la sala, las puertas cerrándose detrás de él. Pero algo ha cambiado. Lleva consigo algo nuevo, un hilo que lo conecta a algo más grande que él mismo. Por primera

vez, siente que tal vez, solo tal vez, no tiene que enfrentarse al mundo y a sus laberintos solo.

Pero antes de que pueda perderse en la marea de estudiantes que llenan los pasillos como un torrente humano, una mano toca su hombro. Se da la vuelta y es Valeria, quien lo mira como si pudiera leer los capítulos aún no escritos en su vida.

"Mathias, antes de que te vayas, ¿puedo hablarte un segundo?"

Claro, se detiene. Por supuesto. Valeria parece llevar consigo una atmósfera de aceptación que es difícil de ignorar.

"Sólo quería decirte que es un proceso," comienza ella, sus palabras pesadas como piedras pero suaves como almohadas. "Saber quién eres realmente, quererte por ello, y encontrar tu lugar en el mundo. No pasa de la noche a la mañana. No te pongas demasiada presión, ¿de acuerdo?"

Mathias asiente, cada palabra de Valeria tallando un pequeño espacio en su pecho donde puede respirar un poco más libremente. "Lo intentaré," dice, y aunque es una afirmación modesta, sabe que es un pacto consigo mismo tanto como una respuesta.

"Buena suerte," le dice ella, su sonrisa un faro de luz en un día que, hasta ahora, se ha sentido como un laberinto de sombras. "Y si alguna vez necesitas un oído o un hombro, ya sabes dónde encontrarnos."

Con eso, Valeria se da la vuelta y desaparece de nuevo en el río de estudiantes, pero su impacto permanece. Mathias se queda allí un momento, absorbiendo la revelación de que no está solo en esto, de que hay una comunidad que lo respaldará mientras navega las aguas complicadas de su identidad y su vida.

Se siente como un pequeño pero significativo triunfo, como si hubiera resuelto una ecuación complicada o desentrañado un acertijo. Hay un largo camino por recorrer, por supuesto, caminos que podrían llevarlo a enfrentar verdades más duras, a tomar decisiones difíciles. Pero por ahora, se siente un poco menos perdido, un poco más encontrado.

Se ajusta la mochila en sus hombros y se sumerge de nuevo en el mundo exterior. Pero Mathias camina con algo nuevo: una pizca de confianza, una sensación de pertenencia, y la promesa silenciosa de que, pase lo que pase, siempre habrá un lugar y un grupo de personas donde su auténtico yo será aceptado y celebrado.

La imperfección en el arte y en las relaciones revela la belleza cruda que a menudo buscamos ocultar.

Es uno de esos eventos escolares que consigue unir bajo un mismo techo a deportistas, empollones, artistas y todos los demás estereotipos de la jerarquía adolescente. Una exposición de arte, una de esas donde los padres aplauden con manos flojas y los estudiantes posan junto a cuadros de trazos inciertos. Mathias se siente fuera de lugar, como un libro de matemáticas en una biblioteca de poesía. Pero está aquí, sujetando un vaso de plástico lleno de refresco, su postura encorvada como si tratara de disolver su presencia en la multitud.

Sofía, con un vestido que desafía las leyes de la física y el decoro escolar, le da un codazo. "Vamos, diviértete un poco. Pareces una estatua de la tristeza".

Él suelta una risa, más un intento de liberar tensión que de expresar diversión genuina. Y justo entonces, como si la vida decidiera lanzarle una metáfora visual, Ruben entra en el recinto. Está acompañado de algunos miembros de su equipo, y la conversación que traen consigo llena la habitación como una sinfonía popular que todos quieren oír pero pocos comprenden.

El estómago de Mathias realiza una pirueta. Mira a Sofía, quien capta la mudanza de su humor incluso antes de que él pueda identificarlo. "Ahí está tu Romeo", murmura ella, sarcástica pero

no desprovista de afecto.

"Él no es mi Romeo", contesta Mathias, pero su voz suena más a esperanza que a convicción.

"Entonces, ¿por qué tu cara dice lo contrario?"

Es una buena pregunta, una que Mathias guarda en la galería mental de cosas que necesita desentrañar. Pero no tiene tiempo para eso ahora. Porque Ruben, como guiado por un guión invisible que alguien ha escrito para maximizar el dramatismo de la vida de Mathias, se dirige hacia ellos.

"Hey, Mathias, ¿cómo estás?", pregunta Ruben, con esa sonrisa fácil y segura que ha desmantelado tantas defensas en el pasado.

"Bien, bien", responde Mathias, intentando que su voz no delate la marejada emocional que se esconde detrás de esa simple palabra.

"Me encanta este tipo de eventos", dice Ruben, mirando alrededor antes de volver a posar sus ojos en Mathias, "es una oportunidad para ver a la gente de una manera diferente, ¿sabes?"

Mathias cree captar un doble sentido, esa capa subterránea de significado que sugiere que quizá ellos también podrían verse de una forma diferente. O quizá sea solo su imaginación, recreando una fantasía en una conversación casual.

Sofía, detectando la gravedad emocional del momento, opta por tacto y discreción. "Voy a ver esos cuadros de allá, los que parecen un experimento de física cuántica fallido", dice antes de alejarse, dejando a Mathias y Ruben en su propia burbuja temporal.

"Escuché que hiciste un gran gol en el último partido", dice Mathias, intentando sonar casual.

"Sí, fue un buen momento", responde Ruben, pero hay algo en su tono, un deje de cansancio tal vez, que pinta los contornos de una historia más compleja.

¿Y si Ruben también está cansado? ¿Cansado de ser el héroe de una narrativa que quizá nunca eligió? ¿Y si, como Mathias, también está interpretando un papel, ocultando una verdad detrás de una máscara?

Y justo en ese instante, como si la tensión del momento se hubiera materializado en el aire, ambos se dan cuenta de que la conversación se ha detenido, y lo que queda es un silencio lleno de preguntas no formuladas, de posibilidades suspendidas en el tiempo, como estrellas a punto de caer.

"Entonces, ¿alguna obra de arte que te haya llamado la atención?", Ruben rompe el silencio, señalando con una inclinación de cabeza hacia las paredes empapeladas con creatividad adolescente.

"Para ser honesto, estoy más perdido que un pez fuera del agua en estas cosas", confiesa Mathias, y por un momento, solo un fugaz instante, hay una vibración de autenticidad en el aire entre ellos.

Ruben ríe. "Sé lo que quieres decir. Pero hay algo en la imperfección del arte, especialmente en el arte joven, que lo hace real, ¿no crees?"

Mathias se detiene, sorprendido por la profundidad que se cuela en una conversación que podría haber sido superficial. "Supongo que sí", responde, mirando a Ruben como si intentara descifrar un enigma.

Y en esa mirada sostenida, ambos son conscientes de un hilo invisible que los une, algo que va más allá del fútbol, de las redes sociales, incluso más allá de las identidades que han construido para sobrevivir en el laberinto social que es la escuela.

"Real es bueno", dice Mathias, las palabras flotan como una especie de rendición, de anhelo de algo más verdadero que cualquier arte o deporte podría capturar.

"Real es raro", contesta Ruben, y hay una tristeza en sus ojos que Mathias nunca antes había

notado, como si la armadura del capitán del equipo de fútbol tuviera grietas por donde se filtra el ser humano detrás del título.

"Oye, tengo que irme. Prometí encontrarme con los chicos", dice Ruben, como si estuviera rompiendo un encantamiento, "Pero ha sido bueno hablar contigo".

Y antes de que Mathias pueda articular una respuesta, Ruben se ha ido, desapareciendo en la multitud como una estrella fugaz que cruza el cielo y luego se pierde en la inmensidad del universo.

Sofía regresa, una obra de arte hecha de sonrisas y secretos compartidos. "¿Cómo fue?"

"Real", responde Mathias, pero esa palabra ya no es solo un adjetivo. Es una dimensión, un universo en expansión, un compromiso silencioso con él mismo y quizás, solo quizás, con Ruben también.

"Real es un buen comienzo", dice Sofía, y aunque ni ella ni Mathias lo dicen, ambos saben que el comienzo es solo eso: un primer paso en un viaje que está destinado a ser cualquier cosa menos predecible.

Las metáforas visuales de la vida revelan verdades escondidas en las
sombras de lo cotidiano.

Capítulo 8: El Espejismo de Luna

La noche se estira, y aunque la oscuridad oculta las caras, la luz de las pantallas de dos smartphones ilumina dos espacios separados pero unidos por una conexión digital. En su habitación, Mathias desliza el dedo sobre la pantalla. Como "Luna", ha recibido un mensaje de Rubén, algo un poco más revelador de lo que ha compartido antes.

"Pensé en dejar el equipo el año pasado. Demasiada presión", escribe Rubén, y para Mathias, eso resuena como el grito silencioso de un alma atormentada.

"¿En serio? Pero si eres increíble. Parece que te encanta", responde "Luna", y espera. No sabe si Rubén va a abrirse más, si va a retirar lo dicho o maquillar la verdad.

"Me gusta. Pero hay días en que me pregunto qué más hay. ¿Tú no sientes eso a veces?"

Rubén siente que se está compartiendo con una desconocida y eso le resulta liberador. Como si en la reciprocidad de estos mensajes escritos hallase una fuga a la vida que debe vivir, llena de expectativas y responsabilidades.

Desde su lado de la pantalla, Mathias experimenta un cóctel de emociones; ansiedad, esperanza, un poco de culpabilidad. Sin embargo, todo eso se mezcla en una especie de euforia cuando ve los tres puntos de la respuesta inminente de Rubén.

"Sí, todo el tiempo. Es como si me estuviera buscando y aún no me he encontrado." Responde Mathias.

La respuesta de "Luna" provoca en Rubén una emoción que no puede definir. Es como si, de alguna forma, la palabra "entendimiento" hubiese tomado forma humana y se presentase ante él. Nunca había hablado de esto con nadie, ni siquiera con Alejandro, su amigo más cercano.

"¿Quieres hablar de eso?" pregunta Rubén, mientras contempla las luces de la ciudad a través de su ventana. Piensa en sus padres, en el entrenador, en Boca Juniors. Pero, por una vez, piensa en sí mismo.

La pregunta, que podría parecer simple para cualquiera, a Mathias le llega como un vendaval. "Luna" se está convirtiendo en un pilar emocional para alguien que no sabe quién es ella realmente. Y eso es peligroso, pero también increíblemente gratificante.

"Me encantaría", teclea, y siente un cosquilleo de anticipación, mezclado con ese toque de miedo que siempre acompaña lo desconocido.

"Sería genial hacerlo en persona, ¿no crees?" responde Rubén, y suena tan simple, tan fácil, que da miedo.

Ah, sí. En persona. Eso sería... complicado.

Mathias siente una opresión en el pecho, pero ignora la alarma en su cabeza y decide centrarse en la magia del momento, en la conexión que ha formado, aunque sea con una mentira como punto de partida.

"Definitivamente, sería más auténtico", escribe, jugando con la ironía de la palabra, consciente de su doble sentido en este particular entramado de medias verdades.

"Entonces hagámoslo. Algún día. Cuando estemos listos", teclea Rubén, y aunque no puede ver la cara de "Luna", imagina una sonrisa en ella, tan real como la que se dibuja en la suya.

"Me encantaría, Rubén. Algún día, cuando estemos listos", escribe, y la promesa se suspende en el aire digital, como un puente tendido entre dos mundos, cada uno tan real como frágil.

Y así, en esa noche que parece no querer terminar, las palabras fluyen entre dos personas, cada una buscando algo—quién sabe si a sí mismos, una salida, o quizás la autenticidad que solo se

encuentra en el espacio cóncavo entre dos almas solitarias. Los dos sienten que este es solo el principio.

La pantalla de Mathias se oscurece por inactividad, pero algo en él está más iluminado que nunca. Rubén, en su cuarto, cierra la conversación pero deja la aplicación abierta. "Buenas noches, Luna, descansa", escribe, pero no envía el mensaje. No todavía.

Ambos se quedan mirando el techo en la oscuridad, en mundos separados pero conectados, donde las posibilidades parecen tan infinitas como las estrellas en el cielo nocturno.

Mientras las horas de la noche avanzan inexorablemente hacia la madrugada, Mathias y Rubén se encuentran atrapados en un tipo de ensimismamiento reflexivo. Aunque distantes físicamente, sus mentes están intrincadamente entrelazadas en este juego de sinceridad y ocultamiento.

Rubén, sentado en la esquina de su cama con las piernas cruzadas, sostiene su teléfono con fuerza, como si temiera que se le escurra de las manos. No puede evitar repasar la conversación, y una parte de él desea desesperadamente que lo que siente por este enigma digital sea real. Esa conexión, ese entendimiento mutuo, es algo que nunca había experimentado antes.

Por su parte, Mathias, con la espalda apoyada contra la pared, permite que una única lágrima trace un sendero por su mejilla. El peso de ser otra persona se siente aplastante, pero al mismo tiempo, ser ella le ha permitido abrirse de maneras que nunca habría imaginado.

La mente de Mathias divaga hacia las charlas en el grupo de apoyo. Recuerda cómo se le dijo que enfrentarse a sus miedos y ser auténtico sería el camino hacia la verdadera liberación. Pero ahora, más que nunca, se siente atrapado entre dos mundos. Uno en el que puede ser él mismo y otro en el que la expectativa de los demás lo define.

El reloj de pared de Rubén emite un suave tic tac, llevándolo de vuelta a la realidad. Sus pensamientos se dirigen al partido que tiene el próximo fin de semana y a las pruebas de fichaje. Esas presiones, que una vez fueron todo lo que conocía, ahora parecen pequeñas en comparación con la tormenta emocional que está atravesando.

En un impulso, Rubén toma su teléfono y escribe: "Luna, ¿alguna vez has sentido que estás al borde de algo grande? Algo que podría cambiarlo todo... pero no estás seguro de si estás listo para enfrentarlo". Pulsa enviar antes de que pueda dudar de sí mismo.

El sonido de la notificación hace que Mathias salte. Lee el mensaje y siente un escalofrío recorrerle la espalda. De alguna manera, esas palabras reflejan perfectamente cómo se siente en este momento.

Haciendo una pausa, toma un profundo aliento y responde: "Todo el tiempo, Rubén. Es un salto al vacío. Pero tal vez, solo tal vez, vale la pena arriesgarse".

Los dos jóvenes, aunque separados por la distancia, comparten este momento de vulnerabilidad. Es un recordatorio de que, a pesar de todas las complicaciones, hay una autenticidad subyacente en su conexión. Algo que va más allá de los perfiles y las identidades online.

La oscuridad de la noche se va desvaneciendo lentamente, dando paso a las primeras luces del amanecer. Con el nuevo día llegan las posibilidades, los retos y las decisiones. Pero por ahora, en este breve instante de quietud, Mathias y Rubén se sienten vistos, comprendidos y, sobre todo, conectados con alguien.

El peso de nuestras elecciones es un lastre que llevamos en silencio, como una tormenta que espera su momento.

Mathias se sienta en una banca de madera desgastada, sus ojos fijos en el estanque del parque,

donde los patos nadan en círculos como si tuvieran algún destino claro en mente. A su lado, Sofía, hojea una revista de moda con la atención dividida. Puede sentirlo, la corriente eléctrica de tensión que parece vibrar en el aire alrededor de su amigo. Es un ambiente espeso, casi palpable.

"Estás distante hoy", comenta Sofía, alzando la vista de la revista y entrecerrando los ojos, como si pudiera ver a través de él. "¿Pasa algo?"

Mathias se recompone, su cuerpo instintivamente cerrándose como una flor al ocaso. 'Nada, todo está bien', está a punto de decir, pero las palabras saben a mentira incluso antes de que salgan de su boca.

"Estoy un poco cansado, nada más", responde finalmente, forzando una sonrisa que no llega a sus ojos.

Sofía no se lo cree. Lo conoce demasiado bien. Pero también entiende cuando retroceder es la única opción viable. Suspira, regresando su mirada al estanque. Las ondas del agua parecen resonar con su propio desconcierto.

"Si necesitas hablar, sabes dónde encontrarme", dice ella, sus palabras flotando en el aire como una promesa no dicha.

Mathias asiente, su corazón apretándose en un puño de culpabilidad. ¿Cómo le explica a Sofía, la persona que ha estado a su lado en cada transición, en cada encrucijada de su vida, que ha creado una vida falsa, una identidad digital para explorar partes de sí mismo que ni siquiera entiende completamente? ¿Cómo le dice que está hablando con Rubén, su mutual de internet, como si fuera otra persona, una joven llamada Luna, y que cada mensaje, cada interacción, está tejida con hilos de engaño?

Mira a Sofía, su expresión serena como la superficie del estanque, y se da cuenta de que no puede. No puede arrojar esa piedra en su tranquilo lago de confianza. No todavía. Quizás nunca.

"Lo tendré en cuenta", dice, su voz suave como si temiera que cualquier modulación extra pudiera romper algo entre ellos.

El silencio vuelve a caer, cómodo pero cargado, como una nube oscura que promete una tormenta futura. Mathias vuelve su atención al estanque, a los patos que siguen su curso, ajenos a las complejidades de la existencia humana.

¿Qué harían ellos?, se pregunta. Si pudieran crear una versión de sí mismos que podría nadar en océanos en lugar de estanques, ¿lo harían? ¿A qué precio?

No tiene las respuestas, solo tiene el peso de su elección, un lastre que ahora lleva en silencio. Su teléfono vibra en su bolsillo, probablemente un mensaje de Rubén. Cada vibración es un recordatorio de la línea que ha cruzado.

Es consciente de que está en un terreno resbaladizo, pero en ese momento, con el sol en el punto más alto en el cielo y Sofía a su lado, permitiéndole su silencio, Mathias también se da cuenta de otra cosa. Está solo en esto, incluso cuando está rodeado de gente. Solo él puede navegar las complicadas corrientes de sus decisiones, solo él puede enfrentar la tempestad que seguramente vendrá.

Mathias se pone de pie, extendiendo una mano hacia Sofía.

"Deberíamos irnos". dice, y por un momento, su voz suena más vieja de lo que es, como si llevara el peso de varias vidas.

Sofía asiente, recoge su revista y acepta su mano. Pero mientras caminan fuera del parque, sus figuras recortadas contra la luz del día, Mathias siente la certeza hundiéndose en él. Algo grande ha comenzado, algo que ni siquiera él puede prever.

Sus pasos son mecánicos mientras caminan de regreso a casa, un eco silente de la rutina que han compartido durante años. Pero este día, la rutina es un espejismo, y Mathias lo siente más

agudamente con cada paso. Sus pensamientos siguen volviendo a Luna, al laberinto de mentiras y media verdades que ha construido ladrillo por ladrillo. Cada mensaje, cada "me gusta", una pieza más en un puzle que ni siquiera él sabe cómo resolverá.

¿Qué pasa si Rubén se entera? ¿Y si Sofía se entera? Las preguntas se amontonan en su mente como fichas de dominó, cada una con el potencial de desencadenar una caída en cascada.

Sofía, por su parte, observa a Mathias de reojo. Su intuición, siempre aguda, le dice que hay más en su silencio de lo que está dispuesto a admitir. Pero su lealtad, ese lazo inquebrantable que han forjado a lo largo de los años, la detiene. Sabe que cuando Mathias esté listo, se abrirá. Al menos, eso espera.

Finalmente, llegan al pequeño edificio de apartamentos donde vive Mathias.

"Te veré mañana", murmura, casi una disculpa más que una despedida.

Sofía lo estudia, sus ojos brillando con una mezcla de preocupación y algo más, algo que él no puede identificar. Tal vez decepción, tal vez algo más profundo.

"Claro", responde ella, pero no se mueve, como si esperara que él dijera algo más.

Es su oportunidad. Podría hacerlo ahora, podría decírselo todo y liberar esa presión en su pecho, ese nudo de incertidumbre y culpa. Pero Mathias, mirando la sinceridad en los ojos de Sofía, se encuentra paralizado.

"Nos vemos, Sofía", dice finalmente, dando un paso atrás hacia el portal del edificio.

"Nos vemos, Mathias", replica ella, su voz un murmullo.

Se da la vuelta y se aleja, y Mathias se queda allí, viendo cómo su mejor amiga, se pierde en la distancia. Siente una punzada aguda de algo que podría ser arrepentimiento, o quizás el reconocimiento de una verdad más grande, más compleja: está solo, pero por elección propia.

Y así, con la puerta del apartamento cerrada detrás de él, Mathias se encuentra de nuevo frente a su ordenador. La pantalla ilumina su cara, y por un momento, se detiene. Podría apagarlo todo, desaparecer de las vidas de las personas como si nunca hubiera existido. Pero en su corazón, sabe que no es una opción.

Porque aunque Luna es un espejismo, también es un reflejo de algo verdadero, algo que vive en las sombras de su ser. Y mientras publica su siguiente foto robada de otro perfil, siente cómo esa otra vida, esa otra identidad, se enreda más profundamente en la trama de su existencia.

Ha hecho su elección, y aunque las ondulaciones de esa decisión se extenderán en direcciones que no puede prever, por primera vez en mucho tiempo, Mathias siente que está tomando el control de algo, incluso si ese algo está construido sobre un terreno tan inestable como la arena.

Sabe que la tormenta vendrá, tarde o temprano, pero por ahora, en la quietud de su cuarto, Mathias se permite sentir un atisbo de algo parecido a la paz.

Entre las sombras de la vida digital y la luz de la realidad, se encuentra el laberinto de verdades y medias mentiras que construimos.

Capítulo 9: Corazones Parpadeantes

Entender la complejidad de las emociones humanas no es fácil, y Mathias y Ruben, sumidos en sus propios mundos pero momentáneamente unidos en la quietud de una biblioteca, son la personificación de esa complejidad. Sí, aquí están: dos chicos, una mesa de estudio, libros abiertos que en teoría deberían capturar toda su atención, pero que en realidad sirven como una excusa, una cortina de humo para lo que realmente ocurre.

Mathias entra en la sala, sus ojos recorriendo las estanterías antes de detenerse en la figura de Ruben. No puede evitar notar cómo este se sumerge en su libro de texto como si pudiera encontrar allí todas las respuestas del universo. Y quizás lo hace, quizás no; pero en este momento, la respuesta que Mathias busca no está en los libros, sino en los ojos de Ruben cuando levanta la vista y encuentra su mirada.

"Hey, Mathias, ¿te unes?", pregunta Ruben con una sonrisa que Mathias se convence es más brillante de lo habitual. Quizás es el reflejo de las luces de la biblioteca en sus ojos o quizás — sólo quizás— es algo más.

"Sí, gracias," responde, tomando asiento enfrente de él.

El aire entre ellos está lleno de electricidad, casi zumbando con la tensión de palabras no dichas, de preguntas que acechan en el fondo de sus mentes. Y sin embargo, ambos eligen hablar sobre matemáticas e historia, como si al concentrarse en las fórmulas y números, pudieran descifrar el enigma que se encuentra entre ellos.

Ruben traza círculos con su lápiz en el papel, luchando por encontrar la palabra adecuada para completar su oración. Mathias observa cómo su ceño se frunce, cómo sus labios se entreabren como si estuviera a punto de descubrir algo monumental. Y en ese momento, en ese minúsculo fragmento de tiempo, Mathias quisiera ser la palabra que Ruben busca.

"¿Todo bien?", pregunta Mathias, rompiendo el silencio que se había vuelto demasiado pesado.

Ruben mira hacia arriba, como despertando de un sueño. "Ah, sí, todo bien. Solo que este problema de matemáticas es un rompecabezas."

Mathias se inclina hacia delante, su mirada fija en el libro de Ruben. "Quizás pueda ayudarte."

Por un instante, solo un instante, sus manos casi se tocan. Los dedos de Mathias rozan la piel de Ruben como el delicado toque de una mariposa, y en ese contacto efímero y fugaz, ambos sienten algo. No es eléctrico, no es un rayo; es algo más sutil, más profundo, como si las almas escondidas debajo de su piel reconocieran en el otro una sutil afinidad.

Pero Ruben retira su mano. "Creo que debería hacerlo solo. Es mi problema, después de todo."

La punzada de rechazo se siente como un golpe al estómago para Mathias, pero él asiente. "Claro, entiendo."

El espacio entre ellos ahora parece más grande, como si la distancia física hubiera de alguna manera logrado representar el abismo emocional que ha surgido de la nada. Ambos regresan a sus libros, pero las palabras son borrones, las letras bailan ante sus ojos sin significado alguno.

Quizás, y solo quizás, piensa Mathias, los enigmas más difíciles no están en los libros ni en las fórmulas matemáticas. Quizás, los rompecabezas más complicados son aquellos que llevamos dentro de nosotros. Y mientras se levanta para irse, su mirada se cruza una vez más con la de Ruben. Ambos sonríen, una sonrisa que no llega a sus ojos, y en ese momento, en ese breve intercambio, entienden que algunos enigmas no están destinados a ser resueltos, al menos no

hoy.

Mathias se va, dejando atrás un vacío que ni siquiera Ruben sabía que existía hasta que se llenó y se vació, todo en el lapso de una hora, en la quietud de una biblioteca en un día aparentemente ordinario. Pero no, no hay nada ordinario aquí. En la vida, como en la ficción, las cosas más extraordinarias a menudo suceden en los momentos más comunes. Y así, Mathias y Ruben, cada uno sumido en sus propios pensamientos, cierran sus libros, dejando atrás la mesa, las ecuaciones, y un misterio que todavía está por resolverse.

Ah, la complejidad del corazón humano; nunca deja de sorprendernos, ¿verdad?

Así es, cómo nos damos cuenta de que, a veces, no son las palabras dichas las que resuenan con más fuerza, sino el silencio que queda entre ellas. Ruben, con su espalda recta y su mirada fija en el horizonte, siente el peso de ese silencio.

Mathias, mientras camina por los pasillos de la secundaria, se permite sentir el alcance total de esa breve interacción. Hay algo de Ruben que lo ha afectado profundamente. No es solo la conexión que compartieron, ese breve roce de manos, sino la ausencia de conexión, la distancia que Ruben creó con un solo gesto. La incertidumbre retumba en su pecho, haciendo eco en la cavidad de su corazón. "¿Qué hubiera pasado si...?" Es una pregunta que amenaza con consumirlo.

El cielo, parece suspirar con ellos, reflejando sus esperanzas y temores en rayo luminoso. Y mientras camina hacia su residencia, Mathias levanta la vista, buscando respuestas en las nubes. Cada forma, una posibilidad; cada pajar, una historia diferente.

En algún lugar de la misma ciudad, en su propia habitación, Ruben también observa el cielo. Su mente se asemeja a un campo de batalla, donde los deseos y las obligaciones luchan ferozmente. La presión del futuro, el sueño del fútbol, y esa inquietante conexión con Mathias, todo se combina en un torbellino de emociones.

Y aunque el universo no promete respuestas, a veces ofrece signos. Un sueño, un recuerdo, una canción en la radio que evoca un sentimiento, un momento. Porque, después de todo, la vida es una serie de elecciones, y cada elección conduce a un nuevo camino, a un nuevo destino, a un nuevo comienzo.

En el teatro de la identidad, interpretamos papeles mientras luchamos por encontrar nuestra voz en un mundo sediento de sinceridad.

La pantalla del teléfono brilla en la habitación oscura, iluminando el rostro preocupado de Mathias. La conversación de texto con Ruben se desarrolla ante sus ojos como una pintura inacabada—cada mensaje una pincelada de color en un lienzo aún en blanco.

Ruben, le ha enviado un mensaje, o mejor dicho, a su alias virtual, Luna.

"No sé, Luna. A veces siento que el fútbol se está apoderando de mi vida. Es como si no pudiera respirar."

Mathias siente un nudo en el estómago, la verdad estrujándolo desde adentro. Teclea rápidamente, sus dedos volando sobre las teclas.

"Entiendo. La presión puede ser asfixiante. ¿Has pensado en tomar un descanso?"

La pausa antes de la respuesta de Ruben es eterna. El pequeño indicador de escritura aparece y desaparece, como un latido irregular. Finalmente, el mensaje llega.

"Sí, pero ¿y si eso me hace parecer débil?"

La pregunta envía un escalofrío por la columna de Mathias. Sus pensamientos giran, se entrecruzan con su propia historia de dudas y temores. La vida en el armario es su propio tipo de

presión, el peso del silencio ahogándolo tanto como las expectativas ahogan a Ruben.

"La verdadera debilidad está en no enfrentar tus sentimientos. Si necesitas un respiro, tómallo."

Una notificación suena; el corazón de Mathias da un salto. Es Valeria, enviándole un recordatorio sobre la reunión del grupo de apoyo de mañana. La disonancia entre sus dos mundos es casi demasiado fuerte para soportar.

Ruben responde.

"Gracias, Luna. Eres como un faro en la oscuridad para mí."

La pantalla se nubla a través de los ojos llenos de lágrimas de Mathias. Palabras como dagas, porque él sabe, oh Dios, sabe que debería decirle la verdad. Pero el miedo lo envuelve como una segunda piel, ajustada y sofocante.

"No tienes que agradecerme. Todos necesitamos a alguien que nos escuche."

"¿Eres real, Luna? A veces siento que eres demasiado buena para ser verdad."

Ahí está, el anzuelo del destino, suspendido en el aire entre ellos como una espada de Damocles. Mathias lo siente todo, desde la punta de sus dedos hasta la planta de sus pies: el deseo de ser él mismo, auténtico y sin reservas.

Sostiene el teléfono con manos temblorosas, el cursor parpadeando en el cuadro de texto como un corazón esperando latir.

Y, sin embargo, cuando intenta escribir, las palabras no vienen. Están atrapadas en algún rincón oscuro de su mente, asustadas y escondidas. Es como si todo su ser estuviera en una encrucijada, un punto crítico, una elección entre la comodidad de la mentira y el riesgo doloroso de la verdad.

Cierra los ojos, y exhala.

"Siempre estoy aquí para ti, Ruben."

Envía el mensaje y pone el teléfono boca abajo en su mesita de noche. Se tumba en la cama, mirando el techo como si pudiera descifrar el futuro en sus contornos irregulares.

Se levanta, inquieto como un gato en una habitación cerrada, y camina hacia la ventana. El barrio duerme, pero las luces de la ciudad parpadean en el horizonte, como si fueran las manifestaciones de todas las vidas no vividas, de todas las palabras no dichas.

A lo lejos, puede imaginar el campo de fútbol donde Ruben practica, ese pedazo de tierra transformado en un escenario para sueños y pesadillas. ¿Siente Ruben la misma dualidad, la sensación de estar atrapado entre el personaje que el mundo quiere que sea y la persona que realmente es?

Tiene que saberlo.

Mathias se sienta en su escritorio. Abre una nueva ventana de chat en su teléfono, la tentación de volver a ser Luna lo inunda, pero esta vez, es diferente. Esta vez, el peso de su doble vida es demasiado pesado para llevar. Escribe el nombre de usuario de Ruben, pero se detiene, el cursor parpadeando como un metrónomo de indecisión.

"¿Hola Rubén como estas?", escribe desde su propio perfil personal.

Hoy ha dado un paso, al menos emocionalmente. Siente que se ha acercado al borde de un abismo, mirando hacia el otro lado, donde la verdad lo espera. Pero cruzar ese abismo significaría cambiar todo, y no sabe si está listo para eso, o si Rubén lo está.

Suena un mensaje entrante. Es Ruben, pero esta vez dirigido a Mathias, no a Luna.

"¡Hey Brou!, ¿bien y vos?"

Mathias siente como si alguien le hubiera arrancado el suelo de debajo de los pies.

"Ha sido un día estresante, pero todo bien."

Escribe las palabras con una sensación de desapego, como si estuviera viendo su vida desde

arriba, una especie de experimento social complejo. La pantalla se ilumina con la respuesta de Ruben.

"Te entiendo."

Cada palabra es como un ladrillo, y Mathias se encuentra construyendo una muralla entre él y la persona que más quiere entenderlo. Siente cómo la realidad se desliza entre sus dedos, cómo cada momento que pasa es una oportunidad perdida.

"¿Mañana vas al cole?"

Pero no llega ninguna respuesta.

Se siente atrapado en una especie de limbo emocional, como si estuviera balanceándose en la cuerda floja de su propia identidad. Es una sensación extraña, estar tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, entender tanto y tan poco sobre lo que realmente significa ser uno mismo.

Y así, con su corazón aleteando en su pecho como un pájaro enjaulado, Mathias se tumba en su cama y mira hacia el techo. La oscuridad lo envuelve, pero en su mente, todo está iluminado con la luz brillante e implacable de las posibilidades no realizadas.

El teléfono se queda en silencio, pero el diálogo en su cabeza es ensordecedor. Y aunque sabe que tarde o temprano tendrá que enfrentar la jugada de sus propias decisiones, por ahora, se sumerge en el silencio y permite que la incertidumbre lo inunde, como agua llenando los huecos de una piedra porosa.

La autenticidad no es una señal de debilidad, sino un acto valiente de
enfrentar los miedos que nos limitan.

Capítulo 10: Aguas Profundas de Palabras

Es martes, y la energía en la cancha de fútbol es eléctrica, casi palpable. Los chicos corren, patadas resonando en el césped, y el aire se llena con el olor del sudor y la tierra. En el centro de todo está Ruben, con su pelo pegándose a su frente y un brillo de adrenalina en los ojos. Está vivo en cada centímetro de su piel, sintiendo la pelota como una extensión de sí mismo.

"Bro, ¡muy buen juego!", Alejandro se apresura a felicitarlo, chocando su palma contra la de su amigo. Los músculos de Alejandro parecen tensos, su respiración acelerada, pero hay una sonrisa genuina en su rostro.

"Gracias, hermano. Pero sabes qué es incluso mejor que un buen juego?", Ruben responde, y hay algo en su voz, un tono, que hace que Alejandro frunza el ceño.

"No me digas... ¿Otra chica misteriosa en tu vida?", Alejandro suelta, su escepticismo se dibuja en cada sílaba.

"Ajá", Ruben saca su teléfono, mostrando una cadena de mensajes, "Su nombre es Luna. Es... diferente. Es como si realmente me entendiera."

Alejandro echa un vistazo rápido, lo suficiente para captar emojis de corazones y palabras tiernas. Se siente algo molesto, aunque no puede precisar por qué. "Bro, suena muy bien y todo eso, pero podrías estar hablando con cualquiera. ¿Estás seguro de que es real?"

Ruben guarda su teléfono, su entusiasmo disminuye un poco, pero no del todo. "Sí, lo sé. Pero, ¿alguna vez has hablado con alguien y sientes que... sientes que hay algo real ahí?"

Alejandro se pasa una mano por el pelo, exhalando con pesadez. "Mira, no quiero ser el tipo que llueve sobre tu desfile, pero tenemos diecisiete años. ¿Cuánto puedes conocer realmente a alguien a través de mensajes?"

Ruben mira hacia la cancha vacía, donde las sombras de los jugadores se están alargando con la puesta del sol. "Lo sé, es una locura. Pero Luna es como un oasis en medio de toda esta locura, especialmente con las pruebas de Boca Juniors acercándose."

Ah, sí, las pruebas. Alejandro siente una punzada de ansiedad al mencionarlas. No es sólo Ruben quien siente la presión; es todo el equipo. "Entonces, ¿qué vas a hacer?"

Ruben suspira, es un sonido cargado y complejo. "No lo sé, Alejandro. A veces, es como si estuviera llevando esta doble vida. En la cancha soy una persona, y cuando estoy hablando con Luna, soy... diferente."

Alejandro observa a su amigo, y algo en su mirada cambia. Hay una suavidad ahí, un deseo de entender. "Ruben, no soy un experto en relaciones o algo por el estilo, pero si Luna te hace sentir así de bien, quizás deberías considerar conocerla en persona. Pero, por favor, hazlo en un lugar público y cuéntame antes. No quiero leer sobre ti en las noticias como la última víctima de un engaño en línea."

Ruben sonríe, un destello de dientes blancos y alivio. "Lo haré, bro. Lo haré."

Pero a medida que Alejandro se aleja, Ruben siente un tirón en el estómago, una maraña de emociones que no puede descifrar. Está emocionado por Luna, sí, pero también hay dudas revoloteando en los bordes de su felicidad. Se pregunta si Alejandro tiene razón.

Ruben guarda su teléfono en el bolsillo de sus pantalones deportivos, el peso del dispositivo sintiéndose como un ancla, y pone en marcha una pelota de fútbol solitaria hacia la red. La pelota choca contra el entramado con un sonido sordo, y por un momento, todo parece claro. Pero luego ese momento pasa, y de nuevo está solo, en una cancha cada vez más oscura, enfrentando las

sombras que crecen tanto dentro como fuera de él.

Se percata de que la pelota regresa rosando a sus pies. La observa, como si pudiera encontrar todas sus respuestas en el cuero cosido y el aire comprimido que la llena.

En un acto final de desafío, o tal vez resignación, Ruben lanza la pelota hacia arriba al aire, observándola mientras alcanza su apogeo antes de comenzar su inevitable descenso. Es en ese momento, ese instante suspendido en el tiempo, se da cuenta de que todas las respuestas que busca tienen que venir de él mismo. Luna, las pruebas para el equipo, las expectativas de sus padres y amigos; todos son espejos que reflejan partes de sí mismo que todavía está intentando entender.

La esfera toca el suelo, un golpe sordo en la tierra que resuena con la caída del sol. Ruben se da la vuelta y camina hacia los vestuarios, sintiendo cada paso como si estuviera cargado de significado. Y quizás lo está. Después de todo, cada decisión que toma, cada paso que da, le acerca más a descubrir quién es realmente, tanto para sí mismo como para las personas que lo rodean.

Pero por ahora, todo eso tendrá que esperar. Alejandro ya se ha ido, el vestuario está vacío y el silencio le da espacio para pensar. Se quita la camiseta empapada de sudor y la cambia por una seca, mirándose al espejo antes de salir.

¿Es este el Ruben que realmente soy? ¿Es este el Ruben que quiere estar en Boca Juniors? ¿Es este el Ruben que sus amigos y familia ven cuando lo miran?

Todas son preguntas para las que no tiene respuestas. Al menos, no todavía.

Y con eso, Ruben sale del vestuario. La noche se ha instalado completamente ahora, y el mundo parece estar esperando su próximo movimiento.

Las pantallas revelan verdades ocultas, pero también tejen una red de ilusiones.

Mathias mira fijamente la pantalla del celular, las palabras flotando ante sus ojos como mariposas cautivas. El icono de "Luna" parpadea, invitando a una intimidad forjada en mentiras. Y, sin embargo, es su único acceso a Ruben, el chico cuya sonrisa provoca una sensación insoportablemente agri dulce en su estómago.

En el otro extremo, Ruben se encuentra tumbado en su cama, los ojos fijos en la misma conversación. Para él, Luna es un respiro, un escape de las expectativas asfixiantes. Cada vez que su celular vibra con un nuevo mensaje, siente como si alguien hubiese abierto una ventana en una habitación cerrada.

¿Alguna vez te sientes atrapado en tu propia vida?, escribe "Luna".

El mensaje se desliza en la pantalla de Ruben.

"A veces, sí. Es como si todo el mundo esperara algo de mí y yo solo quiero... no sé, respirar un poco.", contesta.

Mathias lee esas palabras, y algo dentro de él se retuerce de dolor y deleite. Él entiende eso. Dios, cómo lo entiende.

"Lo entiendo. La libertad es un lujo que pocos pueden permitirse, incluso en momentos en que parece que todo debería ser posible." Lo ha dicho Luna, lo ha dicho Mathias.

Ruben se siente visto. Es una sensación extraña, considerando que no ha conocido a Luna cara a cara, pero aquí está, sintiéndose más comprendido por una pantalla que por las personas que llenan las gradas en cada partido de fútbol.

Entonces, se apresura a escribir. "¿Tú qué harías si pudieras hacer cualquier cosa, sin

consecuencias?"

Es un juego peligroso, Mathias lo sabe. Pero está borracho de la ilusión de proximidad, del perfume digital que es Ruben abriéndose a él, aunque sea a una versión falsificada.

"Creo que intentaría vivir como realmente soy, sin esconderme detrás de máscaras o mentiras." Ah, la ironía. Mathias siente su estómago contraerse, como si acabara de tragar y escupir un puñado de alfileres. La verdad es un lujo que no puede permitirse, pero ¿cuánto puede costar una pequeña mentira?

"Suenan liberador.", responde Rubén.

"Lo sería."

Y así, en esa dimensión limitada por píxeles y teclados, Mathias y Ruben encuentran un terreno común que es a la vez un abismo insondable. Ambos se sienten como náufragos en islas separadas, acercándose el uno al otro a través de mensajes como botellas lanzadas al mar. Pero en el horizonte, una tormenta se avecina, una que amenaza con hundirlos en olas de verdades no dichas y secretos revelados.

El otro teléfono de Mathias vibra de nuevo, sacándolo de sus reflexiones. Es un mensaje de Sofía, su mejor amiga, quien seguramente ya ha notado su ausencia en línea. Pero Mathias lo ignora por ahora. Porque aunque se encuentra en una cuerda floja, equilibrándose entre dos mundos que amenazan con colisionar, este momento, por frágil que sea, le pertenece. A él y a Ruben. O, al menos, a las versiones de ellos mismos que han elegido mostrar.

Así que deja el teléfono a un lado, sumido en un silencio pensativo. En algún lugar entre la culpa y la esperanza, Mathias se da cuenta de que está enamorándose, no solo de Ruben sino también de la posibilidad de un futuro donde no tenga que elegir entre ser él mismo y ser amado.

El reloj en la pared sigue haciendo tic tac, marcando cada segundo como una moneda que cae en la fuente de un deseo. Mathias podría desear mil cosas: coraje, honestidad, un final feliz. Pero por ahora, se conforma con esta forma de verdad fragmentada, este intercambio que es tanto una revelación como un disfraz.

Su teléfono vuelve a vibrar, rompiendo el hechizo. Esta vez es un mensaje de Ruben, uno que lleva una carga emocional tan palpable que casi puede sentir el peso del texto.

"Gracias, Luna. No sabes cuánto significa para mí poder hablar sobre esto con alguien."

Mathias mira esas palabras, cada letra como una pincelada en un cuadro aún inacabado. Siente que se le retuerce el corazón, arrugándose como una hoja de papel en un puño apretado. Quiere decir tantas cosas, revelar tantas verdades, pero se encuentra atrapado en una red de su propia creación.

"Lo mismo digo, Ruben. Buenas noches."

"Buenas noches, Luna."

Los mensajes se detienen allí, pero las emociones siguen en auge, llenando la habitación como un perfume demasiado fuerte. Mathias pone su teléfono en la mesita de noche y se recuesta en su cama, las manos detrás de la cabeza y los ojos fijos en el techo como si pudiera ver a través de él hasta el cielo estrellado más allá.

Es un lugar solitario, este espacio entre lo que es y lo que podría ser. Pero en esa soledad, también hay claridad. Mathias no puede seguir así por mucho tiempo. No puede seguir siendo Luna, no cuando quiere desesperadamente ser visto como Mathias, especialmente por Ruben. Y aunque cada fibra de su ser tiembla ante el pensamiento de lo que vendrá después, también sabe que el cambio es inevitable.

Así como las estrellas eventualmente caen, los secretos también encuentran su camino hacia la luz. Y cuando eso suceda, todo lo que puede hacer es esperar que el impacto no sea suficiente

para romperlos.

La noche avanza, llevándose consigo la promesa y el temor, dejando a Mathias sumido en una mezcla embriagadora de ansiedad y anticipación. Se voltea en la cama, buscando el confort que el sueño puede o no traer, pero antes de cerrar los ojos, toma una última mirada a su teléfono. La pantalla está oscura, pero las palabras de Ruben permanecen, luminosas y sombrías como la luna en un cielo nublado.

Y con eso, Mathias se permite cerrar los ojos, flotando en el oscuro océano de sus pensamientos hasta que el sueño, finalmente, lo reclama.

En la distancia digital, las palabras se convierten en puentes entre almas
a la deriva.

Capítulo 11: Búsquedas Paralelas

En el atardecer de Buenos Aires, las luces de los edificios comienzan a encenderse, proyectando un mosaico brillante a través de las ventanas del departamento. El cielo es una mezcla de naranjas, rosas y azules, anunciando el cierre de otro día. Dentro, el departamento es una cápsula de silencio, interrumpido solo por el ocasional gorjeo de un canario en una jaula y el suave zumbido de la vida urbana que hay debajo.

Mathias está sentado en el sofá, sumergido en sus propios pensamientos, su mirada perdida en las luces que se reflejan a través de la ventana. Cada destello podría ser una historia, una lucha, un secreto, y en este momento, él carga con uno muy grande. Los exámenes y la escuela han pasado a segundo plano. ¿Cómo puede concentrarse cuando su mente está ocupada con Ruben, con "Luna", con todo lo que significa?

Claudia, su madre, entra a la sala con dos tazas humeantes de té. La luz del atardecer refleja el brillo dorado en su cabello, dando la impresión de un halo que la envuelve. Observa a su hijo, y aunque su rostro muestra una sonrisa, sus ojos revelan una preocupación más profunda.

Mathias la siente acercarse y regresa de su ensoñación. "Te hice té", dice Claudia suavemente, ofreciéndole una taza. Su voz tiene ese toque maternal, un equilibrio entre el cuidado y la curiosidad.

Mathias asiente, tomando la taza y sintiendo el calor penetrar en sus manos. Hay algo reconfortante en ese simple gesto. Por un momento, el mundo exterior y sus complicaciones desaparecen.

"¿Cómo te preparas para los exámenes?" Claudia pregunta, rompiendo el silencio, su tono cargado de expectativa y preocupación.

Mathias se encoge de hombros, intentando adoptar una actitud despreocupada. "Bien, supongo. Estoy estudiando mucho para ellos."

Claudia lo observa, como si pudiera leer más allá de sus palabras. "Te he notado... distraído últimamente. Como si tu mente estuviera en otro lugar."

Hay una pausa. Los ojos de Mathias buscan desesperadamente un refugio en su taza de té. Quiere decirle todo, cada detalle, cada inseguridad, cada miedo. Pero, ¿cómo puede? "Todo está en orden, mamá", murmura finalmente, evadiendo la profundidad de su mirada.

Ella sonríe, pero hay algo triste en esa sonrisa. "Siempre he creído en ti, Mathias", dice con delicadeza, "pero sé que llevas más peso en tus hombros del que me muestras. Ojalá pudieras compartirlo."

El aire en la habitación parece espesarse. La ciudad allá afuera parece tan lejana, y la relación entre madre e hijo se siente tan cercana, pero a la vez, tan lejana. Las palabras cuelgan en el aire, cargadas de significado y emoción.

Mathias traga saliva, sintiendo un nudo en su garganta. Las palabras de su madre lo afectan, y el deseo de ser entendido, de ser apoyado, se apodera de él.

De alguna forma, siente el peso de las palabras de su madre en el aire, como si fueran objetos tangibles que pudiera tocar. Cada sílaba es un recordatorio de cuánto desearía poder compartir su carga con ella. Pero hay ciertos secretos, ciertas verdades, que todavía no está listo para revelar. Su mamá lo observa con esos ojos que parecen tener el poder de mirar directamente en su alma, y eso le pone aún más nervioso. ¿Puede una madre conocer realmente todos los rincones oscuros del corazón de su hijo?

Claudia coloca su taza en la mesa de café con un delicado clic y cruza las piernas, intentando leer a Mathias como si fuera un libro abierto. Pero las páginas están en blanco, o tal vez escritas en un idioma que ni siquiera ella puede entender.

"Sabes que siempre puedes hablar conmigo, ¿verdad?" dice ella, sus palabras flotando hacia él como una pluma que cae lentamente del cielo.

"Sí, lo sé, mamá", responde Mathias, sus palabras atropellándose como si estuvieran intentando escapar de su boca lo más rápido posible. Su corazón late rápido, cada latido una mezcla de alivio y temor.

Los dos se sumergen en otro silencio elocuente, lleno de palabras no dichas y emociones no expresadas. El reloj en la pared marca el paso del tiempo en segundos audibles, cada tic-tac subrayando la distancia que los separa, una distancia que es tanto física como emocional.

Finalmente, Claudia se levanta y camina hacia la ventana, como si buscara respuestas en el crepúsculo que se convierte en noche. "Si alguna vez estás listo para hablar, estaré aquí. No tienes que llevarlo todo solo", dice, casi como un susurro.

Mathias mira hacia arriba, capturando la sinceridad en los ojos de su madre. Y en ese instante, siente una oleada de amor y gratitud tan intensa que le roba el aliento. Aunque no pueda compartir sus secretos con ella todavía, el simple acto de saber que está allí para él lo fortalece de maneras que no puede expresar.

Ambos miran hacia el horizonte de la ciudad que los rodea, los destellos de luces parpadeantes que ahora comienzan a dominar el paisaje, y aunque estén sumidos en sus propios pensamientos, sus propias preocupaciones y sueños, hay una conexión inquebrantable entre ellos. Y en este momento, aunque Mathias aún tenga que lidiar con el enredo de emociones y conflictos que lo han atrapado, encuentra algo de consuelo en este simple y amoroso acto de presencia maternal.

Así, madre e hijo se quedan sentados, dejando que el mundo siga girando a su alrededor, permitiendo que el tiempo avance sin ellos por un instante. En el fondo, Mathias sabe que su vida está a punto de cambiar, que las elecciones que tome en los próximos días, semanas o meses podrían alterar su mundo de maneras impredecibles. Pero en ese instante, todo eso se siente lejano, como si perteneciera a otra vida.

En la dualidad de ser querido y querer, se halla un laberinto emocional donde las decisiones son senderos hacia la liberación o la condena.

Capítulo 12: La Canción de Dos Almas

En los pasillos de la secundaria, ese laberinto de taquillas y secretos, Mathias y Ruben coinciden como planetas en alineación celestial. Y en este instante fugaz, el aire entre ellos se carga de un magnetismo casi visible, como si todos los guiones y mensajes de texto hubieran sido ensayos para este mismo momento.

Mathias arrastra su mochila más cerca, sintiendo su peso como una ancla. No es solo tela y libros; es una carga de identidades solapadas, de corazones de pixel y caras reales. Su piel le pica con el peso de las palabras no dichas, las confesiones guardadas detrás de la cortina de "Luna."

Ruben, por otro lado, es un faro de autoconfianza, el capitán del equipo de fútbol, la estrella del firmamento escolar. Pero en sus ojos hay un cansancio que no pertenece a la edad, la presión de mil expectativas que espera liberar. Él también lleva un peso, y la lona digital que es "Luna" es su escape.

"Hey, Mathias. ¿Todo bien?" Ruben pregunta, como si las palabras fueran capas de pintura fresca en un cuadro todavía incompleto.

"Sí, todo en orden", responde Mathias, luchando contra la emoción que tiembla en su voz. Cómo le gustaría que este Ruben real conociera todas sus dimensiones, no solo las seguras, las aceptables, las fáciles.

"Estaba pensando... tenemos esa prueba de matemáticas el lunes. ¿Quieres estudiar esta noche? Podría ser por videollamada", sugiere Ruben. Sus ojos buscan los de Mathias, como queriendo encontrar algo, aunque no sepa qué es.

El corazón de Mathias late con fuerza, su pulso late como tambores de guerra. Este es un campo minado y él lo sabe, pero la idea de una noche conversando cara a cara con Ruben, aunque sea a través de una pantalla, lo llena de una emoción que no puede ignorar.

"Sí, me parece perfecto", dice Mathias, la respuesta fluyendo más fácil de lo que esperaba.

"Genial, nos vemos entonces", responde Ruben con una sonrisa que parece iluminar el pasillo entero.

Cuando Ruben se aleja, cada paso resuena en la mente de Mathias como el tictac de un reloj. Los segundos se sienten como horas, las horas como días. Y en ese breve intercambio, algo cambia. Ambos lo sienten. Aunque los dos están atrapados en su propia órbita de inseguridades y expectativas, por un momento, en este cruce de pasillos y vidas, es como si los dos jóvenes pudieran ver el portal hacia algo nuevo. Pero, por supuesto, hay pendientes que descender y secretos que desenterrar antes de llegar allí.

La última campana suena, devolviendo la vida a su curso normal, pero esta normalidad es diferente ahora, cargada de posibilidades y riesgos. Mathias camina hacia su próxima clase, pero su mente ya está en la videollamada de esta noche, preguntándose qué rostros mostrarán, qué verdades se atreverán a compartir, y qué máscaras, si acaso, empezarán a caer.

Mathias se encuentra en su próxima clase, pero sus pensamientos no se centran en la lección. Se imagina cómo será esta noche. ¿Se reirán de la misma manera que lo hacen en sus mensajes de texto? ¿Se sentirá Ruben tan cercano como a él como lo hace con Luna, en esas conversaciones nocturnas llenas de promesas silenciosas?

La campana suena de nuevo, liberando a Mathias de la prisión temporal del aula. La escuela se siente un poco más pequeña ahora, más fácil de navegar. Con cada paso hacia su taquilla,

imagina el sonido del timbre de su teléfono, el resplandor de la pantalla al recibir la videollamada.

Sin embargo, en el fondo, un hilo de ansiedad se desliza como una serpiente, recordándole el doble juego que está jugando. ¿Y si Ruben descubre la verdad sobre durante la llamada? Un desliz, una frase fuera de lugar, y todo se podría venir abajo.

Al llegar a su taquilla, Mathias se detiene. En el espejo diminuto pegado en la puerta interior, se encuentra con sus propios ojos. ¿Qué es lo que está buscando? ¿Una afirmación? ¿Una confesión? ¿O simplemente el coraje para ser quien realmente es? Se ve a sí mismo, pero también a todas las versiones que podría ser: Mathias, el amigo, el hijo, el enamorado; y Luna, la confesión hecha personaje, el deseo oculto en una pantalla.

Cerrando su taquilla, Mathias toma una decisión silenciosa. Esta noche, cuando suene la campana digital y la pantalla se ilumine con el rostro de Ruben, no será solo Mathias quien aparezca. Será un poco de ambos mundos, un paso hacia un futuro donde no necesita máscaras ni secretos.

Mientras camina hacia la salida de la escuela, siente que el peso de su mochila se ha aligerado un poco, como si el acto de decidir hubiera liberado espacio para nuevas posibilidades. Sí, hay riesgos; la caída puede ser profunda. Pero al menos será una caída hacia la verdad.

Las sonrisas compartidas son puentes que unen realidades, pero también abismos que ocultan las verdades no dichas.

Mathias coloca su laptop sobre la mesa, ajusta la luz detrás de él y se asegura de que el póster de la banda de pop que tanto le gusta esté visible pero no demasiado prominente en el fondo. Es una pequeña vanidad, un detalle que espera que Ruben note y aprecie. En su pantalla, el nombre de Ruben parpadea; está en línea. Respire profundo. Haga clic en "Iniciar videollamada."

"Hey, ¿listo para esta sesión de estudio?" Ruben aparece en la pantalla, sus ojos marrones casi eclipsados por la emoción. Parece genuinamente feliz de estar aquí, en este momento digital compartido.

Mathias sonríe, permitiendo que una oleada de calidez lo atraviese. "Nací listo, amigo. ¿Por dónde empezamos?"

Estudian juntos, sí, pero hay algo más, algo intangible que burbujea justo debajo de la superficie de sus interacciones. Cada vez que Ruben sonríe al resolver un problema complicado de matemáticas o cuando Mathias encuentra la manera de explicar un concepto que hace que Ruben lo entienda de inmediato, es como si algo hiciera clic en su lugar.

Sin embargo, Mathias también está aquí como Luna, una presencia invisible pero potente en este pequeño universo de dos personas. Tiene su teléfono al lado de la computadora, las notificaciones de Ruben a Luna apagadas por ahora, una desconexión temporal pero una eterna complicación.

Ruben rompe una pequeña barrera. "Estuve pensando en ir al juego de Boca Juniors la próxima semana. ¿Te gustaría venir? Puede ser... divertido."

El corazón de Mathias se detiene, luego retoma un ritmo frenético. ¿Es este el momento en que las dos vidas se fusionan, o donde todo se desmorona?

"Me encantaría," responde, tratando de mantener el control de su voz.

Ruben sonríe, ese tipo de sonrisa que parece ocupar toda su cara. "Genial, será una salida de chicos."

Mathias siente un nudo en su estómago, como si las mariposas que normalmente revolotean de

alegría se hubieran convertido de repente en criaturas más pesadas, más sombrías. "Sí," dice, "una salida de chicos."

También podría haber sido una cita, piensa, si tan solo fuera otra persona, o si tal vez, solo tal vez, Ruben pudiera ver más allá de las limitaciones impuestas por la sociedad, por ellos mismos.

Y entonces, un nuevo mensaje entra en su teléfono. Ruben a Luna. Una foto de Ruben, sonriente, con un texto que dice: "Estudiando con un amigo, pero deseando que estuvieras aquí, Luna."

Mathias lo mira y siente como si estuviera al borde de un precipicio, la brisa mezclada con posibilidades y peligros, cada decisión que tome de aquí en adelante lo llevará a la salvación o a la condena.

"Hey, pareces perdido," dice Ruben, arrastrándolo de nuevo a la realidad presente. "¿Todo bien?"

"Todo perfecto," miente Mathias, y se obliga a sonreír. "Estaba pensando en ese juego de Boca. Será emocionante."

Ruben asiente, totalmente ajeno a la tempestad emocional que se está gestando en el otro lado de la pantalla. "Sí, estoy ansioso por eso."

Están en el mismo lugar pero en universos separados, y mientras la conversación continúa, Mathias se da cuenta de que algo tiene que ceder pronto, porque nadie puede vivir en dos mundos al mismo tiempo sin romperse en el intento.

Ruben repentinamente cambia de tema, tal vez consciente de alguna atmósfera invisible que se ha condensado entre ellos. "Oye, ¿has escuchado esa nueva canción de la banda que te gusta? La escuché hoy." Ruben señala el poster detrás de Mathias.

Ah, la música. Un tema seguro pero también peligroso, ya que las canciones siempre tienen la manera de exponer las emociones que a menudo preferimos mantener ocultas.

"Sí, es genial, ¿verdad? Los acordes son como pinceladas en un lienzo sonoro," responde Mathias, dejando que su pasión por la música se filtre por los intersticios de sus palabras.

Ruben ríe. "Tienes una forma tan poética de ver el mundo. Me gusta eso de ti. Muy pocas personas tienen esa cualidad"

¿Y qué más te gustaría si supieras toda la verdad? piensa Mathias. Pero se contenta con capturar ese cumplido en un pequeño frasco imaginario en su mente, guardándolo para los días en que la doble vida que está viviendo le pese demasiado.

El teléfono de Mathias vibra de nuevo. Un nuevo mensaje para Luna. Se permite echar un vistazo rápido mientras Ruben hojea un libro. "¿Cómo estás, Luna? Te echo de menos."

El contraste entre el Ruben que conoce como Mathias y el Ruben que conoce como Luna nunca ha sido tan agudo, tan palpable. Siente como si estuviera siendo rasgado en dos, cada versión de Ruben tirando de un extremo diferente de su ser.

Un momento de silencio se cierne sobre la videollamada, como si la tecnología misma pudiera sentir la tensión. Finalmente, Mathias lo rompe. "Ahora estoy ansioso por el juego de Boca, pero también estoy un poco nervioso."

Ruben se detiene, su expresión se suaviza. "¿Por qué nervioso?"

Es la pregunta que Mathias ha estado esperando y temiendo. Una que podría responder de mil maneras diferentes, pero ninguna sería completamente cierta sin revelar todo.

"Será la primera vez que asista a un juego tan grande. Es un poco abrumador, supongo," responde, escogiendo sus palabras con cuidado.

Ruben asiente, su sonrisa regresa, pero es más suave ahora, más considerada. "Entiendo. Pero estarás conmigo, y te prometo que será divertido. ¿Confías en mí?"

"Confío en ti," responde Mathias, y en ese momento, es tanto una verdad como una mentira, una contradicción que lo está rompiendo desde adentro.

La conversación se mueve de nuevo a temas más seguros, pero la intensidad del momento queda suspendida en el aire digital entre ellos, una señal de las tormentas emocionales que se avecinan.

Mathias mira a Ruben, luego a los mensajes en su teléfono, y sabe que algo en esta compleja ecuación de deseo y verdad tiene que cambiar. Pero por ahora, al menos, existe este frágil equilibrio, esta pequeña conexión que es todo lo que tiene, y todo lo que no se atreve a tener.

La pantalla finalmente se oscurece cuando ambos se despiden, prometiendo hablar pronto, quizás demasiado conscientes del peso que esas palabras ahora llevan. Mathias apaga su laptop, pero se queda mirando la pantalla negra mucho después, como si pudiera descubrir algún tipo de respuesta en su propio reflejo.

Y ahí está, en su cuarto a media luz, atrapado entre dos mundos, esperando el día en que finalmente pueda ser uno solo, completo y verdadero. Pero hasta entonces, se encuentra en esta incómoda intersección de identidades, de querer y de ser querido, aterrado y emocionado por lo que vendrá después.

En el cruce de dos mundos, encontramos la paradoja de ser dos mitades de un todo que aún no ha decidido fusionarse.

Capítulo 13: El Abismo de Sus Ojos

La campana suena, marcando el final del periodo de exámenes y el inicio de un breve respiro antes de la próxima oleada de estrés académico. Los estudiantes emergen de sus aulas como criaturas de un letargo prolongado, ojos hinchados y espaldas encorvadas por el peso de la información recién adquirida. Entre ellos, Mathias avanza por el pasillo con una mirada de desapego; como si la escuela fuera una película en la que se encuentra pero no pertenece. A su lado, Sofía hace malabares con una pila de libros y cuadernos, su expresión es la de alguien que ha renunciado temporalmente a la batalla pero no a la guerra.

"Oye, ¿vas a seguir estudiando esta noche?" pregunta Sofía, interrumpiendo el espacio que separa sus dos mundos: el de la vida escolar ordinaria y el de los complicados secretos.

Mathias asiente, aunque su mente está en cualquier lugar menos en los libros. Las letras de las páginas de su cuaderno se emborronan en su imaginación, transformándose en los mensajes de texto que ha estado enviando a Ruben. Cada palabra enviada es como un grano de arena en una playa que podría desmoronarse en cualquier momento.

Es entonces cuando Alejandro aparece, como una ola que rompe la tranquilidad. Su sonrisa es deslumbrante, demasiado brillante para alguien que acaba de pasar horas enfrente de un examen. "Hey, ustedes dos. ¿Tienen planes para el fin de semana?"

Sofía levanta la vista, y por un segundo hay un brillo en sus ojos, un destello que Mathias captura y almacena en su memoria. "Nada concreto", responde ella, tratando de mantener un tono casual. "¿Y tú?"

"Voy a organizar una fiesta en mi casa", anuncia Alejandro. "Nada grande. Solo una pequeña reunión para relajarnos del estrés de los exámenes. ¿Les gustaría venir?"

Sofía acepta casi al instante, su "nos encantaría" colgando en el aire como una declaración más que una pregunta. Mathias, por otro lado, siente un nudo en el estómago. Estar en una fiesta significa estar en el mismo espacio que Ruben, y eso trae un conjunto completamente nuevo de complicaciones.

Alejandro parece notar la vacilación, su mirada se desplaza entre Sofía y Mathias, pero es en Sofía donde se detiene un poco más. "Genial. Estoy seguro de que será divertido." Luego, casi como un pensamiento tardío, añade, "Ah, Ruben también vendrá. Ha estado un poco distraído últimamente. Está saliendo con alguien que conoció en línea."

El mundo de Mathias se detiene por un momento, sus oídos repiten las palabras como un eco persistente. Ruben, distraído. Ruben, saliendo con alguien en línea. Ruben, la persona que está en el otro lado de esos mensajes enviados su alter ego digital. Su cara se convierte en una máscara que no puede decodificar, pero el peso en su pecho habla el lenguaje universal de la ansiedad y la felicidad, ambas revueltas.

Sofía, quien siempre ha tenido el don de leer a Mathias como si fuera una página abierta, siente el cambio en la atmósfera. Su mirada pasa de Alejandro a Mathias, y sus ojos se estrechan un poco, recogiendo y archivando este momento para futuras referencias.

Alejandro, por su parte, parece ajeno al torbellino emocional que acaba de desencadenar. "Bueno, nos vemos en la fiesta", dice, y se aleja con la confianza de alguien que nunca ha tenido que cuestionar su lugar en el mundo.

Mathias y Sofía se quedan en silencio, cada uno envuelto en su propio conjunto de preguntas no formuladas y verdades no dichas. El pasillo se llena de otros estudiantes, pero para Mathias es

como si todo el mundo se hubiera vaciado.

Este es el precipicio del cambio, el momento en el que todo lo que ha estado ocultando amenaza con salir a la luz. Alejandro, con su invitación casual y su interés en Sofía, ha arrancado una página del libro que Mathias había estado tan desesperado por mantener cerrado. Y ahora, al borde de este acantilado emocional, solo puede preguntarse si está listo para enfrentar lo que viene a continuación.

¿Lo está?

El aire se siente más pesado, cada segundo que pasa es una piedra que se añade a la mochila de sus incertidumbres. Y así, en este corredor lleno de puertas y posibilidades, se encuentran. Con el futuro oscilando en el equilibrio, y con corazones llenos de secretos, esperan.

Con un suspiro, Sofía se inclina hacia Mathias, su voz apenas audible entre el murmullo de estudiantes. "Mathi, ¿estás bien?" pregunta, sus ojos llenos de preocupación. "Te has puesto tan pálido. ¿Es lo de Ruben? ¿Lo de la chica en línea?"

Mathias no sabe cómo responder. Sí, es por Ruben, pero no exactamente por la razón que Sofía piensa. Finalmente, se decide por una respuesta parcial. "Es complicado, Sofi. Es todo esto."

Ella frunce el ceño, tratando de entender. "¿Te refieres a la fiesta? ¿a los exámenes? O ¿es algo más?"

Él responde con una mirada cargada de emociones, tratando de transmitir lo que no puede poner en palabras.

"Es solo que últimamente todo se está volviendo tan... abrumador. Los exámenes, la fiesta, lo de Alejandro y tú," admite, sus palabras fluyendo como un río que ha sido liberado. "Es demasiado."

Sofía parpadea, sorprendida. "¿Alejandro y yo? Mathi, no hay nada entre nosotros. Solo es un chico que parece interesado. No significa que yo sienta lo mismo. Y además, ¿qué tiene eso que ver con todo lo demás?"

Mathias toma una profunda respiración. Es hora de sumergirse en las aguas profundas. "Alejandro es popular, parece tener todo bajo control. Y tú eres mi mejor amiga, y lo único constante en mi vida. Si él te aleja de mí, me sentiría aún más perdido."

Sofía lo mira, su expresión suave. "Mathi, nadie, y quiero decir nadie, podría alejarme de ti. No importa quién entre en mi vida. Siempre serás mi mejor amigo."

Las palabras de Sofía son un bálsamo para las heridas de Mathias. Pero todavía hay más.

Sin embargo, por ahora, es suficiente. Los dos amigos se envuelven en un abrazo reconfortante, una promesa silente de que, pase lo que pase, estarán allí el uno para el otro.

La fiesta de Alejandro está en el horizonte, y con ella vendrán revelaciones y confrontaciones. Los secretos de Mathias están a punto de desenmarañarse, y las consecuencias de sus acciones están a la vuelta de la esquina.

En el abismo de unos ojos se esconde un universo de historias no
contadas y secretos guardados en susurros de miradas.

Bajo el dosel nocturno, las estrellas parpadeantes contrastan con la luminosidad artificial de las luces del jardín. Alejandro, conocido por sus fiestas a gran escala, ha superado todas las expectativas. El aire está impregnado de la música electrónica, resonando en el espacio. Las risas y las conversaciones flotan, como burbujas que buscan elevarse.

Ah, y aquí está Mathias, parado con su bebida en mano, observando la pista de baile. A veces,

desliza una mirada hacia su celular, donde su alter ego Luna parece querer salir a bailar, recordándole su secreto. Un sudor frío le recorre la nuca, y no por el calor de la noche.

Pasa su vista entre la multitud y allí está, Rubén, con su inconfundible carisma, siendo el centro de atención, como siempre. Sus miradas se cruzan, y durante un breve momento, el mundo se detiene. Es una mirada cargada, llena de historias no contadas y secretos no revelados. Los dos muchachos se sumergen en ese silencio cómplice, interrumpido solo por la vibrante melodía de la canción que suena.

Sofía, con su don de observar, nota la interacción y le da un codazo a Mathias. "Vaya, parece que alguien está perdido en el abismo de unos ojos", murmura con un tono juguetón. Mathias sonríe, aunque hay una tristeza escondida en sus ojos.

La banda empieza a tocar una canción romántica, los acordes suaves se filtran por el aire. Pero antes de que Mathias pueda procesar su siguiente movimiento, entra en escena Lorena. Su cabello oscuro fluye como una cascada y su vestido brilla bajo las luces. No necesita presentación; su confianza lo dice todo. Con una sonrisa encantadora, se acerca a Rubén y comienza a coquetear con él. Las risas y las miradas son evidentes, y Mathias siente un nudo en el estómago.

"¿Quién es ella?" murmura, aunque ya conoce la respuesta.

Sofía, observando atentamente, responde: "Lorena. Parece que Rubén ha encontrado una distracción".

Mientras Lorena y Rubén continúan conversando, Mathias siente una extraña sensación de celos. Entonces, saca su teléfono, interrumpiendo sus pensamientos, y envía un mensaje de Luna para Rubén, un mensaje que Rubén parece ignorar.

Alejandro, siempre el anfitrión perfecto, se une al grupo. Levanta su vaso en un brindis, distrayendo a todos de las complejas dinámicas que se están desarrollando.

"¡Por una noche inolvidable!" proclama, y la multitud responde con júbilo.

Mathias observa, una vez más, a Rubén y Lorena. Las luces del jardín los rodean, creando una escena casi etérea. Se siente como un extraño, como si estuviera observando una película de la que no es parte.

Un leve toque en su hombro lo saca de su trance. Es Fernando, el chico del club de apoyo, con una sonrisa comprensiva, le dice: "A veces, las cosas no son lo que parecen, amigo".

Mathias asiente, sabiendo que hay verdad en esas palabras. Pero por ahora, está atrapado en su propia red de emociones y secretos.

La fiesta continúa, con risas, música y baile. Pero en medio de todo, las complicadas relaciones y emociones crean una tensión palpable, esperando estallar.

La música cambia de tono, el altavoz suelta una balada emotiva que parece envolver a cada asistente en una burbuja de introspección. A los ojos de Mathias, Rubén y Lorena parecen aún más unidos, como si la melodía los hubiera sumergido en un espacio propio, privado. Siente cómo su pecho se contrae, una ligera incomodidad que le recuerda a cuando el cinturón de seguridad del auto se ajusta demasiado.

Decide sacar su teléfono de nuevo. Otro mensaje de Luna destinado para Rubén, otro salvavidas encapsulado en palabras y emojis que intentan cruzar el umbral digital. Mathias lo lee de nuevo, su dedo titubea sobre el botón de enviar, pero se detiene. ¿Y si?— piensa, pero sacude la cabeza, despejando la duda.

Enviado.

Los ojos de Sofía lo atrapan, y Mathias siente como si ella pudiera leer cada matiz de su conflicto interno. "Diviértete un poco", murmura, su voz apenas un susurro sobre el pulso de la

música.

Entonces, algo sorprendente sucede. Rubén, quizás sintiendo una perturbación en el aire, gira su cabeza. Sus ojos encuentran a Mathias. Es solo un momento, apenas un segundo en el gran esquema de las cosas, pero es suficiente. Rubén sonríe, una sonrisa genuina que parece atravesar el espacio entre ellos.

El corazón de Mathias late un poco más rápido. Siente como si cada mirada, cada sonrisa furtiva, cada interacción cargada de significado, les estuviera llevando a algún tipo de precipicio del cual no podrá volver atrás. Y quizás eso sea cierto.

Misteriosamente, Lorena recibe una llamada y se aleja, dejando a Rubén solo. Este aprovecha para acercarse a Mathias, su mirada todavía cargada de una mezcla de emoción y curiosidad. "¿Todo bien?" pregunta, su voz ligeramente teñida con preocupación.

Mathias asiente, aunque cada fibra de su ser quiere gritar la verdad. "Sí, solo... pensando."

Rubén se detiene y mira hacia el cielo estrellado. "Hermosa noche, ¿verdad? A veces me hace pensar en lo pequeños que somos en realidad."

Mathias sigue su mirada. Las estrellas, en su inmutable resplandor, parecen tanto un recordatorio de su insignificancia como una promesa de infinitas posibilidades. "Es una perspectiva humillante y liberadora al mismo tiempo", dice, casi en un susurro.

"Sí", responde Rubén. Luego sus ojos se encuentran, y en ese instante, algo está cambiando, algo grande y completamente indefinible. Pero antes de que puedan explorar lo que sea que está sucediendo entre ellos, suena el timbre de un mensaje de texto.

Rubén saca su celular, y Mathias siente su estómago caer. Entonces, Rubén se disculpa con Mathias y se aleja tecleando en la pantalla. Segundos después, Mathias siente una vibración en el bolsillo de su pantalón, y sabe que es un mensaje para Luna.

Bajo las estrellas, los secretos brillan con la misma intensidad que las luces del jardín, iluminando las verdades ocultas en las miradas fugaces.

Capítulo 14: Entre Vértigos y Verdades

A lo lejos, el aire resuena con los gritos jubilosos de los que se atreven a enfrentar la montaña rusa, como un coro alocado que celebra la juventud y la audacia. Mathias camina por el camino pavimentado del parque de diversiones, arrastrando las sombras de duda y temor que persisten incluso en este oasis de alegría. Ruben camina a su lado, hablando con Alejandro sobre los últimos resultados del fútbol. El tema parece tan trivial para Mathias ahora, a pesar de que la presencia de Ruben le hace sentir como si un puñado de mariposas se hubieran liberado en su estómago.

"¿Nos subimos a la montaña rusa?" pregunta Sofía, sus ojos brillando con un entusiasmo que Mathias desearía poder sentir. A su lado, Lorena y Fernando asienten con energía juvenil.

"Claro," responde Mathias, esforzándose por parecer entusiasmado. No puede evitar lanzar una mirada a Ruben, cuya sonrisa ilumina el ambiente tanto como las luces del parque. Ahí está, piensa Mathias, la razón de su inquietud y su alegría, encapsuladas en una sola persona.

Cuando finalmente se encuentran en la cima de la montaña rusa, la ciudad parece una maqueta a sus pies. Alejandro grita algo sobre sentirse como el rey del mundo, pero las palabras de Mathias se quedan atrapadas en su garganta, demasiado pesadas para ser liberadas.

La caída repentina del carril de la montaña rusa envía una oleada de adrenalina a través de su cuerpo. Por un segundo fugaz, todos sus temores y deseos, todas sus inseguridades y esperanzas, parecen desvanecerse en el vértigo. Si este es un vuelo hacia la libertad, se pregunta si alguna vez podrá descender.

Cuando el viaje termina y el grupo desembarca, hay risas, hay gritos y hay una oleada general de emoción que se apodera de todos excepto de Mathias. Ruben lo mira, sus ojos buscando algo que Mathias no está seguro de poder darle.

"¡Eso fue increíble!" Ruben exclama, su voz llena del tipo de alegría despreocupada que Mathias envidia.

"Sí, increíble," replica Mathias, las palabras saliendo como si fueran esculpidas en piedra.

Se dirigen a la zona de juegos de carnaval, donde los peluches cuelgan como trofeos esperando a ser ganados. Sofía y Lorena intentan derribar unas latas de leche con bolas de algodón, mientras Alejandro y Fernando discuten sobre las posibilidades estadísticas de ganar el juego del martillo.

Entonces, Ruben se detiene delante de un juego de dardos y mira a Mathias. "¿Quieres intentarlo?"

Mathias asiente, toma el dardo como si fuera una espada en una batalla que no sabe cómo pelear. Mira el blanco, los círculos concéntricos parecen girar ante sus ojos. Y entonces lanza. El dardo vuela, cortando el aire como un suspiro reprimido, y se clava justo fuera del círculo central.

"No está mal," comenta Ruben, pero su mirada parece explorar algo más allá del juego, algo que se aloja en los recovecos más oscuros de Mathias.

"Gracias," responde Mathias, pero su gratitud suena hueca, incluso para él.

A medida que el día cede al anochecer, las luces del parque de diversiones se encienden, creando un mundo casi mágico que existe en el umbral entre la realidad y el deseo. Es un mundo que Mathias quisiera compartir con Ruben, pero cada risa, cada momento compartido, está manchado por la verdad que yace escondida en su corazón.

El grupo finalmente decide tomar algo de comida en uno de los quioscos. Hay una alegría palpable en el aire, pero para Mathias es como si estuviera viendo todo a través de un cristal empañado.

Ruben se sienta junto a él, un hot dog en la mano y una pregunta en sus ojos que parece más grande que todo el parque de diversiones.

"Oye, ¿estás bien?" Ruben pregunta finalmente, rompiendo el silencio que se ha asentado entre ellos.

Mathias mira a Ruben, luego a su alrededor. Las luces, los juegos, la comida, todo parece tan trivial en comparación con el muro invisible que ha construido entre ellos.

"Estoy bien," miente Mathias, y en ese momento, en esa simple mentira, entiende que hay cosas que incluso un parque de diversiones no puede arreglar. Y con esa comprensión, el mundo alrededor de Mathias sigue girando, pero algo dentro de él se detiene, esperando el momento en que finalmente pueda reunir el coraje para ser verdad.

El ambiente está cargado ahora, las palabras no dichas casi tangibles en el aire. Ambos saben que algo grande se cierne en el horizonte de sus vidas, algo que ni siquiera la alegría efímera de un día en el parque puede ocultar. Y así, con la noche asentándose sobre ellos como un manto de posibilidades y arrepentimientos, la escena termina, dejando a los personajes y a los lectores suspendidos en un incómodo pero necesario limbo.

La luz del crepúsculo baña el parque de diversiones en tonos dorados y morados, como si el mundo mismo hubiera decidido detenerse y pintar un cuadro para ellos. Mathias siente que el tiempo es casi palpable, como si pudiera atraparlo entre sus manos. Están de pie frente a la noria, esa gigante rueda de la fortuna que ha visto más secretos y suspiros de lo que cualquiera podría imaginar.

"¿Nos subimos?" pregunta Ruben, su voz más suave ahora, como si también sintiera la carga del atardecer.

Mathias asiente. "Sí, vamos."

Están solos en la cápsula cuando ésta comienza su ascenso lento pero constante. Ruben parece absorto en la vista, sus ojos fijos en el horizonte donde la ciudad se encuentra con el cielo. Mathias, sin embargo, no puede apartar su mirada de Ruben. Lo ve y todo lo que podría ser, todo lo que debería ser, cobra forma en su mente como un sueño al que teme despertar.

"Es hermoso, ¿verdad?" murmura Ruben, finalmente rompiendo el silencio.

"Sí, lo es," responde Mathias, aunque no está seguro de si habla del panorama o del chico a su lado.

Y entonces, como si fueran llevados por un guion que ninguno de los dos escribió pero que ambos anhelan seguir, sus manos se encuentran en el medio. Los dedos de Ruben son cálidos, reales, y por un instante, Mathias olvida todo sobre Luna, sobre el muro de mentiras que ha construido. En este breve instante, todo lo que importa es este toque, esta conexión, este algo que no puede, que no quiere, nombrar.

El mundo parece reducirse a este pequeño espacio, a este precioso momento suspendido en el tiempo. Y justo cuando la cápsula alcanza su punto más alto, Ruben se vuelve hacia él, sus ojos buscando algo en los de Mathias. Algo cambia, algo se desplaza, como las piezas de un rompecabezas cayendo finalmente en su lugar.

"Nunca había sentido algo así," confiesa Ruben en un susurro, como si temiera que el viento pudiera llevarse sus palabras.

Mathias lo mira, su corazón late tan fuerte que teme que Ruben pueda oírlo. Quiere decir

tantas cosas, quiere revelar tantas verdades, pero en lugar de eso, simplemente aprieta la mano de Ruben un poco más fuerte y responde: "Yo tampoco."

La noria comienza su descenso, y con ella viene el entendimiento tácito de que algo entre ellos ha cambiado, algo ha sido reconocido, si no completamente comprendido. Mathias siente que está al borde de un precipicio, mirando hacia un futuro incierto pero infinitamente emocionante.

Cuando tocan tierra de nuevo, se sienten distintos de alguna manera. Los ruidos del parque, las risas y los gritos de los demás, todo parece lejano, como si pertenecieran a otro mundo.

Se reúnen con su grupo de amigos, todos llenos de risas y relatos sobre quién gritó más fuerte en qué atracción. Pero para Mathias, todo ha adquirido un tono más serio. Hay un peso en su pecho, un anhelo, y por primera vez, se permite imaginar un mundo en el que no tiene que elegir entre ser Mathias o ser Luna, porque la persona que realmente quiere ya está a su lado.

A medida que se alejan del parque de diversiones, las luces parpadean detrás de ellos como estrellas distantes. Y aunque el mundo alrededor de ellos sigue moviéndose, algo en el interior de Mathias se ha detenido, esperando el momento en que todo lo que siente, todo lo que es, pueda finalmente salir a la luz.

La noria de las emociones gira lenta pero constante, llevándonos a puntos altos y bajos en nuestra búsqueda de comprensión y conexión.

Capítulo 15: El Baile de las Ilusiones

Es un viernes por la noche, y el cielo sobre Buenos Aires parece una pizarra de tiza, una paleta lavada de grises y azules mientras el sol empieza a ponerse. Estamos en el parque, en una de esas bancas de madera que han visto más secretos compartidos que cualquier ser humano. Ahí están Mathias y Ruben, cada uno con su propia tormenta interior, cada uno consciente del espacio que comparten y del silencio que no saben cómo romper.

Para Ruben, el banco se siente como un campo de fútbol en tiempo extra, la presión de una decisión pendiente exprimiendo su pecho. Tiene en la mano una botella de agua, la cual gira incesantemente como si el movimiento pudiera acomodar sus pensamientos en orden. Mathias, por su parte, tiene los ojos fijos en un par de niños jugando a lo lejos. Cada sonrisa, cada risa, parece magnificar su propia incertidumbre.

"¿Sabes?", Ruben rompe el silencio primero, su voz tenue, "nunca pensé que llegaría a este punto."

Mathias lo mira, su mirada es un reflejo de cautela y algo más. "¿Qué punto?"

Ruben suspira, la brisa nocturna sopla, despeinándoles a ambos. "El punto es el que empiezo a preguntarme si todo lo que he estado haciendo hasta ahora... si todo tiene sentido."

Es una confesión, un abrir la puerta a una habitación oscura que ha estado cerrada por mucho tiempo. Mathias lo siente, como si Ruben le hubiera pasado una llave hecha de palabras.

"Yo siempre creí que sabía lo que quería", continúa Ruben. "Pero ahora, no estoy tan seguro."

Ah, qué complejo es el laberinto de la duda. Ruben es como Ícaro, pero en lugar de acercarse demasiado al sol, teme que nunca haya volado lo suficientemente alto. Y Mathias, Mathias es como un eco que no puede encontrar su origen. Ve a Ruben, su presencia como un faro en la penumbra de sus propios desafíos, y piensa que tal vez ellos no son tan diferentes.

"Yo también tengo mis dudas", confiesa Mathias, sus palabras flotando en el aire como hojas caídas.

"¿En serio? Pero siempre pareces... no sé, seguro de ti mismo."

Mathias ríe ante esto, un sonido corto, más aire que alegría. "Esa es solo la máscara, Ruben. Todos la usamos."

Ambos chicos se miran, y en ese instante, hay una conexión, un entendimiento que no necesita de palabras. Cada uno es el espejo del otro, reflejando miedos y esperanzas, y la incertidumbre que solo los jóvenes conocen: esa sensación áspera de estar incompleto.

Es entonces cuando Mathias siente el peso de su secreto, de su doble vida como "Luna", más pesado que nunca. Quiere hablar, exponerse, pero las palabras son como piedras en su boca.

Y Ruben, oh, Ruben. Siente como si una venda le hubiera sido retirada de los ojos. Ahora ve más allá del jugador de fútbol, del líder que se supone que debe ser, y se ve a sí mismo: vulnerable, sí, pero real.

La noche se cierne sobre ellos, y el parque poco a poco se vacía. Pero en esta banca, algo se ha roto y algo se ha construido. No es una resolución, pero es un comienzo.

Ambos saben que después de esta noche, nada será igual. Y aunque el futuro es incierto, en este momento, sentados juntos pero solos en sus pensamientos, encuentran un tipo de verdad. Una verdad que, aunque incompleta, es un primer paso.

Y ahí los dejamos, queridos lectores, en esa banca, en ese atardecer que se convierte en noche,

en esa conversación que es un eco de muchas más por venir.

Ruben vuelve a mirar su botella de agua, ahora casi vacía, y piensa en cómo algo tan transparente puede ser tan similar a la vida: parece simple hasta que lo examinas de cerca. Luego descubres todas las complejidades, todas las contradicciones. Se da cuenta de que se ha pasado toda la vida tratando de encajar en un molde que tal vez nunca le perteneció.

"Escucha, Mathias, tengo que decirte algo," Ruben dice, sacando las palabras como si fueran piedras pesadas en su pecho.

Mathias gira hacia él, y en sus ojos, Ruben ve un océano de posibilidades, cada ola cargada de esperanza y miedo. "Dime," responde Mathias, sintiendo que el mundo se reduce a este instante, a este banco, a este diálogo.

Ruben toma aire, luego exhala lentamente como si intentara despejar una niebla. "No estoy seguro de querer jugar fútbol profesionalmente."

La declaración queda flotando entre ellos, audaz en su sencillez pero explosiva en su impacto. Es como si Ruben hubiera abierto una ventana en una habitación largamente cerrada, permitiendo que el aire fresco se apodere de todo.

Mathias siente cómo el impacto de las palabras de Ruben reverbera en su propio universo de secretos y máscaras. Piensa en su vida como "Luna", en cómo ha usado ese alter ego para acercarse a Ruben, para entender su mundo de una forma que Mathias nunca podría. "Es una decisión grande, Ruben. Pero tienes que hacer lo que te haga feliz, no lo que otros esperan de ti."

Esas palabras, aunque genuinas, pesan en la lengua de Mathias. Suenan como un himno que también es una especie de hipocresía. Porque, ¿qué es él si no un torbellino de expectativas ajenas y miedos propios?

Ruben parece considerar esto, sus ojos tomando una nueva profundidad, como un lago tranquilo que guarda secretos. "Es extraño, ¿sabes? Toda mi vida he estado siguiendo un camino que se supone que debo recorrer. Pero ¿y si hay un atajo? ¿Y si hay un sendero menos transitado que me lleva a un lugar aún mejor?"

Mathias siente un escalofrío en la espina dorsal, como si las palabras de Ruben fueran un eco de su propia alma. "Creo que a veces tenemos que arriesgarnos y averiguarlo. Podemos quedarnos preguntándonos qué pasaría si, o podemos tomar el camino y ver adónde nos lleva."

Es un consejo que Mathias quisiera seguir para sí mismo. Desea tener el coraje de quitarse su propia máscara, de dejar caer la fachada de "Luna" y presentarse ante Ruben como realmente es: imperfecto, sí, pero real.

Ruben asiente, el movimiento casi imperceptible pero tremendamente significativo. "Tienes razón, Mathias. Tienes toda la razón."

Y ahí lo tienen, queridos lectores, dos almas en la encrucijada de sus vidas, cada una buscando respuestas que solo podrán descubrir a través del riesgo, el coraje y, lo más importante, la autenticidad. Y aunque este no es el final, ni siquiera un comienzo, es algo: un paso adelante en la incierta pero hermosa marcha de la vida.

El sol se ha ocultado por completo ahora, pero la oscuridad que cae sobre ellos no es una señal del final, sino más bien del amanecer de nuevas posibilidades.

Y con eso, dejamos a Mathias y Ruben en esa banca, en ese parque, en ese momento que es un microcosmos de la eternidad. ¿Qué vendrá después? Eso, queridos lectores, es una página que todavía está por escribirse.

La mente, un laberinto de reflexiones, nos lleva a un umbral volátil
donde el temor y la esperanza se entrelazan en un baile eterno.

Capítulo 16: Espejismos de Autenticidad

El sol del atardecer filtra a través de los árboles que bordean la cancha de fútbol, bañando la escena en una luminosidad dorada que parece casi irreal. Es una de esas tardes que hacen que todo parezca posible, incluso para alguien como Mathias, que lleva el peso de un secreto como una piedra en el estómago.

Ruben tiene el balón bajo su control, y cada golpe que le da, cada pase que realiza, es un lenguaje en sí mismo. Es la forma en que Ruben se comunica con el mundo, y por primera vez, Mathias es parte de esa conversación.

"Vamos, intenta detener este" Ruben reta, lanzando el balón con una curva que sería envidiable incluso para los profesionales.

Mathias lo detiene, pero sólo porque está completamente enfocado, como si todo lo demás hubiera dejado de existir. Su corazón late al ritmo de la pelota, y por un momento, se permite olvidar todo: las mentiras, las identidades falsas, los miedos no dichos.

Ruben sonríe, una sonrisa que llega hasta los ojos, y Mathias siente algo dentro de él aflojarse, como si por primera vez en mucho tiempo pudiera respirar sin sentir que se ahoga.

"No está mal" comenta Ruben, recogiendo el balón y preparándose para otro pase. "¿Listo para otro? "

En ese momento, Mathias lo está. Está listo para todo lo que Ruben tenga para él, y quizás incluso un poco más. Recoge la pelota y se la pasa a Ruben, observando cómo sus músculos se tensan, cómo su pie golpea la pelota con una precisión perfecta. Es como ver una obra de arte en movimiento, y Mathias siente como si estuviera atrapado en ese lienzo, colores brillantes y todo.

"Tu turno" dice Ruben, haciendo un gesto para que Mathias se acerque.

Y Mathias lo hace, aunque cada paso que da hacia Ruben es como caminar sobre cristales rotos. Tiene tanto que quiere decir, tanto que quiere confesar, pero las palabras son prisioneras, atrapadas en la garganta como aves enjauladas.

Mathias toma la pelota y lanza un pase, observando cómo Ruben se mueve para interceptarlo. Es como un baile, uno que ambos han estado ensayando durante semanas sin siquiera darse cuenta. Cuando Ruben atrapa la pelota y la detiene con una habilidad que hace que Mathias quede sin aliento, algo en él se rompe y se recompone al mismo tiempo.

Ruben observa a Mathias, como si pudiera ver todo lo que Mathias ha estado escondiendo. "Eres bueno en esto," dice, pero lo que realmente está diciendo es algo completamente diferente. Mathias lo sabe, lo siente en cada fibra de su ser.

"Gracias" responde Mathias, pero incluso mientras habla, sabe que las palabras son insuficientes, incapaces de capturar todo lo que está burbujeando dentro de él.

Ambos jóvenes se sientan en la cancha, el césped áspero y real bajo ellos, como un recordatorio de todo lo que aún está por resolver. Ruben saca una botella de agua de su mochila y le ofrece un trago a Mathias, sus dedos rozando en el proceso. Es un toque casual, pero para Mathias, siente como si una corriente eléctrica lo atravesara.

"Has estado distante últimamente" comenta Ruben, rompiendo el silencio con una observación que suena más como una pregunta.

Mathias mira a Ruben, y por un momento considera decirlo todo: sobre Luna, sobre su identidad, sobre cómo se siente realmente. Pero luego piensa en lo que podría perder: esta tarde,

este momento, esta versión de Ruben que lo mira como si realmente lo viera.

"Sólo he estado pensando" responde finalmente Mathias, eligiendo sus palabras cuidadosamente.

"¿En qué?" pregunta Ruben, y hay algo en su tono, algo vulnerable y abierto, que hace que el corazón de Mathias se acelere.

"En el futuro", responde Mathias, porque es cierto, aunque no de la forma en que Ruben podría pensar.

Ambos quedan en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos pero también, de alguna manera, unidos en ese momento de incertidumbre y posibilidad. El sol hadescendido más abajo en el horizonte, transformando el dorado en tonos melancólicos de naranja y púrpura. El tiempo, al igual que la pelota en juego, está en una especie de suspense, como si el mundo entero estuviera conteniendo el aliento, esperando el próximo movimiento.

"Estamos en el mismo barco, supongo," comenta Ruben, poniendo en palabras lo que el silencio entre ellos ha estado gritando. "No puedo dejar de pensar en las pruebas para Boca Juniors. Es como si cada pase que hago, cada gol que marco, todo importara más ahora."

Es el Ruben más vulnerable, el que pocos llegan a ver, y por un momento, Mathias se siente como si estuviera frente a un espejo. Ambos son un torbellino de ansiedades y esperanzas, cada uno llevando sus propias máscaras, enfrentando sus propias batallas internas.

"Pero tienes talento," asegura Mathias, las palabras saliendo de él como si fueran impulsadas por una fuerza ajena a su control. "Si alguien merece estar en ese equipo, eres tú."

Ruben sonríe, un destello genuino que parece dispersar las sombras que se han ido acumulando en la conversación. "Tú también tienes talento, Mathias. Pero a veces me pregunto si eso es suficiente."

El peso de su declaración pende en el aire entre ellos, más tangible que el crepúsculo que se desvanece gradualmente en la noche. Mathias lo siente como un eco de sus propios miedos, un reflejo de su lucha interna entre ser él mismo y el temor a las consecuencias de esa autenticidad.

"Quizá el talento no lo es todo," sugiere Mathias, su voz adquiriendo una calidad reflexiva. "Quizá también se trata de ser valiente. De enfrentar tus miedos, incluso cuando no estás seguro de qué vendrá después."

La mirada que Ruben le dirige es intensa, casi penetrante, como si estuviera intentando desentrañar todos los misterios que Mathias ha estado tan desesperadamente tratando de guardar.

"Ser valiente," repite Ruben, como si estuviera probando cómo se sienten esas palabras en su boca. "Es más fácil decirlo que hacerlo."

"Lo sé," dice Mathias, y es como si todo lo que no ha dicho, todo lo que ha estado reprimiendo, se condensara en esas dos palabras.

La tensión entre ellos es casi palpable, cargada con la electricidad de cosas no dichas, de confesiones reprimidas y de deseos no admitidos. Pero a pesar de todo, ahí está la conexión, esa chispa intangible que les dice que hay algo aquí que vale la pena explorar, algo que va más allá de la superficie.

El cielo es ahora un lienzo oscuro, salpicado de estrellas, y en la vastedad de ese momento, ambos jóvenes se permiten sentir, si no claridad, al menos la posibilidad de ella. Es un punto de partida, una comprensión tácita de que las cosas no pueden seguir como están. Pero qué forma tomará ese cambio, qué sacrificios requerirá y qué revelaciones traerá, eso aún está por verse.

Ruben se pone de pie, estirando su mano hacia Mathias para ayudarlo a levantarse. Sus dedos se entrelazan por un segundo, una promesa implícita de algo más, algo aún no definido. Y entonces Ruben suelta la mano de Mathias, rompiendo el contacto pero no la conexión, dejando

un espacio vacío que está lleno de preguntas.

"Nos vemos mañana," dice Ruben, y aunque sus palabras hablan de un futuro inmediato, hay una profundidad en ellas que sugiere un abismo de incertidumbres.

"Nos vemos," responde Mathias, observando cómo Ruben recoge sus cosas y se dirige hacia la salida de la cancha. Y mientras lo mira alejarse, Mathias se da cuenta de que, por primera vez, está mirando hacia el futuro con algo más que temor. Está mirando hacia el futuro con esperanza.

La noche cae completamente, y Mathias se queda solo en la cancha, rodeado por la oscuridad pero también por una nueva percepción de lo que podría ser. Y en ese solitario instante, se permite creer que quizás, sólo quizás, la valentía es un juego que ambos están listos para jugar.

Las palabras en la pantalla pueden ser frías y mecánicas, pero detrás de ellas se esconde el caos de las emociones que nos mueven.

Las luces tenues del departamento de Mathias bañan la sala con un aura de tranquilidad. Aunque es la tarde, el apartamento, con sus ventanas semi-cerradas y las suaves lámparas encendidas, parece estar en un tiempo diferente al del bullicioso Buenos Aires que queda afuera. Mathias, ese chico delgado de cabellos oscuros y ojos que ocultan secretos, se halla sumergido en la virtualidad de su teléfono.

"Deben ser las mismas fotos de siempre", murmura, pasando con desdén por las imágenes que ha usado para su perfil falso. Pero, oh, algo atrapa su mirada y el mundo parece girar por un instante. Una notificación de la red social le informa que una de las fotos de "Luna" ha sido reportada y eliminada. El mensaje, frío y mecánico, contrasta con el caos que empieza a surgir en su interior.

Por fuera, el rictus de preocupación en el rostro de Mathias es evidente. ¿Será Ruben? ¿Habrás sospechado algo? Pero aquí, en nuestra conversación, querido lector, no nos contentamos con superficialidades. Vamos más allá, a esos rincones oscuros de la mente de Mathias, donde los miedos anidan y las dudas crecen.

Un pensamiento fugaz, uno de esos que a veces preferirías no tener, cruza su mente: "¿Y si alguien me descubre?". La angustia, ese monstruo insidioso, comienza a enredar sus tentáculos en el pecho de Mathias. Se siente atrapado, acorralado por una mentira que se ha vuelto demasiado grande para manejar. "No, no. Está bien. Puedo arreglarlo", intenta convencerse.

Entra a su galería de fotos, revisando las imágenes que ha compartido como Luna. Cada una de ellas, cuidadosamente seleccionada de los oscuros recovecos de Internet, había sido parte de un rompecabezas perfectamente construido. Pero ahora, una pieza faltaba, y todo su mundo se sentía en peligro.

El silencio se rompe por un repiqueteo suave. Otro mensaje. Esta vez, es Ruben. "¿Estás bien, Luna? He visto que te eliminaron una foto." El corazón de Mathias late con fuerza, casi queriendo saltar fuera de su pecho. Las palabras, esas simples palabras en la pantalla, parecen gritar acusaciones y sospechas. En un arranque de valentía, decide responder. "Sí, no sé qué pasó. Creo que fue un error."

Ruben responde rápidamente, como si estuviera esperando. "Extraño, ¿verdad? ¿Podrías enviarme otra foto? Tal vez una actual".

Mathias se siente en el filo de un abismo, el mundo tambalearse bajo sus pies. Sabe que enviar una nueva foto sería arriesgado, pero no responder levantaría más sospechas. Toma una pausa, respirando profundo, tratando de calmarse. Y en ese breve momento, se encuentra con un dilema moral y emocional que lo lleva al límite. "Dame un momento", escribe, ganando tiempo.

Ahí, en esa sala, rodeado de las luces tenues, Mathias se siente pequeño y vulnerable. La mentira, esa complicada tela de araña que él mismo ha tejido, ahora amenaza con atraparlo. Y en esa precaria cuerda floja entre la verdad y el engaño, entre la realidad y la ficción, se balancea, esperando encontrar el camino correcto.

Sabe que esta escena, este instante crítico, es solo un capítulo en su vida. Pero lo que decida aquí, ahora, definirá mucho de lo que está por venir. Aunque se siente solo, la historia de Mathias es la de muchos: un deseo de conexión, la tentación de ocultar quiénes somos, y el miedo profundo de ser descubiertos y rechazados.

Así que, querido lector, aquí te dejo, en este suspenso, esperando junto a Mathias, mientras decide el siguiente paso en este complicado juego que es su vida.

De pie junto al ventanal de su departamento, Mathias sostiene el teléfono en una mano mientras la otra se frota nerviosamente la nuca. Hay algo profundamente inquietante en la claridad con la que ve su vida desmoronarse. Si antes se sentía como en el borde de un acantilado, ahora, la sensación es más como estar en caída libre, esperando el impacto inevitable.

Su teléfono vibra de nuevo. "¿Estás ahí?", escribe Ruben. Ah, Ruben, ese chico de cabellos dorados y sonrisa deslumbrante, tan ajeno a los ciclones emocionales que sacuden el mundo de Mathias. Él no sabe qué sucede del otro lado de la pantalla, no entiende la maraña de sentimientos que envuelve al chico a quien considera su amiga virtual. Y sin embargo, es el epicentro involuntario de todo este caos.

Mathias vuelve a su sofá y se sienta, dejando escapar un suspiro pesado, como si llevase el peso del mundo en sus hombros. Su mirada se pierde en la pantalla del teléfono, donde la pregunta de Ruben aún espera una respuesta.

Podría cerrar la aplicación, apagar el teléfono, tal vez incluso iniciar una vida nueva lejos de todo esto. Pero entonces piensa en Sofía, su confidente, y en Valeria, la coordinadora del grupo de apoyo LGBTQ+ que ha estado tratando de ayudarlo a encontrar su camino. Piensa en su madre Claudia, en su compleja relación con ella, y cómo esta mentira podría construir un muro irrompible entre ambos. Y, finalmente, piensa en sí mismo, en la batalla interna que ha estado librando por la aceptación y la autenticidad.

Puede que haya sido un error, todo este embrollo de "Luna", pero también ha sido un refugio, un espacio donde pudo explorar aspectos de sí mismo que el mundo real no le permitía. Y con cada mensaje que intercambiaba con Ruben, cada sonrisa que se dibujaba en su rostro al ver una respuesta, cada centelleo de felicidad que sentía, también experimentaba un retazo de la vida que deseaba tener. No como "Luna", sino como Mathias.

"Lo siento, tuve que atender algo. Dame unos minutos y te enviaré la foto", responde finalmente, eligiendo el riesgo sobre la seguridad, la posibilidad sobre la certeza. Tal vez es un acto de desesperación, o tal vez, en algún rincón de su ser, ve esto como una forma de empezar a romper las cadenas que lo han mantenido prisionero en sí mismo.

Lo que haga a continuación es incierto. Pero una cosa es clara: ha decidido enfrentar lo que viene. Es un pequeño acto de valentía en un mar de miedos y dudas, pero es un comienzo. Y mientras el sol se pone en el horizonte de Buenos Aires, bañando la ciudad con tonos anaranjados y dorados, Mathias también se enfrenta al ocaso de una parte de su vida.

Así que aquí estamos, en este espacio entre lo conocido y lo desconocido, en este limbo donde los destinos se deciden y las vidas cambian. Estamos contigo, Mathias, aunque no lo sepas. Y mientras escribes el próximo capítulo de tu complicada pero hermosa existencia, también aguardamos, suspendidos en este momento que pertenece tanto a ti como a nosotros, los observadores silenciosos de tu odisea.

Te digo adiós, pero solo por ahora. La historia de Mathias está lejos de terminar, y cuando volvamos a encontrarnos, será en una página nueva, en un nuevo amanecer lleno de posibilidades. Hasta entonces, Mathias. Hasta entonces.

Si pudiéramos detenernos un instante, quizá nos daríamos cuenta de que Mathias se encuentra en ese umbral tan volátil entre el temor y la esperanza. Pero el tiempo no espera; se desliza como agua entre los dedos y el reloj en la pared de su sala parece tic-taquear con una agudeza particularmente impertinente.

Ahí, sentado en su sofá, Mathias finalmente levanta la vista de su teléfono. Sus ojos pasean por la habitación como si intentaran memorizar cada detalle, cada objeto, cada sombra que cae sobre la alfombra: los cuadros mal alineados en la pared, la vieja guitarra acumulando polvo en la esquina, y ese libro sobre la mesa de café que ha estado posponiendo leer. Si su vida fuera una película, este sería el momento de un gran monólogo interior. Pero, sabes, la vida real raramente nos otorga esos lujos cinematográficos.

Toma una respiración profunda, como si pudiera inhalar algo de valor o decisión del aire cargado de la tarde. Se levanta, cruza la sala y se dirige hacia su habitación. Allí, frente a su espejo, se encuentra no solo con su reflejo, sino también con todas las versiones de sí mismo que ha intentado ser: Mathias el estudiante, el hijo, el amigo, y sí, incluso Mathias el enamorado en secreto.

Se pone a buscar otra foto para "Luna", otra pieza para este peligroso rompecabezas que ha estado armando. Encuentra una que podría funcionar, una que es suficientemente ambigua pero atractiva, suficientemente "ella" pero no del todo él. Una imagen que captura esa tensión perpetua en la que ha estado viviendo.

Envía la foto con un mensaje rápido, algo ligero como, "¿Qué te parece esta? ". Las burbujas del chat se animan casi de inmediato, Ruben está escribiendo una respuesta, y cada segundo que pasa se siente como una eternidad condensada.

Mathias regresa a la sala, su corazón late con un ritmo que podría rivalizar con cualquier tambor en un desfile. Deja el teléfono sobre la mesa y se sirve un vaso de agua, sus manos temblorosas apenas logran sostener el vaso. Y es en ese preciso instante, entre un trago de agua y la realidad que lo espera en la pantalla de su teléfono, que Mathias comprende la magnitud de lo que está en juego.

Se da cuenta de que no es solo sobre Ruben o sobre "Luna". Se trata de él, de Mathias, de quién es y quién quiere ser. Porque cada mentira que ha dicho, cada mensaje que ha enviado, no son más que espejismos en su búsqueda de algo más grande: aceptación, amor, libertad. Y aunque esos espejismos puedan parecer hermosos a la distancia, al final del día, son solo ilusiones.

La respuesta de Ruben llega finalmente, rompiendo el hechizo de su reflexión. "Eres hermosa". Cuatro palabras, un emoji, y el mundo de Mathias se contrae y se expande todo a la vez.

Podría quedarse ahí, con ese cumplido, con esa ilusión intacta por un momento más. Pero entonces, piensa en lo que Valeria le dijo en su última sesión: "La autenticidad es el camino más corto a una vida plena". Mathias siente que las palabras reverberan en su mente, como un eco que se niega a desaparecer.

Entonces toma una decisión. No sabe aún cómo será, ni qué palabras usará, ni qué mundo lo aguardará después de cruzar ese umbral. Pero sabe que tiene que hacerlo. Abre una nueva ventana de chat, su corazón palpitando con cada letra que escribe.

"Ruben, tenemos que hablar..."

En el ocaso de las ilusiones, encontramos el amanecer de la autenticidad,
donde la decisi3n de enfrentar nuestros miedos define nuestro camino.

Capítulo 17: Danzando en el Ciberespacio

Es una noche cargada de electricidad, de esas que contienen más de lo que aparentan. Mathias se encuentra en la comodidad de su habitación. Rubén, por otro lado, está tumbado en su cama, la habitación iluminada solo por la lúgubre luz del teléfono móvil en sus manos. Ambos sienten el peso del tiempo, esa mezcla inquietante de anticipación y ansiedad. Y en el centro de todo, el chat. Un portal que los conecta, pero también una trampa que podría desmoronar ese frágil entendimiento.

El teléfono de Mathias vibra, rompiendo el hilo de sus pensamientos. Ve el nombre de Rubén iluminarse en la pantalla y siente un cosquilleo en el estómago. Como Luna, ha logrado crear un vínculo con Rubén que, aunque basado en una mentira, siente de alguna manera muy real.

Rubén teclea el mensaje con dedos temblorosos. "Luna, necesito preguntarte algo. Es algo importante". Mathias siente que el aire se vuelve más denso, la electricidad de la noche toma una forma casi palpable.

Le responde: "Claro, ¿de qué se trata?".

Rubén vacila antes de presionar 'enviar', pero finalmente lo hace. "¿Nos podemos encontrar en persona? Quiero ver a la mujer con la que he estado hablando todo este tiempo".

Mathias siente como si un tren le hubiera golpeado en el pecho. El aire se escapa de sus pulmones como un globo desinflándose. Este es el momento que ha estado temiendo, el punto de inflexión que podría hacer añicos su ilusión y la relación que ha construido con Rubén. Su mente corre a mil por hora, buscando una salida, una excusa, algo que pueda prolongar su engaño un poco más.

Y aquí es donde las cosas se complican. Mathias es consciente de la delgada línea que ha estado caminando, y ahora se encuentra en la orilla de un precipicio emocional. Podría decir que no, que no es el momento adecuado para encontrarse. Pero entonces, ¿qué vendría después? ¿Más mentiras, más engaño? O podría confesar, arrancar la venda y dejar que todo se desmorone.

Es un dilema cruel, uno que pide una decisión pero se burla de cada opción como si fueran trampas en un laberinto sin salida.

Rubén, en su habitación, también siente la tensión. Para él, "Luna" ha sido un respiro de aire fresco en un mundo donde se siente asfixiado por expectativas y responsabilidades. Pero también necesita autenticidad, y la idea de finalmente encontrarse con "Luna" lo llena de una mezcla de emoción y miedo. ¿Y si no es quien dice ser? Un pensamiento fugaz, pero persistente.

Mathias toma su teléfono y comienza a escribir, luego borra, luego vuelve a escribir. Cada letra que aparece y desaparece en la pantalla es un eco de su indecisión, un reflejo de la guerra que se libra en su alma. Finalmente, escribe: "Lo siento, Rubén, no puedo encontrarme contigo".

Presiona enviar y suelta el teléfono como si estuviera caliente al tacto. Ahora todo está en manos del destino, de cómo Rubén reciba su negativa.

Un largo silencio se instala en la conversación. Ambos jóvenes miran sus respectivos teléfonos, las palabras de rechazo vibrando en la pantalla, una frontera que separa dos mundos, dos corazones y dos verdades incómodas.

Los ojos de Rubén se detienen en las palabras, cada letra se siente como una pequeña piedra que añade peso a su incertidumbre. El silencio que se extiende es denso, prácticamente con carácter propio, colándose en ambas habitaciones, anidando en ambos corazones. Finalmente

escribe una sola palabra, escasa pero cargada: "¿Por qué?"

Mathias se queda mirando la pregunta, sintiéndose acorralado. Le debe una explicación a Rubén, pero cualquier explicación expondría la verdad o profundizaría aún más el agujero de las mentiras. Sus dedos se ciernen sobre el teclado. Empieza a escribir "Es complicado", pero luego lo borra. Demasiado vago, demasiado evasivo.

Por parte de Rubén, los segundos se sienten como pequeñas eternidades. Nunca se había sentido tan vulnerable, ni siquiera en medio de los partidos de fútbol más feroces con los cazatalentos mirando con ojos de halcón. Y es extraño cómo una palabra de un casi extraño, aunque sea profundamente querida, puede ejercer tal poder.

Mathias finalmente decide tomar una ruta más segura pero más trágica. "Tengo muchas cosas que hacer en este momento y no sería justo para ti". Exhala, una pequeña victoria en una guerra más grande, pero inmediatamente siente una punzada de culpa por añadir otra capa de engaño.

Rubén recibe el mensaje. Es una respuesta justa, incluso lógica. Debería aceptarlo, seguir adelante, concentrarse en las pruebas de fútbol que se avecinan. Sin embargo, algo se siente incompleto, como a un rompecabezas al que le falta una pieza crucial. Sin esa pieza, toda la imagen pierde su significado.

Mathias espera una respuesta que no llega de inmediato. Cada segundo transcurre como el redoble de un tambor, anunciando el final o la continuación de su complicado vals. Se arrepiente de sus decisiones, pero también sabe que fueron algo inevitables. Como una polilla a una llama, se había aventurado demasiado cerca. Y las polillas, como todo el mundo sabe, pueden quemarse.

Entonces aparece el mensaje de Rubén: "Está bien, lo entiendo. Dejemos las cosas como están por ahora". Mathias siente que el alivio lo inunda, limpiándolo pero ensuciándolo al mismo tiempo. Es una suspensión de la ejecución, una pausa pero no el final de su intrincado baile. Él responde: "Gracias, Rubén. Eso significa mucho para mí".

Rubén deja su teléfono y mira al techo, sintiéndose aliviado y decepcionado al mismo tiempo. En algún lugar de su interior, sabe que las cosas no pueden continuar como están indefinidamente.

En cuanto a Mathias, sabe que ha esquivado con éxito una bala, pero a expensas de algo indefinido pero precioso. Un sentimiento similar al de estar en una playa viendo cómo un barco se aleja, llevándose consigo una parte de su alma que nunca recuperará.

Y así, la ventana de chat queda inactiva, como un campo de batalla después de que el humo se ha disipado. Se conocen los riesgos, se trazan los límites, pero ¿la guerra? Ah, la guerra está lejos de terminar. Ambos saben que los próximos días pondrán a prueba su frágil conexión, traspasando límites y revelando vulnerabilidades.

La mentira es un espejo quebrado, reflejando un mundo de ilusiones hasta que alguien se atreve a recoger los fragmentos y enfrentar la imagen verdadera.

Capítulo 18: Cuerdas Tensas del Corazón

La ciudad de Buenos Aires respira un aire de anhelo mientras Ruben se sienta en un banco del parque, ojeando su celular como quien hojea un diario emocional. La grama es una alfombra esmeralda bajo sus pies, sus zapatillas deportivas llenas de barro y lodo de entrenamientos previos. Junto a él, Alejandro, observa a los niños jugar fútbol en un campo cercano. Pero hoy, a Ruben no le importa el fútbol. O, para ser exacto, le importa de una manera diferente.

"Mira, hermano, ya no sé qué pensar," murmura Ruben, arrastrando las palabras como quien no quiere soltarlas del todo.

Alejandro, percatándose del tono serio, deja de mirar el campo y vuelve su mirada hacia Ruben. "¿Qué te pasa? Estás en otra, chabón."

Ruben se toma un momento, y aquí es donde el narrador desea que te des cuenta, querido lector, de que Ruben no es solo el chico popular y capitán del equipo de fútbol. Aquí es donde Ruben se transforma en una enciclopedia de dudas e inseguridades, cada página escrita en una caligrafía emocional que nunca ha mostrado a nadie. No, ni siquiera a Alejandro.

"Siento que me estoy enamorando de alguien que nunca he visto en persona," admite finalmente, con la vulnerabilidad de quien deja escapar un secreto celosamente guardado.

Alejandro parpadea, despegando la mirada del celular y escruta a Ruben como si intentara ver más allá de la superficie, más allá del aura de confianza y brío que siempre lo ha rodeado. "¿Enamorado? ¿De quién? ¿Cómo?"

"Luna," Ruben deja que el nombre flote en el aire, una burbuja de jabón que refleja todas las emociones que ha estado tratando de entender. "Nos hemos estado enviando mensajes. Y... no sé. Es diferente."

"Diferente, ¿cómo?" Alejandro presiona, no por chismoso, sino por genuina preocupación.

Ruben se toma otro momento, tratando de descifrar su laberinto interno. "Es como si pudiese ser yo mismo con ella. No el Ruben que todos conocen. El otro Ruben. El que está lleno de dudas sobre el fútbol, la vida y todo lo demás."

Aquí, es donde Alejandro podría haber lanzado un chiste sobre la ironía de la situación. Pero no lo hace. Ve en la expresión de Ruben algo que raramente ha visto: miedo. No el miedo a perder un partido o fallar un gol, sino el miedo a perderse a sí mismo en el laberinto de la vida y no encontrar una salida.

"Ruben, si esto es tan serio como parece, quizá deberías conocerla en persona," sugiere Alejandro, sus palabras llenas de una honestidad pura y contundente. "Digo, el amor no es algo que puedas descifrar a través de una pantalla."

Ruben exhala, una brisa en medio de un verano emocional. "Sí, lo sé. Pero, ¿y si al conocerme se da cuenta de que no soy lo que ella piensa? ¿Y si me rechaza?"

En este preciso instante, el narrador querría que pudieras ver cómo Ruben está sopesando todo: su identidad, su corazón, su futuro. Y a medida que el sol comienza a bajar en el horizonte, proyectando largas sombras que se mezclan con las dudas en la mente de Ruben, todo lo que Alejandro puede hacer es mirar a su amigo y entender que, a veces, las respuestas no son tan fáciles como parecen.

Ruben mira a Alejandro, quien parece estar navegando entre los astros de pensamientos dispersos, como si intentara encontrar un nuevo norte para su amigo. Es el mismo Alejandro de siempre, pero en ese momento Ruben ve en él a un arquitecto de palabras, construyendo un

punto hacia una respuesta que ni siquiera Ruben puede articular.

"Escucha, Ruben. Tú no eres solo el futbolista estrella, el capitán del equipo, el que va a probar su suerte con Boca Juniors. Eres también el que está aquí, en este banco de parque, preocupado por lo que realmente significa el amor y la autenticidad," dice Alejandro, las palabras fluyendo como un río que ha roto un dique emocional.

Ruben siente algo en su pecho, una presión que de alguna manera alivia el peso que ha estado llevando. "¿Y si me rechaza, Alejandro? ¿Y si todo esto es solo... una ilusión?"

"Oh, amigo, la vida está llena de 'y si', pero ¿y si no lo es? ¿Y si es real?" Alejandro reta, un destello en su mirada que implora a Ruben enfrentar su temor.

Esa pregunta—¿y si no lo es?—se posa en Ruben como una mariposa en un florido jardín de posibilidades. Nunca antes había permitido que esa pregunta anidara en su mente. Siempre había estado demasiado ocupado manteniendo su fachada, manteniendo a raya cualquier incertidumbre que pudiera hacerle tambalear. Pero ahora, en este parque, bajo la luz menguante del día, Ruben se permite considerar el "¿y si no?"

"No tengo todas las respuestas, Ruben. Nadie las tiene. Pero si no te arriesgas, jamás sabrás lo que podría haber sido," dice Alejandro, su voz suave pero inquebrantable, como la melodía de una canción que Ruben ha necesitado escuchar pero que no sabía que existía.

Ruben se queda mirando al horizonte. Los últimos destellos del sol de Buenos Aires se despiden del día, dando paso a un cielo de tonos pastel que gradualmente se oscurece. En ese cambio de luz, en ese umbral entre el día y la noche, Ruben toma una decisión. No sabe si es la correcta, pero al menos es una decisión.

"Voy a hacerlo, Alejandro. Voy a conocerla en persona," declara, su voz teñida de una resolución que ni él mismo sabía que tenía.

Alejandro sonríe, una sonrisa simple pero luminosa, como si un faro se encendiera en medio de un océano de dudas. "Esa es la actitud, amigo."

Los dos amigos se levantan del banco, sus siluetas formando sombras alargadas que se extienden como profecías de sus futuros inciertos pero infinitamente posibles. Y mientras se alejan del parque, camino a una realidad que ninguno de los dos puede prever, el narrador—ese observador invisible pero siempre presente—desea que veas este momento no como un final, sino como un comienzo.

La tensión en el aire es una cuerda tirante que desafía al destino,
esperando a que uno de sus extremos ceda ante la inevitable verdad.

Capítulo 19: Entre Palabras No Dichas

El aire está cargado de tensión, palpable en cada respiración rápida, cada puñado de hierba que las botas de fútbol desgarran del suelo. En un campo de fútbol, ese oasis de sueños y competencia, Rubén no debería sentirse como un extraño. Pero hoy, cada mirada que recibe, cada comentario que escucha, pesa sobre él como una sentencia. Es la prueba. No una prueba cualquiera, sino la prueba.

"Vamos, Rubén, demuéstroles lo que tienes," grita Carlos, su entrenador, desde el borde del campo. Pero las palabras no son alentadoras; son un eco de la enorme expectativa que lo sofoca.

Alejandro, pasa el balón con un giro rápido y ágil. "Oye, este es tu momento," le dice, tratando de inyectar un poco de optimismo en la atmósfera asfixiante.

Rubén agarra el balón con el control que solo años de práctica pueden otorgar, pero es su mente la que flaquea, no sus pies. "Luna" aparece en sus pensamientos, esa enigmática figura que ha estado intercambiando mensajes secretos con él. Esa persona que se ha convertido en un refugio emocional, aunque él no sepa nada de ella, no realmente.

Dribla, pasa, corre; las acciones se vuelven mecánicas. Rubén puede sentir los ojos de todos sobre él. Un desliz aquí podría deshacer años de trabajo. Pero un desliz emocional podría ser igualmente devastador.

Por un momento, la pelota está en el aire, suspendida en un limbo momentáneo que refleja la propia incertidumbre de Rubén. Mientras la redonda forma alcanza su punto más alto, Rubén también siente que está en una especie de pico, un punto entre dos vertiginosos abismos.

Y entonces, algo falla. No es algo grande, no es algo que la gente pueda señalar y decir: "Ahí, ahí es donde Rubén se derrumbó". Pero él lo sabe. Lo siente en el ligero desequilibrio al intentar alcanzar la pelota, en el suspiro ahogado del entrenador, en la mirada consternada de Alejandro.

Rubén falla en un intento de gol que, en circunstancias normales, habría sido pan comido. La pelota golpea el poste con un 'clang' metálico que resuena en su cabeza como una campana de fracaso.

El sonido del balón golpeando el poste aún retumba en sus oídos. Se detiene un momento, con los brazos caídos a los lados y la respiración entrecortada. Puede sentir el peso de la mirada de todos, como agujas perforando su piel.

La tensión se intensifica. Es uno de esos momentos donde el tiempo parece ralentizarse, y cada segundo se siente como una eternidad.

Alejandro se acerca a él, el sudor brillando en su frente. "No te preocupes, todos fallamos en algún momento. Todavía hay tiempo." Su voz es suave, tratando de ser un bálsamo para el dolor que Rubén siente.

El entrenador, sin embargo, tiene un enfoque diferente. Su ceño fruncido y sus ojos inyectados en sangre lo dicen todo. "¡Vamos Rubén! ¡Sacude la cabeza y vuelve al juego!" le grita. Rubén no puede evitar sentirse como si estuviera en medio de una tormenta, siendo jalado en diferentes direcciones por Alejandro y Carlos.

Respira hondo, intentando alejar todas las otras distracciones de su mente. Pero es difícil. La tentación de rendirse, de simplemente decir que esto no es para él, es abrumadora. Sin embargo, también siente una chispa de determinación, un deseo ardiente de demostrar que está hecho para esto, que puede superar cualquier obstáculo.

El juego continúa. Rubén se mueve con más cautela ahora, como si estuviera bailando en una

cuerda floja. Cada toque, cada pase, cada movimiento está imbuido de una intensidad que antes no estaba allí. Está decidido a no volver a fallar.

Pero el fútbol es impredecible. Alejandro le envía un pase preciso, colocando el balón directamente en su camino. Rubén lo recibe y, con un defensor acercándose rápidamente, decide intentar un tiro desde lejos.

El tiempo vuelve a ralentizarse. Todos miran, con la respiración contenida, mientras el balón vuela hacia la portería. Y esta vez, la red se sacude con la potencia del gol.

La euforia estalla en el campo. Alejandro corre hacia él, levantándolo en un abrazo jubiloso. El entrenador, con una sonrisa aliviada, aplaude desde el costado.

Sin embargo, en medio de la celebración, Rubén siente una mezcla de emociones. Está feliz, sí, pero también está exhausto, tanto física como emocionalmente. Y a pesar del gol, las expectativas siguen rondando su mente.

La incertidumbre es la tela en la que se tejen las decisiones, mientras la vida se balancea entre lo conocido y lo desconocido.

Es tarde, un tipo de tarde que no promete nada más que una suave caída en la noche, pero en la casa de Rubén, la tensión parece palpable. Puedes notarlo en el modo en que los cojines del sofá están ligeramente arrugados, como si alguien los hubiera acomodado de manera compulsiva. Las cortinas están medio abiertas, permitiendo que el sol que se pone dibuje patrones en las paredes.

Ahí están Liliana y Sergio, los padres de Rubén. Ocupan el sofá como si fueran partes de un todo más grande. Los ojos de Liliana, siempre brillantes y llenos de preguntas, se desvían hacia la puerta cada vez que Rubén sale de la habitación.

"Sabes, hijo, no has hablado mucho últimamente sobre tu vida personal," Liliana comienza, de ese modo maternalmente casual que siempre parece preceder a un interrogatorio disfrazado de conversación.

Rubén suspira, un sonido que delata más de lo que quisiera. "La escuela y el fútbol me mantienen ocupado, mamá. No hay mucho más que contar."

Oh, pero si hubiera algo más. En su bolsillo, el teléfono se siente como un peso, una promesa. Rubén no puede evitar pensar en "Luna", ese nombre que brilla como una pequeña estrella en la oscuridad de su mente. En cualquier otro momento, abriría el chat, buscaría esos mensajes que son como puertas a un mundo donde el deporte y las expectativas familiares no lo definen. Pero ahora no es el momento.

"Ya veo," responde Sergio, su voz tiñe la sala con una nota de

insatisfacción. "Espero que esa dedicación se traduzca en una oferta de Boca Juniors, eh?"

Rubén hace una mueca interna. El fútbol. Siempre el fútbol. Es como si toda su identidad estuviera envuelta en el cuero de una pelota, lanzada a un destino que todos, parecen querer.

"Estoy trabajando en ello, papá," responde, y su tono incluso se las arregla para sonar convincente.

Rubén recuerda una charla reciente que tuvo con "Luna" acerca de los sueños y aspiraciones, y cómo esas conversaciones digitales lo hacen sentir tan asombrosamente real. Lo irónico es que se siente más él mismo cuando habla con ella que cuando está rodeado de personas que supuestamente deberían conocerlo mejor.

"Muy bien," dice Liliana, levantándose para ir a la cocina. "Voy a preparar un poco de café. ¿Quieres algo, Rubén?"

"Nah, estoy bien, mamá," contesta Rubén, aprovechando la oportunidad para sacar su teléfono de su bolsillo.

La pantalla brilla, revelando cero notificaciones nuevas. No hay mensajes de "Luna". Se siente como una especie de traición, aunque sabe que no tiene sentido. Ella no le debe nada. Sin embargo, el vacío que siente al ver la pantalla en blanco le dice que hay más en juego aquí que un simple coqueteo digital.

De repente, su celular vibra, iluminándose con la anticipación de un nuevo mensaje. Pero no es el mensaje que esperaba. Es un recordatorio de una próxima práctica. Una realidad llamándolo de regreso.

Rubén guarda el teléfono de nuevo en su bolsillo, sus dedos rozando la superficie fría como si pudiera enviarle un mensaje a "Luna" a través de solo el tacto. Y en ese momento, entre la charla de sus padres sobre la vida y el amor y las responsabilidades, siente la brecha entre los dos mundos en los que vive expandirse, amenazando con tragarlo entero.

Sí, en esta casa, en esta sala, donde cada objeto parece cargado con el peso de las expectativas no dichas, Rubén se da cuenta de que está en un tipo de encrucijada. Una que no puede evitar por mucho más tiempo. Ahí está, el borde de algo grande, algo que cambiará todo, aunque no sepa aún qué es.

La puerta de la cocina se cierra detrás de Liliana, dejando a Rubén y Sergio en una conversación taciturna. Sergio levanta su periódico, como si pudiera esconderse detrás de titulares y noticias de última hora. Rubén ve esto y siente un deseo inexplicable de perforar esa barrera de papel y tinta, de llegar a su padre de una manera que nunca ha podido.

"¿Has oído algo sobre las pruebas, papá?" Rubén se aventura a preguntar, sabiendo que ha entrado en terreno peligroso.

Sergio baja el periódico, mirándolo por encima de las gafas. "Estuve hablando con el entrenador. Dice que tienes posibilidades. Pero eso no significa que puedas relajarte, ¿entiendes?"

"Lo entiendo." Rubén asiente, aunque cada palabra le pesa como una losa. Las posibilidades. Siempre hay posibilidades, pero raramente certezas. ¿Y qué pasa si sus posibilidades no incluyen a Boca Juniors? ¿Qué pasa si incluyen algo más? Algo que ni siquiera ha tenido el coraje de considerar abiertamente.

Es un pensamiento que lo detiene, como un faro en la oscuridad. Hace una pausa, una fracción de segundo donde la vida parece suspenderse. Entonces su teléfono vibra de nuevo en su bolsillo. Lo saca, esperando ver el nombre de "Luna" en la pantalla.

Pero no. Es un mensaje de un compañero del equipo. "Gran práctica hoy. ¿Listo para destruir al rival en el juego de la próxima semana?" Rubén siente su corazón hundirse un poco más. ¿Por qué cada mensaje que no es de "Luna" se siente como una cachetada?

De repente, siente los ojos de su padre sobre él, curiosos pero también un poco intrusivos. "¿Es una chica?" pregunta Sergio, tratando de sonar casual. "Sé que tu madre está curiosa. Y, bueno, también lo estoy yo."

Rubén se siente como si estuviera caminando en una cuerda floja. ¿Cómo puede explicar que la persona que lo está haciendo cuestionar todo en su vida es alguien a quien no ha visto en persona?

"No, no es una chica," responde, su voz baja pero firme.

"Entonces, ¿quién es?"

Es la pregunta que Rubén ha estado evitando, no solo de sus padres sino también de sí mismo. ¿Quién es "Luna" para él? ¿Y quién es él en este mundo que parece demandar tanto, pero ofrece tan poco a cambio?

"Es alguien que me hace pensar," dice finalmente, y aunque es verdad, también sabe que es una evasión. "Alguien que me hace cuestionar cosas, cosas importantes."

Sergio lo observa, y por un momento Rubén ve algo en la mirada de su padre que raramente ha visto: incertidumbre. Como si, de repente, Sergio también se diera cuenta de que su hijo es un enigma, un libro que ha estado leyendo pero nunca verdaderamente entendiendo.

"Las cosas importantes merecen ser cuestionadas," dice Sergio, finalmente rompiendo el silencio. "Pero también necesitan respuestas, Rubén. No lo olvides."

Es una afirmación que se queda con Rubén mucho después de que su padre vuelva a sumergirse en el periódico y su madre regrese con una taza humeante. Mientras se sienta allí, su teléfono de nuevo en su bolsillo, un silencio se asienta en la habitación. Un silencio lleno de preguntas no formuladas, de caminos no tomados, de palabras no dichas.

Y en ese silencio, Rubén sabe que está al borde de algo, algo que ni siquiera puede articular todavía. Pero es algo que no puede seguir ignorando, algo que, tarde o temprano, tendrá que enfrentar. Y en ese momento, el futuro parece tanto inmensamente abierto como terriblemente cerrado, como una puerta a punto de abrirse, aunque no sepa qué hay detrás de ella.

La noche es un lienzo oscuro donde los corazones desnudos se enfrentan a sus propias luces y sombras, mientras el mundo duerme ajeno a sus luchas internas.

Un iPhone descansa sobre una mesita de noche de madera oscura, emitiendo un tenue resplandor que ilumina los rostros de los trofeos y medallas que se alinean en las estanterías de la habitación. El dispositivo vibra con el sonido de una notificación, y Rubén, que está sentado en su cama con el portátil abierto, lo toma. Ve un nuevo mensaje en la aplicación de citas que ha estado usando para hablar con Luna. Pero no es de ella. Es una notificación que dice que Mathias ha empezado a seguir a Luna en la plataforma.

"Huh, interesante", murmura Rubén, su ceño se frunce al instante. ¿Qué tendría que ver Mathias con Luna? Se desliza por la conversación que ha mantenido con Luna y se detiene en una foto de ella. Hermosa, sí, pero también... algo inalcanzable. Hasta ahora, Luna ha sido un oasis emocional para él en un mundo que solo quiere hablar de fútbol y expectativas.

Coge su teléfono y abre la conversación de texto con Mathias. "Oye, ¿conoces a una chica llamada Luna?", escribe, sus dedos vacilan antes de darle a enviar. Hace clic. Ahora no hay

vuelta atrás.

Por el otro lado, Mathias siente como si el aire se hubiese vuelto sólido alrededor de él cuando su teléfono zumba. Ve el nombre de Ruben y el contenido del mensaje, y durante un segundo, todo se vuelve borroso. Su corazón, que hasta ahora latía con la intensidad de un tambor de guerra, se detiene por un momento antes de reanudar su frenético ritmo. Le lleva tres intentos completar una respuesta coherente. "No, ¿debería?", envía finalmente, intentando parecer indiferente.

Ruben observa los tres puntos del chat parpadear y luego desaparecer un par de veces antes de que llegue la respuesta. "No, ¿debería?" lee. Esa respuesta le da una sensación extraña. "No, olvídalo. Solo me pareció ver que la seguías en la app", responde, intentando aligerar el tono.

"Ah, sí. Tal vez fue un clic accidental", replica Mathias. Su estómago se siente como un nudo de serpientes. Ahí está, ese tono casual que ha perfeccionado después de meses de conversaciones y charlas de vestuario. Pero esta vez, está usando esa misma despreocupación para mentir directamente a Ruben.

Ruben no está convencido, pero no puede poner el dedo en por qué. En cambio, cambia la conversación. "¿Cómo te preparas para la prueba de Química?", pregunta, poniendo su teléfono en la mesita y abriendo un libro que no ha tocado desde que comenzó su charla con Luna.

Mathias suelta un suspiro que suena más como un jadeo. "Estudiando como un loco. ¿Y tú?" Pero incluso mientras intercambian mensajes sobre átomos y moléculas, Mathias se siente como si estuviera al borde de un abismo, mirando hacia un vacío oscuro y amenazante. En algún lugar, en algún oscuro rincón de su mente, se pregunta cuánto tiempo más podrá mantener este equilibrio precario.

El cambio en la conversación parece tan trivial para Ruben, pero es en esos momentos triviales cuando más se revelan las verdades más profundas, y Ruben lo siente, casi lo saborea—algo está fuera de lugar. Pero no puede descifrarlo, al menos no todavía.

Los mensajes se detienen. Ruben cierra la tapa de su portátil y apaga la luz de su habitación. En la oscuridad, se encuentra a sí mismo pensando no en fórmulas químicas o jugadas de fútbol, sino en ese breve intercambio con Mathias. En cómo algo tan simple como un seguimiento en una aplicación de citas puede hacer que todo se sienta tan irremediabilmente complicado.

Mathias, a su vez, se encuentra en su habitación, una amalgama de pósters de bandas y fotografías antiguas. Apaga su teléfono y se sienta en la cama, pensando en lo cerca que estuvo de perderlo todo. Pero, por supuesto, "todo" es una palabra tan relativa cuando ni siquiera sabes quién eres realmente.

Ambos chicos, cada uno en su propio mundo pero conectados por hilos invisibles de posibilidades y secretos, se acuestan en sus camas. Hay una especie de silencio que se extiende entre ellos, un espacio lleno de las palabras no dichas y las verdades no reconocidas. Es un silencio que habla más fuerte que cualquier conversación, un lenguaje silente que parece llenar la distancia como agua en un vaso hasta el borde.

Mathias mira su techo como si buscara respuestas en las pequeñas imperfecciones de la pintura. Su mano está apretada alrededor de su teléfono como si pudiera recibir la absolución a través de la pantalla táctil. A medida que los minutos pasan, el peso de su doble vida se asienta sobre él como una losa. Piensa en Ruben y en lo feliz que ha sido al hablar con él, aunque sea a través de una máscara virtual. Y, a su vez, cómo esa felicidad se siente como una especie de traición, una mancha en el tejido de su amistad que no sabe si alguna vez podrá limpiar.

Mientras tanto, Ruben repasa mentalmente su conversación con Mathias, sintiendo que algo no encaja. Un hilo suelto en el tapiz de su amistad que no puede ignorar. Cierra los ojos y trata

de adentrarse en el mundo de los sueños, pero sus pensamientos insisten en gravitar hacia ese enigma. Le gustaría poder decir que es solo el estrés por las próximas pruebas o la presión de ser observado por cazatalentos de equipos grandes, pero sabe que no es así. Algo en su vida está a punto de cambiar, puede sentirlo en el aire, como la electricidad antes de una tormenta.

Y, en ese preciso instante, mientras ambos están sumidos en sus respectivas reflexiones, un sentimiento compartido pero no expresado cobra vida. Es la certeza dolorosa de que algo entre ellos está a punto de romperse o transformarse. Es el tipo de conocimiento que se anida en el alma, un intruso indeseable pero ineludible.

Porque así son las verdades, una vez que se asoman a la superficie. Son como burbujas en un estanque que, una vez rotas, cambian la composición misma del agua. Y ambos saben, en algún recóndito lugar donde las palabras se quedan cortas y solo las emociones gobiernan, que están a punto de atravesar un umbral. Ni siquiera tienen que decirlo; está allí, resonando en el espacio que ocupan, en los caracteres de sus mensajes de texto, en las pausas entre sus palabras.

Así, en habitaciones separadas pero eternamente conectadas por más de lo que cualquiera está dispuesto a admitir, Mathias y Ruben se enfrentan a la inminente realidad de sus vidas.

Mathias finalmente coloca su teléfono en la mesita de noche y apaga la lámpara. Los demonios pueden esperar hasta la mañana.

Y Ruben, con una respiración profunda, cierra sus ojos. Pero el sueño, ese elusivo estado de olvido, no vendrá fácilmente esta noche. Hay demasiado en juego, demasiado que está a punto de cambiar.

La tensión se encuentra suspendida en el aire, y ambos la sienten—una cuerda tirante que podría romperse con el más mínimo movimiento en falso. Y en ese momento, en esa pausa antes de que llegue el mañana y todas sus inevitables revelaciones, ambos hacen una especie de tregua silenciosa con sus propios secretos, prometiendo, al menos por esta noche, dejar que el mundo siga girando, incierto pero intacto.

Así termina esta escena, en el frágil espacio entre lo que se sabe y lo que se teme, entre lo que se muestra y lo que se guarda cuidadosamente detrás de cortinas cerradas y pantallas iluminadas. El mañana es una página en blanco, y aunque ambos sienten el peso de la pluma, ninguno está completamente listo para escribir las palabras que vendrán a continuación.

Las verdades emergen como burbujas en un estanque, rompiendo el
silencio y alterando el equilibrio de lo conocido.

Capítulo 20: El Silencio en la Realidad

La habitación de Mathias está bañada en una luz tenue, cortesía de una única lámpara de mesa que proyecta sombras danzantes sobre las paredes. Pósters de bandas y películas decoran el espacio, añadiendo un toque personal al ambiente de la habitación. Sin embargo, es en el escritorio donde se concentra toda la energía de la habitación esta noche. El teléfono de Mathias, brillando como un faro, muestra la imagen de perfil de "Luna" en la pantalla, una chica sonriente con cabellos oscuros.

Mira, allí está Mathias, hundido en la silla de su escritorio, con el ceño fruncido y los labios apretados. Se pasa una mano por el cabello, desordenándolo aún más. Hay tensión en el aire, ¿la sientes? Es tangible, casi como si pudieras cortarla con un cuchillo. Si pudieras leer sus pensamientos, sería una cacofonía de preguntas, dudas y miedos. Pero espera, veamos en lugar de simplemente decirlo.

La pantalla ilumina sus ojos azules, y hay algo en su mirada, algo... ¿doloroso? Parece que está a punto de enviar un mensaje, pero se detiene, y sus dedos se paralizan sobre el teclado.

"¿Por qué estoy haciendo esto?" Los ojos de Mathias recorren la pantalla. El chat de "Luna" está lleno de mensajes con Ruben. Risas digitales, corazones y bromas. Sin embargo, detrás de cada emoji y cada risa, hay un peso que Mathias siente en su pecho.

Le escuchas suspirar, una exhalación lenta y cargada. Hay algo tan palpable en ese sonido, algo tan genuino que te hace preguntarte qué pasaría si...

Suena un zumbido. Es un mensaje. Su mirada salta hacia el teléfono.

Ruben: _"Luna, hay algo en ti que me atrae. No sé qué es. Cada vez que hablamos, siento que te conozco desde siempre."_

Los ojos de Mathias brillan, y por un momento, es fácil ver a ese niño que sólo busca ser aceptado, ser querido por quien realmente es. Sin embargo, ese brillo es efímero y pronto es reemplazado por una sombra de culpabilidad.

Mathias, o debería decir "Luna", escribe: _"Ruben, también siento una conexión. Pero es complicado."_ Traga saliva y añade, _"Hay cosas de mí que no conoces."_

Un silencio lleno de tensión sigue. El aire parece más pesado, y Mathias se muerde el labio inferior, esperando.

Es en este momento que notamos una fotografía en la pared, de un Mathias más joven, con una sonrisa genuina. El contraste es impresionante: el chico despreocupado de la foto versus el adolescente en conflicto que vemos ahora.

Entonces, otro zumbido rompe el silencio.

Ruben: _"Todos tenemos secretos, Luna. Pero me gustaría conocerte más, más allá de los mensajes."_

Mathias congela. ¿Puedes verlo? Su mano tiembla ligeramente y su corazón... bueno, si pudieras sentirlo, estaría galopando. Las palabras de Ruben resuenan en su mente. El deseo de decir la verdad, de deshacerse del manto de "Luna" y ser simplemente Mathias, es abrumador.

"¿Y si...?"

Pero antes de que pueda decidir, un ruido desde fuera de su habitación le distrae. Quizás es su madre, o tal vez su hermano. Deja el teléfono, y por un momento, el peso del secreto parece más ligero.

¿Te das cuenta? En el transcurso de unos minutos, hemos sido testigos del torbellino

emocional de Mathias. Sin palabras explícitas, hemos sentido su conflicto, su deseo, su temor.

La escena termina aquí, con Mathias alejándose de su escritorio, dejando atrás el teléfono con un chat sin responder. Hay un camino por delante, y muchas más verdades que enfrentar. Pero eso, querido lector, es una historia para otro día.

Mathias se aleja del escritorio y camina hasta la ventana, su mano rozando el cristal frío. Hay una especie de tensión en el aire, como si la habitación entera se hubiera convertido en un recipiente de sus emociones sin resolver. Observa la calle oscura de abajo, las luces lejanas, los contornos de los árboles mecidos por el viento. Es un mundo completamente diferente al que está encerrado en esa pequeña pantalla de su teléfono.

"¿Quién es Luna?" se pregunta, permitiéndose un momento de introspección. "¿Es ella una extensión de mí o una completa ilusión?" Los sentimientos que "Luna" evoca en Ruben son reales, pero el personaje detrás de ellos está construido en una red de mentiras y ocultamiento. Sin embargo, no podemos olvidar que esas mismas palabras, esas mismas emociones, provienen de Mathias. ¿Cómo puede algo tan genuino y tan falso coexistir de la manera que lo hace?

De alguna manera, es una forma de supervivencia, ¿no crees? En un mundo donde cada gesto, cada palabra y cada acción están bajo el microscopio del juicio social, Mathias ha creado una vía de escape. "Luna" es su santuario, un lugar donde puede ser apreciado y amado, incluso si es por méritos que no puede reclamar como propios.

De repente, el sonido del timbre del teléfono interrumpe sus pensamientos. Es una notificación, probablemente un mensaje nuevo de Ruben. Los dedos de Mathias tiemblan con un breve temblor, un movimiento involuntario como si se debatiera entre correr hacia el teléfono o continuar con su impasibilidad.

Elige no mirar.

De alguna manera, esa elección, ese pequeño acto de desafío ante la tentación de volver a la vida en línea, es monumental. Nos hace preguntarnos: ¿es este el primer paso hacia la autenticidad? No lo sabemos, pero el aire en la habitación cambia sutilmente, como si reconociera la importancia del momento.

Mathias finalmente exhala, un suspiro que lleva consigo el peso de un secreto que ya no puede soportar solo. Cierra los ojos y se permite sentir, realmente sentir, el agotamiento y el alivio enredados en un complejo tapiz emocional.

Mientras su mente sigue envuelta en una maraña de pensamientos y sentimientos, hay una certeza que emerge con claridad sorprendente: no puede seguir así. Algo tiene que cambiar. No sabe qué forma tomará ese cambio ni cuánto costará, pero en este momento, la resolución está ahí, brillando como una estrella solitaria en el vasto cielo de su incertidumbre.

Así que aquí lo dejamos, con Mathias en una encrucijada. No sabemos qué vendrá después, pero hay una sensación inconfundible de que un capítulo en su vida está a punto de cerrarse, haciendo espacio para algo nuevo, algo incierto y sí, algo aterrador.

Ahora bien, la historia debe continuar, pero eso, mi querido lector, es un cuento para otro día. Y ahí lo tienes, una puerta entreabierta, una pausa, una respiración contenida. ¿Estás tan ansioso como yo por ver lo que viene después? ¿Por descubrir las verdades que aguardan ser liberadas? Sí, lo sé, yo también. Pero por ahora, este es el punto donde ponemos el marcador y cerramos el libro, esperando con avidez la próxima página en la vida de Mathias.

En el umbral de la verdad, el miedo y la liberación bailan una danza en el corazón, mientras las palabras esperan el momento adecuado para alzarse.

Capítulo 21: Pausa en el Tiempo

La cafetería de la escuela se llena de murmullos y risas, una colmena de actividad adolescente, pero Ruben apenas lo nota. Sus dedos tocan nerviosamente el borde de la mesa de plástico, sus ojos vagan sin rumbo, como si buscaran respuestas en el collage de caras que lo rodean.

Lorena se acerca a él, moviéndose con una seguridad que enmascara una curiosidad casi táctil. Lleva su bandeja hacia la mesa y se sienta, estudiando el semblante nublado de Ruben como si intentara descifrar un texto encriptado.

"¿Qué pasa, campeón?" pregunta, su voz tintineando con un entusiasmo forzado. Ella toma un sorbo de su batido, esperando que el apodo juguetón saque a Ruben de su abismo interior.

Él levanta la vista y esboza una sonrisa apagada. "Campeón" suena tan distante ahora, como un eco que se pierde en un cañón de incertidumbres.

"Nada especial" responde, sin ofrecer más. Sus palabras son como piedras lanzadas en un sumidero; se hunden rápidamente.

Lorena lo mira, una ceja arqueada y los labios apretados en una línea delgada. Conoce esa barricada emocional; ha tratado de escalarla antes, siempre sin éxito. Pero hoy hay algo más en los ojos de Ruben, una especie de caos interior que se asoma detrás de sus párpados.

"¿Seguro que no quieres hablar de ello?" insiste, su voz ahora rebajada a un tono suave.

"Estoy seguro" dice Ruben, pero incluso él no está convencido de la veracidad de esas palabras. Las masculla como si fueran un mantra, una afirmación para engañarse a sí mismo.

La conversación muere por un momento, asfixiada por la tensión palpable que ninguno de los dos quiere reconocer. Lorena juega con los cubiertos, una distracción superficial para el torbellino de pensamientos que le arremolinan la mente.

"Escuché que te están yendo bien las pruebas en Boca" aborda Lorena, cambiando de táctica. Si no puede atravesar la fortaleza de Ruben, al menos intentará circundarla.

Ruben asiente, un simple movimiento de cabeza que lleva el peso de todas las expectativas que le han sido impuestas. Sí, ha estado destacando en las pruebas. Sí, los ojeadores están impresionados. Pero, ¿eso qué más da si su corazón está en otro lugar, si su mente está cautiva de una persona que ni siquiera es real?

"Debes estar emocionado" dice Lorena, aunque las palabras saben a falsedad en su boca.

"Debería" responde Ruben, y por primera vez su voz revela una grieta, un indicio del desgaste emocional que ha estado ocultando.

Lorena capta el cambio, un pequeño detalle, pero suficiente para entender que Ruben está en un cruce de caminos en su vida. Tal vez él aún no sepa qué camino tomar, pero Lorena, con su curiosidad incansable y su empatía innata, decide que será la luz en la intersección.

"Bueno, si alguna vez decides que quieres hablar, estoy aquí" ofrece, y por un momento su mano se cierne sobre la de Ruben, una promesa no dicha, pero sentida.

Ruben mira la mano de Lorena, luego su cara, y por un instante se permite imaginar un mundo en el que podría descargar su confusión y miedos, un mundo donde sería tan simple como aceptar la mano extendida ante él.

"Lo tendré en cuenta" dice finalmente, pero esas palabras llevan un matiz de finalidad. Ambos saben que la oferta de Lorena está allí, suspendida en el aire como una posibilidad, pero también saben que, por ahora, Ruben está eligiendo quedarse atrapado en su laberinto de pensamientos no expresados y sentimientos no explorados.

Lorena retira su mano y toma un último sorbo de su batido, su sabor ahora agri dulce. Se levanta, lleva su bandeja al mostrador y lanza una última mirada a Rubén, quien sigue inmerso en su propio mundo, como un astronauta flotando en el espacio sin un cable umbilical para traerlo de vuelta.

Rubén, todavía anclado a su asiento de la cafetería como si fuera lo único estable en un mundo de arenas movedizas, observa pasar a los estudiantes. Se mueven en grupos, grupos de amistad y risas, pero él se siente alejado, como si los estuviera viendo a través de un cristal.

Su teléfono suena, una notificación de mensaje, pero no lo alcanza. Aún no. En cambio, sus ojos siguen a un grupo de chicos del equipo de fútbol mientras se ríen de alguna broma interna, una de la que él normalmente sería parte. La escena se siente como parte de una vida diferente, una donde el peso de las verdades no dichas no lo derriba.

Mientras se pierde en este ensueño, su teléfono vuelve a vibrar. El sonido perfora sus pensamientos, atrayendo su mirada hacia el dispositivo que descansa inocentemente sobre la mesa. Finalmente, lo levanta y mira fijamente la pantalla.

"¿Estudiamos esta noche?", es un mensaje de Mathias.

Rubén escribe una respuesta y sus dedos vacilan sobre la pantalla durante un segundo antes de presionar enviar.

"Claro, nos vemos a las 9."

Dejando el teléfono, deja escapar un largo suspiro. Mathias es... sencillo, el tipo de amigo que necesitas cuando todo lo demás es una tormenta. Es como si Mathias no exigiera espacio en la ya abarrotada mente de Rubén, y eso, en sí mismo, es un consuelo.

Suena la campana, señalando el final del almuerzo. Los estudiantes comienzan a recoger sus pertenencias, sus movimientos están marcados por el raspado de las sillas y el portazo de las bandejas.

Deslizando su teléfono en su bolsillo, se une a la multitud de estudiantes que salen de la cafetería. Se funde con la corriente de cuerpos, es otro rostro entre la multitud, pero por dentro es todo menos anónimo.

Mientras camina por el pasillo, sus pensamientos se dirigen a las próximas pruebas deportivas, la presión de sus padres y la extraña red de relaciones que lo enreda cada día más.

Piensa en "Luna", el enigma, y en Mathias, el amigo. Y en algún lugar de ese complejo enredo, piensa en sí mismo: lo que quiere, lo que necesita y lo que está dispuesto a arriesgar para descubrir la diferencia entre ambos.

A medida que ingresa a su siguiente clase, estos pensamientos se instalan en el fondo de su mente, hirviendo a fuego lento mientras la vida continúa desarrollándose a su alrededor. Es sólo un día más, pero para Rubén se siente como un paso precario hacia un futuro desconocido, cada acción, cada decisión cargada con una gravedad que todavía está aprendiendo a manejar.

Y así, con una respiración profunda y una mirada que tal vez sea un poco más conocedora, un poco más incierta, mira hacia adelante, listo, o al menos tan listo como puede estar, para lo que venga después.

La soledad puede ser la compañía más cercana en una multitud, como un astronauta flotando en el espacio de su propia mente.

Capítulo 22: El Peso de la Armadura

El sol se cierne en el horizonte, derramando tonos dorados y rosados sobre el parque de la ciudad. Las hojas de los árboles reflejan el crepúsculo, y es aquí, en este rincón pintado por la luz de la tarde, donde Mathias y Ruben se encuentran sentados en un banco de madera desgastado.

"Siempre me ha gustado este parque", comenta Ruben, pasando la mano por su cabello como si pudiera ahuyentar las inseguridades con ese simple gesto. "Es uno de los pocos lugares donde siento que puedo respirar, ¿sabes?"

Mathias le dirige una mirada que bien podría interpretarse como curiosa, tal vez incluso introspectiva. Pero sus ojos permanecen cautelosos, como si temieran la próxima palabra que pudiera escapar de sus labios.

"Sí, lo entiendo", responde al fin, la voz un poco más suave que antes. "Este lugar tiene algo que te hace sentir, no sé, más real."

Ruben sonríe ante la observación. Tal vez sea la primera vez que siente que alguien comprende ese pequeño placer, esa bocanada de aire libre que tanto anhela. "Exacto, es como un refugio, lejos del ruido del mundo."

Mira a Mathias, intentando descifrarlo. Hay algo en la forma en que Mathias evita su mirada, algo que despierta una inquietud que no puede nombrar. Pero esta tarde no es para inquietudes, se recuerda, es para la verdad, o al menos la versión más cercana a ella.

"Escucha, Mathias", comienza Ruben, una nueva gravedad coloreando sus palabras. "Sé que la vida en la escuela puede ser... complicada. Y no sé, siento que hemos estado evitando hablar de cosas que realmente importan."

La elección de palabras golpea a Mathias con la fuerza de un tren. Porque sí, han estado evitando ciertos temas, y la ironía de todo esto se asienta pesadamente en su pecho. El cielo sabe que Mathias lleva una vida doble; Ruben simplemente aún no se ha enterado.

"Tienes razón", admite Mathias, incapaz de sostener el silencio por más tiempo. "Yo también tengo cosas en mi mente, cosas que me gustaría poder compartir."

Es Ruben quien rompe la tensión esta vez, con una risa corta pero sincera. "Bueno, estamos aquí, ¿no? Entre amigos."

La palabra 'amigos' suena como una melodía dulce, pero también como una prisión. Mathias se da cuenta, tal vez por primera vez, de que está cansado de las máscaras, de los miedos que lo atan.

"Ruben, quiero que sepas que, a pesar de todo, valoro esta amistad", dice Mathias, pesando cada palabra como si fuera oro puro. "Y por eso mismo, hay algo que necesito decirte."

Ruben siente una punzada de inquietud, pero elige mantenerse en silencio, esperando.

Mathias toma aire, preparándose para cruzar un puente invisible pero monumental. Pero justo antes de que las palabras puedan materializarse, su teléfono suena abruptamente, interrumpiendo el delicado equilibrio del momento.

Ambos jóvenes se sobresaltan, y es Ruben quien rompe en una risa nerviosa primero. "Vaya, el universo tiene un sentido del humor raro, ¿eh?"

"Sí", asiente Mathias, aunque en su mente, las palabras no dichas parecen arder, tan intensas como el sol que ahora se ha escondido completamente detrás del horizonte, dejando sólo sombras en su lugar.

"Quizás deberíamos intentarlo otra vez, otra noche," dice Ruben, como si pudiera sentir la

importancia del mensaje que Mathias no pudo entregar.

El teléfono de Mathias sigue en su mano, un recordatorio físico de la vida que sigue su curso, sin importar los cruces de caminos. "Sí, tal vez tengas razón," responde, deslizando el teléfono de nuevo en su bolsillo. Pero ambos saben que los momentos como este son frágiles, una vez perdidos, no garantizan un regreso.

"Oye, antes de que cada uno se vaya por su lado," Ruben vacila, sus ojos buscando el cielo como si las respuestas pudieran encontrarse entre las primeras estrellas que aparecen. "Me preguntaba si alguna vez te has sentido... atrapado. Por las expectativas, los deseos de otras personas, todo eso."

Mathias escucha y se siente como un imán alineándose con su polo opuesto. Atrapado es una palabra que conoce muy bien, un estado que ha visitado en muchas noches solitarias. "Todo el tiempo," admite.

Ruben se inclina hacia atrás, apoyándose en sus manos sobre el banco. "Es como si todos esperaran algo de mí, pero nadie se detiene a preguntar qué es lo que yo realmente quiero."

Los ojos de Mathias se encuentran con los de Ruben y, por un momento efímero, todas las capas de pretensión parecen pelarse. "Me haces pensar en lo que Sofía siempre dice," comparte Mathias, "que al final del día, la única expectativa que realmente importa es la que tenemos de nosotros mismos."

Ruben sonríe, un gesto lleno de una gratitud inesperada. "Sofía es inteligente."

"Sí, lo es," conviene Mathias, sintiendo un atisbo de paz en la admisión. "Y quizás tengamos que ser un poco egoístas, para encontrar lo que realmente nos hace felices, lejos de las presiones y las expectativas."

Los dos se sientan en silencio, absorbidos en sus propios pensamientos pero cómodos en la compañía del otro. Cada uno sopesa las palabras del otro como si fueran piedras preciosas, brillantes en su significado pero pesadas en su implicación.

Y mientras la noche se asienta plenamente sobre ellos, una idea surge en la mente de Mathias. Es una idea aterradora pero liberadora, una que puede derribar todos los muros que ha construido meticulosamente. Se siente como una promesa y como un final, todo en uno.

Pero antes de que pueda actuar, de que pueda convertir ese pensamiento en palabras, Ruben se pone de pie, estirando sus brazos hacia el cielo nocturno. "Deberíamos irnos, ya es tarde," dice, pero en su voz hay un matiz de pesar, como si también él sintiera que este momento merecía algo más.

Mathias se levanta, el teléfono aún pesado en su bolsillo, las palabras aún sin pronunciar en su lengua. "Sí, vayámonos," acepta, aunque cada fibra de su ser quiera detener el tiempo, retroceder el reloj.

Y así, caminan juntos pero separados, cada uno inmerso en su propio laberinto de pensamientos y deseos no realizados. Pero el aire entre ellos ha cambiado, se ha vuelto más denso, cargado con la electricidad de palabras no dichas y verdades a medio reconocer.

Las máscaras que llevamos son como castillos de arena, hermosos hasta
que la marea de la verdad llega para derribarlos.

La sala de reuniones de la escuela tiene un ambiente que podría describirse como institucionalmente acogedor. Sillas plegables de metal rodean una serie de mesas formando un círculo imperfecto. Pósters sobre aceptación y diversidad adornan las paredes, como guardianes de papel de las conversaciones que ocurren aquí. Mathias camina hacia una silla vacía, pasando

junto a Valeria, la coordinadora del grupo, quien lanza una sonrisa de bienvenida, la misma que ofrece a todos pero que siempre parece especialmente sincera.

"Hola a todos," inicia Valeria, "espero que esta semana haya sido amable con ustedes. ¿Alguien quiere empezar?"

Varios segundos de silencio pasan antes de que un chico con cabello teñido de azul, Fernando, se lance. Habla sobre cómo ha sido presentarse como no binario en su casa. Los demás asienten, algunos comparten sus propias experiencias, y otros simplemente escuchan. Las palabras flotan en la habitación como hojas sueltas arrastradas por el viento. Cada una parece aterrizar en un lugar especial, un rincón personal de cada individuo presente.

Mathias escucha pero no participa, sumido en sus propios pensamientos. Aprecia este lugar; este ambiente cálido en un mundo que a menudo se siente frío. Pero hoy, su mente vaga. Ruben ocupa sus pensamientos como una estrella en la noche, brillante y alcanzable solo en sueños. Siente su móvil en su bolsillo, un recordatorio constante de la doble vida que lleva.

De repente, Valeria hace una pregunta abierta sobre la honestidad, sobre cómo la verdad puede liberarnos o encadenarnos. Mathias siente que la mirada de Valeria se posa en él por un segundo, quizás un segundo demasiado largo. Es como si ella pudiese ver a través de él, a través de la maraña de mentiras y anhelos que ha tejido.

"La honestidad es un bien escaso," Valeria dice, "y a menudo nos encontramos ocultándonos detrás de máscaras. Pero, ¿quién se beneficia con eso?"

Los demás comienzan a hablar, a compartir sus fragmentos de verdad. Y entonces, como si las palabras le fueran arrancadas del pecho, Mathias habla.

"Creo que... creo que a veces la mentira se siente como una especie de armadura. Como si protegiera no solo a nosotros sino a las personas que... que nos importan."

Un murmullo de asentimiento recorre el círculo. Valeria lo mira, sus ojos llenos de algo que Mathias no puede descifrar. ¿Es eso comprensión? ¿O quizás decepción?

"Fascinante, Mathias," Valeria responde. "Pero dime, ¿esa armadura te hace sentir seguro o prisionero?"

El aire parece más denso mientras todos los ojos convergen en él. Mathias siente el peso de la pregunta, una pregunta que nunca se ha atrevido a hacerse a sí mismo.

"Creo que ambas," murmura.

Valeria asiente. "Vivir en la mentira es como construir un castillo de arena. Es hermoso hasta que llega la marea."

Los demás hablan, pero sus palabras apenas llegan a Mathias. Está atrapado en esa metáfora, en la inminente marea que puede derribar todo lo que ha construido. Al final de la reunión, Fernando se acerca a él, ofreciendo una sonrisa empática. "Estamos en esto juntos," dice, aunque las palabras suenan distantes a los oídos de Mathias.

Valeria se le acerca, y en un susurro que sólo él puede oír, dice: "Quizás es hora de decidir si esa armadura te sirve o si te está hundiendo. Y recuerda, aquí, en este círculo, siempre puedes ser tú mismo."

Mathias asiente, pero en su interior, el mar ya ha comenzado a elevarse.

Mathias se va de la sala, pero las palabras de Valeria se quedan con él, acompañándolo como una sombra persistente. Es como si hubiera oído algo que ya sabía pero nunca se atrevió a admitir. Sus pasos suenan más pesados mientras camina por los pasillos desiertos de la escuela, un eco físico de la carga emocional que lleva dentro.

Llega a su casa, se cierra en su habitación y mira su móvil. Hay mensajes de Ruben, el mismo Ruben que piensa que está hablando con "Luna". Los textos son cálidos, sinceros, y cada palabra

le hace sentir a Mathias como si estuviera robando algo invaluable.

Abre una conversación con Sofía, su mejor amiga, su confidente. Se encuentra a punto de contarle todo, pero algo lo detiene. Es el temor, ese maldito temor de ser visto, de ser conocido, y quizás, en el proceso, de perderlo todo.

Cierra la conversación sin enviar nada y bloquea su móvil. Se tumba en su cama, mirando el techo como si las respuestas a sus problemas pudieran estar escritas allí. Pero no hay nada, solo la sombría realidad de su situación.

Esa noche, sueña con un castillo de arena, majestuoso y delicado a orillas del mar. En el sueño, camina hacia él, consciente de la creciente marea a sus espaldas. Justo cuando está a punto de entrar, una ola gigantesca se eleva y en un instante, todo lo que había construido se derrumba ante él.

Se despierta con una sensación de pérdida, como si el sueño le hubiera robado algo que nunca tuvo en primer lugar. Se levanta, se prepara para otro día, otro acto en su doble vida. Pero algo ha cambiado. La máscara que ha estado usando, esa armadura que construyó para protegerse, ya no se siente igual. Se siente pesada, como una carga que ya no quiere llevar.

Mientras se dirige a la escuela, decide hacer algo diferente hoy. No sabe qué es todavía, pero puede sentirlo en el aire, en el palpitar de su corazón, en esa marea interna que, finalmente, parece lista para subir.

Es un día como cualquier otro, pero para Mathias, cada paso que da hacia la escuela es un paso más cerca del borde de su propia realidad, una realidad que está a punto de cambiar de una forma que ni siquiera puede empezar a comprender.

La campana suena, las clases empiezan, y Mathias entra en la corriente de su vida, con la certeza de que algo, en algún lugar, ha comenzado a moverse. La marea está subiendo, y el cambio, por doloroso o liberador que sea, es inevitable.

La armadura de la mentira puede proteger, pero también encadena; sólo cuando enfrentamos la marea de la verdad, podemos liberarnos.

Capítulo 23: Teclas del Arrepentimiento

La noche se tiende sobre la ciudad, y las sombras invaden la habitación de Mathias como si fueran sus propias dudas materializadas. Está solo, inmerso en el resplandor de su computadora, que arroja luces y sombras sobre su rostro marcado por la preocupación. Aquí, en este espacio digital, ha encontrado tanto un refugio como una trampa. Es un territorio peligroso, lleno de verdades incómodas y espejos que reflejan lo mejor y lo peor de él.

Mathias hace clic en el enlace del foro. Ha venido aquí varias veces, en busca de respuestas, de consuelo, de algún sentido de comunidad. Pero esta noche es diferente. El cursor parpadea sobre un hilo titulado "Las consecuencias del 'Catfishing'". Traga saliva, consciente de que cada clic lo acerca más a enfrentar una verdad que ha estado evitando.

Clic.

El hilo se despliega como un acordeón de palabras, cada entrada una nota que toca una cuerda diferente en su conciencia. Testimonios de personas engañadas, relatos de corazones rotos, preguntas éticas que flotan en el aire digital como espectros acusatorios.

Hay una historia particular que le llama la atención. La historia de alguien que creó un perfil falso, enamoró a alguien, y luego lo reveló todo, desencadenando una serie de eventos que llevaron a la otra persona a una espiral de autodesprecio y tristeza. Mathias siente como si le hubieran arrojado un cubo de agua helada. Ve reflejado su propio rostro en las palabras de esa confesión virtual.

El aire se vuelve denso a su alrededor. Siente el peso de cada letra en la pantalla, el juicio en cada testimonio. Puede casi oír las voces detrás de los teclados, voces llenas de dolor, arrepentimiento y acusación.

“¿Qué he hecho?” murmura, permitiéndose por un momento ser vulnerable, incluso si es solo frente a una pantalla y las paredes impasibles de su habitación.

La pregunta se expande y llena el espacio, se mezcla con las sombras en la pared y el ruido blanco del silencio. Mathias cierra los ojos y se ve a sí mismo desde afuera, como si estuviera flotando, observando a este joven confundido y lleno de culpa.

Imágenes de Ruben se superponen en su mente. Ruben, con su sonrisa fácil y su presencia que llena una habitación. Ruben, a quien posiblemente ha decepcionado en un nivel tan profundamente humano que se siente como una traición no solo a él sino a sí mismo.

Abre otra pestaña en su navegador, quizás en busca de alguna forma de expiación. Está a punto de teclear, a punto de buscar palabras que puedan servir como un bálsamo para esta herida autoinfligida. Pero se detiene. ¿Qué palabras podrían ser esas?

De repente, todo parece ridículo. Su perfil falso, su enamoramiento, su búsqueda de aceptación, de amor. Todo reducido a píxeles y bytes, pero con consecuencias tan tangibles que le cortan la respiración.

Cierra la laptop con un gesto brusco, como si al hacerlo pudiera cerrar también esta caja de Pandora que ha abierto. Se queda mirando el espacio ahora oscuro donde antes brillaba su pantalla, sumido en la oscuridad y en sus pensamientos.

Esta noche, en este cuarto, Mathias llega a un cruce de caminos. Y aunque el silencio sigue siendo su única compañía, sabe que tiene decisiones que tomar, decisiones que repercutirán más allá de este espacio confinado, en vidas que son más que meros avatares en una pantalla.

El reloj avanza, inexorable, pero Mathias se queda ahí, inmóvil, en este momento suspendido

entre lo que ha sido y lo que podría llegar a ser.

Sabe que la noche no es eterna, aunque la oscuridad parezca inmutable. Mathias se levanta y camina hacia su ventana, donde las luces de la ciudad parpadean en un juego de contrastes. La vida allá afuera sigue su curso, ajena a su tormento interno. Pero es precisamente esa idea de fluidez y movimiento lo que le da una pizca de esperanza.

Se le ocurre que todos esos destellos luminosos corresponden a vidas llenas de elecciones, errores, y momentos de redención. Si ellos pueden vivir con sus complejidades y contradicciones, quizás él también pueda encontrar un camino a seguir, por más tortuoso que sea.

Vuelve a su escritorio pero no abre la computadora. En lugar de eso, toma un cuaderno y un bolígrafo. A veces, el acto de escribir, el contacto del papel con la tinta, puede ser una forma más directa de enfrentarse a la verdad. Comienza a escribir, titubeante al principio, pero luego con una certeza que le sorprende. Son cartas que tal vez nunca entregue, palabras que quizás nunca sean leídas por otro ser humano, pero tienen que ser escritas.

Después de llenar varias páginas, se detiene. Su mente se siente un poco más ligera, aunque el problema sigue ahí, mirándolo a los ojos. Pero ahora tiene un contorno, un nombre, algo concreto que puede enfrentar.

El resto de la noche se convierte en un juego de estrategias, en esta partida de ajedrez en solitario. Piensa en sus próximos movimientos, en las piezas que tiene en juego, en los sacrificios que puede —o debe— hacer.

**En la penumbra de la noche, nuestras dudas emergen como sombras que
buscan su propia luz.**

La penumbra invade la habitación de Mathias, iluminada solo por la luz tenue que se escapa del pasillo a través de la puerta entreabierta. Sus ojos, hundidos en sombras y preguntas, buscan su reflejo en el espejo colgado frente a su escritorio. Es un espejo en el que ha buscado respuestas muchas veces, pero esta noche, la conversación será diferente.

"¿Quién eres?", murmura, y sus palabras flotan en el aire, como si incluso el universo estuviera esperando para escuchar su respuesta.

Su reflejo le devuelve la mirada, ojos llenos de duda pero también de una chispa de determinación. Mathias toma una respiración profunda. "Soy gay," dice, sus palabras casi un susurro, pero cargadas de significado. "Y no puedo seguir escondiéndome detrás de mentiras y máscaras."

La confesión, aunque liberadora, también le hace temblar las piernas. Aún no se ha enfrentado a las consecuencias reales, pero admitirlo frente a sí mismo es el primer paso, y tal vez el más difícil.

"¿Y ahora qué?", pregunta su reflejo, la voz en su cabeza adoptando un tono desafiante.

Mathias piensa en Ruben, en el afecto nacido de un engaño. "Tengo que decirle la verdad", responde, la ansiedad elevándose en su pecho como una ola que amenaza con romper. Pero también sabe que cada ola que se rompe trae consigo la posibilidad de un nuevo comienzo.

"Pero, ¿y si me rechazan?", se cuestiona, permitiéndose visualizar sus peores temores: Ruben lo rechaza, sus amigos lo abandonan, su madre lo mira con desconcierto y desilusión.

Sin embargo, a medida que esos temores flotan en su mente, también encuentra contrapuntos: la sonrisa comprensiva de Valeria, las palabras alentadoras de Fernando, la lucha constante de otros antes que él para ser aceptados y amados tal como son.

"Si no enfrento este miedo, siempre viviré en una mentira, atrapado en una historia que no es

mía", razona, sintiendo como el peso del miedo comienza a ceder ante la fuerza de su verdad.

Y así, con la noche como única testigo, Mathias hace una promesa silenciosa pero firme a su reflejo. Dejará de esconderse, de huir, de mentir. Está dispuesto a enfrentar las consecuencias, porque por primera vez, ve la posibilidad de una vida en la que pueda ser, abierta y auténticamente, él mismo.

Su reflejo le devuelve una sonrisa, casi como si supiera algo que Mathias todavía está por descubrir: que la verdad, aunque aterradora, también es liberadora.

Con esa determinación recién descubierta, Mathias apaga la luz y se dirige hacia su cama. Pero esta noche, no se siente como una rendición al sueño. Más bien, es un compromiso con el despertar que le espera.

Asegurando su almohada con fuerza, como si pudiera encontrar en ella algún tipo de solaz, Mathias se recuesta en su cama, los ojos fijos en el techo. Es como si pudiera ver a través de la oscuridad. La idea de infinito, de un mundo de posibilidades, cobra un nuevo significado esta noche. Se siente infinitamente pequeño, pero también infinitamente esperanzado.

"No puedo controlar cómo los demás me verán o qué pensarán de mí, pero puedo controlar quién elijo ser", murmura, su voz bañada en la luz que se filtra a través de la ventana. Aunque las palabras son suyas, por un momento suenan a algo que podría haber dicho Valeria o Fernando, ambos centinelas de sus propias verdades complicadas.

Los momentos de silencio se sienten ahora menos solitarios. Antes, eran testimonios de su aislamiento, de un secreto que clamaba por ser liberado. Ahora, esos mismos momentos de silencio se convierten en un espacio sagrado, donde la autodefinición no solo es posible sino necesaria. Es como si el universo le estuviera ofreciendo una tregua, una breve pausa en su caos emocional para que pueda recuperar el aliento y, quizás, encontrar la valentía para enfrentar el día que viene.

Mathias cierra los ojos, su pecho subiendo y bajando en un ritmo más tranquilo, más medido. Piensa en el grupo de apoyo, en la forma en que cada persona allí también ha enfrentado momentos similares de revelación y temor. Cada uno de ellos ha tenido que mirar su propio reflejo en el espejo y enfrentar la verdad. No está solo en esto, y esa comprensión le da fuerzas.

Por un instante, imagina el día en que podrá hablar abierta y honestamente sobre quién es. Imagina las palabras formándose en sus labios, pesadas pero liberadoras. Imagina las miradas en sus ojos, algunas quizás llenas de juicio, pero otras, espera, llenas de aceptación y amor.

Y con ese pensamiento, Mathias se permite por fin dormir, su mente y cuerpo a la deriva hacia el sueño. Pero antes de deslizarse completamente en el abrazo inconsciente de la noche, sus pensamientos vagan una vez más hacia Ruben. No tiene idea de cómo enfrentará esa conversación en particular, o qué palabras usará para descubrirse a sí mismo y a su engaño.

Sabe que podría perder todo: amistades, amores, incluso parte de sí mismo en el proceso. Pero también sabe que tiene algo fundamental que ganar: la libertad de ser, la pureza del ser auténtico, la simple pero extraordinaria alegría de ser Mathias.

Los contornos de la habitación comienzan a desdibujarse, y la conciencia de Mathias se hunde en la oscuridad. Pero incluso allí, en ese espacio entre la vigilia y el sueño, Mathias siente que ha cruzado un umbral.

Atrás quedan las sombras de lo que fue, y delante de él se extiende un horizonte nuevo, aún no definido pero plagado de posibilidades. Y aunque lo que vendrá sigue siendo una incógnita, Mathias se enfrenta a ello con un corazón más ligero y una resolución más firme.

Y así, con el alma surcada por cicatrices pero también por nuevas esperanzas, Mathias duerme.

Las palabras en el aire son como eco del universo, esperando ser escuchadas incluso en los rincones más silenciosos de nuestra alma.

Capítulo 24: Reflejos Inciertos

La pelota de fútbol cruza el aire con un zumbido, como si ella también sintiera la tensión creciente en el campo. Alejandro va tras ella con la destreza de un halcón, pero Rubén, habitualmente impecable en su ejecución, parece un segundo por detrás. Cuando Alejandro intercepta el balón y se lo pasa, éste lo pierde con una torpeza que se siente fuera de lugar.

Carlos, el entrenador, sopla su silbato con una mueca que anuncia tormenta. "¡Ruben, estás durmiendo! ¿Dónde está tu cabeza?"

Ruben siente la vergüenza colorear sus mejillas. "Lo siento, entrenador", murmura.

"Si quieres disculparte, hazlo en el campo. ¡Otra vez!", ordena Carlos, y el entrenamiento se reanuda con un nuevo nivel de fervor. Pero la mirada de Alejandro se clava en Ruben, como una serie de preguntas sin formular.

Después de otra jugada fallida, Alejandro se acerca a él, su rostro dibujando un mapa de frustración. "Oye, ¿qué te pasa? No es normal para vos perder la pelota de esa manera."

Ruben quiere decir muchas cosas. Quiere hablar sobre la confusión, sobre el misterio llamado "Luna" que lo ha estado distraiendo, pero en lugar de eso, opta por una fachada de indiferencia. "Solo es un mal día, ¿sí?"

"Un mal día no puede costarnos el partido de este fin de semana, ni hablar de las pruebas para Boca," dice Alejandro, su tono tan cortante como una navaja. "Si algo te está afectando, tienes que resolverlo. No solo por ti, sino por todos nosotros."

El peso de esas palabras se posa en Ruben como una manta pesada. Sabe que su amigo tiene razón. Sabe que no puede permitir que su vida personal afecte su rendimiento, pero ¿cómo se deshace uno de sus propios pensamientos, de las emociones que lo invaden como un maremoto?

El tono de Alejandro suaviza un poco. "Escucha, si necesitas hablar, estoy aquí. Pero no puedo ayudarte si te cierras."

Ruben asiente, sintiendo un nudo en la garganta. "Lo sé, Alejandro. Lo sé."

En ese momento, el entrenador se acerca a ellos, cruzándose de brazos. "Si van a tener una terapia de grupo, háganlo en su propio tiempo. Esta es una cancha de fútbol, y si no pueden dejar sus problemas personales fuera de él, quizá deberían reconsiderar su lugar en este equipo."

Las palabras de Carlos caen como un martillo. Ruben siente que ha sido juzgado y hallado culpable. Sus sueños, sus aspiraciones, todo lo que ha trabajado hasta ahora parece balancearse en la cuerda floja de este instante.

"Volvamos al juego," dice el entrenador, y aunque las palabras son las mismas que siempre, esta vez suenan como una advertencia.

Ruben y Alejandro regresan a su posición, pero ahora con una nueva conciencia del abismo que se ha abierto entre ellos, y posiblemente dentro del equipo. Las miradas de los otros jugadores son como piedras invisibles que lo golpean en el pecho. El aire se siente más pesado, como si estuviera cargado de las expectativas y desilusiones de todos ellos.

Cuando el balón vuelve a estar en juego, Ruben hace un esfuerzo consciente para enfocar cada fibra de su ser en él. Ignora el dolor en sus músculos, la angustia en su pecho, y el eco persistente de "Luna" en su mente. Sabe que debe superar esto, que debe encontrar una manera de separar su vida personal de lo que sucede en este entrenamiento.

Por ahora, sin embargo, cada movimiento se siente como un acto de desafío a sí mismo. Y en ese reto, bajo el resplandor del sol de la tarde, Ruben se encuentra en una encrucijada que no

tiene ni idea de cómo cruzar.

Y así, la pelota sigue rodando, indiferente a las batallas internas que se libran en las mentes y corazones de quienes la persiguen. Con un último silbato, el entrenamiento llega a su fin, pero las tensiones y preguntas sin respuesta se quedan, suspendidas en el aire como polvo después de una tormenta.

La última gota de sudor se desliza por la frente de Ruben, como si hasta ella tuviera prisa por alejarse. Mientras recoge sus botines y se dirige al vestuario, las palabras de su entrenador y de su amigo retumban en su cabeza, como ecos en un túnel interminable. Es difícil creer que un lugar que siempre le ha dado tanto consuelo ahora se sienta como un campo minado.

"Ruben, ¿puedes quedarte un momento?", la voz del entrenador lo detiene justo cuando está a punto de perderse entre los casilleros y los rostros cansados de sus compañeros.

Ruben se vuelve, esforzándose por mantener un semblante neutral. "Claro, entrenador. ¿Pasa algo?"

Carlos lo observa, y por un momento, Ruben piensa que va a despedirlo ahí mismo, acabar con su sueño en un instante. Pero en lugar de eso, el entrenador se rasca la nuca y suspira. "Mira, sé que algo te tiene preocupado. Pero tienes que arreglarlo. No puedo permitir que distracciones personales afecten el rendimiento del equipo."

Ruben asiente, mordiéndose el labio. "Lo entiendo, entrenador. Haré lo posible por mejorar."

Carlos le ofrece una mirada penetrante, como si pudiera escarbar en el enigma que es Ruben y encontrar las respuestas que ni siquiera él sabe. "No es solo por el equipo, hijo. Es por ti también. Tienes un gran futuro por delante, no querrás estropearlo por algo que podrías haber arreglado."

La gravedad de esas palabras impacta a Ruben como un tren en marcha. Sabe que Carlos tiene razón, que sus acciones tienen consecuencias no solo para él sino para todos los que le rodean. "Gracias, entrenador. Tendré eso en cuenta."

Mientras Ruben entra al vestuario, el ambiente es como el de un velorio. Los jugadores evitan mirarlo directamente, como si la tensión fuera contagiosa. Alejandro está sentado en un rincón, revisando su teléfono, pero Ruben siente como si una pared invisible se hubiera erigido entre ellos.

Ruben se cambia en silencio, su mente dando vueltas como una noria descontrolada. Cada minuto que pasa, cada mirada que evita, añade otra capa a la complejidad de su situación. Se encuentra en un cruce de caminos, y cada vía parece más incierta que la anterior.

Finalmente, con la bolsa de deporte al hombro, Ruben sale del vestuario. Siente que ha dejado algo atrás, algo más que un simple entrenamiento fallido. Ha dejado un pedazo de sí mismo, una parte que está tan enredada en dudas y arrepentimientos que ya no sabe cómo recuperarla.

Alejandro lo alcanza justo cuando está a punto de salir del complejo deportivo. "Oye, si necesitas hablar, estoy aquí. No tienes que hacerlo solo, ¿entiendes?"

Ruben se detiene, sus ojos encontrando los de Alejandro. Quiere aceptar la oferta, derrumbarse y dejar que todo fluya. Pero algo lo detiene, quizás el miedo de que al romper una barrera, todas las demás caigan con ella. "Lo aprecio, Alejandro. Realmente lo hago. Pero primero tengo que entender qué es lo que está pasando conmigo."

Y con esas palabras, Ruben se adentra en la noche, cada paso que da alejándolo del campo pero acercándolo a un futuro incierto. Se da cuenta de que la pelota está en su terreno ahora, tanto literal como figuradamente. Y aunque no tenga todas las respuestas, sabe que el tiempo para encontrarlas se agota rápidamente.

Sabe que antes de poder enfrentar a los demás, antes de poder volver a ser el jugador que eran y el amigo que Alejandro necesita, tiene que enfrentarse a sí mismo. Y ese, quizás, es el partido

más difícil que ha tenido que jugar.

El aire nocturno es fresco en su piel, pero la brisa no puede disipar el calor de las decisiones que debe tomar, las verdades que debe enfrentar. Y aunque la oscuridad lo envuelve, una parte de él sabe que la verdadera prueba está por venir, en la luz del día, en la claridad aterradora de la autodescubrimiento.

Y así, en la soledad de una tarde desvaneciéndose, con solo sus pensamientos y dudas como compañía, Ruben se encuentra ante el abismo de lo que viene a continuación. No sabe qué encontrará al otro lado, pero una cosa es segura: no puede quedarse donde está. Y con esa incertidumbre como su única certeza, da otro paso hacia lo desconocido.

La búsqueda de respuestas a menudo desentraña más preguntas, y en los
hilos de la incertidumbre, la mente se enreda como una maraña de
alambre.

Ruben tamborilea sus dedos sobre la mesa de la cafetería, el teléfono móvil colocado frente a él como un objeto de adoración y maldición. Los mensajes de "Luna" titilan en la pantalla, cada emoji de corazón y cada "te extraño" agridulce en su promesa.

"Oye, ¿estás bien? Pareces...distante," Alejandro, su mejor amigo y compañero de equipo, rompe el silencio con una mirada penetrante.

"¿Distantes? ¿Las estrellas están distantes? ¿Está distante el fin del universo?" Ruben ríe nerviosamente, su risa ruidosa y poco convincente en contraste con la preocupación de Alejandro.

"No sé de qué estás hablando, pero tu cara parece como si estuvieras intentando resolver una ecuación cuadrática complicada. ¿Es por el partido de mañana? Boca Juniors estará observando, ya sabes."

"Nah, no es eso. Es Luna." Ruben aprieta la tapa de su taza de café de papel, sus dedos blancos por la presión.

Alejandro arquea una ceja. "¿La chica misteriosa en línea? Hombre, deberías tener cuidado. ¿Qué pasa si es una impostora? Podría ser cualquier persona, ¿sabes?"

Ruben siente como si el suelo se abriese bajo él. "Espera, ¿impostora? ¿Por qué dirías eso?"

Alejandro se encoge de hombros. "Sólo digo que hay muchos casos de personas que fingen ser alguien más en línea. Podría ser peligroso."

Una nube de duda se cierne sobre Ruben, opacando cada dulce palabra que Luna había escrito, cada promesa de un amor no correspondido. Pero, ¿y si? ¿Y si Luna es la única luz en su agitado mar de expectativas y presiones?

"Mira, si no puedes comprobar que ella es quien dice ser, entonces podrías estar enamorándote de una mentira," Alejandro aconseja, su tono más serio de lo habitual.

"Estoy enamorado, Ale, no puedo simplemente apagar eso porque podrían haber señales de advertencia," Ruben maldice su corazón por querer lo que tal vez no pueda tener.

"Tal vez deberías intentar averiguar la verdad, por dolorosa que pueda ser."

Y ahí está, el dilema. ¿Se aferra Ruben a la brillante ilusión de Luna, su único escape del peso aplastante de su futura carrera y la expectativa de perfección? ¿O escarba hasta descubrir una verdad que podría desgarrarlo por dentro?

El teléfono en la mesa zumba. Es un mensaje de Luna: "¿Pensando en ti, estás ahí?"

Ruben mira la pantalla, luego a Alejandro, y se da cuenta de que está en una encrucijada que va más allá de un simple mensaje de texto.

Ruben levanta el teléfono, sosteniéndolo como si fuera una brújula que ha olvidado cómo señalar el norte. Su pulgar está a punto de deslizar la pantalla para responder a Luna, pero se detiene. La palabra "impostora" resuena en su mente como un eco persistente.

"No puedo hacerlo, Ale. ¿Qué pasa si me estoy engañando a mí mismo? Pero, ¿y si ella es real y pierdo algo genuino?"

Alejandro suspira, pasándose una mano por el cabello como si pudiera barrer la confusión de la mente de su amigo. "¿Has intentado pedirle una videollamada o algo así? Algo que te permita saber que es la persona que dice ser."

La simple idea de una videollamada envía oleadas de esperanza y temor a través de Ruben. "Eso podría funcionar, pero también podría asustarla. Si realmente es ella, si realmente está tan nerviosa y asustada como dice estar en sus mensajes, entonces una petición como esa podría hacer que huya."

La conversación se detiene cuando el camarero se acerca para dejar sus cafés. Ruben juega con la cucharita, revolviendo el líquido oscuro como si pudiera mezclar una solución en él.

Alejandro espera, permitiendo que el silencio hable, que se infiltre en las grietas de la indecisión de Ruben. "Amigo, si ella realmente te quiere, si es real, entenderá. Y si huye, entonces, tal vez es mejor saberlo ahora antes de que te metas más profundo en algo que no es lo que parece."

Ruben se da cuenta de que Alejandro tiene razón. La verdad puede doler, pero la mentira, la incertidumbre, está empezando a ser aún más dolorosa. Cada mensaje de Luna, cada palabra de afecto, se ha convertido en un cuchillo de doble filo, cortándolo incluso cuando lo sostiene con más delicadeza.

Levanta su teléfono, finalmente, su pulgar deslizándose para abrir el chat. "¿Te gustaría hacer una videollamada esta noche?" escribe, la pregunta suspendida en el aire como una promesa y una amenaza. Sus dedos titubean sobre el botón de enviar.

Mira a Alejandro, quien asiente con una mirada que dice "Es tu llamada, pero cualquier elección que hagas, estoy aquí para apoyarte."

El pulgar de Ruben golpea "enviar".

Un segundo de silencio, un latido eterno. Y luego, la respuesta de Luna llega, cayendo en la pantalla de su teléfono como una gota de lluvia en un lago tranquilo, enviando ondas a través de todo su mundo.

"Me encantaría. Nos vemos esta noche."

El alivio inunda a Ruben, tan dulce y liberador que apenas puede contener un suspiro. Pero a medida que el alivio se asienta, la realidad de lo que acaba de hacer se pone de manifiesto. Esta noche, descubrirá si su Luna es real o simplemente un espejismo, si el amor que ha encontrado es una fantasía o una fábula.

Lo mira, el mensaje, luego a Alejandro, y suelta una risa nerviosa. "Bueno, aquí vamos. Para bien o para mal, esto está sucediendo."

"Para bien o para mal," Alejandro repite, levantando su café en un brindis silencioso a las difíciles elecciones que definen nuestras vidas, "aquí vamos."

Y con eso, la espera comienza, cada tic-tac del reloj llevándolos más cerca del momento que podría cambiarlo todo para Ruben. La encrucijada ha sido cruzada, pero el camino que se abre ante él es aún incierto, lleno de posibilidades y peligros que sólo se revelarán cuando finalmente vea la cara de Luna—o quienquiera que sea—en la pantalla esa noche.

Ambos hombres se levantan, dejando sus cafés a medio terminar, cada uno absorbido por sus propios mundos de incertidumbre y esperanza. Porque a veces, la vida no te da elecciones

fáciles, solo te da elecciones. Y lo que haces con ellas puede definirte o destruirte, elevar o anular todas las dulces posibilidades de lo que podría haber sido.

Para Ruben, la elección está hecha, pero la historia está lejos de terminar.

El sol se pone en un cielo turbio, como el telón que cae sobre un acto de revelaciones y descubrimientos en un escenario de emociones encontradas.

Capítulo 25: Entre Imágenes y Verdades

Rubén inclina su silla hacia atrás, sus dedos tamborileando sobre la superficie de madera del pupitre. La clase de historia avanza en un aburrido monólogo sobre la Revolución Industrial, pero su mente navega por un océano de pensamientos que nada tienen que ver con fábricas o máquinas de vapor. "Luna". Una palabra que lo ha mantenido cautivo en una bruma de fantasía y misterio.

"Oye, Rubén, ¿has oído hablar de FaceFind?" La voz de su compañero de clase, Tomás, interrumpe su ensoñación.

"¿FaceFind? ¿Esa cosa para buscar imágenes en internet? Claro, ¿por?"

"Es que, mira, encontré algo curioso." Tomás desliza su móvil sobre el escritorio hasta que queda frente a Rubén, mostrándole la pantalla. "Es una foto de Luna. Pero la misma foto está en otro perfil, uno que no parece ser de ella."

Rubén observa la pantalla. Ve la misma foto que Luna le envió días atrás: una chica sonriente con el pelo ondeando al viento, parada frente a un fondo de montañas. La sensación en su estómago pasa de mariposas a un revoltijo de serpientes en cuestión de segundos.

"No puede ser," dice, aunque una parte de él sabe que el universo rara vez se inclina a nuestras súplicas. "Quizá es una coincidencia. Algunos bots roban fotos todo el tiempo."

"Quizá," responde Tomás, con un deje de sospecha que se aferra al aire como un perfume demasiado fuerte.

La campana suena, liberándolos del sopor académico. Pero en lugar de sentir alivio, Rubén se encuentra cautivo de una nueva clase de ansiedad.

Camina hacia su próximo destino, sus pasos le pesan como si cargara el hormigón del patio de la escuela bajo las suelas de sus zapatillas deportivas. El tumulto del pasillo es una maraña de risas, gritos y charlas sobre el último episodio de alguna serie o los planes para el próximo fin de semana. Antes, Rubén hubiera sido parte de ese bullicio, una chispa en el constante arder de la vida adolescente. Ahora, sin embargo, incluso el menor ruido le suena distante, como si llegara desde el otro extremo de un túnel largo y oscuro.

Le envía un mensaje a Luna. "Necesitamos hablar."

La respuesta no llega de inmediato, y cada minuto de espera clava una astilla más en el ya maltrecho corazón de Rubén. Finalmente, el teléfono vibra. "¿Qué pasa? "

Rubén aprieta la mandíbula, su pulgar se detiene sobre la pantalla. Este es el momento, sabe que debe preguntar, debe aclarar esa sombra de duda que ahora nubla todo. Pero no lo hace. En su lugar, escribe: "Nada, olvídalo. Nos vemos."

Guarda el teléfono en su bolsillo, el peso del dispositivo sintiéndose como una ancla. Ah, la tecnología, ese espejo mágico en el que podemos ser quien queramos, hasta que la realidad decide estrellarse contra nosotros, rompiendo la ilusión en mil pedazos.

Rubén llega a su siguiente clase, se sienta y deja que las palabras del profesor fluyan sobre él como agua sobre piedras, erosionando pero no penetrando. Y aunque la campana final todavía no ha sonado, para él, la escuela ya ha terminado por hoy.

La sombra de sospecha ha sembrado su semilla, y aunque Rubén no lo sepa todavía, está a punto de germinar, enraizándose en los abismos de su alma y creciendo hacia una verdad que ni siquiera se atreve a contemplar.

Rubén se levanta abruptamente de su silla cuando la campana finalmente da por concluida la jornada escolar. Sale al pasillo, pero en lugar de unir su energía a la ola de estudiantes que fluyen hacia la salida como un río desbordado, se detiene. Sus hombros caen, la tensión en su espalda convirtiéndose en una carga demasiado pesada para disimular.

Toma su teléfono, observa la pantalla una vez más, esperando que alguna revelación se manifieste en esos píxeles luminosos. Pero, como un cielo nublado que promete lluvia y no entrega más que sombras, la pantalla permanece inmutable. Luna sigue siendo Luna, o al menos, eso es lo que ella quiere que él crea.

"Maldita sea," murmura, sus palabras ahogadas por el coro de voces que le rodea. Y ahí está, ese momento de claridad, una epifanía de duda y sospecha que corta a través de su confusión como un rayo de luz a través de la niebla. "Necesito saber. Necesito saber quién eres, Luna."

Se dirige hacia el campo de fútbol, su santuario, donde las líneas blancas y las porterías ofrecen una estructura y claridad que su vida parece haber perdido. Su amigo Alejandro está allí, como siempre, pelota en pies, como si el cuero y el césped pudieran resolver los misterios del universo.

"¿Todo bien, capitán?" Alejandro lanza la pelota hacia Rubén, quien la detiene con un toque suave.

"No realmente, no sé... es complicado," responde Rubén, y ahí está de nuevo, esa incomodidad que se arrastra en su pecho como una maraña de alambre de púas.

Alejandro frunce el ceño, sus ojos fijándose en los de Rubén como si pudieran leer las palabras no dichas que flotan entre ellos. "Si necesitas hablar, estoy aquí."

Rubén asiente, pero no suelta la carga que lleva. No todavía. "Lo tendré en cuenta."

Patea la pelota con una energía que no sabe de dónde viene, como si pudiera enviar su confusión y dudas a volar con ella. Pero, claro, la pelota vuelve, siempre vuelve, como esos pensamientos persistentes que se niegan a ser ignorados.

Se despidе de Alejandro, le dice que lo verá en el entrenamiento del día siguiente. Pero mientras se aleja, su amigo lo observa con una expresión que mezcla preocupación con algo más, algo que Rubén no se detiene a interpretar. Porque, en ese momento, todo lo que Rubén quiere es escapar.

Y entonces llega otro mensaje. "¿Seguro que todo está bien?" Lee las palabras, siente el tirón de la duda mezclándose con la urgencia de la emoción. ¿Qué es lo que debería sentir? ¿Cómo se navega en este mar de incertidumbre?

La pantalla se oscurece, y con ella, la expresión de Rubén. Una decisión se ha tomado, una línea invisible se ha cruzado. Llegó el momento de enfrentar la verdad, sin importar lo desgarradora que pueda ser.

El sol comienza a descender, como si el universo mismo estuviera preparándose para el drama que está por desplegarse. Y aunque el horizonte se oscurece, en la mente de Rubén, las cosas empiezan, por primera vez en mucho tiempo, a tornarse terriblemente claras.

Los misterios son las puertas entreabiertas que nos invitan a explorar los pasillos desconocidos de la realidad

La habitación de Rubén está bañada en una luz tenue, una única lámpara de mesa lanzando un suave resplandor sobre las paredes repletas de medallas y trofeos de fútbol. En la esquina, su guitarra descansa sobre su soporte, una vieja melodía de amor en sus cuerdas aún resonando. Todo es silencio, excepto el sonido constante y monótono de las notificaciones de su teléfono.

Rubén, con sus fuertes manos sosteniendo el dispositivo, observa la última conversación con "Luna". Cada mensaje le arranca un suspiro, y el vacío en su estómago crece con cada palabra leída. Su cabeza da vueltas, tratando de darle sentido a las palabras que se han intercambiado entre ellos. Esas palabras que parecen ahora estar ensombrecidas por un manto de duda.

“¿Quién es realmente esta chica?”, se pregunta, el ceño fruncido en un intento por comprender lo incomprensible.

Mira a su alrededor, notando por primera vez lo sola que se siente su habitación. A pesar de estar rodeado de logros y recuerdos, en ese instante, la soledad es su única compañía. Cada trofeo, cada medalla, le habla de un pasado lleno de victorias y aplausos. Pero, en este preciso momento, esas victorias se sienten lejanas.

Las palabras de Mariana, insinuando que “Luna” no es quien dice ser, resuenan en su cabeza, creando un maremoto de emociones. ¿Podría ser verdad? ¿Podría haber sido engañado? *“Ella parecía tan real...”* murmura, aunque nadie más que él pueda escuchar.

El reloj de pared marca las 2 a.m., y la decisión se presenta ante él, imponente y urgente. Es el momento de descubrir la verdad. No puede esperar más. Necesita saber, no sólo por él, sino por ese pedazo de su corazón que ha entregado a alguien que quizás sólo exista en su imaginación.

Se levanta de su cama, se mueve con determinación hacia su escritorio. Enciende su computadora. Mientras espera a que arranque, se da cuenta de que su corazón late con fuerza, como si estuviera por enfrentarse al partido más importante de su vida. La pantalla ilumina su rostro, y sus dedos comienzan a moverse rápidamente sobre el teclado. Busca toda la información posible sobre "Luna". Fotos, redes sociales, cualquier cosa que le dé una pista sobre quién es realmente.

Pero a medida que pasan los minutos, la realidad se va tornando más evidente. Los perfiles no coinciden, las imágenes son vagas y parecen sacadas de cualquier parte de internet. El muro que había construido, esa confianza ciega, comienza a derrumbarse ante él.

“¿Por qué alguien haría esto? ¿Por qué yo?”, se lamenta Rubén, mientras siente cómo un nudo en la garganta amenaza con asfixiarle. El deseo de gritar, de llamar a alguien, de enfrentar a "Luna" se hace presente, pero sabe que ahora no es el momento. Primero, necesita entender.

Cierra los ojos por un momento, y la imagen de Mathias, su compañero de clase y reciente amigo, aparece ante él. No puede evitar preguntarse si Mathias sabe algo. Después de todo, parecía conocer a “Luna” más de lo que admitía.

Pero Rubén lo aparta de sus pensamientos. No, no puede ser. No puede permitirse pensar eso. Todavía no.

Respira hondo, tratando de calmarse. Decide enviar un último mensaje a "Luna". Un mensaje que busca respuestas, aunque en el fondo, teme lo que pueda descubrir. Escribe con dedos temblorosos: *“Necesito verte. En persona. Sin más secretos.”*

El silencio vuelve a apoderarse de la habitación, interrumpido sólo por el tic-tac del reloj y el palpar acelerado del corazón de Rubén. Espera, inmóvil, deseando y temiendo al mismo tiempo la respuesta.

La notificación suena. Rubén teme mirar, pero sabe que no tiene otra opción. Toma el teléfono con manos sudorosas y observa el mensaje. La respuesta de “Luna” le deja sin aliento, añadiendo otra capa de misterio a la ya enigmática figura detrás de la pantalla.

El aire en la habitación parece más pesado, como si estuviera lleno del aliento contenido de Rubén, de la incertidumbre y la confusión. Y ahí, en esa penumbra iluminada sólo por la débil luz de una lámpara y la pantalla de su teléfono, Rubén toma una decisión. Una que cambiará el rumbo de muchas cosas en su vida, aunque en ese instante, no puede estar seguro de si será para

bien o para mal.

La historia queda abierta, y Rubén, como si fuera un barco navegando en aguas desconocidas, se prepara para enfrentar la tormenta que inevitablemente viene hacia él.

Un brillo nuevo parece invadir sus ojos. Es una decisión dura, sin duda, pero necesaria. Le devuelve un mensaje a "Luna": "Mañana. Parque de la esquina. A las cinco. No faltes." Y presiona enviar. No hay vuelta atrás.

Ahora, Rubén se siente como un jugador a minutos de salir al campo, sabiendo que el próximo partido puede no ganarse con goles, sino con verdades. Verdades que podrían no ser lo que quiere, pero sí lo que necesita.

Apaga el teléfono, lo coloca sobre la mesita de noche y se recuesta en la cama. Los pensamientos le invaden, revolotean en su cabeza como aves enjauladas tratando de escapar. Pero no puede liberarlas, no todavía. Cierra los ojos y espera que el sueño le lleve lejos de ese lugar lleno de incertidumbre.

La noche parece alargarse, como si el universo entero quisiera darle más tiempo para reconsiderar. Pero en el fondo, Rubén sabe que ha tomado la decisión correcta. O al menos, la única decisión posible dadas las circunstancias.

Las primeras luces del alba empiezan a filtrarse a través de la ventana. Rubén se levanta, un poco más liviano que la noche anterior. La decisión está tomada, y lo que venga a continuación, bueno o malo, al menos será la verdad.

Y en ese preciso momento, ese parece ser el único trofeo que realmente desea ganar. Se viste, se prepara para enfrentar el día, y en su mente resuena un pensamiento claro y persistente: hoy descubrirá quién es "Luna". Y tal vez, en ese proceso, descubra también quién es él mismo.

Con esa determinación, sale de su habitación, cierra la puerta detrás de él, y enfrenta el nuevo día. No sabe qué le deparará, qué sorpresas y revelaciones lo esperan, pero está listo. Tan listo como se puede estar cuando uno se prepara para cambiar el curso de su vida.

Y así, la escena se cierra, dejando el aire lleno de preguntas, de incertidumbres, y de promesas de respuestas que se revelarán en el capítulo siguiente. ¿Quién es "Luna"? ¿Y cómo reaccionará Rubén cuando descubra la verdad? Esas son respuestas que sólo el tiempo puede desvelar, y el reloj sigue avanzando, imparable, hacia ese destino incierto.

En la penumbra de la duda, buscamos la luz de la verdad, aunque esta
nos ciegue en el camino.

Capítulo 26: El Latido de las Ilusiones

El aroma del café recién hecho flota en el aire, mezclándose con el murmullo bajo de conversaciones y el ocasional sonido del vaporizador de la máquina de café. Ruben entra en la cafetería, la tensión entre sus hombros levemente aliviada por el ambiente familiar. No es un día fácil. El futuro, siempre incierto, parece especialmente amenazador hoy, cuando todo su mundo podría cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Se dirige al mostrador, pide un café con leche y se sienta en una mesa cercana a la ventana. Está aquí para respirar, para escapar un poco de la presión del entrenamiento y las expectativas. Su teléfono vibra. Otra notificación. Quizás es Luna, y su corazón late un poco más rápido ante la idea. Pero no, es solo un recordatorio del entrenador. Boca Juniors. Pruebas. Futuro.

Mientras revisa su teléfono, su mirada se cruza con la de una mujer joven en la otra punta de la cafetería. Ella le parece extrañamente familiar. Sus ojos se encuentran, y una sensación de desconcierto lo embarga. ¿Dónde la ha visto antes? ¿Es una fan? ¿Una amiga de un amigo? Entonces cae en la cuenta. Luna. Es la cara de Luna, la chica en las fotos. Su corazón se congela en su pecho.

Ella también parece desconcertada. Aparentemente, no lo reconoce. Lógico. Él ha estado conversando con una imagen de ella, no con la mujer misma. El reconocimiento chispea un fuego de pánico y confusión en su mente. ¿Qué está pasando aquí?

Ruben no puede evitarlo; se levanta y cruza la cafetería hasta su mesa. "Perdón, ¿nos conocemos?", le pregunta, intentando mantener la voz lo más neutra posible.

La mujer levanta la vista, sorprendida, un poco en guardia. "Creo que te equivocas", responde ella, aunque su voz suena más curiosa que defensiva.

"Lo siento, es solo que... me pareces muy familiar", tantea Ruben. Está caminando en una cuerda floja y lo sabe.

La mujer ríe con ligereza, aunque sus ojos permanecen inquisitivos. "Tal vez tienes una de esas caras que simplemente se parecen a alguien más."

Sí, claro. Esa es precisamente la tragedia en todo esto. Ruben asiente, su boca formando una sonrisa que no llega a sus ojos. "Debe ser eso", dice, su mente corriendo a toda velocidad. Si ella está aquí, ¿entonces quién es Luna?

"Encantada de conocerte, de todas maneras. Soy Carla", se presenta ella, todavía sin señales de reconocimiento.

"Ruben", responde él, su mente a mil kilómetros de distancia. Intercambian una sonrisa incómoda, y Ruben regresa a su mesa, su café esperándolo, ahora con un sabor amargo.

Vuelve a mirar su teléfono, repasando los mensajes, las fotos. Cada palabra, cada imagen se siente ahora como una traición. ¿Quién está detrás de ese perfil? ¿Quién ha invadido su vida de esta manera, usando el rostro de otra persona? Y más importante, ¿por qué?

Pero a medida que estas preguntas surgen, una realización aún más profunda lo golpea: ¿Realmente lo conoce alguien en su vida? O son todos, como Luna, meras imágenes proyectadas en la superficie, desprovistas de cualquier autenticidad.

Siente que su teléfono vibra una vez más. Otra notificación. Esta vez es Luna, pero ya no sabe qué creer. Su pulgar se detiene en el aire, indeciso. ¿Abre el mensaje? ¿Entra una vez más en esa ilusión? O tal vez, solo tal vez, es hora de enfrentar la verdad.

Con un suspiro, Ruben cierra los ojos, sumiéndose en un momento de aguda claridad. Es hora

de hacer elecciones, no solo sobre lo que quiere para su futuro, sino también sobre qué tipo de persona quiere ser en el presente. Y la primera elección,

aparentemente pequeña pero con un peso inmenso, yace frente a él en forma de una pantalla iluminada.

Finalmente, Ruben desbloquea su teléfono y abre la aplicación de mensajería. Su pulgar vacila sobre el teclado virtual antes de comenzar a escribir. "Necesitamos hablar. Es importante," escribe, y pulsa enviar. No hay vuelta atrás ahora.

Al dejar el teléfono sobre la mesa, Ruben se siente como si hubiera levantado un peso de sus hombros, solo para darse cuenta de que ese peso se ha trasladado a su estómago. Lo que viene a continuación es incierto, lleno de posibilidades tanto liberadoras como devastadoras. Pero en ese momento, por primera vez en mucho tiempo, Ruben se siente genuinamente presente en su propia vida, como si estuviera al borde de algo nuevo y revelador.

La puerta de la cafetería se abre con un tintineo y entra una nueva ola de personas en busca de refugio y café. Ruben las observa distraídamente, consciente ahora de la multiplicidad de vidas y secretos que cada persona lleva consigo. Cuántas otras ilusiones, cuántos otros engaños se estarán desplegando en este momento, en esta pequeña cápsula de espacio y tiempo.

Su teléfono vibra. Es un mensaje de Luna. "De acuerdo, hablemos," lee, y el latido de su corazón resuena en sus oídos como el preludio de algo inevitable. Pero en lugar de miedo, lo que siente es una especie de anticipación resuelta. Está al borde, sí, pero al menos ahora tiene la intención de saltar.

Y así, entre el aroma del café y el murmullo de vidas ajenas, Ruben se enfrenta a un futuro impredecible, armado con algo que se siente peligrosamente como esperanza. Pero antes de descubrir cualquier verdad, primero debe descubrirse a sí mismo, despejar las neblinas de ilusiones para encontrar la claridad, por dolorosa que sea.

Aquí termina la escena, no en un punto final, sino en un elipsis, un sendero que se despliega en direcciones aún desconocidas, al igual que los caminos que Ruben y Mathias, en diferentes esferas de la existencia, están a punto de tomar.

La autenticidad es el faro en la tormenta de las máscaras sociales,
guiándonos hacia la revelación de quiénes somos más allá de las
apariencias.

Capítulo 27: El Peso de la Verdad

Es un martes cualquiera en la escuela, pero la tensión que flota en el aire tiene una calidad palpable, como si el destino estuviera a punto de jugar una pieza del tablero de ajedrez que nadie esperaba. Sofía y Mathias se encuentran en un rincón poco transitado del patio, lejos de los ojos y oídos curiosos. La luz matinal todavía se siente fresca, pero algo en la expresión de Mathias hace que el ambiente pese como plomo.

"Tengo que decirte algo, Sofía," comienza Mathias, sus ojos clavados en algún punto indefinido del suelo. Es una frase sencilla, pero las palabras cargan un peso que deja a Sofía en alerta inmediata. Su mejor amigo tiene esa manera particular de revelar verdades, como si cada sílaba fuera un peldaño descendente en una escalera sin fondo.

La preocupación se posa en el rostro de ella como una mariposa inquieta. "Che, decime ya. Parece que vas a decir que se termina el mundo."

Ojalá fuera tan simple, piensa Mathias. Pero su mundo sí que podría desmoronarse. "Estoy... he estado engañando a Rubén," confiesa, las palabras saliendo como si fueran piedras.

El impacto es inmediato. Sofía se queda helada, su rostro pasando por una cascada de emociones antes de detenerse en la alarma. No es necesario que Mathias articule los detalles; su cara es una confesión en sí misma.

"¿Engañándolo cómo? ¿Qué has hecho, Mathias?" Su voz se afila con la urgencia de quien vislumbra el peligro pero aún no puede medir su tamaño.

"Creé una identidad falsa, 'Luna', para hablar con él," Mathias responde. Cada palabra, cada admisión, es como un clavo en un ataúd que está construyendo para sí mismo. "Pensé que si no sabía que era yo, si pensaba que estaba hablando con una chica, quizás... quizás sería más fácil."

Sofía lleva sus manos a su cara, una máscara de incredulidad y preocupación. ¿Es este el mismo Mathias que la defendió cuando todos en la escuela se burlaban de ella por su acento? ¿El mismo que hablaba de ética y honestidad como si fueran los pilares de su vida?

"¿Te has vuelto loco? ¿Sabes en la tormenta que te estás metiendo?" pregunta, pero su tono no es de reprimenda. Es una alerta roja, una sirena de emergencia resonando en el aire entre ellos.

"No, no lo sé, Sofía. Pero cada vez que Rubén pasa junto a mí y no ve a 'Mathias', sino a un estereotipo o a otro estudiante más, siento que me estoy perdiendo. Me estoy perdiendo en un océano de lo que la gente quiere que sea, en lugar de lo que soy."

La complejidad del dolor de Mathias se teje en el aire, tangible como la humedad antes de una tormenta.

Sofía se queda callada un momento, procesando. Luego, toma las manos de Mathias entre las suyas. "Amigo, entiendo que estés confundido, que quieras ser visto, pero no puedes construir tu felicidad sobre una mentira. Sobre todo, una que puede destruir a alguien más."

Mathias mira a Sofía y ve reflejada en ella la verdad incómoda que ha estado evitando. Su preocupación es un faro, un llamado a la responsabilidad ética que no puede ignorar.

"¿Qué hago ahora?" pregunta, su voz apenas un susurro.

Ella aprieta sus manos con delicadeza, como si pudiera transferirle la fuerza que necesita para lo que viene a continuación.

"Tienes que decirle la verdad. Antes de que todo se desmorone."

La verdad. Un concepto tan simple pero que ahora se siente como una montaña imposible de escalar. Mathias asiente lentamente, consciente de que el próximo paso que dé podría hacerlo

tropezar en una caída libre o, quizás, finalmente darle alas para volar.

Así, en esa luminosa mañana que repentinamente se siente tan frágil, ambos amigos se enfrentan a un futuro incierto, cargado de decisiones que los pueden liberar o aprisionar. Y aunque el sol siga brillando, es como si una nube hubiera cubierto su mundo, una nube que sólo se disipará cuando Mathias diga su verdad, sea cual sea el costo.

Sofía le suelta las manos, como si cerrar el contacto físico pudiera cerrar la conversación, pero ambos saben que la puerta que acaba de abrirse no se cerrará con tanta facilidad. Mathias siente como si hubiera arrancado una página de su diario más íntimo y se la hubiera dado a su mejor amiga para que la leyera en voz alta.

"Estaré aquí para ti, pase lo que pase," dice ella, rompiendo el silencio cargado. "Pero tienes que entender que hacerlo bien ahora no borra el hecho de que lo hiciste mal antes."

Mathias asiente, la gravedad del momento aterrizándole como un yunque en el pecho. "Lo sé, lo sé... Dios, realmente lo sé."

"Pues, ¿ya sabes lo que tienes que hacer?" Sofía pregunta, su voz rebosante de una ternura dura. Es esa extraña mezcla de amor y rigor que sólo puede venir de un amigo que te conoce hasta el fondo del alma.

"Decirle la verdad a Rubén," responde Mathias, la realidad de la tarea por delante golpeándolo como una ola de frío.

"Exacto. Y mejor más temprano que tarde. ¿Quién sabe qué más podría salir mal si dejas que esta mentira siga adelante?" añade Sofía, los remolinos de preocupación en sus ojos apenas contenidos.

Ciertamente, Mathias no puede permitirse pensar en 'qué más'. Ya ha abierto la caja de Pandora, y no hay forma de saber qué males adicionales podrían liberarse. Sabe que tiene que actuar rápido, antes de que la situación escale a un punto de no retorno, antes de que más vidas se enreden en la compleja tela de mentiras que ha tejido.

"Te prometo que voy a pensarlo y encontraré la forma de hacerlo," dice finalmente, las palabras saliendo de él como un voto, un compromiso, una sentencia.

Sofía sonríe, pero es una sonrisa cargada, sin un ápice de tranquilidad.

Ambos se quedan allí, sumidos en un silencio lleno de cosas no dichas pero profundamente sentidas. El patio de la escuela se llena gradualmente con el bullicio de estudiantes que se dispersan hacia sus respectivas aulas, inconscientes de las corrientes subterráneas que fluyen entre los dos amigos.

La mentira es como un castillo de naipes, y la verdad, la brisa que inevitablemente lo derrumba.

Un aire fresco recorre el parque donde Mathias se sienta, con el cabello revuelto por una brisa que huele a una mezcla de hierba recién cortada y tierra húmeda. Las luces del atardecer pintan su rostro de tonos anaranjados mientras su mirada se pierde en el lago que tiene enfrente. Los patos nadan plácidamente, sin preocuparse del mañana.

"Si tan solo yo pudiera ser así," piensa, su rostro contraído por la ansiedad.

Sofía, con sus zapatillas desgastadas y su inconfundible mochila morada, se acerca a paso apresurado. Siempre ha sido la persona que acompaña a Mathias en sus momentos de duda. Y esta vez, no es la excepción.

Se sienta a su lado, observando a su amigo antes de hablar. Las palabras, por supuesto, no tardan en salir. "¿Qué sucede, Mathi?" pregunta con una sonrisa tranquilizadora. Su tono tiene

ese matiz de preocupación que a menudo reserva para él.

Mathias juega nerviosamente con las mangas de su sudadera. "Sofi... Creo que es hora," suspira.

Ella lo observa, con esa expresión de quien ya sabe lo que viene pero necesita escucharlo. "¿Hora de qué?"

"Hora de decirle la verdad a Ruben."

El corazón de Sofía da un salto. Conoce cada secreto, cada pensamiento oculto de Mathias. Pero este, en particular, ha sido el más doloroso de todos. "¿Estás seguro?" cuestiona con cautela.

Mathias asiente, resuelto. "No puedo seguir así, Sofi. Cada vez que lo miro, cada vez que nos reímos juntos, siento que estoy traicionando su confianza."

Ella extiende su brazo y rodea los hombros de Mathias en un gesto protector. "Entiendo, Mathi. Pero, ¿has pensado en las consecuencias?"

Hay un destello de inseguridad en los ojos de Mathias, pero es momentáneo. "He vivido en el miedo durante tanto tiempo que ya casi se siente familiar. Pero esto... esto es diferente. No es solo por mí, sino por él. Se merece saberlo."

Un silencio cargado de reflexión se instala entre ellos. Los niños juegan a lo lejos, las risas inocentes contrastando con el peso de la conversación.

Finalmente, Sofía habla. "Si decides hacerlo, estaré aquí para apoyarte. Pero tienes que estar seguro, Mathi. No solo por ti, sino por Ruben. Ambos merecen paz."

La mirada de Mathias se dirige de nuevo al lago. Los patos siguen nadando, y él desea poder ser tan libre como ellos. "Tengo miedo, Sofi," admite, su voz apenas un susurro.

Ella aprieta su mano. "Sé que lo tienes. Pero también sé que tienes la fuerza para enfrentar esto."

Mathias se toma un momento, observando el atardecer, los patos, los niños jugando. Luego, con determinación en sus ojos, se vuelve hacia Sofía. "Está bien. Lo haré. Le diré la verdad."

Y aunque el camino por delante es incierto, en ese preciso momento, con el apoyo de Sofía y su propia determinación, Mathias siente que finalmente ha tomado una decisión. El inicio de su liberación. La escena termina con ambos amigos observando el lago, preparándose para lo que vendrá.

Los últimos destellos del sol ya casi han desaparecido, esparciendo una suave oscuridad que invita a la contemplación. Sofía, que hasta entonces había guardado silencio, habla.

"¿Cómo se lo vas a decir?"

La pregunta saca a Mathias de su corto ensimismamiento. "No lo sé, Sofi. ¿Hay alguna forma 'correcta' de hacerlo?"

Ella exhala lentamente, como si expulsara con ese aliento todas las respuestas simples que pudieran resolver su dilema. "Creo que debes hacerlo de una manera que te represente a ti, Mathi. Y que sea lo más justa posible para Ruben. Tal vez deberías escribirle una carta si sientes que las palabras te van a fallar en persona."

Mathias considera esto, paladeando cada palabra como un sorbo de té amargo. "Una carta podría funcionar, pero también... siento que le debo una conversación cara a cara. He estado escondiéndome detrás de las palabras escritas por mucho tiempo."

"Entonces cara a cara es como debe ser," Sofía sentencia, como si esa fuera la única verdad en el universo. Pero es una verdad poderosa, y Mathias lo sabe.

"Va a doler," dice él, y hay un temblor en su voz que revela toda la vulnerabilidad del mundo.

"Todas las cosas importantes duelen un poco, Mathi."

Los dos se sientan en silencio, dejando que la solemnidad del momento los envuelva como un

abrazo invisible. El tiempo, que a menudo se siente tan implacable, parece detenerse, concediéndoles este espacio para respirar antes de enfrentar lo que vendrá.

La brisa ha aumentado su velocidad, levantando pequeñas olas en la superficie del lago. Mathias imagina que el viento lleva consigo sus secretos, dispersándolos por un mundo que está más allá de su alcance.

"Si lo hago... si se lo digo y todo se derrumba, ¿seré yo el único que pierda? ¿O acaso lo estaré liberando a él también de una mentira que ni siquiera sabía que existía?" Mathias formula la pregunta como si hablara consigo mismo más que con Sofía.

Ella responde con una sinceridad que raspa. "No lo sé, Mathi. Pero no puedes seguir sosteniendo este peso solo para evitarle un dolor a Ruben que, de todos modos, ya existe. Es como un tumor. Si no se trata, crecerá."

"Y podría destruirnos a ambos," añade él, sintiendo por primera vez la magnitud completa de su decisión.

"Exacto," dice Sofía.

En ese instante, la última luz del día se esfuma, y el parque queda sumido en la penumbra. Mathias siente que ha cruzado un umbral invisible, que ya no hay vuelta atrás.

"Gracias, Sofi," dice, sus palabras tintadas de gratitud y un toque de desesperación.

"Siempre, Mathi," ella responde, sellando algún tipo de pacto no dicho entre ellos.

Ambos se ponen de pie, y Mathias siente que el mundo también se levanta con ellos, como preparándose para el acto que está por venir.

No hay certezas, solo posibilidades infinitas que se despliegan como un mapa inexplorado. Pero por primera vez en mucho tiempo, Mathias siente que ha tomado el control de su destino, y eso, por sí solo, es un triunfo.

Dejan el parque, alejándose de la oscuridad y entrando en la incertidumbre del mañana. Y aunque los pasos de Mathias son cautelosos, también están cargados de un nuevo propósito.

La honestidad es la moneda de intercambio en la economía del alma,
donde el precio de ocultar la verdad es la decadencia de la integridad.

Capítulo 28: Entre Latidos y Suspiros

Entender las implicaciones de una mentira, incluso una mentira bien intencionada, es como balancear un plato de porcelana en la punta del dedo. ¿Entienden? Hoy, en este patio de secundaria lleno de risas ajenas y pasos apresurados hacia la adultez, esa porcelana está a punto de caer.

Mathias se encuentra de pie junto a un árbol. Su vista pasea por el lugar, casi desinteresada, pero sus ojos siguen gravitando hacia una figura en particular: Ruben. Oh, Ruben, con su mandíbula esculpida por los dioses del fútbol y su confianza tan amplia como el campo donde es rey. Ruben, que se encuentra de pie a una distancia calculada, sostiene su teléfono móvil en la mano.

El aire parece más pesado hoy, como si el universo mismo retuviera la respiración. Ruben frunce el ceño mientras examina la pantalla de su teléfono. Dedo sobre la tecla, vacila un segundo antes de enviar un mensaje a "Luna." Eso es lo que pone en su pantalla, sí, pero en este momento la palabra resuena con un significado mucho más profundo, cargado de expectativas y futuros no vividos.

Mathias, ajeno a la tormenta que se forma a pocos metros de él, siente vibrar su teléfono en el bolsillo de su pantalón. Lo saca, como si el acto más inocente pudiera convertirse en su ruina. Y ahí es cuando sucede, amigos. Ruben levanta la vista justo en ese instante, conectando el vibrar de su envío con el movimiento de Mathias, y algo cambia en sus ojos. Un fulgor cortante que podría tallar cristal.

Toda duda parece erradicada del rostro de Ruben. Cualquier muro que había construido para protegerse de la idea de que su Luna pudiera ser una ilusión se desmorona, y lo que queda es un tipo de claridad devastadora.

Ahora, déjenme contarles algo sobre las revelaciones. Son como el destello de una bomba, iluminando cada rincón oscuro, cada sombra donde nos escondemos. Y en ese destello, Ruben ve no sólo la verdad sobre Luna, sino también la verdad sobre sí mismo, sobre sus dudas y sus sueños escondidos detrás del escudo del fútbol y la popularidad.

Mathias, mientras tanto, abre el mensaje de Ruben para Luna. Sus dedos se detienen sobre la pantalla, temblorosos como las hojas en el viento. Se detiene porque siente algo. Una mirada. El mismo tipo de mirada que te atraviesa cuando sabes que has sido atrapado.

Pero antes de que pueda levantar la vista, Ruben ya se ha girado, su rostro una máscara de calma, pero sus hombros tensos como cuerdas de guitarra a punto de romperse. Camina de regreso hacia su grupo de amigos, su refugio, pero cada paso parece un esfuerzo hercúleo.

Mathias guarda el teléfono, un peso insoportable en su mano, y se pregunta por qué siente como si algo se hubiera roto, como si una melodía que ni siquiera sabía que estaba tocando de repente hubiera terminado en una nota discordante.

La tensión palpable entre los dos jóvenes es como electricidad en el aire antes de una tormenta. Los otros estudiantes alrededor parecen sentirlo, mirando de uno a otro como espectadores en un juego donde las reglas han cambiado repentinamente.

Ninguno de los dos habla. Ruben, en su grupo de amigos, finge una sonrisa que no llega a sus ojos. Mathias, solo junto a su árbol, siente una soledad que es casi física, un espacio vacío que solía estar lleno de esperanzas y fantasías.

Sí, la porcelana ha caído. Pero aún no ha estallado. Aún no.

Cada uno en su rincón, ambos sienten como si los hilos que tejían sus vidas se hubieran enredado en un nudo imposible. Y en ese preciso momento, cada uno se da cuenta, con una claridad que duele, que lo que sigue podría definir quiénes son, y quiénes podrían llegar a ser.

Y aquí, queridos lectores, es donde los dejo, en el borde de sus asientos, en la cúspide de sus emociones, porque algunas cosas, ya ven, son demasiado importantes para apresurarse. Ah, pero no se preocupen; aún queda más por descubrir, más por desentrañar, en esta complicada danza de máscaras que es la juventud. Hasta luego.

Por supuesto, agradezco tu entusiasmo por la historia.

Ahí están entonces, Mathias y Ruben, cada uno anclado en sus respectivas islas de incertidumbre, separados por un mar de silencios no dichos y verdades a medias. Mathias finalmente levanta la cabeza, siente que debe hacerlo, como si una fuerza magnética lo atrajera hacia el lugar donde Ruben está. Pero Ruben ya no está allí; se ha ido, disuelto entre la multitud, dejando a Mathias con la incómoda sensación de haber perdido algo irrecuperable.

Los amigos de Ruben lo observan con preocupación al notar la sombra que cruza su rostro. Estos chicos, compañeros de equipo y camaradas en la batalla cotidiana de la adolescencia, pueden sentir que algo ha cambiado, pero no se atreven a preguntar. Ruben, siempre el líder, el inquebrantable, parece de repente tan frágil como un cristal. Un cambio perturbador, como si un director invisible hubiera cambiado el guion en medio de la obra.

Y no olvidemos al consejero escolar y al grupo de apoyo LGBTQ+, esas figuras guías en el laberinto emocional de Mathias. ¿No sería este el momento adecuado para que Mathias buscara su consejo, para que enfrentara su verdad de una vez por todas? Pero no, la parálisis del miedo es fuerte, como una mano invisible que lo sujeta por la nuca.

Si les digo que los corazones de estos jóvenes laten más rápido, no es solo una metáfora. Pueden sentirlo, esa aceleración, ese golpeteo frenético que es tanto emocional como físico. Como si sus corazones estuvieran tratando de decirles algo que sus mentes aún no pueden o no quieren entender.

Pero no podemos culparlos por su indecisión, por su renuencia a enfrentar el caos que han creado, porque ¿quién de nosotros no ha estado allí? En ese filo del abismo, mirando hacia el desconocido futuro, deseando que la decisión correcta se revele como por arte de magia.

Así es como nos encontramos con ellos, paralizados pero conscientes, suspendidos en ese eterno instante antes de que el acto irrevocable sea realizado, antes de que las palabras que cambiarán todo sean pronunciadas.

Es en estos momentos, queridos lectores, donde las decisiones se toman. No en las grandes declaraciones ni en los gestos audaces, sino en los silencios llenos de significado, en las miradas esquivas y en el titubeo antes de dar el siguiente paso. Mathias y Ruben, aunque separados por metros, mentiras y malentendidos, están unidos en su humanidad, en su imperfección.

Y aunque el aire está cargado de cosas no dichas, de oportunidades perdidas y futuros inciertos, también está lleno de posibilidad. Porque cada final es, en realidad, un nuevo comienzo disfrazado. Y aunque el suelo bajo sus pies pueda sentirse inestable, el cielo sobre sus cabezas sigue abierto, infinito, un lienzo en blanco esperando ser llenado.

Así, con el peso del mundo en sus hombros pero con la libertad del cielo en su mirada, los dejamos aquí, en este cruce de caminos, en este precipicio de elecciones y consecuencias.

Espero que no se preocupen demasiado por ellos. Después de todo, aún son jóvenes, y el mundo es viejo y ha visto más corazones rotos y amores perdidos de los que cualquiera de nosotros podría contar. Pero también ha visto redenciones, y nuevos comienzos, y amores que superan todos los obstáculos.

Estén atentos, porque la historia aún no ha terminado. El acto final aún está por escribirse. Y quién sabe, tal vez, solo tal vez, haya lugar para un poco de magia después de todo.

Las revelaciones son como relámpagos en la noche, iluminando lo que estaba oculto y dejando a su paso un paisaje transformado.

Mathias observa con aprensión la pantalla de su teléfono. Un nuevo mensaje de Ruben parpadea, y algo en el aire cambia. Los emojis alegres y las risas digitales han desaparecido; ahora hay un tono que no puede ser ignorado, una gravedad que cae como una guillotina.

"Tenemos que hablar sobre Luna," escribe Ruben.

Los dedos de Mathias tiemblan sobre el teclado. La mentira, esa arquitectura frágil que ha construido, amenaza con derrumbarse. El corazón le late como un tambor de guerra, rápido y errático, en un ritmo que no puede controlar.

"¿Qué pasa con ella?" responde, intentando sonar casual. Pero la casualidad es un lujo que ya no puede permitirse.

Ruben no demora. "He estado investigando. Algunas cosas no cuadran, Mathias."

Ahí está. El último clavo en el ataúd de esta identidad falsa que Mathias ha creado. Ruben ha sido cuidadoso con sus palabras, pero el mensaje es claro como el cristal: sabe, o al menos sospecha lo suficiente para querer saber más.

"Sé que eres Luna. ¿Por qué me has mentado?"

Mathias se siente como si le hubieran quitado el aire. La pantalla del teléfono se vuelve borrosa por un momento. La pregunta de Ruben se cierne sobre él como una nube oscura, ineludible. En su mente, las defensas que podría usar se desvanecen una por una, irrelevante en el cara a cara con una verdad que ya no puede evitar.

Ruben envía una captura de pantalla: es una búsqueda inversa de la foto del perfil de "Luna," que lleva a una página de una modelo de Instagram en Europa.

La confrontación es un desgarrón en la fábrica de sus vidas, el punto de no retorno. Mathias percibe la ira y la decepción rezumando de cada palabra en la pantalla, una herida autoinfligida pero imposible de sanar.

Tiene que responder. Pero, ¿qué decir? ¿Cómo destilar el remolino de emociones que lo envuelve, la culpa y la vergüenza, el amor no correspondido y el miedo puro, en una única respuesta?

"Lo siento, Ruben. No hay excusa para lo que hice."

El texto parece inadecuado, una respuesta raquítica a la magnitud del engaño. Pero ¿qué más puede decir? En este momento, las palabras son tanto su armadura como su debilidad, instrumentos torpes que no pueden capturar la complejidad de su arrepentimiento ni la profundidad de su autoaversión.

Ruben se toma su tiempo para responder, y cada segundo se siente como una eternidad para Mathias. Finalmente, la respuesta llega, cada palabra un golpe.

"No puedo creer que hicieras esto, Mathias. Pensé que éramos amigos."

La simpleza de la declaración es lo que más duele. No hay gritos ni acusaciones, solo una tristeza tranquila que de alguna manera es peor que cualquier enojo. Ruben no sólo se siente traicionado; se siente herido. Y Mathias sabe que él es el único culpable de esa herida.

Mathias siente una presión en el pecho, un peso que no puede levantar, mientras observa el cursor parpadear en la pantalla. Quiere decir algo, cualquier cosa que pueda remediar aunque sea

un poco el dolor que ha causado, pero sabe que no hay palabras suficientes para eso. La verdad, con toda su fealdad, ha salido a la luz, y no hay manera de volver atrás.

La escena se cierra con Mathias dejando su teléfono sobre la mesa, la pantalla aún iluminada con el último mensaje de Ruben. Hay un silencio que se siente como un grito, y la sensación insoportable de que las cosas nunca volverán a ser como antes.

Mathias mira el último mensaje de Ruben, la palabra "amigos" resalta como un reflector en la oscuridad. Siente cómo cada letra perfora su alma, una condena que no necesita de un juez ni de un jurado para saber que es justo.

Su teléfono vibra de nuevo. Un nuevo mensaje de Ruben.

"Esto cambia todo," escribe.

Es como si Ruben hubiera esculpido un monumento a su falla, una pieza maestra de seis palabras que encapsula todo lo que Mathias ha roto. En este momento, se da cuenta de que esta deuda emocional no se puede saldar con disculpas o explicaciones.

"Sí, lo sé. Estoy... devastado, Ruben," responde Mathias. El punto suspensivo es un abismo, un espacio en blanco donde deberían estar las palabras correctas, las palabras que arreglarían todo esto, si es que tales palabras existieran.

Hay una pausa antes de la respuesta de Ruben, pero cuando llega, Mathias puede casi sentir la frialdad que la acompaña.

"Lo que más me duele no es la mentira, Mathias. Es que tú eras la persona en la que confiaba para hablar de mis miedos, mis dudas. ¿Cómo puedo confiar en alguien que ha sido falso todo el tiempo?"

Y eso es lo que hace que Mathias quiera desmoronarse allí mismo. Porque lo que ha perdido va más allá de una amistad corriente. Ha perdido a alguien que compartía sus miedos más profundos, su vulnerabilidad, y ahora, el vacío de ese espacio es tanto una pérdida para Ruben como para él.

El cursor parpadea, invitándolo a responder, pero ¿qué puede decir? ¿Qué palabras pueden coser la tela rota de su relación, el tejido desgarrado de la confianza y la intimidad? En un último intento, Mathias elige la verdad, desnuda y cruda, como su último recurso.

"No puedo volver atrás en el tiempo y cambiar lo que hice. Pero sí puedo decirte que cada palabra que compartí contigo, cada emoción y temor, eso fue real. Fui un mentiroso, sí, pero no un farsante. No cuando se trataba de cómo me siento sobre ti."

Mathias presiona "Enviar" antes de que pueda reconsiderarlo, antes de que su coraje lo abandone. Ahora, todo lo que queda es esperar.

Ruben tarda en responder. Los minutos se estiran, y cada tic-tac del reloj es un recordatorio del tiempo que Mathias ha desperdiciado, del tiempo que tal vez nunca recupere con Ruben.

Finalmente, el teléfono vibra. Un nuevo mensaje de Ruben.

"Necesito tiempo para procesar todo esto."

Y con eso, el hilo de mensajes se detiene, dejando a Mathias en un purgatorio digital, suspendido entre lo que fue y lo que podrá ser, si es que hay un futuro para ellos después de todo.

La escena termina con Mathias apagando su teléfono, dejándolo boca abajo sobre la mesa. La conversación ha terminado, pero las emociones y pensamientos continúan girando en un torbellino dentro de él. La incertidumbre es su única compañía, una invitada no deseada que se ha instalado en el centro de su vida. Y todo lo que puede hacer es esperar, atrapado en el incómodo silencio de lo que ha hecho y en la incertidumbre de lo que vendrá.

Mathias se levanta lentamente de su silla, sintiendo cada músculo, cada articulación, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros. Se mira al espejo, y en lugar del joven enérgico

que solía ver, encuentra a alguien con ojos pesados, abrumado por el peso de sus propias decisiones.

Pasa sus dedos por el cristal, como si quisiera tocar esa versión de sí mismo, ese Mathias que conocía la felicidad de la amistad genuina con Ruben. Su reflejo, sin embargo, sólo devuelve una mirada hueca.

Decide que necesita aire fresco. Tal vez, piensa, al caminar pueda encontrar respuestas, o al menos, distracción. Se coloca sus zapatillas y sale de su habitación, cerrando suavemente la puerta detrás de él.

El pasillo está en silencio, pero Mathias puede escuchar su corazón latir con fuerza, cada bombeo una reprimenda. "¿Qué has hecho?", parece decir.

Se encuentra caminando por las calles, el viento nocturno refrescando su cara, un contraste con la fiebre de ansiedad que arde dentro de él. Mientras camina, recuerda los momentos felices con Ruben, esos pequeños instantes que ahora parecen tan lejanos: risas compartidas, secretos contados al oído, bromas internas que sólo ellos entendían.

Siente el impulso de escribirle, de intentar explicar una vez más, pero sabe que no es el momento. Ruben necesita espacio, y Mathias necesita enfrentar las consecuencias de sus acciones.

Al girar en una esquina, se encuentra frente al parque donde él y Ruben solían jugar al fútbol juntos. Es curioso cómo un lugar puede albergar tantos recuerdos, cómo puede ser un monumento silente a la amistad y al tiempo compartido.

Se sienta en uno de los bancos, dejando que la brisa nocturna se enrede en su cabello. Cierra los ojos y permite que los recuerdos lo inunden. Al hacerlo, una verdad incómoda emerge: al esconderse detrás de "Luna", no sólo engañó a Ruben, sino que también se engañó a sí mismo. Y ahora, la realidad de esa mentira le duele más de lo que podría haber imaginado.

Algunos minutos pasan, horas tal vez, antes de que Mathias sienta la vibración familiar de su teléfono en el bolsillo. Lo saca con cautela, casi temiendo lo que podría encontrar.

Es un mensaje de Sofía: "Oí lo que pasó. ¿Estás bien?"

Mathias sonríe tristemente. En medio de toda esta tormenta, sigue teniendo amigos que se preocupan por él. Decide responder más tarde, cuando pueda poner en palabras todo lo que siente.

Por ahora, elige mirar el cielo nocturno, buscando en las estrellas alguna señal, alguna guía de cómo reparar lo que ha roto.

La mentira es un espejo deformado que muestra una imagen distorsionada de uno mismo, y enfrentar esa imagen es un viaje hacia la autenticidad.

Capítulo 29: Reflejos de la Verdad

La campana suena, una alarma con eco de metal que marca el fin de la clase y el inicio de otra pesadilla. Mathias sale del salón de clases con la espalda rígida, cada vértebra como una pieza de ajedrez a punto de caer ante el rival. La escuela, su mundo, ya no es un lugar seguro; ahora es un laberinto de miradas inquisitivas y murmullos ahogados.

Sofía, siempre con los ojos brillantes y la actitud dispuesta, sale a su lado. Pero incluso su risa habitual, como el tintineo de campanas de viento, se ha convertido en un graznido nervioso. "No te preocupes, Mathi. Las personas olvidan rápido. Lo que hoy es un escándalo, mañana será vieja historia."

Mathias esboza una sonrisa, una careta temporal para apaciguar a Sofía más que para tranquilizarse a sí mismo. "Esperemos que tenga la vida útil de un meme en Internet."

Es cuando pasan por el pasillo de los casilleros que se cruzan con Lucas, uno de los chicos del equipo de fútbol. Con una cara que apenas puede disimular el desprecio, Lucas detiene sus pasos y entrecierra los ojos. "Así que, ¿cómo está la vida de gato y ratón, Mathias? ¿Has decidido qué más vas a inventar hoy?"

El comentario es una astilla en una herida abierta, una puya que intenta hurgar en las capas ya sensibles de Mathias. Sofía se adelanta, su indignación reemplazando cualquier temor. "¿Qué te importa, Lucas? ¿No tienes algo mejor que hacer?"

Pero el chico, con la obstinación que sólo puede venir del ego adolescente, persiste. "Lo que haces afecta a todos, ¿sabías? Creaste una farsa, y ahora todos tenemos que soportar los efectos secundarios."

Antes de que Mathias pueda responder, Sofía lo interrumpe. "Lo único que estamos soportando es tu actitud tóxica."

Lucas se ríe, un sonido hueco. "Sigue defendiéndolo. Veremos hasta dónde te lleva eso."

Cuando Lucas se va, caminando con el tipo de suficiencia que sólo puede surgir de la ignorancia, Sofía exhala profundamente. "Olvídate de él, Mathi. Es un idiota."

Pero las palabras son un bálsamo insuficiente. Porque ahí, al final del pasillo, aparece Antonella, una chica de su clase. Se le acerca, como una sombra que se alarga cuando el sol comienza a caer. "Escuché lo que pasó, Mathias. Estoy decepcionada. Pensé que eras distinto."

Mathias la mira, percibiendo en sus palabras algo más que desprecio; hay un tipo de tristeza en su voz, como si su imagen de él hubiese sido una especie de oasis y ahora se hubiera evaporado. "Lo siento, Antonella. No quise decepcionar a nadie."

"Lo hiciste", responde ella, simple y cortante como una hoja de papel. "Y ahora, cada uno tiene que vivir con eso."

Mathias se queda mirando cómo ella se aleja, la carga de sus palabras como una ancla en sus pensamientos. Sofía coloca su brazo alrededor de sus hombros, un intento de barrera entre él y el mundo que lo juzga.

La verdad, esa mezcla tan volátil de descubrimiento y exposición, ha convertido los pasillos de la escuela en un campo minado emocional. Los susurros circulan como hojas en un viento otoñal —impredecibles, constantes. Sofía está ahí, pero incluso su apoyo parece una brizna de luz en una caverna abrumadora.

"Esto pasará, Mathi. Con el tiempo, pasará", Sofía insiste, como si pudiera convertir sus palabras en una profecía mediante la repetición.

Mathias asiente, porque en este momento, asentir es todo lo que puede hacer. No tiene las palabras ni la energía para combatir cada mirada, cada juicio silente. Tiene la sensación de estar en un escenario bajo un foco implacable, expuesto y examinado por un público que carece de contexto pero abunda en condenas.

Lo único que puede hacer es seguir caminando, poner un pie delante del otro, y esperar que con cada paso que da, pueda alejarse un poco más del juicio y acercarse un poco más a sí mismo.

Y así, con el peso de los ojos ajenos y las cicatrices de sus propias decisiones, Mathias sigue adelante. El final del pasillo parece distante, pero sabe que tiene que llegar allí. Sabe que tiene que enfrentar todo lo que viene después, porque detenerse ahora no es una opción. No más.

La campana para el receso suena, otra nota discordante en la sinfonía de sus pensamientos tumultuosos. Este breve lapso de tiempo se ha convertido en una especie de abismo que Mathias tiene que cruzar, poblado de monstruos más sutiles que los de cualquier mito: miradas que atraviesan, palabras que hieren, el zumbido perpetuo de la desaprobación popular. Pero hoy, el abismo se siente más amplio que nunca.

Mathias y Sofía caminan hacia el patio de la escuela, donde usualmente los estudiantes disfrutaban su libertad momentánea con charlas y juegos. Hoy, los susurros surgen como serpientes del césped, trepan entre los árboles y se enredan en las conversaciones.

Aquí en el patio, el mundo de Mathias se reduce al espacio entre los arbustos y las bancas. Ve a Ruben a lo lejos, rodeado por sus amigos del equipo de fútbol. Su postura irradia una especie de poder carismático, pero su mirada es un reflejo vidrioso de algo que Mathias ya no puede descifrar. Su corazón tamborilea un poco más fuerte, un eco solitario de lo que una vez fue algo hermoso y ahora solo es motivo de arrepentimiento.

La bancada de fútbol es su propia mini-sociedad, su reino aparte, y en ese reino Ruben es rey. Mathias se pregunta si Ruben también se siente atrapado, si la corona pesa más de lo que nadie puede ver.

Sofía, observando la dirección de su mirada, se tensa como un arco listo para disparar. "No tienes que hacer esto ahora, Mathi. No tienes que enfrentar todo de una sola vez."

Pero él lo siente, en ese rincón recóndito de su ser donde la verdad se aloja, que la evasión ya no es una opción. La evasión es lo que lo trajo aquí, a este instante donde cada segundo se siente como una eternidad. "Si no lo enfrento ahora, Sofi, ¿cuándo? ¿Cuándo dejo de esconderme?"

El valor, esa chispa errante y escurridiza, arde en él por un breve instante. Mathias se separa de Sofía y empieza a caminar hacia Ruben. Cada paso es una elección, una declaración silenciosa de que está dispuesto a enfrentar las consecuencias de sus actos, por dolorosas que sean.

El mundo se ralentiza, como si el universo mismo sostuviera la respiración. Las voces se vuelven ecos distantes, los rostros se desdibujan en una masa indistinta. Solo Ruben permanece enfocado, un faro en la niebla de su incertidumbre.

Y entonces, como dos planetas que entran en alineación después de eones, sus miradas se cruzan. En ese instante efímero, todo lo que necesita ser dicho, todo lo que necesita ser comprendido, reside en esa conexión visual. Es un lenguaje más elocuente que cualquier palabra, un diálogo mudo lleno de significados implícitos.

"¿Ruben, podemos hablar un segundo?" pregunta Mathias, y Ruben asiente con una especie de gravedad resignada. No es perdón, no todavía, pero tampoco es condena.

Mathias se da la vuelta, siente como si hubiera corrido una maratón emocional. La chispa de valor se ha convertido en una pequeña llama, todavía frágil, pero existente. Entonces ambos se dirigen a un salón vacío.

El alma, como un cuadro en constante evolución, se pinta con pinceladas de experiencias, arrepentimientos y redenciones.

El ambiente en el salón es eléctrico, cargado de una tensión que podría cortarse con un cuchillo. Mathias, se encuentra de pie cerca de la puerta como si considerara la posibilidad de una huida rápida, observa a Ruben, quien se encuentra en el otro extremo de la habitación, su postura una mezcla confusa de defensa y vulnerabilidad.

"Sé que debería habértelo dicho antes, Ruben. No tengo excusas. Lo siento." La voz de Mathias tiembla en el aire, pero Ruben parece no escuchar. Está perdido en su propio mundo de incredulidad, como si todavía estuviera procesando la magnitud del engaño.

"¿'Lo siento'? ¿Eso es todo lo que tienes para decir?" Ruben casi escupe las palabras. Su rostro, generalmente tan abierto y acogedor, es ahora una máscara de traición herida.

"Te entiendo, y sé que es mucho, pero por favor, intenta entenderme. Lo hice porque... porque me daba miedo. Miedo de que si sabías quién era yo realmente, me rechazarías." Los ojos de Mathias buscan los de Ruben, intentando transmitir la sinceridad que las palabras por sí solas no pueden.

Ruben sacude la cabeza como para despejarla y se cruza de brazos. "No entiendes, Mathias. No es sólo que me engañaras. Es que confié en ti, confié en 'Luna'. Te conté cosas que nunca había compartido con nadie. Y todo este tiempo, ¿era un juego para ti? ¿Una forma de acercarte a mí?"

Ah, el punto crucial. Mathias puede sentir cómo todo su mundo pende de un hilo, delicadamente balanceado entre lo que podría ser y lo que nunca será. "No, no fue un juego, al menos no para mí. Me importas, Ruben. Más de lo que puedo expresar."

"¿Me importas? ¿De verdad?" Ruben suelta una risa amarga. "Si eso es cierto, ¿por qué sentiste que tenías que ser alguien más para hablar conmigo? ¿Por qué no pudiste ser honesto desde el principio?"

La respuesta, aunque simple, es compleja en su simplicidad. "Porque tenía miedo," admite Mathias, "miedo de que no pudieras ver más allá de las etiquetas y los prejuicios. Pero, también estaba huyendo de mí mismo."

Un silencio se instala entre ellos, relleno con el peso de lo no dicho, de las oportunidades perdidas y las palabras que no se pueden recuperar. Ruben se pasa la mano por el pelo, una señal segura de su confusión interna. "Necesito tiempo. Necesito tiempo para pensar."

"Por supuesto," responde Mathias con un nudo en la garganta.

Ruben asiente, pero no puede mirar a Mathias a los ojos. Se dirige hacia la puerta, deteniéndose un momento antes de salir. "No sé si alguna vez podré confiar en ti de nuevo."

Y con eso, Ruben sale del salón de clases, dejando a Mathias solo con sus pensamientos y la conciencia de una verdad dolorosa. Se ha abierto la caja de Pandora, y ahora debe enfrentar las consecuencias, cualesquiera que sean.

Mathias se queda inmóvil, sintiendo cómo el aire se aligera a medida que Ruben se aleja, pero la tensión sigue allí, como un personaje no deseado que se niega a salir del escenario. Sus pensamientos dan vueltas como un tiovivo desbocado. ¿Qué ha hecho?

Los momentos compartidos como "Luna" y Ruben parecen ahora manchados, corrompidos por la verdad. Su mente viaja a las charlas nocturnas, las confesiones y el sentimiento emergente de estar conectado con alguien que lo entiende. O eso pensaba él. Pero ahora, esa complicidad se siente como un castillo construido sobre un terreno pantanoso, inestable y peligroso.

El celular de Mathias descansa en su bolsillo, tentador y amenazante a la vez. Podría tomarlo,

podría escribir una disculpa más elaborada, algo que llegara al corazón de Ruben. Pero sabe que las palabras en una pantalla son parte del problema, no la solución. Este es un asunto que necesita más que textos y emojis para resolverse. Requiere una vulnerabilidad cara a cara, el tipo de honestidad que duele en su crudeza.

Lleva las manos a su rostro, permitiéndose un momento para absorber la magnitud de todo. ¿Y si ha perdido a Ruben para siempre? La idea lo llena de un vacío desolador.

De repente, Mathias es consciente de un nuevo peso en su mente, la conciencia de que su historia con Ruben, ya sea un capítulo cerrado o el inicio de algo nuevo, es sólo una parte de su viaje hacia la autoaceptación.

El reloj en la pared parece burlarse de él, su tic-tac un recordatorio constante de que el tiempo sigue avanzando, indiferente a su angustia. Mathias toma una decisión. Se dirige hacia su mochila su y saca una pequeña libreta, la misma donde ha estado anotando sus pensamientos y miedos. Abre una página en blanco y comienza a escribir. No son palabras para Ruben, ni para "Luna," ni para nadie más que él mismo. Palabras de verdad, de enfrentamiento y de esperanza.

Cuando finalmente cierra la libreta, se siente un poco más ligero, como si hubiera transferido parte de su carga al papel. Y aunque la incertidumbre sobre su futuro con aún lo atormenta, también se da cuenta de que cada palabra escrita, cada momento de autorreflexión, lo acerca un paso más a convertirse en el tipo de persona que no necesita esconderse detrás de un perfil falso.

Mathias suspira, mañana será otro día, lleno de incertidumbres y posiblemente de confrontaciones. Pero también de oportunidades. Y mientras se sale del salón adentrándose en la incertidumbre que lo espera, una cosa está clara: sea lo que sea que suceda a continuación, enfrentará el mañana como él mismo, sin más máscaras ni mentiras.

Las mentiras tejidas con hilos de temor son efímeras, mientras que la
honestidad labrada en coraje perdura.

Capítulo 30: Reflejos de Redención

Mathias se encuentra en el salón del centro de estudiantes, un rincón que le sirve de refugio en medio de la tormenta. Pero ahora, se siente como un prisionero en su propio escondite. Las palabras de Ruben, duras como piedras, siguen rebotando en su cabeza. El silencio aquí es casi palpable, como si las paredes mismas contuvieran la respiración.

La puerta se abre con un susurro casi inaudible y Sofía entra, seguida de Valeria. El cambio en la atmósfera es instantáneo, cargado de una tensión que ni siquiera la presencia consoladora de sus amigas puede disipar.

"Oh, Mathias," suspira Sofía, su mirada encuentra la de él y hay algo en esos ojos que lo hace sentir más pequeño.

Valeria se mueve hacia la ventana y baja la persiana. Es un gesto simbólico, quizás para proteger a Mathias de un mundo que siente como si estuviera espiándolo, juzgándolo.

"Escuché lo que pasó," comienza Valeria, su tono clínico pero no carente de calidez. "Debes estar atravesando un infierno emocional ahora mismo."

"¿Un infierno emocional? Eso suena como el subtítulo de mi biografía," murmura Mathias, intentando una sonrisa que muere antes de nacer.

Sofía toma una silla y se sienta cerca de él, lo suficientemente cerca como para tocarlo pero lo suficientemente lejos como para darle espacio. "Mathi, sé que es difícil, pero necesitas enfrentar esto. No puedes escapar de ti mismo."

Ahí está, la verdad desnuda que ninguno de ellos ha dicho todavía. Mathias ha estado escapando, no solo de Ruben o del estigma, sino de sí mismo.

Valeria camina hacia él y coloca una mano en su hombro. "Has cometido errores, sí. Pero el primer paso hacia la redención es reconocerlos."

Mathias se siente como un edificio en ruinas, cada palabra otro ladrillo arrancado de su ya frágil estructura. "¿Y si no hay redención para lo que he hecho? ¿Y si he arruinado todo de manera irreversible?"

Sofía captura su mirada, sus ojos tan intensos que Mathias siente como si pudieran ver a través de su alma. "La redención no es un destino, Mathi. Es un proceso. Y parte de ese proceso es dejar de mentir, especialmente a ti mismo."

Él siente una punzada de reconocimiento en esas palabras. Ha estado tan enredado en su propia red de mentiras que ha olvidado cómo se siente la verdad.

"Sofía tiene razón," añade Valeria. "Es hora de ser auténtico, Mathias. No solo por Ruben o por cualquier otra persona, sino por ti mismo."

Él mira a sus amigas, estas dos mujeres que han sido su roca, y entiende que ellas no están aquí para juzgarlo, sino para ayudarlo a encontrar un camino hacia la luz. Es un camino que sabe que será largo, lleno de obstáculos y, probablemente, más corazones rotos. Pero también comprende que es un camino que debe recorrer. Por primera vez, Mathias se enfrenta a la dura verdad sobre sí mismo.

La habitación parece más brillante de alguna manera, como si el mero reconocimiento de sus faltas hubiera arrojado un poco de luz sobre su situación. Sofía y Valeria comparten una mirada significativa; no es de triunfo, sino de alivio y quizás un poco de orgullo. La suya es la gratitud silenciosa de amigos que han estado esperando este momento, sin presionar demasiado, pero listos para ofrecer su apoyo cuando llegara.

Y en este preciso instante, Mathias se da cuenta de que este pequeño núcleo de amistad y comprensión puede ser la base para su redención. No será una tarea fácil, y no viene con garantías. La autenticidad es un territorio peligroso en un mundo lleno de juicios y expectativas, y Mathias lo sabe mejor que nadie.

"Vas a tener que hablar con Ruben de nuevo, eventualmente," dice Sofía, interrumpiendo sus pensamientos.

Un escalofrío recorre la columna vertebral de Mathias. "Lo sé," contesta, "pero ¿cómo? ¿Qué puedo decirle que no suene como una excusa barata?"

Valeria saca su teléfono y lo coloca en la mesa, como si sopesara su propio dilema antes de hablar. "No importa lo que digas, siempre va a sonar como una excusa si no viene desde un lugar genuino dentro de ti. La sinceridad tiene un tono, Mathias, y la gente lo puede detectar."

"Y necesitas estar preparado para cualquier respuesta que él pueda tener," añade Sofía. "Puede que no te perdone, al menos no de inmediato."

Mathias siente que su estómago se contrae. "Lo sé, pero la idea de perder a Ruben de mi vida de forma definitiva... es casi insoportable."

"Si no te enfrentas a esto, lo perderás de todos modos," dice Valeria, su voz firme pero compasiva. "La indiferencia o la evasión también son formas de perderlo."

La verdad duele, como un espejo que refleja las cosas que preferiría no ver, pero necesita escucharla. La crudeza del momento le ofrece una especie de claridad brutal, una visión sin adornos de su vida como está y como podría ser.

Mathias se pone de pie, y parece como si hubiera tomado una resolución, aunque solo sea la primera de muchas. "Voy a hacerlo. Voy a hablar con Ruben."

Ambas chicas asienten, comprendiendo que esta es solo la primera etapa de un viaje que será largo y arduo. No habrá finales fáciles, pero al menos ahora Mathias tiene una dirección, una brújula moral que lo lleva hacia un destino aún incierto.

La conversación se desvanece en un cómodo silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos mientras contemplan el camino que se avecina. Mathias siente como si se hubiera quitado un peso de encima, pero en su lugar hay una especie de vacío. Y aunque la idea de lo que vendrá a continuación es aterradora, también hay en ella una chispa de esperanza. Porque si la vida le ha enseñado algo, es que incluso los errores más grandes pueden llevar a los cambios más significativos. Ahora todo lo que tiene que hacer es dar el primer paso, sin importar lo inestable que pueda ser el terreno bajo sus pies.

La redención es la luz que solo brilla después de atravesar la oscuridad de nuestros errores.

En el borde del estadio de fútbol, las luces de la ciudad destellan a lo lejos, haciendo juego con el brillo sudoroso en las mejillas de Ruben. Lleva puesta la camiseta del equipo, que, si bien lleva el número de su suerte, ahora se siente casi como un peso. Su mirada, normalmente llena de determinación y pasión, hoy lleva un tinte de confusión y tristeza.

Alejandro, con ese aire despreocupado que siempre lo ha caracterizado, se acerca. Aunque su andar parece ligero, sus ojos revelan una seriedad que pocas veces se le ha visto. Para Ruben, Alejandro siempre ha sido un amigo fiel, pero en este momento, la tensión entre ambos es palpable. El silencio inicial entre ellos es incómodo y pesado, cargado de palabras no dichas.

Por fin, Alejandro suspira, rompiendo la quietud del ambiente. "Sabes, Ruben, sospechaba algo de 'Luna'. Pero quise pensar que estaba equivocado. No quería creerlo."

Ruben levanta la vista hacia Alejandro, y es evidente la mezcla de sorpresa en su rostro. "¿Por qué no me dijiste nada?", pregunta con voz ronca.

Alejandro se encoge de hombros, pero hay una tristeza subyacente en ese gesto, una especie de pesar. "No estaba seguro, y además, te veía tan feliz. No quería ser el que te quitara eso. ¿Me entiendes?"

Y sí, Ruben entiende. Entiende perfectamente, porque a pesar del engaño de Mathias, había encontrado consuelo y escape en 'Luna'. Se había sentido libre, aunque fuera por un breve momento. "No sé qué pensar, Alejandro. Es como si todo fuera un sueño, y ahora, me he despertado a una realidad que no quiero enfrentar."

Por un momento, Alejandro parece perdido en sus propios pensamientos. "Todos buscamos escapar de algo, Ruben. Pero el problema es cuando ese escape se convierte en nuestra realidad. Y luego, cuando esa realidad se desmorona, nos quedamos desprotegidos, expuestos."

Ruben frunce el ceño, lidiando con las palabras de su amigo. "Me siento traicionado. Me abrí con 'Luna' de una manera que nunca había hecho antes, y ahora, todo eso fue en vano."

Alejandro coloca una mano en el hombro de Ruben, intentando transmitir su apoyo. "Pero ¿y si no fue en vano? Piensa en todo lo que has aprendido sobre ti mismo. Las cosas que te atreviste a expresar. Eso es valioso, Ruben, no importa el contexto en el que sucedió."

Hay una pausa mientras Ruben considera las palabras de Alejandro. "Pero duele, Alejandro. Me siento como un tonto."

Alejandro sonríe con tristeza. "Todos hemos sido tontos en algún momento, amigo. Pero es cómo respondemos a esos momentos lo que define quiénes somos."

El silencio vuelve a caer sobre ellos, pero esta vez es un silencio contemplativo. Aunque todavía hay dolor y confusión, también hay una semilla de esperanza y entendimiento. La ciudad sigue brillando a lo lejos, y aunque hay oscuridad ahora, ambos saben que eventualmente, el amanecer llegará.

Con una última mirada compartida, llena de entendimiento mutuo, se separan, cada uno perdido en sus propios pensamientos, pero con una certeza: en medio de la traición y el dolor, la amistad sigue siendo un faro de esperanza.

Alejandro empieza a alejarse, sus pasos crujen en la hierba húmeda del campo como si cada huella dejara marcadas sus palabras. Pero se detiene, da media vuelta, y regresa. "Oye, Ruben, aún hay algo más que quiero decirte."

Ruben levanta la vista, sus ojos reflejando el complejo entramado de emociones que lo atraviesa: la vulnerabilidad y la fortaleza en igual medida. "Adelante."

"Todo esto, el fútbol, las amistades, los errores... No son sino un capítulo de una vida más grande. A veces cometemos errores, y sí, duelen como el infierno. Pero también tenemos la oportunidad de escribir lo que viene a continuación, de decidir cómo reaccionamos."

Un nudo se forma en la garganta de Ruben. "¿Y si no sé cómo continuar? Me siento como si estuviera en un cruce de caminos y cualquier decisión que tome pudiera definir el resto de mi vida."

Alejandro se ríe, pero no es un sonido burlón; es una risa nacida de la comprensión. "La vida está llena de cruces de caminos, amigo. Y cada decisión nos lleva por un camino distinto, sí. Pero también podemos volver atrás, tomar desvíos, explorar atajos. La vida no está escrita en piedra."

Ruben escucha, y algo en su interior empieza a aflojarse. Como si las palabras de Alejandro fueran la llave que necesitaba para liberar algo que estaba atrapado dentro de él.

"¿Sabes qué es lo más importante?" continúa Alejandro, "Es que, al final del día, puedas

mirarte al espejo y sentirte en paz con quién eres, con las decisiones que has tomado."

Ruben asiente lentamente, la verdad de las palabras de Alejandro calándose profundamente en él. "Gracias, Alejandro. No sé qué haría sin amigos como tú."

Alejandro le da una palmada en la espalda. "Lo mismo digo. Ahora, ¿qué te parece si encontramos una manera de avanzar? De convertir todo este caos en una oportunidad."

Ruben sonríe, por primera vez en mucho tiempo, una sonrisa genuina que le llega hasta los ojos. "Me parece un buen plan."

Ambos amigos se quedan ahí, bajo el resplandor de las luces del estadio que empiezan a apagarse, como el telón que baja al final de un acto complicado pero necesario. Y mientras caminan juntos hacia la salida, algo se siente diferente. Es como si, de alguna manera, el peso que llevaban encima se hubiera aligerado un poco.

El campo de fútbol queda vacío detrás de ellos, un escenario silente a la espera del próximo drama o triunfo. Y aunque la página actual esté manchada de tinta y lágrimas, está lista para ser volteada, permitiendo que una nueva comience.

Las amistades son faros en el mar tormentoso de la vida, guiándonos
hacia la costa de la verdad.

Capítulo 31: Entre Rumores y Miradas

El pasillo de la escuela siempre ha sido un testigo silencioso de la tumultuosa marea de las emociones adolescentes. Hoy, el silencio se rompe con el murmullo de rumores, risas contenidas y miradas clandestinas. Pero, ¿qué ha sucedido?

Ah, allí está Mathias, apoyado contra los casilleros con los hombros caídos. Una vez se habría considerado el epicentro de ese bullicio, pero ahora parece una isla solitaria en medio de un mar agitado de actividad. Cada paso que da es pesado, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros. Y quizás, en su mundo, así es.

Un grupo de chicas pasa junto a él, cuchicheando. Aunque no lo mencionan directamente, su risa sutil le dice todo lo que necesita saber. El secreto está fuera. Su secreto. Las paredes oyen y, en una escuela, nada se mantiene oculto por mucho tiempo.

En el otro extremo del pasillo, Ruben se encuentra rodeado por un grupo, conversando sobre el próximo partido. Desde lejos, parece el mismo Ruben de siempre: seguro, popular, el capitán del equipo. Pero si miras de cerca, notarás cómo evita mirar en dirección a Mathias. Sus risas son un poco forzadas, sus movimientos un poco más rígidos.

Mathias lo observa, y cada risa, cada evasiva mirada de Ruben, es como una daga que se le clava en el corazón. Podría acercarse, tratar de explicarse, pero las palabras se le quedan atascadas en la garganta. "¿Cómo llegamos aquí?", se pregunta. La respuesta, por supuesto, es compleja, llena de malentendidos y decisiones impulsivas. Pero en este momento, todo se siente tan simple, tan dolorosamente claro: ha perdido a Ruben.

Sebastian, un chico del tercer año, pasa junto a él y murmura: "Tienes agallas, amigo". Es una mezcla de sarcasmo y genuina admiración. Mathias simplemente asiente, sin energía para responder.

Al sonar el timbre, Ruben se da la vuelta y, por un breve segundo, sus ojos se encuentran con los de Mathias. Es un momento efímero, cargado de tantas emociones no dichas que el aire se siente pesado. Y luego, Ruben se va, dejando a Mathias con el eco de ese silencio entre ellos.

No es solo el rechazo lo que lastima. Es la pérdida de algo hermoso, algo que una vez compartieron. Un lazo que, aunque roto, aún los une de alguna forma incomprensible.

El resto del día es un borrón para Mathias. Las clases, las conversaciones, todo pasa como una película en la que él es simplemente un espectador distante. Los susurros continúan, algunos llenos de simpatía, otros de mofa, pero todos cargados con ese conocimiento tácito de lo que ocurrió entre él y Ruben.

Al final del día, Mathias se encuentra en el baño, mirándose en el espejo. Los ojos que le devuelven la mirada están cansados, desgastados por el peso de las emociones. Se pregunta si Ruben también se siente así, si también está luchando con sus propios demonios.

De repente, la puerta se abre y Alejandro entra, deteniéndose en seco al ver a Mathias. Después de un incómodo silencio, Alejandro finalmente dice: "Escucha, no sé toda la historia, pero... lo siento, amigo".

Mathias se sorprende. No esperaba compasión, especialmente no de Alejandro. "Gracias", murmura, aunque las palabras parecen inadecuadas. Alejandro asiente, lava sus manos y se va, dejando a Mathias solo una vez más.

El camino a casa es largo, y cada paso lleva consigo una mezcla de remordimiento, esperanza y resignación.

El aire fresco de la tarde tiene un toque de nostalgia, como si incluso la naturaleza percibiera el sutil cambio en las dinámicas humanas. Mathias camina despacio, cada paso lejos de la escuela siente como una liberación y una condena simultáneas. ¿Ha sido liberado del escrutinio de la escuela, o ha sido condenado a las cuatro paredes de su propia mente?

Su celular vibra en su bolsillo, rompiendo el silencio. Un mensaje del grupo de apoyo LGBTQ+. La reunión de esta semana. Una ola de alivio lo inunda momentáneamente, recordándole que aún hay espacios donde puede ser él mismo sin juicio. Pero esa sensación se desvanece cuando vuelve a pensar en Ruben. Incluso en un entorno de aceptación total, el vacío que Ruben ha dejado es palpable.

Llega a su casa y se dirige directamente a su habitación, pasando por el salón donde su madre está viendo la televisión. Ella le lanza una mirada interrogante, sintiendo que algo no va bien, pero él la elude. No está listo para abrir esa caja de Pandora.

Una vez en su habitación, Mathias se deja caer en su cama. Su laptop descansa en el escritorio, un titilante portal a otro mundo. Podría, en teoría, volver a ser "Luna", buscar consuelo en el anonimato. Pero incluso la idea le parece repulsiva ahora. No más escondites.

Su mirada se posa en una foto enmarcada sobre el escritorio. Es una foto de él y Ruben, tomada hace un par de semanas cuando estuvieron en el parque de diversiones. Están sonriendo, genuinamente felices. La ironía es casi demasiado cruel.

El móvil vibra de nuevo, sacándolo de su ensimismamiento. Esta vez es un mensaje de texto de Fernando: "Estoy aquí si necesitas hablar". Sorprendentemente, el mensaje trae consigo un destello de esperanza. No está completamente solo. Hay grietas en su mundo, sí, pero también hay manos dispuestas a ayudarlo a repararlas.

Se levanta, se sienta en el escritorio y abre un documento en blanco en su computadora. Comienza a escribir, primero lentamente, luego con más rapidez. No son palabras para Ruben, ni para "Luna", ni siquiera para él. Son palabras para el universo, una forma de darle forma a su confusión, de construir un puente sobre el abismo que lo separa del resto del mundo.

Cuando termina, se da cuenta de que ha escrito más de lo que pensaba. Pero más importante aún, se da cuenta de que necesita compartirlo. No puede llevar este peso solo.

Se levanta, toma su teléfono y, antes de que pueda convencerse de lo contrario, envía el mensaje a Fernando: "¿Puedes hablar?". La respuesta llega casi de inmediato: "Claro, ¿te paso a buscar?".

Mathias siente que el peso en su pecho se aligera solo un poco. No sabe qué dirá o qué ocurrirá después, pero está dispuesto a descubrirlo. Y con ese acto de valentía, aunque pequeño, toma otro paso hacia un mañana incierto pero ineludible.

El murmullo del rumor revela verdades silenciadas, como ecos ineludibles en el corredor de la existencia.

La habitación de Mathias es un refugio, una burbuja que intenta mantener a raya el mundo exterior. Sin embargo, hoy el aire en el cuarto es denso. La presencia de su madre, Claudia, lo inunda todo. Ambos están sentados en la cama de Mathias, enfrentando una verdad apenas dicha pero profundamente sentida. El aire vibra con el peso de las palabras que aún no se han pronunciado.

Claudia rompe el silencio. "Mathias, tienes que hablar conmigo. Me he dado cuenta de que algo está pasando contigo, algo más profundo que cualquier etapa de adolescente."

Mathias siente un apretón en el estómago, como si todas sus inseguridades decidieran hacerse

una maraña justo ahí. Sus ojos se encuentran con los de su madre, y por un momento, ve su propio temor reflejado en ella.

Respira hondo, como si el aire pudiera darle las palabras que le faltan. "Mamá, estoy luchando con quién soy, con cómo me siento sobre mí mismo y con quién quiero estar."

El ambiente se tiñe de una fragilidad que ninguno de los dos quiere romper. La aceptación, o la falta de ella, es una moneda en el aire en estos instantes.

"¿Estás diciendo que eres gay?", Claudia pronuncia la palabra con una mezcla de cautela y curiosidad.

Mathias la mira y siente que está al borde de un abismo. "Creo que sí, mamá. Pero no sé... todo es tan confuso."

Claudia toma la mano de su hijo y la aprieta suavemente. "¿Esto te preocupa? ¿Tienes miedo de que no te acepte?"

Mathias no necesita responder. Su mirada dice todo, y Claudia lo siente como una daga en el corazón. "Quiero que sepas que te amo, Mathias. Pero esto es nuevo para mí, y no sé cómo lidiar con ello."

Una grieta se forma en la barrera que Mathias había erigido para protegerse. Por primera vez, se permite considerar que tal vez, solo tal vez, su madre podría llegar a entender. "Esto también es nuevo para mí, mamá. Y sí, tengo miedo. Miedo de que me rechaces, miedo de que no entiendas, miedo de que todo cambie."

Ahí está, la admisión cruda y dolorosa, como un hueso expuesto. El cuarto se queda en un incómodo silencio mientras ambos procesan la magnitud de lo dicho. La aceptación es un terreno accidentado, plagado de dudas y preguntas sin respuestas. Pero la conversación, aunque incompleta, ha sembrado una semilla.

Claudia retira su mano y se pasa los dedos por el cabello, una maniobra que habla más de su nerviosismo que cualquier palabra que pudiera decir. "No sé qué decir, Mathias. Pero quiero aprender, quiero entender. ¿Podemos hacer eso juntos?"

Mathias siente que su pecho se expande, como si alguien hubiera liberado una presión que ni siquiera sabía que estaba allí. "Sí, mamá. Eso es todo lo que he querido."

Nada se ha resuelto, pero todo ha cambiado. Mathias siente que ha cruzado una frontera invisible, una que siempre temió, y aunque el otro lado está lleno de incertidumbres, al menos no lo enfrentará solo.

"Te amo, mamá", dice, sus palabras llenas de un nuevo tipo de valentía.

"Y yo a ti", responde Claudia, y aunque sus ojos aún reflejan preguntas que no tiene respuestas, también hay algo más: el naciente resplandor de la aceptación.

Ambos saben que no es el fin del viaje, ni mucho menos. Pero es un comienzo, un primer y precioso paso en un camino que tendrán que recorrer juntos. Y en ese momento, en esa habitación cargada de emociones y revelaciones, eso parece suficiente.

Cuando Claudia se levanta para salir, duda en el umbral y mira hacia atrás como si quisiera immortalizar este frágil momento entre ellos. "Resolveremos esto, ¿sí? Los dos".

Mathias asiente, casi temeroso de que cualquier movimiento adicional pueda destruir el delicado entendimiento que acaban de tocar. "Está bien, mamá. Buenas noches".

"Buenas noches, Matías."

Cuando la puerta se cierra detrás de ella, la habitación parece exhalar, como si ella también hubiera estado conteniendo la respiración. Mathias se recuesta en su cama, mirando al techo. La habitación es la misma: carteles en las paredes, libros de texto sobre el escritorio, su computadora portátil cerrada, pero ahora todo se siente diferente. Es como si hubiera cruzado a

un universo paralelo donde el aire es más denso y más fino al mismo tiempo.

No puede evitar recordar las palabras de su madre. 'Ya lo resolveremos, ¿de acuerdo? Nosotros dos.' Es una promesa llena de complejidades e incertidumbres, pero también de amor. Y aunque Mathias sabe que el amor no puede responder a todas las preguntas que tiene sobre su identidad, es un punto de partida, una base sobre la cual puede empezar a construir el resto de su vida.

Apaga la luz, sumiendo la habitación en la oscuridad. La noche fuera de su ventana es tranquila, pero Mathias es muy consciente de que es un tipo de tranquilidad engañosa, como la silenciosa anticipación que llena un estadio antes del saque inicial. Mientras yace en la oscuridad, sabe que el mañana traerá sus propios desafíos y revelaciones, tanto para él como para las personas que ama.

Por ahora, sin embargo, Mathias cierra los ojos y su corazón late menos por el miedo que por una nueva esperanza. Esta noche, ha dado un paso, aunque vacilante, fuera de las sombras y hacia un espacio donde puede empezar a ser visto tal como es realmente. Y mientras se queda dormido, se permite creer que tal vez, sólo tal vez, encuentre su camino.

Las incertidumbres son las sombras que dan relieve a la luz del entendimiento mutuo, iluminando los recovecos de la identidad.

Capítulo 32: Los Desafíos del Crecimiento

Sofía se inclina sobre la mesa, sus ojos examinan el rostro de Mathias con una especie de tenacidad suave. Aquí, en esta acogedora pizzería de luces suaves y olor a queso recién fundido, ella reconoce la tormenta silenciosa que se cierne en el corazón de su amigo.

"Mathi, hablas como si necesitaras permiso para ser tú mismo", dice ella, rompiendo el silencio prolongado.

Mathias mira la gaseosa frente a él, como si pudiera encontrar allí las respuestas a preguntas que aún no ha formulado. "No es tan sencillo, Sofía."

"Sé que no lo es, pero ¿alguna vez te has detenido a pensar que quizás la persona de la que necesitas aceptación eres tú mismo?"

Mathias siente el impacto de sus palabras como una bofetada suave pero resonante. Su corazón late rápido, pero no por Ruben ni por la agonizante tensión del engaño; es un temblor diferente, una sacudida de autoconciencia que parece resonar en lo profundo de su ser.

"Siempre he pensado que si Ruben, si la gente, me acepta como soy, entonces todo sería más fácil. Pero la verdad es que nunca me he detenido a preguntarme si yo me acepto a mí mismo."

Sofía asiente, como si hubiera estado esperando exactamente esa revelación. "Ves, ahí está. Has estado tan ocupado pensando en cómo encajar que no te has detenido a pensar en las piezas que realmente componen quién eres."

Esta conversación, cargada de sincera introspección, provoca algo en Mathias que no es ni pesar ni alegría, sino más bien un tipo de serenidad trascendental. Como si de alguna manera, este diálogo fuera el espejo que necesitaba para ver las fisuras y los bordes irregulares de su alma.

Su mente vuela brevemente a Ruben, a los momentos robados y las palabras enmascaradas. Recuerda el rostro de Ruben al descubrir la verdad, el dolor tan claramente visible en sus ojos. Y Mathias se da cuenta, con un estallido de claridad, que ninguna relación puede ser genuina si él mismo no es genuino.

"Lo entiendo ahora, Sofía. No puedo esperar que alguien más me entienda si ni siquiera yo me comprendo."

La joven sonríe, un halo de gratitud iluminando su rostro. "Exacto, Mathi. Y ya sabes, el viaje más largo comienza con un solo paso. Este es tu primer paso."

Las palabras se cuelan en las profundidades de Mathias, encontrando un hogar en el espacio vacío que ha estado lleno de expectativas ajenas y falsas identidades. Es como si las capas de confusión y desesperación comenzaran a pelarse, una por una, dejando al descubierto un núcleo dentro de sí mismo que no sabía que existía.

La música ambiental se mezcla con la charla suave de los demás clientes, pero en este instante, en esta pequeña burbuja de tiempo y espacio, Mathias siente como si estuviera en el ojo de la tormenta. Y no hay caos aquí, solo claridad.

"Gracias, Sofía", murmura, y en ese momento, no es sólo un agradecimiento por la conversación, sino por ser la brújula que le ha ayudado a encontrar un poco de dirección en este complicado laberinto de emociones y dudas.

La joven se levanta, tomando su bolso. "Vamos, te llevaré a casa. Y recuerda, este es sólo el comienzo. Hay un largo camino por recorrer, pero al menos ahora tienes una idea de hacia dónde dirigirte."

Mathias se pone de pie, sintiendo una especie de emoción liberadora, una anticipación de los desafíos

Al dejar el lugar, la luz del día le da en el rostro, como si la naturaleza misma quisiera saludar su epifanía recién descubierta. Se siente menos como el final de un capítulo y más como la página en blanco al comienzo de un nuevo acto.

"Aunque sea incómodo, es necesario," Sofía le dice mientras caminan hacia la parada de autobuses a lo largo de la calle adoquinada. "El crecimiento siempre lo es."

Él la mira, y hay algo en su expresión—una especie de esperanza cautelosa, un matiz de resiliencia—que le hace pensar que, por primera vez en mucho tiempo, está en el camino correcto. No el camino fácil, ni el más cómodo, pero sí el correcto.

"¿Sabes? Creo que lo incómodo ya no me da tanto miedo como antes," confiesa Mathias, y cada palabra siente como un peldaño más en la escalera hacia su autocomprensión. "Quizás el miedo siempre ha sido un reflejo de no saber qué parte de mí enfrentaría al mundo. Ahora lo veo. El primer paso es enfrentarme a mí mismo."

Aquí, al borde de todo lo que conoce y todo lo que aún tiene que descubrir, comprende que su viaje hacia la autenticidad está recién empezando. Y lo más extraño es que la idea, en lugar de intimidarle, le llena de un fuego interno, un brillo de anticipación por los retos y recompensas que inevitablemente vienen con el acto de vivir honestamente.

"Este es sólo el inicio, Sofía," dice Mathias, más para sí mismo que para ella. "Sólo el inicio."

"El mejor lugar para empezar," ella responde, y en ese momento, acelerando hacia el futuro incierto pero infinitamente más claro, Mathias no puede evitar sentirse de acuerdo.

La búsqueda de aceptación comienza por el reflejo que encontramos en nuestros propios ojos.

La energía en la escuela se siente como un estanque estancado, pero Mathias ya no puede evitar cruzar el agua turbia. Hoy es el día. Ha practicado el discurso en su mente, lo ha compartido con Fernando, lo ha pulido con el Valeria. Pero las palabras sobre el papel o en su mente son solo eso hasta que lleguen a Ruben.

Ruben, por su parte, está de pie junto al casillero, los dedos bailando en la pantalla de su teléfono, posiblemente hablando con algún compañero de equipo. La realidad paralela en la que Mathias se revolcaba ha dejado una marca indiscutible en él. Su postura, aunque todavía la de un atleta, ha adquirido un tono defensivo, casi como si estuviera esperando un golpe.

Mathias se acerca, su pulso retumbando en sus oídos, pero antes de que pueda pronunciar una palabra, Ruben levanta la vista. Sus ojos se encuentran y, en ese momento, el mundo entero podría haberse reducido a esos pocos metros cuadrados de pasillo.

"Ruben, ¿podemos hablar?", comienza Mathias, su voz un poco temblorosa, pero más firme de lo que esperaba.

Ruben lo mira como si estuviera decidiendo si dejarlo entrar o cerrarle la puerta para siempre. Finalmente, asiente. "Bien. Hablemos."

En lugar de hablar en el pasillo, donde cualquiera podría oírlos, se dirigen a un aula vacía. Mathias deja que Ruben entre primero. Cerrar la puerta detrás de él siente como cerrar una cápsula del tiempo; el futuro de su amistad depende de lo que suceda en esta sala.

"No sé por dónde empezar", comienza Mathias, su voz un murmullo. "Lo que hice fue terrible. No tengo excusa."

"Entonces, ¿por qué lo hiciste?" Ruben interrumpe, su tono más de curiosidad que de enojo,

pero hay una fría distancia en sus ojos.

Mathias suspira. "Porque tenía miedo, Ruben. Miedo de lo que sentirías si supieras la verdad sobre mí."

"¿Y qué verdad es esa?" Ruben se cruza de brazos.

"Que soy gay, Ruben. Y me gustas. Y no sabía cómo enfrentar eso."

Un silencio insoportable llena la habitación. Ruben parece estar digiriendo las palabras, examinándolas desde todos los ángulos.

"Podrías haber sido honesto desde el principio", dice finalmente, la dureza inicial se suaviza un poco.

"Lo sé, y desearía haberlo hecho. Pero el miedo me ganó", responde Mathias. "Nada de esto justifica lo que hice, pero al menos quería que supieras la verdad completa."

Ruben asiente, su mirada divagando por el aula antes de volver a encontrar la de Mathias. "Gracias por decirme. No sé dónde nos deja esto, pero es un comienzo."

El alivio que siente Mathias es agri dulce. Un comienzo no garantiza un futuro, pero es mejor que el silencio helado que ha existido entre ellos.

"Entonces, ¿ahora qué?" pregunta Mathias, casi temiendo la respuesta.

"Ahora... ahora necesitamos tiempo. Ambos", dice Ruben, abriendo la puerta del aula. "Pero gracias por empezar la conversación."

Y con eso, Ruben sale del aula, dejando a Mathias solo pero con una ligera sensación de que quizás, solo quizás, hay un camino hacia adelante.

Este camino no está pavimentado ni es seguro, pero es un camino. Y eso, para Mathias, es más de lo que tenía antes de este momento de difícil verdad.

El aire en la habitación parece más liviano, como si la verdad hubiera levantado una pesada cortina que antes oscurecía su mundo. Pero aunque Ruben ha salido, la magnitud de lo que Mathias acaba de hacer se asienta en sus hombros. Un comienzo. Una palabra tan simple, pero cargada de tantas posibilidades y tanto riesgo.

Mathias recoge su mochila del suelo, siente cómo la correa se tensa contra su hombro, y sale del aula. Por primera vez en mucho tiempo, no tiene que esquivar la mirada de Ruben en el pasillo, no tiene que esconderse detrás de la pantalla de su teléfono o buscar un refugio en la multitud. Ha dicho su verdad, y aunque no sabe qué vendrá después, ese acto de valentía, pequeño pero significativo, lo llena de una especie de esperanza cautelosa.

En su camino a la próxima clase, Mathias siente la curiosa sensación de estar expuesto pero también invisible. No hay murmullos susurrados ni señalamientos secretos, pero es consciente de que ahora existe una versión nueva de él mismo en este mundo, una que ya no se esconde detrás de una falsa identidad online o de un temor ensordecedor al rechazo.

La clase de matemáticas se desarrolla en un borrón, las ecuaciones en el pizarrón son solo garabatos sin sentido mientras su mente regresa una y otra vez al aula vacía donde se confesó a Ruben. Cada vez que cierra los ojos, ve la cara de Ruben, su expresión cambiante, los matices de emoción que cruzaban sus ojos. ¿Fue eso comprensión lo que vio al final? ¿O era solo la aceptación resignada de una amistad irremediabilmente alterada?

El timbre suena, señalando el fin de la clase, y por un momento Mathias se siente como un corredor en la línea de salida, su corazón acelerado, su futuro incierto. Sale al pasillo y ve a Ruben al final del mismo, hablando con Lorena. Ruben se ríe ante algo que ella dice, y por un segundo, Mathias siente un pellizco de celos. Pero luego se detiene, recordando el peso de las palabras que intercambiaron en esa aula vacía. Ruben también necesita tiempo, y Mathias debe aprender a darle ese espacio.

Mientras camina hacia su siguiente clase, Mathias siente su teléfono vibrar en su bolsillo. Lo saca y ve un mensaje de Fernando. "¿Cómo fue todo? ¿Hablaste con él?"

Mathias sonríe ante el mensaje.

"Pasó", escribe Mathias, "y no sé lo que viene después. Pero por primera vez en mucho tiempo, eso no me asusta tanto".

Envía el mensaje y guarda su teléfono. Atraviesa el pasillo con un sentido renovado de propósito. Aún hay muchas incertidumbres por delante, muchos caminos que podrían tomar su vida. Pero ahora, finalmente, siente que está caminando hacia algo en lugar de huir de todo. Y en ese caminar hacia lo desconocido, Mathias encuentra algo que ha estado ausente durante mucho tiempo: una sensación de libertad, una esencia de autenticidad, un susurro de la persona que está destinado a ser.

En las aguas turbias del miedo, las palabras son los puentes que conectan
almas distantes.

Capítulo 33: Huellas en el Césped

Rubén pisa el césped de la cancha, y cada brizna parece recibirlo como a un viejo amigo que ha estado demasiado tiempo fuera. El aire tiene un olor dulzón a tierra y pasto recién cortado, aromas que alguna vez consideró su hogar. Siente el peso del balón contra su bota y se da cuenta de cuánto ha extrañado este sentimiento, este rasguño de cuero contra piel, este diálogo silencioso entre él y el juego.

Alejandro, lo saluda con un asentimiento desde el otro extremo del campo. No necesita decir nada; sus ojos cuentan una historia de complicidad y amistad, de goles celebrados y partidos perdidos.

"¡Vamos, muchachos, en formación!" El grito del entrenador resuena en la atmósfera de fin de tarde, poniendo fin a la introspección de Rubén. El sol está descendiendo, pintando el cielo de tonos naranja y rosa, como un lienzo de promesas y oportunidades.

La primera patada a la pelota y Rubén siente un torrente de adrenalina desplazándose por su cuerpo. Es como si la electricidad fluyera a través de sus venas, reviviendo cada célula, cada músculo. Olvida las pruebas para el Boca Juniors, olvida la presión que viene con la camiseta que lleva. Ahora es solo él y el balón, moviéndose en perfecta simbiosis.

Carlos, siempre observador, nota el cambio en Rubén y sonríe para sí mismo. Este es el Rubén que recordaba, el chico que podía hacer magia con un simple giro de su pie.

Alejandro pasa el balón a Rubén, quien lo recibe con la precisión de un cirujano. Los espectros de duda y ansiedad que lo habían acosado durante semanas parecen disiparse, quemados por la intensidad de su enfoque. Se dirige hacia la portería como un misil teledirigido, cada zancada un eco de sus latidos acelerados.

Y entonces dispara.

El balón vuela como si tuviera alas, superando al portero y estrellándose contra la red. En ese momento, todo se vuelve claro para Rubén. Esta es su pasión, su fuego, su verdadera identidad. No hay dudas, no hay máscaras, solo el juego en su forma más pura.

Alejandro corre hacia él, chocando sus palmas en un gesto de júbilo. "¡Eso es, Rubén! ¡Así se hace!"

"Gracias, Alejandro. Nada de esto sería posible sin el equipo," responde Rubén, y aunque las palabras suenan a cliché, las siente profundamente en su ser. Sabe que cada pase, cada jugada, es un eslabón en una cadena de colaboración y confianza.

El entrenador se acerca a él, con las manos en los bolsillos y una expresión de sincero orgullo.

"Hiciste un buen trabajo hoy, Rubén. Veo que las cosas están cayendo en su lugar para ti."

"Creo que sí, entrenador. Creo que sí," responde Rubén, y por primera vez en mucho tiempo, no hay sombras en su voz. Solo certeza, solo la luz del atardecer reflejándose en su mirada.

Y aunque el sol se ha ocultado por completo y la noche ha comenzado su reinado, para Rubén, el horizonte nunca ha parecido más brillante.

Rubén se dirige hacia el banco de suplentes, donde su botella de agua y una toalla lo esperan. Mientras toma un trago, siente cómo el líquido refresca no solo su cuerpo sino también su alma, como si cada gota pudiera lavar las complejidades y dilemas que lo habían rodeado. Se sienta y observa cómo Alejandro realiza un dribbling impresionante antes de pasar el balón a otro compañero. La alegría en los rostros de sus amigos le hace pensar en lo afortunado que es, y cómo a menudo olvida esa simple verdad.

"¿Estás bien, hijo?", pregunta Carlos, rompiendo el silencio. Sus ojos, usualmente tan duros, revelan una suavidad que raramente muestra.

Rubén asiente, la palabra "sí" atrapada en algún lugar entre su corazón y su lengua, demasiado emocionada para encontrar una salida.

"Te ves diferente hoy, más seguro, como si hubieras encontrado algo que habías perdido," continúa Carlos, sus palabras ligeramente matizadas por una curiosidad paternal.

Rubén lo mira y siente que es el momento de ser honesto, al menos consigo mismo. "Sí, creo que lo hice. Al menos por ahora. Me recordé por qué amo esto, por qué es más que un juego para mí."

Carlos asiente, satisfecho pero sin dejar que la emoción tiña su profesionalismo. "Eso es lo que diferencia a los buenos jugadores de los grandes, Rubén. Nunca olvides eso."

Rubén promete en silencio no hacerlo. Mira hacia el terreno, donde sus compañeros están terminando las últimas jugadas del entrenamiento. Piensa en su padre y en su madre, en las expectativas que pesan sobre sus hombros, y cómo el fútbol ha sido tanto su santuario como su escenario.

Alejandro se le acerca, un tanto agitado pero lleno de vida. "Bro, tienes que enseñarme ese último movimiento. Has dejado a todos boquiabiertos."

Rubén ríe, algo que no ha hecho en mucho tiempo, y se siente liberador. "Claro, pero solo si me enseñas cómo hacer ese pase que has dado antes."

"Trato hecho", responde Alejandro, y ambos se chocan los cinco, sellando un pacto más profundo que las simples palabras podrían expresar.

Rubén se levanta, listo para dejar la cancha pero también ansioso por lo que vendrá después. Siente que las piezas del rompecabezas de su vida están comenzando a encajar, aunque todavía hay muchas que están fuera de lugar. Pero eso está bien. Después de todo, cada juego tiene su tiempo extra.

El fútbol es el lenguaje universal de la pasión, donde las palabras son reemplazadas por toques y goles.

Mathias se sienta en el borde de su cama, observando la carta cerrada que descansa sobre el escritorio como si contuviera una especie de magia. La dirección de remitente en la esquina superior izquierda es inequívoca: es la universidad de sus sueños. Esa carta representa tanto el epitafio de su pasado como el prólogo de su futuro. Y, sin embargo, es solo un trozo de papel. Tan frágil y tan poderoso a la vez.

Se levanta y se dirige al escritorio como si estuviera a punto de desactivar una bomba. ¿Y si es un rechazo? ¿Y si todo en lo que ha invertido su esperanza se desmorona con la apertura de un sobre? Pero luego, en un movimiento resuelto, toma un cortador de cartas del cajón y abre el sobre.

Sus ojos escanean rápidamente las primeras palabras, y todo lo demás desaparece. "Nos complace informarle..." Eso es todo lo que necesita leer. Un pequeño grito sale de su garganta, una mezcla de alivio y exultación, y por un momento, todo su mundo se reduce a esas palabras. Ha sido aceptado. Este nuevo capítulo de su vida puede comenzar, oficialmente, y con él, un sinfín de posibilidades.

Cae de nuevo en su cama, sosteniendo la carta contra su pecho como un amuleto. Pero entonces, algo cambia en su expresión. Es como si la realidad se deslizara lentamente, arrastrándose de vuelta en su conciencia. Este no es solo un ticket de entrada a una nueva educación; es una tarjeta

de embarque a una vida completamente nueva. Una vida en la que quizás, solo quizás, pueda ser completamente él mismo.

La claridad que siente es tanto liberadora como aterradora. Ir a la universidad no es una huida; es una transformación, y todavía no sabe en qué se convertirá al final de este viaje.

Y ahí está el asunto, se da cuenta. La metamorfosis nunca está completa; es un proceso continuo. Se permite sentirse emocionado por el futuro sin tener todas las respuestas ahora. ¿No es eso de lo que se trata crecer? ¿De avanzar hacia lo desconocido con una mezcla de valentía y miedo, de certeza e incertidumbre?

Vuelve a mirar la carta, pero ahora la ve con nuevos ojos. No es solo una oferta de admisión a una institución; es una invitación a admitir todas las partes de sí mismo en esta nueva etapa. Y aunque no puede prever cómo serán los próximos cuatro años, siente que está listo para el viaje, venga lo que venga.

Guarda la carta en el sobre y lo coloca en el cajón superior de su escritorio. Una acción que siente como sellar un pacto con su futuro yo. Luego, se levanta, respira profundamente y se dirige hacia la puerta de su habitación. Hay personas con las que necesita compartir esta noticia, pero también sabe que este es un momento que necesita saborear solo un poco más, permitiéndose ser el protagonista en la narrativa de su propia vida.

Mathias sale de su habitación, y aunque el pasillo sigue siendo el mismo, la luz que lo atraviesa parece diferente. Tal vez más cálida, tal vez más brillante. Pero definitivamente, un reflejo de todo lo que es posible. Y así, con cada paso que da, Mathias se acerca no solo a la universidad de sus sueños, sino también a una versión de sí mismo que todavía está por descubrir. El final está lejos de estar escrito, pero oh, qué emocionante es este nuevo comienzo.

Es como si hubiera cruzado una línea invisible. Cada paso que da Mathias hacia la sala de estar parece cargar con una energía especial. El departamento, que antes podía sentirse como un espacio confinante, llena de secretos y de conversaciones que siempre se quedaban cortas, ahora parece más grande, lleno de oxígeno para sus expectativas. La carta en el cajón de su escritorio ha cambiado todo, incluso la manera en que percibe su entorno.

"¿Mamá?" llama Mathias, ansioso por compartir la noticia. La atmósfera del hogar cambia, como si la casa misma retuviera la respiración, esperando ese punto de inflexión en la vida de su único hijo.

Sus madre aparece en la sala de estar. Sostiene en sus manos una revista de decoración de interiores que probablemente nunca leerá de principio a fin. Levanta la vista, sintiendo la importancia del momento incluso antes de que se pronuncie una palabra.

"He sido aceptado", suelta Mathias, su voz temblorosa pero llena de un entusiasmo que no puede contener.

La expresión en el rostro de su madre se suaviza, sus ojos se humedecen, pero es una lágrima feliz, una que ha estado esperando derramar desde que su hijo comenzó a abrirse con ella. Se levanta y abraza a Mathias en un gesto bienvenido de afecto maternal.

Es un momento dulce, sí, pero también un poco agridulce. Porque para Mathias, decirles a su mamá sobre su aceptación en la universidad es más que un anuncio. Es una admisión de que está a punto de dejar este nido que, por todas sus imperfecciones, ha sido el único hogar que ha conocido.

Su madre finalmente habla, "Estoy tan orgullosa de ti, cariño. Siempre supe que podrías hacerlo."

Mathias sonríe, pero su sonrisa es un poco triste. "Gracias, mamá. Pero no puedo evitar pensar en todo lo que estoy dejando atrás."

"No estás dejando nada, Mathias. Todo lo que has vivido y aprendido aquí irá contigo, en tu corazón," responde su madre, con una sabiduría que siempre parece tener para los momentos que más importan.

Y así, en ese escenario que sido testigo de tantos momentos cruciales de su vida, Mathias se siente como si estuviera en el umbral de algo monumental. No es solo el umbral de la independencia y del autodescubrimiento, sino el de su verdad más auténtica.

Con el abrazo aún fresco en su piel y las palabras de su madre grabadas en su mente, Mathias toma un respiro profundo. Está listo para enfrentar todo lo que vendrá a continuación: las dificultades, las alegrías, las incertidumbres. Porque entiende que no tiene que tener todas las respuestas ahora; solo tiene que estar dispuesto a hacer las preguntas.

Con una última mirada hacia su madre, Mathias siente un nudo en la garganta. Pero es un nudo hecho de amor, gratitud, y tal vez, solo tal vez, un poco de magia. Porque el mundo fuera de esta casa es grande y desconocido, pero ahora, armado con la la fuerza en su alma, siente que está listo para escribir su propia historia.

Dando un paso hacia la puerta, Mathias siente cómo el aire parece cargarse con posibilidad y promesa. Sabe que el viaje que está a punto de emprender será uno para recordar. Y, quizás lo más importante, sabe que este viaje será el que finalmente lo llevará a casa, a donde quiera que ese hogar pueda estar.

Las palabras escritas en papel pueden ser como puentes entre mundos,
conectando deseos y realidades.

Capítulo 34: Costuras del Destino

Los escaparates en la tienda de ropa reflejan un mundo deslumbrante y artificial, lleno de texturas, colores y posibilidades. Mathias y Sofía entran, y aunque los focos del local no cambian, algo en la atmósfera se siente más pesado, como si el aire mismo supiera que están en una encrucijada.

Sofía toma una blusa de encaje y la sostiene contra sí misma, mirando su reflejo. Hay una sonrisa en su rostro, pero es una sonrisa frágil, como el hilo de una tela.

"¿Qué opinas, Mathias? ¿Es demasiado?"

Mathias la mira, y en su reflejo, él ve algo más que una simple prenda. Ve la suma de todas las veces que Sofía le ha ofrecido su hombro, su risa y su comprensión. Le parece ver también la futura Sofía, la versión que llevará esa blusa en una universidad lejana, quizás en un nuevo grupo de amigos.

"Te queda genial," responde, aunque la voz le tiembla un poco.

Sofía sonríe, agradecida, pero antes de que pueda decir algo más, Mathias se dirige hacia la sección de trajes. Los dedos le resbalan sobre las telas suaves, cada uno es como una promesa y un recordatorio. Elige uno negro, clásico, pero con un toque moderno que siente que habla de él.

Al entrar al probador, se quita la ropa que lleva puesta como si estuviera desprendiéndose de una piel vieja. Se pone el traje y se mira en el espejo. ¿Quién es ese en el reflejo? ¿Es el Mathias que ha pasado los últimos años en un angustioso juego de escondite consigo mismo? ¿O es el Mathias que está a punto de salir al mundo real, un hombre libre?

Sale del probador, y Sofía lo escudriña. Hay algo en su mirada que Mathias no puede descifrar. No es juicio; es más bien como una forma silenciosa de pregunta.

"Estás increíble," dice ella finalmente.

Mathias se siente aliviado y aterrado al mismo tiempo. "Gracias," murmura.

Ambos caminan hacia la caja registradora, y mientras la empleada pasa las etiquetas por el lector, Mathias siente como si también estuviera pasando un escáner sobre su vida. El pitido de la máquina es como un timbre, marcando el final de una etapa y el comienzo de otra.

Cuando salen de nuevo al exterior, cargando bolsas que contienen más que solo tela y costuras, Mathias se detiene.

"Sofía, ¿alguna vez sientes que estás al borde de algo grande, pero aterrador?"

Ella lo mira, su expresión tan abierta y vulnerable que casi duele. "Todo el tiempo," responde.

Y ahí están, en la cuspide de todo lo que vendrá después, entendiendo que lo que llevan en esas bolsas no es una armadura contra el mundo, sino tal vez, el traje de sus futuras vidas.

Entonces, ambos caminan por la calle, y los faroles se encienden uno por uno, como si el universo quisiera iluminar este momento delicado de sus vidas. La bolsa que Mathias lleva pesa como una suerte de compromiso, y siente el impulso repentino de soltarla, de correr, de retroceder a un tiempo más simple.

"Parece que ambos tenemos muchas decisiones que tomar", murmura Sofía, deteniéndose junto a una vitrina donde un maniquí luce un vestido de noche, su mirada perdida en el cristal.

Mathias se queda junto a ella, y siente una conexión con ese maniquí. ¿No es él también una especie de maniquí? Exhibiendo una versión de sí mismo, escondiendo otra bajo capas de tela finamente cosidas y expectativas sociales.

"La graduación es solo una noche", dice Sofía, "pero siento que lo que escogemos ahora define

algo más grande. ¿Suenan ridículos?"

"No," responde Mathias, y la certeza en su voz lo sorprende. "No suenan ridículos. Siento lo mismo. Como si estuviera eligiendo el vestuario para el personaje que voy a interpretar el resto de mi vida."

Sofía gira para mirarlo, y en ese momento, su rostro refleja algo que Mathias no había notado antes. Una especie de melancolía dulce, como si estuviera a punto de despedirse no solo de la escuela y la ciudad, sino también del amigo que conoce.

"Mathias, sea quien sea esa persona, quiero que sepas que estaré aquí. En cada estreno de tu vida, aplaudiendo desde la primera fila."

Las palabras de Sofía tocan una fibra profunda en él. Siente como si se hubiera quitado un peso de encima, y al mismo tiempo, como si hubiera ganado otro. Porque ahora no solo es responsable de su propio futuro, sino también del sentimiento crudo y abierto que ve en los ojos de su amiga. "Y yo estaré allí para ti, Sofía. En cada acto, cada escena, cada aplauso."

Un silencio cae entre ellos, pero es un silencio lleno, pesado de todo lo que no necesitan decir. De todo lo que ya saben el uno del otro. Y aunque el futuro es un mar oscuro y agitado ante ellos, en ese momento, ambos sienten que quizá, solo quizá, puedan navegarlo si saben que el otro está allí, en algún lugar cercano, enfrentando la misma inmensidad.

Finalmente, Sofía rompe el silencio. "Deberíamos irnos. Se está haciendo tarde y todavía tenemos que prepararnos para este gran debut."

Mathias asiente, pero mientras siguen caminando, no puede evitar sentir que algo fundamental ha cambiado. Las luces de la calle ya no son solo luces, la noche ya no es solo una noche, y el traje en su bolsa ya no es solo un conjunto de tela y costuras. Todo tiene peso, todo tiene significado. Y mientras camina hacia lo desconocido, Mathias siente por primera vez que tal vez, solo tal vez, está listo para enfrentarlo.

Con ese pensamiento, la pareja de amigos se dirige hacia sus respectivos hogares, pero el aire entre ellos ya no es el mismo. Está cargado de futuros no escritos, de palabras no dichas, y de una complicidad que les dice, en silencio, que este no es el final. Es solo el comienzo.

Las decisiones que hacemos en los probadores de la vida son los trajes que llevamos en el escenario del destino.

Es casi medianoche, y Rubén se encuentra solo en su habitación, rodeado por sus trofeos y medallas que ya no parecen significar tanto. Su cama está deshecha, las luces están atenuadas, y sobre su escritorio, su teléfono móvil descansa como una especie de relicario tecnológico.

Tiene que prepararse para el partido de mañana, tiene que revisar jugadas y tácticas, pero no puede sacarse de la cabeza las conversaciones con "Luna". Así que, con una especie de morbo que roza el masoquismo, abre el chat y empieza a desplazarse por las conversaciones pasadas. En cada palabra, en cada emoji, busca una pista, una grieta que delate a Mathias.

A medida que sus ojos recorren las líneas de texto, algo comienza a cambiar. Cada "jaja" y "jeje", cada frase de apoyo, cada insinuación, empieza a sonar diferente en su cabeza. Como si estuviera escuchando una canción que siempre ha amado, pero en una tonalidad completamente diferente. Y de repente, lo ve. No en las palabras, sino en los espacios entre ellas, en los silencios no dichos que llenan las oraciones.

Lo ve en los mensajes de consuelo que llegaban justo cuando más los necesitaba. En los cumplidos subrepticios que no parecían halagos sino verdades reveladas. En las conversaciones sobre fútbol que de alguna manera siempre volvían a ser sobre algo más, sobre la vida, sobre los

sueños, sobre el miedo a fallar.

Con cada deslizamiento de pantalla, Rubén siente como si estuviera rehaciendo un puzzle, pero esta vez, las piezas encajan de manera diferente, revelando una imagen que siempre ha estado allí pero que no había querido ver.

Entonces, con la contundencia de un tiro a gol, llega la epifanía. No solo sobre Mathias, sino sobre sí mismo. Sobre lo que ha estado buscando, lo que ha estado necesitando, lo que ha estado evitando.

Por primera vez, se permite pensar en la posibilidad de que su vida podría ser diferente, que podría haber algo más que entrenamientos y partidos y expectativas aplastantes. Se permite pensar en una vida donde las conversaciones con Mathias, ya sin máscaras, formen parte de su rutina diaria.

Pero luego recuerda la traición, el engaño. La sensación amarga regresa, pero ya no es la misma. Ahora está mezclada con algo más, algo que no puede descifrar completamente, pero que sabe que cambiará la dinámica de todo lo que viene a continuación.

Rubén bloquea el teléfono y lo deja sobre el escritorio. Se levanta y se dirige hacia la ventana, mirando la noche oscura, donde las estrellas parecen parpadear como si estuvieran en código Morse, enviándole un mensaje que aún no puede entender del todo.

Y ahí, solo en la oscuridad, pero acompañado por nuevas posibilidades y revelaciones, Rubén siente que algo dentro de él ha cambiado irrevocablemente. El futuro es un campo aún por jugar, y por primera vez en mucho tiempo, no tiene miedo de lo que pueda encontrar allí.

En ese instante, la puerta de su habitación se abre de golpe, pero Rubén apenas nota la presencia de Alejandro. Su amigo le lanza una mirada preocupada, deteniendo su ímpetu al captar el cambio sutil pero innegable en la postura de Rubén.

"Oye, ¿todo bien? Te estás perdiendo la fiesta de despedida del equipo antes del gran partido," dice Alejandro, la alarma haciendo eco en sus palabras.

Rubén considera decírsele todo, vomitar cada confusión y cada nuevo descubrimiento. Pero en lugar de eso, responde con una sonrisa que no llega a sus ojos. "Lo siento, man, solo necesitaba un momento para mí."

Alejandro parece querer presionar, pero opta por no hacerlo, como si percibiera que hay líneas que incluso la amistad más estrecha no debería cruzar en este momento. "Claro, solo asegúrate de no perderte el juego de tu vida mañana."

"Lo haré," responde Rubén, aunque ahora las palabras tienen un peso diferente. El juego de su vida. ¿Será realmente así? La pregunta ahora flota en el aire, cargada de implicaciones que van más allá del césped y la pelota.

Después de que Alejandro se va, Rubén se sienta en su cama, contemplando su uniforme cuidadosamente colocado para el partido del día siguiente. Siempre había sido su armadura, su identidad, la tela que cubría tanto su cuerpo como su verdad más profunda. Pero ahora, en la quietud de su habitación, en la penumbra donde las sombras parecen guardar secretos, el uniforme parece casi un disfraz, una cáscara que quizás ya no necesita.

Toma su teléfono de nuevo, sus dedos flotan sobre el icono de la conversación con "Luna", o mejor dicho, con Mathias. Podría eliminar todo, borrar cada palabra y cada confesión como si nunca hubiesen existido. Sería más fácil, sin duda. Pero algo lo detiene, algo que no puede explicar completamente pero que, de alguna forma, siente que es importante.

Deja el teléfono y se dirige a la ventana de nuevo, esta vez abriéndola para dejar entrar el aire fresco de la noche. Hay una brisa ligera, y con ella, la promesa incierta de algo nuevo. Cierra los ojos por un momento, permitiéndose sentir—realmente sentir—el Rubén que podría ser, el

Rubén que tal vez ya es, aunque aún no lo sepa.

Y ahí, entre el pasado y el futuro, entre las revelaciones y las epifanías, Rubén entiende que ya no puede regresar a cómo eran las cosas. Lo que viene a continuación es incierto, pero también es, de alguna manera, absolutamente necesario. Y en esa comprensión, encuentra un atisbo de algo que se parece mucho a la paz.

En el espacio entre las palabras, las verdades más profundas a menudo
esperan su turno para ser escuchadas.

Capítulo 35: Jugada del Alma

Rubén siente el calor del sol en su nuca, el césped bajo sus botines y el peso de las expectativas en sus hombros. Se coloca en su posición, su mirada fija en el balón en el centro del campo, sintiendo el palpitar en sus sienes. Cada jugador parece moverse en una coreografía lenta, una danza pre partido de tensión y esperanza.

"¡Vamos, Rubén! ¡Este es tu juego!", grita Alejandro desde el otro lado del campo, levantando el puño en un gesto de solidaridad y aliento. Hay un lazo invisible entre los dos, una conexión forjada en innumerables entrenamientos y juegos juntos. Alejandro, con su siempre firme confianza, parece tener fe inquebrantable en las habilidades de Rubén. Pero ¿y Rubén? ¿Tiene la misma fe en sí mismo?

Carlos, su entrenador, está al margen, frunciendo el ceño, sus labios moviéndose en un monólogo silencioso. Rubén puede imaginarse lo que está diciendo, "no te desvíes, mantente enfocado, no dejes que las emociones te dominen". Pero las emociones son precisamente lo que lo hace humano, lo que le da pasión a su juego. Y hoy, están a flor de piel.

El silbato suena, y todo se vuelve un torbellino. Rubén se mueve con determinación, persiguiendo el balón, sintiendo el ritmo frenético del juego. Pero detrás de cada paso, de cada toque, hay una voz en su cabeza. "Mathias." ¿Por qué no puede quitársela de la mente, especialmente ahora? Su corazón late al ritmo de los ecos del estadio, pero también a las memorias recientes.

"¡Rubén, a tu izquierda!", grita Alejandro. Pero Rubén está un paso adelante, anticipando el movimiento del oponente, interceptando el balón con una precisión impresionante. El estadio vibra, y hay un instante, un breve segundo, donde todo parece posible. Y en ese momento, Rubén corre, esquivo y dispara. La pelota vuela, cortando el aire, una promesa no verbalizada de victoria.

Pero no todos los tiros son goles, y no todas las esperanzas se cumplen. La pelota golpea el poste y rebota, desapareciendo en el mar de piernas que luchan por el control. Rubén siente un punzante dolor en el pecho, no por el disparo fallido, sino por algo más profundo, algo que no puede nombrar.

Los minutos pasan, y cada jugada es una batalla. Alejandro cae, se levanta, lucha. Carlos grita desde la línea, sus instrucciones se pierden en el ruido. Rubén siente que está en la cuerda floja, equilibrando su pasión por el fútbol y las complicaciones de su vida personal. Cada toque del balón es una verdad a medias, cada oportunidad fallida, un peón derribado.

Finalmente, en los últimos minutos, hay una oportunidad. Un centro, un salto, y el balón encuentra la red. Pero no es Rubén quien anota. Es Alejandro. El estadio estalla en gritos, y aunque Rubén se siente un torrente de alegría por su amigo, también hay un matiz de tristeza, de oportunidades perdidas.

El juego termina y, mientras los jugadores se abrazan y felicitan, Rubén se siente extrañamente distante. Carlos se acerca, pone una mano en su hombro. "Hiciste lo mejor que pudiste", dice, pero Rubén no está seguro de si eso es un consuelo.

Alejandro lo jala hacia él, su sudor mezclándose. "Hicimos un buen trabajo", murmura, pero sus palabras suenan lejanas. Rubén asiente, su mente ya en otro lugar, preguntándose sobre verdades y mentiras, sobre identidades y aceptación.

Mientras el estadio comienza a vaciarse, y el sol cae lentamente en el horizonte, Rubén se

siente en el limbo, en algún lugar entre el triunfo y el rechazo, entre el pasado y el futuro incierto.

Rubén despega sus botines con movimientos automáticos, el ruido ensordecedor del vestuario en pleno festejo le resulta casi ajeno. Los jugadores se ríen, se jactan, reviven cada gol, cada jugada magistral. Es como si hubieran ganado la Copa del Mundo. Pero en el corazón de Rubén, hay una especie de silencio que no puede romperse con celebraciones.

"¿Vas a la graduación?", le pregunta Alejandro, su voz llena de entusiasmo mientras recoge su mochila del suelo.

"Probablemente no", responde Rubén, mirando a su amigo pero no realmente viéndolo. "Tengo que pensar en algunas cosas."

Alejandro frunce el ceño, una nube pasajera de preocupación cruzando su cara soleada. "Oye, si algo te molesta, sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad?"

Y Rubén lo sabe, lo sabe muy bien. Pero hay ciertas cosas que no se pueden compartir, ciertas verdades que no están listas para salir a la luz. "Estoy bien", dice, forzando una sonrisa. "Solo necesito un poco de tiempo para mí mismo."

Carlos se acerca entonces, su presencia siempre imponente, incluso cuando intenta parecer accesible. "Rubén, necesito hablar contigo un minuto", dice, dirigiéndose a la oficina del entrenador.

Rubén asiente, siguiéndolo. Sabe lo que viene, o al menos cree saberlo. Probablemente sea una charla sobre cómo no logró marcar, sobre cómo necesita mejorar si quiere tener un futuro en este deporte. Pero el entrenador lo sorprende.

"Escucha, sé que este juego fue complicado para ti. Y no estoy hablando solo del aspecto físico. Hay algo más, ¿verdad?", dice el entrenador, sus ojos examinando los de Rubén como si pudiera descifrar los secretos que guarda.

Rubén se siente como si caminara sobre una cuerda tensa, cada palabra un paso peligroso. "Tal vez", responde, sin comprometerse.

Carlos suspira. "Si alguna vez quieres hablar de lo que sea que te está pesando, aquí estoy. Pero no dejes que eso afecte tu juego. No dejes que te arrastre hacia abajo."

Es un buen consejo, quizás el mejor que podría darle en este momento. Pero Rubén se pregunta si es suficiente. Se pregunta si alguna vez podrá liberarse del peso que lleva dentro, si alguna vez podrá jugar un juego sin la sombra de "Luna" acechando en los rincones de su mente.

Sale del vestuario, evitando la mirada de Alejandro. Su amigo merece respuestas que en este momento no puede darle. Necesita encontrar esas respuestas primero para sí mismo, respuestas que van más allá de las estrategias del fútbol y las expectativas de su familia y amigos.

Mientras sale del estadio, el aire se siente fresco contra su piel sudada. Hay una especie de paz en la soledad, una tregua en la lucha constante entre lo que se espera de él y lo que realmente desea. Y mientras se aleja, su corazón late en un ritmo más lento, más meditativo, como si se preparara para las batallas que vendrán.

El juego decisivo ha terminado, pero el juego de la vida apenas comienza. Y aunque no sabe hacia dónde se dirige, Rubén siente una cosa con certeza: está listo para enfrentar lo que venga, incluso si eso significa enfrentarse a sí mismo.

En eso, su teléfono vibra. Es un mensaje, y aunque no necesita mirar para saber de quién es, lo hace de todos modos. El nombre "Mathias" ilumina la pantalla.

Se detiene un momento, toma una respiración profunda y abre el mensaje.

La pasión por el juego se convierte en una melodía que solo el corazón

del jugador puede escuchar.

Capítulo 36: La Promesa del Viento

El aire en la casa de Rubén es palpablemente distinto esta tarde, como si las paredes mismas anticiparan una noticia que podría cambiarlo todo. Las cortinas ondean con una brisa entrante, jugando con la luz del sol que cae sobre el cuadro de Maradona en la pared. Sí, el fútbol está en la sangre de esta familia, una herencia no escrita pero inquebrantable.

Rubén, sentado en el sofá de cuero marrón que ha conocido incontables discusiones sobre tácticas y goles, sostiene su teléfono móvil en la mano como si fuera un objeto frágil, algo que pudiera romperse con un movimiento brusco. Su madre, Liliana, trata de disimular su nerviosismo arreglando flores en un jarrón; su padre, Sergio, cambia de canal en la televisión como si cada frecuencia pudiera revelar una verdad oculta.

El teléfono suena. Es un tono familiar, pero hoy cada nota vibra con el peso del futuro. Rubén mira a sus padres, quienes le devuelven una mirada llena de una expectación casi insoportable. Toma una respiración profunda, acepta la llamada y lleva el teléfono a su oído.

"Buenas tardes, ¿Rubén Álvarez?"

"Sí, soy yo."

Los siguientes segundos se sienten como un cortometraje de sus diecisiete años de vida: los entrenamientos bajo la lluvia, las lágrimas, las victorias, los aplausos, y más que nada, las expectativas. Esas expectativas que siempre parecían estar un paso más allá de lo alcanzable.

"Nos gustaría informarte que has sido aceptado en Boca Juniors," dice la voz al otro lado del teléfono.

La noticia cae en la habitación como una piedra en un lago tranquilo, provocando ondas que se propagan por cada rincón. Rubén está paralizado un instante, como si temiera que cualquier movimiento pudiera revertir lo que acaba de escuchar.

"¿Rubén? ¿Estás ahí?"

"Sí, sí, gracias. No sé qué decir."

"No tienes que decir nada ahora, hijo," responde la voz, "nos veremos pronto para discutir los detalles."

Rubén cuelga y se queda mirando el teléfono como si pudiera contarle algo más, algo que no sabe sobre sí mismo. Pero no hay más que silencio.

Hasta que su padre rompe ese silencio con un grito de alegría que sacude la casa hasta sus cimientos. Liliana suelta el jarrón, las flores se derraman, pero eso no importa. Sergio abraza a su hijo como nunca antes, y en ese abrazo hay algo más que simple felicidad; hay reconocimiento, hay orgullo, hay amor.

Rubén siente como si un enorme peso se hubiera levantado de sus hombros, y en su lugar queda un tipo diferente de peso, uno que está dispuesto a llevar. Porque sabe que esto es sólo el principio, que vendrán desafíos más grandes, expectativas más altas. Pero en este momento, en este pequeño fragmento de tiempo que siente como suyo, Rubén abraza la noticia con todo su corazón.

Liliana se une al abrazo, y la familia se queda allí, unida en ese segundo que es tanto un final como un comienzo. No hay palabras porque ninguna hace falta. Todo está en los gestos, en las miradas, en el tacto de las manos que se aferran como si pudieran sostener el futuro mismo.

Y así, en una tarde cualquiera que de repente se ha convertido en todo menos común, Rubén siente que está exactamente donde necesita estar. Aún hay preguntas sin respuesta, rutas no

exploradas, pero en este instante, todo eso puede esperar. Lo que no puede esperar es este sentimiento que lo envuelve, un sentimiento que va más allá de las palabras, que habita en el territorio inexplorado del corazón.

Es el tipo de tarde que recordará por el resto de su vida, no porque todo se haya resuelto, sino porque ha aprendido algo invaluable: que la verdadera victoria no siempre está en la meta, sino en el camino que te lleva a ella. Y Rubén, está más que listo para ese camino.

La emoción continúa vibrando en el aire mucho después de que el abrazo familiar se rompe, como una nota sostenida en una melodía que se niega a acabar. Sergio saca una botella de vino que había estado guardando para una ocasión especial; nunca ha sido claro sobre qué ocasión sería esa, pero ahora todos saben que este es el momento.

Liliana trae copas desde la cocina, y el líquido ámbar llena cada vaso con la promesa de celebraciones futuras. No se necesita un brindis para sellar la importancia del momento, pero Sergio, se levanta de todos modos.

"A mi hijo," dice, mirando a Rubén con ojos que brindan un testimonio más elocuente que cualquier palabra, "y a todos los partidos que vendrán."

Las copas chocan, y es como si el sonido resonara a través de todas las generaciones pasadas y futuras de la familia. Rubén toma un sorbo y se da cuenta de que nunca antes había saboreado algo tan dulce y tan amargo al mismo tiempo. La doble sensación se convierte en una metáfora no dicha de su propia vida en ese instante—el dulzor del éxito, la amargura de las pruebas.

Pero esos retos parecen tan distantes ahora, eclipsados por la enormidad de lo que ha logrado. Liliana se sienta junto a él, pasando su brazo alrededor de sus hombros en un gesto maternal que no necesita de palabras. Y Rubén, que siempre ha sido más dado a la acción que a las emociones, se encuentra a sí mismo anhelando este toque humano más que cualquier trofeo que haya ganado.

"¿Cómo te sientes?" pregunta Liliana, su voz es apenas un susurro en la habitación donde incluso el aire parece contener su aliento.

Rubén busca las palabras, pero se dan cuenta de que no las hay, al menos no las que puedan capturar completamente la complejidad de lo que está experimentando. Y así, en lugar de responder, se inclina hacia su madre y coloca su cabeza en su hombro. Es un gesto pequeño pero profundamente significativo, una concesión de que a veces las emociones más grandes son las que no se pueden articular.

En ese momento, se produce una toma de conciencia silenciosa pero irrevocable: la familia, aunque incondicionalmente orgullosa de Rubén, también reconoce la importancia de permitirle el espacio para ser él mismo, para descubrir qué forma tomará su nuevo camino, ahora adornado con el estandarte de un sueño cumplido.

Su padre, mira la interacción entre madre e hijo y asiente con una comprensión que va más allá de las palabras. Él también ha estado allí; también ha sentido el abrumador peso de la expectativa mezclada con el asombro del logro.

Entonces, mientras la tarde se desvanece en una noche que promete ser como ninguna otra, Rubén siente una conexión con todo y todos a su alrededor. Con su familia, con su futuro, y más importantemente, con una versión de sí mismo que ya no necesita preguntarse si es digno.

El corazón humano, como un campo de fútbol, alberga sueños que se
convierten en partidos inolvidables.

Capítulo 37: Caminos Entrelazados

El sol de la tarde cae en ángulos dorados sobre la ceremonia de graduación, sus rayos danzantes pintando la escena con un brillo que no es solo físico, sino emocional. Alumnos vestidos con togas de un azul intenso y gorros que llevan la esperanza de un futuro inminente se preparan para cruzar el escenario, uno a uno. El auditorio está lleno de familiares y amigos, cada asiento ocupado, cada corazón rebosante de emoción.

Mathias está allí, su postura menos temerosa de lo que hubiera imaginado hace unas semanas. Sofía, se sienta a su lado, con Fernando, justo detrás de ellos. Ambas figuras ofrecen una columna silenciosa pero potente de apoyo, cada uno a su manera transmitiéndole que, pase lo que pase, él no está solo en este mundo.

Y entonces, justo cuando el nerviosismo parece querer apoderarse de él, Mathias siente algo, una especie de cosquilleo en la nuca. Le basta alzar la vista para encontrarse con los ojos de Ruben al otro lado del auditorio. Es una mirada breve, tan efímera que podría haber sido imaginada. Pero la carga en ella es indiscutible.

Ruben ya no evita la mirada de Mathias como lo hacía; en cambio, parece haber algo más, algo complicado pero esencial. Es como si un hilo invisible todavía los uniera, un hilo que, aunque estirado hasta el límite, no se ha roto.

Ruben asiente, apenas perceptible, antes de centrar su atención en el escenario.

Las palabras de la directora suenan desde el podio, hablando de esperanzas, sueños y desafíos que esperan. Pero Mathias ya ha encontrado su lección más dura y su desafío más arduo en los pasillos de esta misma escuela.

"Mathias Reyes", anuncia el maestro de ceremonias, y todo su cuerpo se tensa por un momento, como si su ser entero estuviera concentrado en ese instante. Sofía le aprieta la mano, Fernando le sonríe y, armado con ese amor silencioso pero feroz, camina hacia el escenario.

Recoge su diploma, y por un segundo, todo se desvanece. No hay Ruben, no hay Luna, no hay secretos ni mentiras. Solo Mathias, su logro, y la vida que le espera.

Regresa a su asiento bajo un aplauso que parece menos como un final y más como un inicio. Sofía lo abraza, y Fernando le guiña un ojo, y cuando levanta la vista, otra vez, es para encontrarse con Ruben. Esta vez, es Mathias quien asiente.

Es un gesto sencillo pero, de alguna manera, monumental. Un reconocimiento mutuo de la herida y la curación, del pasado y el futuro. Aunque su relación nunca será la misma, algo nuevo podría crecer a partir de las cenizas de lo antiguo.

Y en ese momento, con el sol bajando y la noche asomándose, cada uno en su propio lugar pero extrañamente juntos, Mathias y Ruben entienden algo fundamental. Que la vida no es una línea recta de errores y aciertos, sino un intrincado tapiz de todo lo que es humano: el dolor, el amor, la traición, y sí, el crecimiento.

Las personas comienzan a dispersarse, conversando y riendo, sus voces mezclándose en un zumbido lleno de vida. Pero en esa cacofonía, en ese mar de caras, Mathias encuentra un instante de claridad inquietante.

Ha llegado el momento de seguir adelante, armado con las lecciones del pasado y la incertidumbre del futuro.

"¡Mathias!" exclama una voz a lo lejos, sacándolo de sus pensamientos. Valeria corre hacia él, sus rizos oscuros rebotando con cada paso. Junto a ella, su madre, Claudia, se acerca con una

sonrisa que no necesita palabras para transmitir el orgullo que siente.

"¿Listo para el siguiente capítulo?" pregunta Valeria, dándole un golpecito en el brazo, intentando aliviar la atmósfera introspectiva que se había formado alrededor de Mathias.

Mathias sonríe, "Creo que sí. Es hora de escribirlo, ¿no?"

"¡Eso es!" afirma su mamá, "y no importa lo que pase, siempre tendrás a personas a tu lado que te apoyen." Su mirada es intensa, recordándole a Mathias que, independientemente de las circunstancias, hay una red de seguridad en forma de amistad y familia esperando atraparlo si alguna vez cae. Esa red de personas: Sofía, Fernando, su mamá, e incluso Valeria, están ahí con él.

Un poco más allá, Ruben está rodeado por sus propios familiares y amigos. A pesar de las risas y charlas, sus ojos a menudo buscan a Mathias. Hay una nueva comprensión entre ellos, una que supera las palabras.

Valeria, captando la mirada entre los dos, susurra, "Tal vez no hoy, tal vez no mañana, pero quizás, solo quizás, haya una conversación pendiente entre ustedes dos. Y cuando suceda, te prometo, estará bien."

Mathias asiente, sabiendo que aunque el futuro es incierto, hay promesas que el tiempo no puede romper. "Gracias, Val. Por todo."

Ella lo abraza fuertemente, como si intentara infundirle una parte de su fuerza y coraje. "Eres más fuerte de lo que piensas. Y siempre, siempre valdrá la pena."

Con ese pensamiento resonando en su mente, Mathias mira hacia el escenario, dándose cuenta que ha dado el primer paso hacia el futuro, listo para enfrentar cualquier desafío que venga en su camino, con valentía, autenticidad y, sobre todo, amor.

El amor y el perdón son los hilos dorados que cosen el pasado y el presente, transformando las cicatrices en historias de fortaleza y resiliencia.

Mathias toma un respiro profundo mientras cruza las puertas del auditorio de graduación, el sonido de los tacones y las conversaciones animadas a su espalda se desvanecen como el eco de una canción que acaba de terminar. Su toga de graduación se siente más ligera que antes, como si, de alguna manera, los hilos de tela hubieran sido cómplices de un rito de paso.

Pero entonces escucha unos pasos acelerados, el sonido del caucho contra el suelo lo hace girar. Es Ruben, la respiración agitada, una mirada en sus ojos que Mathias no había visto antes.

Ruben parece buscar las palabras, su mandíbula se tensa como si cada opción pasara por un filtro emocional antes de salir. Mathias lo espera, sabiendo que este es un momento que puede ser tan frágil como significativo.

"Escucha, Mathias," Ruben comienza, mirándolo a los ojos como si tratara de memorizar cada detalle, "sé que hemos pasado por mucho, algunas cosas que... que hubiera preferido evitar. Pero estoy empezando a pensar que tal vez nuestra historia no ha terminado."

El corazón de Mathias late un poco más rápido, pero no de la forma en que lo hacía cuando vivía bajo la sombra de "Luna". Esta vez, es una pulsación más clara, más verdadera, como si su corazón supiera que ahora se le permitía sentir.

"¿De verdad crees eso?" pregunta Mathias, su voz apenas un susurro, temeroso de romper la delicada estructura emocional que se había formado entre ellos.

Ruben asiente, "Sí, creo que me gustaría ver qué hay más allá entre nosotros dos. ¿Qué opinas?"

El aire se llena con el peso de las posibilidades, cada una como una estrella en un cielo nocturno que ambos están viendo por primera vez. Mathias sonríe, un gesto genuino que irradia desde lo más profundo de él, iluminando cada rincón oscuro de duda o incertidumbre que pudiera haber quedado.

"No podría estar más de acuerdo," dice, y en ese momento, cuando ambos se abrazan, el mundo alrededor parece desvanecerse. No hay juicio, no hay expectativas; solo hay dos personas en un abrazo que habla más fuerte que cualquier palabra.

Se separan, y aunque ninguna promesa verbal se ha hecho, sus ojos parecen sellar un pacto silencioso. "Nos vemos pronto," dice Ruben.

"Sí, muy pronto," responde Mathias.

Ruben le da una última mirada a Mathias, una que dice más que mil palabras, y luego se gira para irse. Mathias observa cómo se va, pero esta vez no hay un sentimiento de pérdida. Por el contrario, hay un cálido sentido de optimismo, una sensación de que el horizonte es más brillante que nunca. Y con eso, Mathias también se da la vuelta, caminando hacia un futuro que, por primera vez en mucho tiempo, no puede esperar por explorar.

Mientras Mathias se dirige hacia el estacionamiento donde lo esperan su mamá, no puede evitar repetir en su mente la conversación con Rubén. Cada palabra resuena como una suave sinfonía de esperanza, en marcado contraste con la cacofonía de arrepentimiento que lo había perseguido durante tanto tiempo.

Su madre lo ve primero. "¿Como te sientes?" pregunta, con una sensación de ansiosa curiosidad recubriendo sus palabras. Antes de que Mathias pueda responder, Sofía se une a ellos.

Las mira a ambas, observando los rostros que han sido su sistema de apoyo, las guardianes silenciosas de sus luchas y triunfos. "Me siento increíble", dice en voz baja, como si temiera que hablar demasiado alto pudiera destruir esta paz recién encontrada. "Realmente bien."

Los ojos de Sofía se iluminan y la boca de Claudia forma una pequeña pero significativa sonrisa, sus reacciones son un espejo de su propio corazón. "Estoy muy feliz por ti, Mathias", dice Sofía, abrazándolo cálidamente. Su madre se suma al abrazo convirtiéndolo en una afirmación grupal de solidaridad, amor y alegría tácita.

Mientras se alejan, Claudia dirige su atención a Mathias. "Creo que esto requiere una celebración. ¿Qué dices?"

"Absolutamente", asiente Mathias, sus ojos fijos en su madre por un momento, como si reconociera en silencio el pesado viaje que lo llevó hasta aquí.

Mathias echa un último vistazo al auditorio detrás de él, su grandeza de alguna manera se siente más pequeña ahora, eclipsada por el amplio horizonte que se avecina.

Las palabras de Rubén resuenan en su mente: "Me gustaría ver qué hay más allá entre nosotros dos". Y no se trata sólo de Rubén, sino también de lo que hay más allá para el propio Mathias: más allá de los engaños, más allá de las normas sociales y más allá de las limitaciones que alguna vez se impuso.

Cuando su madre arranca el auto y se alejan, Mathias siente como si se estuviera mudando de una vieja piel, dejando atrás una crisálida que lo había confinado pero que también lo había transformado. Por delante hay un vasto paisaje de incógnitas, pero por primera vez, esa incertidumbre parece menos una amenaza inminente y más una invitación.

Mathias cierra los ojos por un momento, permitiéndose sentir plenamente el peso de todo lo que acaba de suceder: el final de un capítulo, sí, pero más importante aún, el comienzo de algo nuevo. Cuando los abre de nuevo, el camino que tiene por delante parece diferente; Todavía está lleno de giros y vueltas, altibajos, pero ahora también existe la posibilidad de felicidad, de

conexión genuina, de amor en su forma más verdadera. Y por ello siente una gratitud inconmensurable.

Mira a su madre y a Sofía, sus rostros relajados, sus ojos enfocados en el camino por delante, pero su presencia es una reconfortante constante. Es un recordatorio silencioso pero poderoso de que, pase lo que pase, lo enfrentarán juntos.

Su teléfono suena y un nuevo mensaje ilumina la pantalla. Es de Rubén: "Espero con ansias nuestro nuevo comienzo".

Mathias sonríe y sus dedos se ciernen sobre el teclado mientras contempla su respuesta. Y en esa pausa, en ese breve momento de reflexión, sabe que todo lo que escriba a continuación nacerá de un lugar de autenticidad, de las profundidades de un alma que finalmente ha aprendido el valor irremplazable de ser sincero, consigo mismo y con sus seres queridos. la gente que le importa.

Optando por la simplicidad, responde "Yo también" y presiona enviar.

Mientras Claudia sube el volumen de la música y Sofía se ríe de algo en la radio, Mathias se recuesta en su asiento, envuelto en un sentimiento de satisfacción. El sol comienza a esconderse bajo el horizonte, pintando el cielo en tonos naranja y rosa. Es el final de un largo día, pero también el comienzo de algo hermoso, algo real. Y Mathias no puede evitar pensar que tal vez así es como debería terminar y comenzar toda gran historia: no con Érase una vez, ni con esta Historia continuará... Sino con una mirada esperanzada hacia el futuro y las infinitas posibilidades que ofrece.

Las palabras, como estrellas en el cielo nocturno, crean constelaciones de significado en la oscuridad de nuestras vidas."

Epílogo:

La universidad es un remanso de posibilidades. Un nuevo tablero de ajedrez en el que las piezas se mueven con autonomía, confiadas, tal vez por primera vez en sus vidas. Mathias pisa el campus con la seguridad de quien ha renacido. Aquí, en este hervidero de edificios de hormigón y arquitectura posmoderna, puede ser quien quiera. Y ha elegido ser él mismo.

No está solo. A su lado caminan Juan, su nuevo amigo, con un sentido del humor que encaja perfectamente con el suyo. Cargan libros de psicología, artes y tecnología, como pesadas bibliotecas de esperanzas y sueños.

"¿Has visto la nueva exposición en la galería de arte del edificio C?", pregunta Juan, señalando con un dedo pintado de azul metálico hacia el edificio que se eleva más allá de los árboles.

"Lo tengo en la lista, justo después de 'respirar' y 'comer'," responde Mathias, dibujando en el aire unas comillas imaginarias.

Justo entonces, el zumbido de su teléfono corta la risa colectiva que sigue al comentario. Un mensaje de texto. El remitente: Ruben. El corazón de Mathias realiza un pequeño pero significativo tamborileo en su pecho antes de abrirlo.

"Anoté mi primer gol," dice el mensaje. Simple. Directo. Un misil teledirigido a las complicadas geografías emocionales de Mathias.

"¿Todo bien?", pregunta Juan, notando el cambio sutil en el rostro de su amigo.

"Todo en orden," responde Mathias, y aunque sonríe, algo en su mirada se ha ensombrecido, como un día soleado en el que de repente se nubla.

Porque sí, Ruben anotó su primer gol, y eso significa algo, ¿no? Significa que Ruben está allá afuera, en el vasto mundo, tomando lo que es suyo, triunfando. Y Mathias se encuentra aquí, a años luz de aquellos pasillos de la secundaria donde los fantasmas del pasado todavía murmuran su nombre como una advertencia.

"Es solo que... me alegra ver que las personas que me importan están logrando cosas," dice Mathias, y es tan cierto como el hecho de que el sol brilla incluso cuando está nublado.

Juan le da un suave golpe en el brazo. "Tú también estás logrando cosas, ¿sabes? Este es tu lugar. Tómalo."

Y lo toma. Toma la universidad, toma la oportunidad de ser él mismo, toma la distancia entre él y Ruben como el espacio necesario para crecer. Pero mientras camina con sus nuevos amigos hacia el siguiente capítulo de sus vidas, no puede evitar preguntarse si, en algún lugar entre su pasado y su futuro, se encuentra la posibilidad de un verdadero nuevo comienzo con Ruben.

Porque a veces, incluso cuando has aprendido a caminar bajo tu propia luz, la sombra del pasado tiene una forma de persistir. Y mientras Mathias guarda su teléfono y se concentra en el aquí y ahora, algo en él, quizás una pequeña y obstinada raíz de esperanza, sigue anhelando ser bañado por el resplandor de ese antiguo sol.

"Venga, sé que estás pensativo," interrumpe Juan, agitando una mano frente al rostro de Mathias. "Pero no puedes perderte en la luna justo ahora. ¿Recuerdas? Tenemos la charla sobre ética en diez minutos."

Mathias sacude la cabeza, como si pudiera despejarla de ese modo. "Tienes razón, no debería perderme en pensamientos melancólicos."

Juan sonríe, dándole un golpecito en la espalda. "Exacto, amigo. Aquí y ahora, eso es lo que

importa."

Juan se adelanta y abre la puerta de cristal que lleva al auditorio donde se llevará a cabo la charla. "Después de esto, cafés por mi cuenta. Necesitaremos cafeína para procesar todos esos dilemas éticos."

"Trato hecho," responde Mathias, pero incluso mientras se acomoda en una de las sillas acolchadas del auditorio, su mente se pasea. Recorre los kilómetros que lo separan de Ruben, ese abismo lleno de silencios no dichos y verdades a medias.

La charla comienza, el presentador se lanza a una discusión apasionada, pero las palabras flotan en el aire, en una especie de limbo, mientras Mathias las escucha pero no las absorbe realmente.

Luego, su teléfono vibra de nuevo. Otro mensaje de Ruben: "Te extraño."

Esas simples palabras operan como un cataclismo silencioso. Podrían ser solo eso: palabras en una pantalla. Pero para Mathias, portan el peso del mundo. Un mundo en el que todavía podría existir un 'nosotros' en alguna variante del universo.

Mathias entiende que la vida no es un conjunto de elecciones binarias, de síes y noes, de victorias y derrotas. La vida es ese intrincado tapiz de grises, esos momentos en los que te encuentras colgado entre el pasado y el futuro, esos instantes fugaces de realización.

Y en ese momento, en ese auditorio repleto de futuros brillantes y mentes inquisitivas, Mathias decide que va a vivir en ese espacio intermedio. Va a abrazar el aquí y ahora, pero también va a dejar una pequeña puerta abierta a las posibilidades del mañana.

Así que guarda su teléfono, se ajusta en su asiento, y por primera vez en la última hora, escucha de verdad. No solo las palabras del presentador, sino el latido subyacente de su propia vida, con sus complejidades y sus bellezas y sus enigmas sin resolver.

El mensaje de Ruben y esa frase final — "Te extraño" — son como una nota al pie en el libro que está escribiendo con su vida; un recordatorio de que cada capítulo cerrado deja espacio para un nuevo comienzo. Y aunque no tiene todas las respuestas, Mathias sabe que está exactamente donde necesita estar.

La vida es un lienzo de sombras y luces, donde cada pincelada del presente se mezcla con las huellas del pasado, creando un mural único en constante evolución.

Mathias se encuentra en su habitación, la luz suave de una lámpara de mesa tiñe las paredes de un tono melancólico. Lanza una última mirada a su reflejo en el espejo del armario, ajusta su camiseta como si pudiera alinear también sus emociones y abre la aplicación de videollamadas. No puede evitar el pequeño nudo en su estómago, esa tensión ansiosa que siente justo antes de pulsar el botón de "Llamar".

Ruben aparece en pantalla casi de inmediato, su rostro iluminado por la luz de su habitación, que se proyecta en los ángulos de su mandíbula y su sonrisa. "Hey, Mathias," dice con un tono que ronda entre lo casual y lo cauteloso.

"Hey," responde Mathias, su voz algo más apretada de lo que habría querido. "Tanto tiempo, ¿no?"

Ruben asiente, una mezcla de remordimiento y aceptación cruzando su rostro como una sombra. "Sí, demasiado tiempo. Pero aquí estamos."

"Exacto, aquí estamos," repite Mathias, dejando que la frase llene el espacio entre ellos, un puente frágil que se extiende sobre meses de silencio.

Entonces Ruben rompe la tensión. "¿Cómo va todo? ¿Cómo está la universidad? ¿Cómo está... la vida?"

Mathias sonríe, un gesto ligero pero genuino. "La universidad está bien. Estoy conociendo gente nueva, explorando cosas nuevas."

"¿'Cosa nuevas'? Espero que no te refieras a saltar de paracaídas o algo así."

Mathias ríe. "Nada tan extremo. Aunque quizás debería añadirlo a mi lista."

Ruben se ríe también, y por un momento, es como si el tiempo retrocediera, como si estuvieran juntos en la misma habitación y no separados por pantallas y kilómetros. "Yo también he estado ocupado," dice Ruben. "El fútbol está bien. Anoté mi primer gol en el equipo la semana pasada."

"Vaya, ¡eso es increíble! Sabía que lo conseguirías," responde Mathias, su rostro iluminado por algo más que la luz de la habitación.

"Gracias, significa mucho."

Entonces, casi simultáneamente, los dos dicen: "Tenemos que vernos pronto."

Se ríen ante la coincidencia, y Mathias asiente. "Definitivamente. Podría ser en las próximas vacaciones, ¿qué te parece?"

Ruben sonríe, y es como si todas las dudas y distancias se esfumaran en ese gesto simple pero significativo. "Suenan como un plan."

Mathias cierra la videollamada poco después, pero su habitación ya no se siente tan solitaria. Hay algo nuevo en el aire, algo que huele a posibilidad y a un futuro todavía por definir.

Y ahí está Mathias, después de cerrar la videollamada, con su corazón ligeramente más ligero pero todavía palpable en su garganta. ¿Qué significa este nuevo capítulo? Se sienta en la cama, desliza sus dedos por la colcha, perdido en un mar de pensamientos que se niegan a conformarse en respuestas.

Se levanta y camina hacia la ventana. La luna brilla en el cielo, indiferente a las complejidades humanas, a las amistades retomadas y a los caminos bifurcados. Se pregunta qué estaría haciendo Ruben en ese mismo momento. ¿Sentiría él también esta mezcla de alivio y anticipación, este anhelo tímido de una segunda oportunidad?

Su teléfono emite un sonido, un mensaje entrante que rompe su ensoñación. Es Ruben de nuevo. "Hey, olvidé decirte algo."

Curioso, Mathias responde, "¿Qué pasa?"

"Estoy deseando ver esa lista de cosas nuevas que quieras probar. Y, quién sabe, quizás saltar de un avión no sea tan mala idea."

Mathias se ríe ante la idea, sus dedos volando sobre la pantalla. "Trato hecho. Pero tú saltas primero."

"Desafío aceptado," responde Ruben.

La conversación se desvanece, pero algo perdura: la promesa implícita de más momentos compartidos, de más risas, de más vida. Mathias guarda su teléfono, pero la sensación de plenitud sigue con él. Tal vez, piensa, la vida siempre esté llena de segundas oportunidades, de capítulos nuevos, de puertas que se abren justo cuando pensabas que todas se habían cerrado.

Se sienta en su escritorio, abre su cuaderno y comienza a escribir esa lista. Paracaidismo, senderismo, quizás incluso bailar—todas las cosas que siempre quiso hacer pero nunca se atrevió. Mira su lista y luego la cierra, guardando el cuaderno en el cajón.

Es suficiente por ahora, piensa, una sonrisa tímida pero segura formándose en su rostro. Es suficiente saber que hay un futuro lleno de posibilidades, y por primera vez en mucho tiempo, no puede esperar para ver qué le depara.

Y ahí, en esa pequeña habitación, rodeado por el suave halo de su lámpara de mesa y el cómodo silencio de la noche, Mathias siente algo que no había sentido en mucho tiempo: la paz de saber que, pase lo que pase, no estará solo en su próximo capítulo, en su próxima aventura.

Esa noche, se duerme sin sentir el peso del mundo en sus hombros.

Las segundas oportunidades son los amaneceres que pintan de colores frescos nuestros cielos interiores.

AGRADECIMIENTOS

En este capítulo de mi vida, quiero tomar un momento para expresar mi profundo agradecimiento por su apoyo constante y amor incondicional. Su presencia ha sido la luz que ha iluminado mi camino en los días más oscuros y la fuerza que me ha impulsado a seguir adelante en los momentos de desafío. Su bondad y amistad han dejado huellas imborrables en mi corazón.

Cada palabra de aliento, cada abrazo cálido y cada gesto de cariño han sido como pequeñas chispas de inspiración que han inflamado mi determinación y me han recordado que nunca estoy solo en este viaje. Su capacidad para estar a mi lado, escucharme y entenderme en las alegrías y tristezas ha sido un regalo invaluable que atesoro profundamente.

Con amor y gratitud sincera,

Jaime Mirror